Ellen Gilchrist

Los papeles de Anna

Traducción de José Luis Piquero

HERMIDA EDITORES

LOS PAPELES DE ANNA

El Jardín de Epicuro
¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!
FICCIÓN

ELLEN GILCHRIST

LOS PAPELES DE ANNA

Traducción de
José Luis Piquero

HERMIDA
EDITORES

Primera edición en Hermida Editores: febrero del 2024
Impreso en España por Albadalejo Artes Gráficas

Hermida Editores SL
Calle Antonio Alonso Martín, 10
28860 Paracuellos de Jarama, Madrid
Tel. 916584193
e-mail: hermidaeditores@gmail.com
www.hermidaeditores.com

THE ANNA PAPERS © 1988 by Ellen Gilchrist
Published in agreement with Don Congdon Associates Inc., and Casanovas & Lynch Literary Agency

© Imagen de cubierta: *Mujer vestida bajo el agua,* de Useram2007 para 123rf
© De la presente edición: Hermida Editores, 2024
© De la traducción: José Luis Piquero
Revisión y correcciones: Germán Molero y Hermida Editores

ISBN: 978-84-127868-2-8

Visite www.hermidaeditores.com para leer más sobre nuestros libros y para adquirirlos. En la página encontrará información sobre los libros, los autores, entrevistas y eventos de la editorial, y podrá darse de alta en la *e-newsletter* para estar al tanto de nuestras actividades.

Índice

Portada
Título
Créditos
Dedicatoria
Preludio
I. Anna
II. Elegía y salmo
III. Los papeles de Anna
IV. Helen
V. Los Dioses

Para Rita, para Tom, para Jim

«El amor también es un buen tema,
como podría decirse que has descubierto».

ERNEST HEMINGWAY,
carta a Francis Scott Fitzgerald, 1925

Preludio

Un hombre y una mujer están solos en la cama. Afuera está muy oscuro, una noche negra como el carbón, sin estrellas. Nueva Orleans, Luisiana. Mil novecientos setenta y tres. Julio. En pleno verano. Un aparato de aire acondicionado zumba en una habitación distante. Al otro lado de la ventana abierta, un millar de grillos y ranas arborícolas están armando un alboroto tremendo. Un escándalo, una algarabía de cigarras y grillos y ranas arborícolas, el zumbido del aparato de aire acondicionado. En un tocadiscos suena Bach, Bach tocado en una guitarra Martin de doce cuerdas. Una vela arde en una mesa junto a la cama. El aire está lleno del sonido del amor, del olor del amor, del sabor del amor en labios, pechos y pelo. El brazo de él rodea el cuerpo de ella. Se alza sobre ella y sacude la cabeza.

—Dios mío. ¿Quién ha estado haciéndote el amor?

—Nadie —dice ella—. Estoy casada. La gente casada no hace el amor. Hace tratos.

—Dios, eso es muy cínico.

—No, simplemente es verdad. Y no volverá a casa hasta dentro de un mes, así que no me lo recuerdes.

—¿Adónde ha ido?

—Ya te lo dije. Está en Inglaterra por negocios. Y siempre está jodiéndome cuando se va y cuando está en la ciudad, así que ¿qué diferencia hay? No te preocupes por eso.

—Quiero que vengas conmigo a la costa en cuanto termine mis exámenes. —Volvió a sacudir la cabeza y se recostó al lado de ella y guardó silencio. Estaba esperando una respuesta.

—¿Adónde iremos?

—A casa de mi madre. Allí no hay nadie en todo el verano. Ella está en Oriente.

—Entonces iré. Haré todo lo que quieras. Te amo. Te dije que te amaba, Pointer, ¿por qué nunca me crees cuando te lo digo?

—Porque estás casada. Sólo buscas algo que hacer mientras él está fuera.

—No… Ven aquí. Acércate. Dios mío, esto es tan bueno que no puedo creerlo. —E hizo que se pusiera sobre ella y empezó a hacerle el amor de nuevo. El cuerpo de él era tan hermoso y joven y fuerte… Era tan caliente, tan loco, tan intenso. Lo había visto una tarde en una pista de tenis en el club y preguntó quién era, y luego se había quedado junto a la pista viéndole jugar durante casi media hora. Ella era muy guapa y muy rica y muy mimada, y sabía que si se quedaba allí mirándole él empezaría a desearla. No se le ocurrió preguntarse si lo que estaba haciendo era bueno o malo. Había visto algo que le

gustaba y quería saber más al respecto.

Él se detuvo en mitad del partido y sirvió agua para sí mismo y para su contrincante. Al llevarse el vaso a los labios se fijó en ella y siguió mirándola. Ella movió una pierna delante de la otra y bajó la cabeza. Luego cogió una pelota y la hizo botar un par de veces con la raqueta y la cogió. Cuando él volvió a la línea de fondo para empezar otro juego, ella se quitó los anillos y los guardó en el cierre de su bolsa de tenis. Había una marca blanca donde habían estado los anillos y extendió la mano al sol para empezar a borrarla.

—¿Debería irme a casa —le preguntó a su prima, Rhoda Manning, que estaba en el vestuario— o esperar?

—Espera —la aconsejó Rhoda—. No es momento para juegos.

—Los juegos funcionan.

—Sí, lo sé. Pero no valen la pena. Son una pérdida de tiempo; además, nunca engañan a nadie.

—Funcionan incluso cuando no engañan a nadie.

—Entonces haz lo que quieras. —Rhoda terminó de peinarse, se ató a la cabeza una cinta de felpa y recogió su bolsa para irse.

—Yo me quedo —dijo Anna—. Es el hombre más guapo que he visto en esta ciudad en años.

—Sólo es un estudiante de Derecho.

—¿Y qué? No puedes tenerlo todo en un hombre.

Las mujeres se separaron y Anna subió a la terraza que dominaba las pistas y pidió una taza de té. Apoyó las piernas en la barandilla y pensó en el día tan bueno que hacía y en lo afortunada que siempre acababa siendo. En cómo el universo siempre le concedía lo que necesitaba; se lo mereciese o no, el universo seguía haciéndole regalos.

—¿En qué estás pensando? —dijo él.

—Estaba pensando en lo mucho que me gusta hacer el amor contigo.

—¿Qué más?

—En la primera vez que te vi. Lo bien que jugabas. Estabas dándole una paliza a Maynard. Ni siquiera cuando me puse a mirarte te desconcentraste.

—Pensé que eras preciosa. Le pregunté a Maynard quién eras. Casi me atraganto cuando me lo dijo. Le acababa de pedir trabajo a tu marido apenas una semana antes. Me rechazó, por cierto, así que a ver qué dice Freud de esto. —Pointer movió su cuerpo para acomodar el de ella, que volvió la espalda contra su pecho y se acurrucó entre sus brazos como una niña. Él siguió hablando.

—¿Siempre consigues lo que quieres, Anna?

—Sí. Casi siempre. Soy afortunada. Terriblemente afortunada, o quizá deseo las cosas con más fuerza que los demás.

—¿Nunca ha habido algo que quisieras y no conseguiste? —Le pasó la mano por el costado, acarició el suave rollo de carne alrededor de su cintura, le acarició el pequeño estómago, le acarició el muslo; su mano era cálida y suave, como la de una mujer. Tierno, un hombre tierno cuando su deseo estaba satisfecho. No estaba realmente interesado en la conversación. Estaba interesado en la calidad de su piel. Tenía una piel milagrosa, la piel más suave que él había tocado jamás.

—Quería un bebé —dijo ella—. Pero no pude tenerlo.

—¿Y tuviste tres maridos y no pudiste quedarte embarazada?

—Pude quedarme embarazada. Lo que no pude fue llevarlo a término, mantenerlo vivo. No me gusta hablar de eso, Pointer. Me pone triste. Voy a levantarme y soplar esa vela y cerrar las ventanas. Esas malditas cigarras son como una banda de rock. ¿Alguna vez las habías oído tan alto?

—Puedo oler la madreselva ahí afuera. Es maravilloso. Déjalas abiertas.

—Es celinda también. Y al lado una planta que florece de noche. He olvidado su nombre. —Se desenredó, cruzó la habitación y apagó la vela. Cogió una bata de seda del poste de la cama y se lo puso—. Voy a ponerme una copa. ¿Puedo traerte algo? ¿Agua? ¿Brandy?

—¿Vas a venir a verme mañana por la noche?

—Sí. Y siempre que quieras. —Le tendió las manos para que volviera a la cama, pero ella salió del cuarto y se dirigió a la cocina por el largo y oscuro pasillo, pasando ante las antigüedades de la casa de su abuela, ante el banco de la granja del abuelo de su primer marido y ante los cuadros que habían comprado juntos y las fotografías de su segundo marido, hasta entrar en la cocina, que estaba pintada de blanco y azul de Francia, los colores de la Virgen. Estaba pensando en los fetos de los gemelos. Estaba pensando en su vientre y en sus semillas. Estaba pensando en Pointer corriéndose dentro y en cuántos días habían transcurrido desde la última vez que había menstruado y en cuántos meses habían transcurrido desde que había visto al obstetra que la operó la última vez y en cuántas veces se le habían reventado las trompas de Falopio y en lo mucho que dolía y en lo maravilloso que era hacer el amor a la luz de una vela con alguien que nunca la había visto triste.

Buscó en un armario y sacó el brandy y llenó dos vasos de brandy con bandas doradas que habían sido un regalo del tío de su primer marido y los llevó al dormitorio.

—No sé qué hacemos mal —dijo alargándole un vaso—. No sé por qué las cosas no funcionan.

—Porque estamos locos —dijo él—. Venga, Anna, vuelve a la cama y ayúdame a coger el sueño. Tengo un examen a las nueve de la

mañana.

Ella posó su vaso en la mesilla, levantó la sábana y se metió a su lado.

—Tienes razón —respondió—. Todos estamos locos. Más locos que los patos o los lemmings o los gansos salvajes o las bandadas de pájaros. Condenados y locos. Condenados a enredarnos unos a otros y a ayudarnos a dormir. Te quiero. —Él se movió junto a ella y ambos cayeron en un maravilloso sueño encantado, sin remordimientos.

Las pruebas de la existencia de la telepatía son abrumadoras. El marido de Anna llamó una hora más tarde. El teléfono sonó y sonó en la casa a oscuras. Ella descolgó la extensión junto a la cama.

—Hola.

—Anna. Soy yo. ¿Qué estás haciendo?

—¿Qué quieres decir? Estoy durmiendo. Aquí es plena noche. ¿Dónde estás?

—En Londres. Quiero que vengas. Me siento solo sin ti.

—No puedo hacer eso. Tengo que jugar un torneo la semana que viene.

—Que le den al torneo. Te necesito. Escucha, hay un médico aquí que hace milagros con los bebés. Trasplantes. No sé exactamente qué hace, pero deberías verle.

—No. No más médicos. No funciona. Mi cuerpo mata a los bebés. Ya ni siquiera me importa.

—Sí te importa. Y yo te quiero. Me siento solo sin ti. Te quiero conmigo.

—No puedo hacer nada. No puedo ir ahora. No quiero volar. Odio volar a través del océano. Tengo sueño, Jodie. Estaba profundamente dormida. Te llamaré cuando me levante. ¿Dónde estarás mañana por la mañana, hora de aquí?

—Ya no importa. Confiaba. Pensé que estábamos casados, Anna. Pensé que significaba algo para ti. Pensé que podía llamar a mi esposa y pedirle que viniera a hacerme compañía mientras me gano la vida. Viejo idiota.

—No seas así. Estoy trabajando. Tengo una docena de plazos que cumplir. Voy dos meses retrasada con un libro. Ya lo sabes. Vuelve a casa si odias estar ahí.

Pero él ya había colgado el teléfono sin despedirse, y Anna colgó el auricular y se volvió y dio unas palmaditas a Pointer en el brazo hasta que ambos volvieron a dormirse. En sus sueños, los niños perdidos en su vientre se alineaban en la pista de tenis para acusarla de haberlos matado. Sus maridos estaban juntos en la terraza mirando hacia abajo y observando. Suspiró dormida y rebuscó en su bolsa de tenis, y Pointer apareció y les dijo a los niños que se marcharan y la cogió del brazo y la llevó a la cafetería para invitarla a una copa y un sándwich

de queso a la plancha.

Fue una larga noche. Fue una noche que Anna siempre recordaría. Doce años y medio más tarde, en una fría mañana de noviembre, mientras se metía una cápsula de cianuro en la boca y se adentraba desde un muelle en el océano Atlántico vestida con una chaqueta de Valentino forrada de piel con capucha y unas botas de cuero hasta la rodilla, dejando atrás al hombre al que finalmente podía amar de verdad y dejando atrás los Papanicolau y los tests de sangre y los cultivos de tejidos que decían que iba a morir de todos modos y pronto y con un dolor interminable, indigno y cruel, esa mañana, mientras caminaba por el muelle llevando la cápsula en su mano enguantada, mientras pasaba ante el último bote atado en el muelle y alzaba la vista al cielo frío y cubierto de nubes, por alguna razón sólo pensaba en Pointer y en el modo tan tonto, humano, vulgar y extraño en que se había comportado. Qué preguntas tan espantosas hacía siempre y qué egoísta era y qué escalador social tan malo era y qué jugador de tenis tan divino y cómo el sol les daba de lleno todo el verano cuando jugaban dobles, cuando juntos les daban palizas a la mitad de las parejas del Club de Campo de Nueva Orleans y cómo se habían ido a Metairie e incluso habían cogido el coche una tarde para ir a Jackson, Mississippi, a jugar un partido con un senador y su novia. Recordó la mano de Pointer en su muslo y su polla dentro de ella la primera vez que se lo folló y lo salvaje y egoísta que él había sido en coincidencia con su propio egoísmo y que nadie necesitaba avergonzarse de sí mismo y se metió la pastilla en la boca y salió por el muelle.

I
Anna

I

Arlington, Texas, condado de Tarrant, verano, mil novecientos ochenta y tres. Anna estaba pasando una semana en un spa en Texas. La primera tarde de su visita, su viejo amigo el doctor Carl Jancke fue y le tomó la presión sanguínea y la examinó. Era una formalidad, un requisito previo del spa.

—¿Te has hecho recientemente una mamografía?

—No.

—¿Cuándo?

—Nunca.

—¿Un Papanicolau?

—No.

—Eso es una imprudencia, Anna. No es propio de ti.

—Bueno, no necesito un Papanicolau. No me haré nada.

—¿Qué tal si vienes mañana a mi consulta?

—Diablos, no. He venido a desengrasarme. No a hacerme exámenes médicos.

—De acuerdo.

—No necesito una mamografía, Carl.

—Una de cada once mujeres mueren de cáncer de mama. Una de cada once.

—No me metas miedo.

—De acuerdo, no lo haré.

—Me lo haré cuando vuelva a Nueva York.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Bien. Dios, eres una mujer muy guapa, Anna.

—Gracias. Son los genes. —Le dio un abrazo, pero sin comprometerse a nada. Y, por supuesto, nunca se hizo la mamografía ni el Papanicolau. A Anna no le gustaba que nadie la tocase, a menos que estuviera enamorada de él.

Hospital Sloan-Ketteging Memorial, Nueva York, finales del otoño de mil novecientos ochenta y tres. Anna estaba recitando un poema escrito por Safo en el siglo V a. de C.

—«Conoces el lugar; así que deja Creta y ven a nosotras, esperando donde el bosque es más grato, junto a espacios sagrados para ti…».

Anna se inclinó hacia su amiga, la mejilla fría, las sábanas frías, los ojos oscuros de su amiga más querida y apreciada, la más amable de todas las mentoras, dulce, dulces recuerdos de ternura dada y recibida, tarjetas, cartas, llamadas a primera hora de la mañana. Anna siguió recitando el poema porque Joel había pedido escucharlo. Las demás personas en la habitación retrocedieron. Una enfermera esperaba en la puerta. Afuera la lluvia caía sobre Nueva York mientras Joel Norris moría con la voz de Anna, con sus manos en las manos de Anna. Tenía 63 años y había pasado los dos últimos años de su vida siendo torturada en hospitales para morir igualmente.

—Oh, Dios —dijo Anna, y volvió la cabeza hacia los demás. Su editor estaba allí y su gentil esposa y dos mujeres a las que conocía vagamente. El sobrino de Joel estaba de pie junto a la ventana. Ahora sería su agente. Sus ojos se encontraron. El dolor los hizo amigos. Luego Anna se cogió del brazo de su editor y salieron al pasillo a hacer llamadas telefónicas.

—Yo no moriré así —dijo mientras él rebuscaba centavos en sus bolsillos—. Nadie me obligará nunca a morir en un hospital.

—No estás enferma, ¿verdad? —Se volvió hacia ella y la cogió de los brazos—. Anna, ¿te ocurre algo?

—Nada que no nos ocurra a todos nosotros. Me hago mayor. Se me olvidan nombres. No me curo. Mi sistema inmune no es tan bueno como solía ser. No entro en calor. Déjame usar el teléfono. Quiero llamar a Philip.

—¿Aún sigues con eso?

—Sólo cuando mi mejor amiga se muere. Ya nada volverá a ser igual. Nada se curará.

—Tienes que ir al médico. Ve a Boston y deja que Carlyle te vea…

—¿Y luego?

—Para de follarte a Philip. Nunca dejará a Caroline. Nunca lo hará.

—No pretendo que lo haga.

—Sí lo pretendes. —Se mostraba solemne. La conocía muy bien. Había leído los manuscritos de los malditos libros. No había nada que ocultar. No había razón para ocultar nada, y además Joel estaba muerta.

—Ella era perfecta —dijo Anna—. Ya no las hacen así. Etcétera. Ahora voy a llorar cuando le llame. A la mierda todo, Arthur. A la mierda la muerte.

—Anna.

—Sí.

—No le llames. Ven con nosotros a cenar y quédate en casa esta noche. Tenemos que llamar a todos los demás. No le llames.

—Tengo que hacerlo, Arthur. No escuches.

Metió veinticinco centavos en la ranura y llamó al pediatra pelirrojo

casado que era su amante. Le dio un nombre a un servicio de contestador y, al minuto, el médico, cuyo nombre era Philip, le devolvió la llamada. Anna dio la espalda a su editor y empezó a hablar. Cuando colgó, cogió del brazo a su editor y lo estrechó.

—Voy a verlo ahora. Y me voy de Nueva York. Para siempre. Muy pronto.

—Anna, por favor, no vayas.

—Te llamaré mañana, Arthur. Iremos juntos al funeral.

Soltó su brazo y se dirigió por el pasillo hacia el ascensor. Dejando detrás el cuerpo torturado, consumido, agotado y muerto de su amiga más querida. Contigo a las estrellas, se dijo Anna. Polvo al polvo y después del polvo yacer, sin canción, sin cantante y sin final. ¿Quién sabe lo que espera ahí afuera?

Dos horas más tarde estaba en los brazos de Philip en el hotel Plaza.

—Todo parece tan frágil —dijo—. Ante eso, supongo que al menos podemos pasar una noche juntos de vez en cuando. Puedes quedarte toda la noche, ¿no?

—Puedo quedarme toda la noche. Tengo un problema contigo, Anna. Creo que va a empeorar. Porque después de esto no pasará nada.

La abrazó muy fuerte, envolviendo su cuerpo. Contaba los segundos de su propia tristeza y felicidad. Se agrandaba y se empequeñecía y se quebraba y se recomponía. No lo entendía, pero iba cuando ella lo llamaba. Ahora no ocurría a menudo.

—Te amo a lo ancho, a lo profundo, a lo alto. Te amo tanto si te veo como si no. Si no te veo, te sigo amando. Recuérdalo.

Ella se inclinó sobre él y lo besó en la frente, en los párpados, en los lóbulos de las orejas y en los huecos del cuello. Luego salió de la cama y encendió todas las luces y volvió con él y le hizo el amor como una *cheerleader* del amor, como una pantera del amor, por estar viva, por respirar sin dolor; a la luz de estar consciente y estar viva, cogió al hombre casado e hicieron el amor.

En algún momento de la noche, Anna se golpeó el brazo contra la mesilla de noche y sangró. Se lo lavó y se lo vendó con un pañuelo. Cuando se despertó, él le miraba el brazo con las gafas puestas.

—No me mires el brazo —dijo ella—. Me he cortado.

—¿Cómo?

—Me di con algo. Tengo la piel muy fina últimamente. Ya te lo dije. Es hereditario. Mi abuela era igual. Cuando era pequeña, siempre la veía con tiritas en las muñecas. —Anna metió el brazo bajo la sábana —. Deja de mirarlo.

—¿Estás tomando estrógenos?

—Demonios, no. ¿Para qué?

—Podría ayudar a tu piel. —Rebuscó bajo la sábana y le cogió el

brazo y lo examinó de nuevo. Estaba perplejo. Parecía tan sana, tan viva. No encajaba.

—¿Te gustaría que te chupase la polla? —dijo ella rodando hacia el otro lado de la cama—. ¿O no quieres?

—Me gustaría que te cuidases y vivieses cien años.

—Bueno, probablemente no viviré tanto. Hay algo en mí que no funciona. —Se sentó muy derecha con las piernas extendidas ante él. Se inclinó sobre ellas en una postura de yoga—. Sé que soy mortal, ése es el problema. Puedo convencerme de cualquier cosa. Podría decidir morirme. —Aguardó hasta que él pareció preocupado—. Podría morir para castigarte. ¿Funcionaría? —Él no se rió. Funcionaba. Por un momento, Anna pensó que podría contarle lo que iba mal; luego se convenció de no hacerlo.

—Te crees todo lo que digo. Eres maravilloso, Philip. Perdona, pero es tan fácil contigo… Me corté el brazo anoche en el baño con un borde afilado. No es nada. No obstante, iba en serio lo de chuparte la polla. Realmente me gustaría. —En vez de eso lo acercó y lo besó en la boca. Le dio su clásico beso de Greta Garbo, Marilyn Monroe, que había practicado con sus hermanos cuando tenía 12 años. El beso francés que era el no va más de los besos franceses. Anna se lo había enseñado a todos los chicos Hand, que lo habían practicado y perfeccionado en el garaje con sus primas McGruder. Era un señor beso.

Se tardó dos días en organizar el funeral. Escritores que Joel había representado de la costa y gente de Washington y parientes de Filadelfia, todos acudieron a Nueva York y se dirigieron en taxis a una iglesia en Park Avenue y leyeron cosas que habían escrito y hablaron con voz grave y enterraron lo que quedaba de su amiga. Cuando terminó el funeral, Anna volvió a su apartamento y se sentó en la cama y esperó a que el hombre casado viniera a despedirse de ella.

Así es como cambia el tiempo, decidió, eso de lo que huimos y que nunca se apaga, los viejos amigos, las huestes de los muertos, sus legiones que han reclamado a Joel y reclamarán a Philip y reclamarán a Arthur y a mamá y a papá y a mis hermanas y hermanos y a mí. Qué sistema tan jodido. Y mientras vivimos no hay manera de conocernos unos a otros, no hay manera de conectar. Malentendidos, treguas incómodas, pérdidas.

Entonces llegó él, y ella se olvidó de los sistemas y los malentendidos y la muerte se llevó a su hombre casado a la cama.

Anna se fue a caminar por el Upper East Side de Manhattan. Un último y largo paseo antes de que vinieran los de la mudanza y se llevaran sus cosas del extravagante apartamento y las trasladaran de nuevo a las montañas. Todo un día dedicado a subir por Madison Avenue y bajar por la Quinta Avenida y atravesar Park Avenue y

llegar a la Segunda y la Tercera. Un último día para comer comida preparada y comprar zapatos y botas y jerséis y mirar escaparates y respirar el extraño aire milagrosamente limpio de Nueva York. Estaba de buen humor cuando dejó el apartamento. Llevaba unos zapatos cómodos y un largo impermeable azul marino con capucha. Un pañuelo amarillo claro y guantes de cuero azul oscuros. Llevaba un puñado de dinero y tarjetas de crédito metidas en un bolsillo del impermeable, un peine y un lápiz de labios. Eran las nueve de la mañana cuando salió del apartamento con la intención de pasar el día paseando. A las diez estaba sentada en una silla en la consulta de un internista, esperando su turno para hablar con él. Había pasado ante la consulta sin detenerse, luego había dado media vuelta y había retrocedido fatigosamente y abierto la puerta y preguntado a la recepcionista si podía verle.

—¿Qué tienes? ¿Qué te preocupa? —Se levantó de su escritorio al entrar ella. Había dejado a alguien que le necesitaba cuando la enfermera le dijo que le estaba esperando. Ella miró sus manos, miró al suelo, luego alzó la vista.

—Creo que algo va mal. Como si soñara que estoy enferma. Probablemente es la edad.

—¿Estás teniendo la menopausia?

—No. No lo creo.

—Te citaremos para un chequeo.

—No puedo. Me voy de la ciudad. Sólo quería decírtelo. Quiero que me cobres esta consulta, William.

—Ya veremos. Bueno, desvístete y déjame echarte un vistazo. —Soltó una risita. Era realmente un hombre encantador. Muy delgado, con pecas, rubio. Anna también rió.

—Hoy no puedo. Tengo una cita. Sólo quería pasarme.

—¿Pasa algo en concreto? Tengo una idea. Comamos juntos. ¿Mañana o pasado?

—Mañana. Te llamaré más tarde. —Se puso en pie. Él rodeó su escritorio. La acompañó a la puerta. Ella le dijo adiós a la recepcionista. Se fue a casa y llamó a Philip. Luego llamó y canceló el almuerzo con el internista. Eran las doce del mediodía. Le dijo a la criada cómo empaquetar las cosas del cuarto de baño. Luego tomó el ascensor y salió a la calle y echó a andar de nuevo. Nada de médicos, nada. *Nada, de nada, de nada.*[1] A seguir paseando. No estás enferma. No pasa nada y no hay nada que haya que arreglar.

Estaba en Madison Avenue. Un escaparate exhibía unos vestidos de algodón preciosos hechos en China. Algodón grueso en negro y *beige* y blanco. Diseños sencillos y bonitos. Anna entró y se probó los vestidos. Envió uno por correo a su sobrina más joven en Carolina del Norte. Luego compró dos bonitos pañuelos y se los envió a la chica de

Oklahoma que también podría ser su sobrina. Compró un pasador de oro y se recogió el pelo con él. Compró un pasador de plata y se lo envió a su hermana Helen. Gastando dinero como un marinero borracho, se dijo. Viviendo como si no hubiera un mañana.

Philip estaba solo en su consulta a última hora de la tarde. En la pared, detrás de él, colgaban los títulos que decían que era doctor en medicina, sanador de la humanidad y científico. Eso significa que debo permanecer pegado a la tierra, decidió. Se supone que sé distinguir los sueños de la realidad, a mi mujer de Anna, mi deseo de mi carrera, mi culo de un agujero en el suelo, mi polla de mi cabeza.

Hoy no puedo hacer más. El ordenador va a costar medio millón de dólares y Steiner va a dimitir y yo no voy a operar después de este año. No lo haré. De todos modos, la mitad de ellos mueren.

Se levantó y se dirigió al cuarto de baño y se miró la cara en el espejo. Sus pecas y su atractivo rostro.

Lo dejo escapar, decidió. El que esperamos. Ella tiene razón. Estamos todos locos. Que revienten.

Se dirigió al escritorio y abrió un cajón. Sacó algo de dinero de un sobre de banco y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Apagó las luces y salió. Tenía 46 años y no se le ponía tan dura como antes y él no dormía tan bien y saber por qué o fingir resignación no cambiaba las cosas.

Bajó hasta el East River y contempló el agua durante unos momentos y luego volvió a casa, junto a una mujer a la que nunca había querido demasiado y cenaron y vieron un rato la televisión y se fueron a la cama.

Notas

1. En español en el original. [Todas las notas son del traductor].

II

Charlotte, Carolina del Norte. En mil novecientos cuarenta y dos, cuando nació Anna, justo en mitad de la Segunda Guerra Mundial. Y en mil novecientos cuarenta y cuatro, cuando su hermana Helen vino a reunirse con ella, luego James y Niall y Daniel y Louise. En la antigua casa victoriana en Shannon Street, una vieja casa pintada de azul marino con muchos adornos blancos y contraventanas y molduras, donde los niños Hand vivieron y crecieron y tenían sus habitaciones y se escondían en el ático y en la torre. El patio, donde estaba la casita de juegos, una réplica de la casa azul, pintada de un azul más oscuro y brillante. Una casita de juegos con una estufa de verdad y un fregadero de verdad con agua corriente y alfombras hechas con sus vestidos y jerséis viejos, tejidas por la señora Randall, que vivía calle abajo y bebía jarabe para la tos para alimentar su locura y su arte. Anna podía contemplar las alfombras de la casita de juegos y ver el viejo pijama amarillo de una pieza de Helen o el jersey rojo de Niall o el abrigo de los domingos de Daniel. Más adelante, cuando se puso a escribir libros, pensaría en esas alfombras y en cómo estaban hechas y en lo que significaban.

El patio de Shannon Street, el camino de entrada pavimentado con las canastas de baloncesto sobre las puertas del garaje, el incesante golpeteo de la pelota de baloncesto de Niall y la de James, que era más silenciosa y pasaba por el aro sin hacer ruido.

El vecindario de Shannon Street, donde los niños Hand jugaban al rescate al oscurecer, después de cenar, con los niños McGruder y los Purcell y los Haverty y los Wilson y los Crane. Con la tierra oscureciendo, la luna y las estrellas saliendo, los planetas, como los llamaba Lannie McGruder, planetas, decía, piensa en ellos cuando sientas lástima de ti misma. Estarás allá arriba cuando mueras.

Los niños corrían por todo el vecindario, se escondían tras los arbustos y en los garajes de los demás, se escondían de dos en dos, temblando de emoción, tocándose las manos en los rincones llenos de telas de araña de los cobertizos. Todo estaba en silencio. Empezaban a colarlos, uno cada vez, desafiando al que se la quedaba. Anna era la única que sabía esperar. Irrumpía en el último momento, cuando todos los demás habían sido hechos prisioneros, gritando «por mí, por mí». Irrumpía con sus largas piernas y los rescataba a todos, incluso a Phelan Manning, cuando estaba quedándose en casa de su abuela. Phelan, el terrible y poderoso y excitante Phelan Manning. Llevaba a Helen con él a esconderse en el cobertizo de las herramientas de los Purcell y le manoseaba las piernas de arriba abajo. Después de que se lo hiciera la primera vez, ella se rasuró las piernas con una maquinilla

que le robó a su padre, la única cosa que Helen robaría en toda su vida. Phelan Manning, un chico por el que robarías, si quieres una clave de su personalidad.

Anna corría más rápido que Phelan. Tenía once meses más que él y era su territorio. Vivía en Shannon Street doce meses al año, año tras año. Phelan sólo vivía allí los veranos y cuando su padre estaba en el extranjero, o luego durante dos años, porque sólo su abuela podía soportar tenerlo cerca cuando tenía 17. Anna corría más que él, y cuando él se la quedaba y capturaba a todos los demás niños y los arrastraba hasta el garaje para que se sentaran en las cajas de los prisioneros, cuando Helen y Daniel y James y Niall habían sido capturados y derrotados, atrapados y avergonzados, y se sentaban con las manos sobre las rodillas y contemplaban la oscuridad que caía por todo el patio y por toda Shannon Street. Se sentaban con las manos sobre las rodillas y esperaban a que Anna irrumpiese desde debajo de la canasta de baloncesto o desde detrás del garaje. «Por mí», gritaba, y «por todos», que significaba que todos estaban libres. Con su larga melena que nunca dejó que nadie le cortase y con sus largos brazos y piernas y sus famosos pantalones cortos marrones de safari que su tío George le había enviado desde Nigeria, gritando «por todos, por todos». ¿Quién salvará ahora a sus hermanos y hermanas? Encadenados a sus empleos y a sus maridos y esposas y exesposas y niños y costumbres e ideas y temores, puertas cerradas y abiertas y rincones llenos de telas de araña. ¿Quién salvará ahora a los niños Hand y los liberará?

III

Grandes saltos. Anna de niña. Si alguna vez fue niña. Era tan seria, tan mayor para su edad. Con sus faldas de uniforme azul oscuro, sus blusas blancas almidonadas. Cómo la elogiaban las hermanas. Pequeña Madre Superiora, la llamaban a sus espaldas. Sus hermanos y hermanas iban a buscarla durante el recreo, le contaban lo que había pasado, le preguntaban qué hacer, informaban.

Luego, cuando tenía 14 años, exigió que la mandasen a un colegio público. Sus padres cedieron. Había sacado todo sobresalientes. Sus notas estaban en los percentiles más altos. Dijo que tenía que ir a un colegio público y sus padres cedieron y la Iglesia la perdió. Las hermanas no paraban de lamentarse. Habían creído que tenía vocación.

—Siempre pensaré en ustedes con amor —le dijo a la madre Elizabeth. Había ido a despedirse y a agradecer a las hermanas la educación que le habían dado—. Siempre pensaré en ustedes, y cuando crezca donaré dinero, si puedo. —Estaba de pie ante la abadesa. Era alta para su edad, elegante y alta. Llevaba la falda azul oscuro del uniforme y la blusa blanca, el pelo recogido con una cinta. En aquella época, su estilo era ir lo más sencilla posible. Nunca animaba su uniforme con lazos o broches o pañuelos. Incluso a los 14 años tenía una percepción de sí misma como alguien especial, alguien que podía tener visiones y hacerlas realidad.

—No pensábamos que íbamos a perderte tan pronto. —La madre Elizabeth buscó los ojos de la niña.

—Sé que pensaban que tenía vocación —dijo Anna—. Bueno, no la tengo. Quiero vivir en el mundo, uno más ancho que Charlotte. Quiero salir y ver todo lo que está pasando.

—Espero que te guste. —La madre Elizabeth sonreía. Todo estaba muy tranquilo. Afuera, la primavera era fresca y vivificante y joven. Una hilera de perales Bradford desfilaba desde la ventana hasta las puertas y su brillante blanco se agitaba hacia el cielo. Un rayo de luz caía desde la ventana sobre las manos de la madre Elizabeth. Anna cogió una de ellas y la besó. Besó la suave y pálida mano con mucha delicadeza, sintiendo las venas bajo los labios; luego se la devolvió.

—No deberían hacer que las chicas se arrodillaran sobre la grava en la Fiesta de Santa María —dijo—. No es agradable y me hizo mucho daño en las rodillas, y Helen se hizo cortes. No creo que Jesús quisiera que los niños se cortasen las rodillas, y además no había suficiente grava por entonces, cuando él vivía. Puso los nombres de las flores en la Biblia y yo vi un libro con todas las flores de Tierra Santa, con flores reales pegadas. Era de mi tía. Deberían concentrarse en cosas

como las flores, no en cuando lo clavaron en la cruz o en arrodillarse sobre la grava. El vía crucis es algo terrible de ver.

—¿Por eso nos dejas?

—No, pero es parte de ello. Me gusta estar aquí, donde las cosas son muy antiguas y parecen parte de la tierra, pero allá afuera, en el colegio público, hay otras cosas que necesito conocer. Para no quedarme atrapada en una sola cosa. Como mi madre. Ella hace las mismas cosas todos los días. Anoté lo que hacía cada día durante seis días. Las mismas cosas todos los días. Como un caracol yendo en círculo. Una persona debería tener una vida diferente, con cosas distintas que hacer.

Entonces se hizo el silencio y cuando volvieron a hablar fue con cumplidos corteses, y cuando Anna se fue la madre Elizabeth llamó a la hermana Martha Teresa y le habló de la conversación y consideraron llamar al señor y a la señora Hand y hablar con ellos, pero decidieron no hacerlo. Los otros niños aún estaban en la escuela. No serviría de nada crear un problema.

Así que Anna fue al instituto público y fue editora del anuario y dirigió la función del último curso y fue la poeta de la clase y se graduó con las mejores calificaciones y tuvo seis novios diferentes cada año y no podía amarlos demasiado. Estás hecha de hielo, le decían sus amigas con admiración. Nunca amas a nadie lo suficiente como para que te hagan daño.

—Me hacen daño —decía Anna. Estaban jugando a verdad o consecuencia en el salón. Anna y su hermana Helena y dos amigas de Anna del colegio público, Dixie Lou y Janissa. Helen aún iba al colegio de monjas; ninguna de sus amigas tendría un nombre tan tonto como Dixie o Janissa.

—¿Cuándo? —preguntó Helen—. ¿Cuándo te hacen daño?

—Me hacen daño cuando la gente hace cosas estúpidas que no puedo entender. Cuando Michael Wheaton vino a ver Ben y nunca me respondió a una carta. Eso me hizo daño.

—Tiene veintidós años —chilló Helen—. Está en la facultad de medicina.

—¿Y qué?

—Los estudiantes de medicina no escriben a chicas de instituto.

—Bueno, dijiste que no me hacían daño y he dicho la verdad. ¿Por qué estamos jugando a este juego?

—Porque no hay nada que hacer en Charlotte en verano. Es un juego estúpido, tienes razón. —Janissa sacó un paquete de Pall Mall y encendió uno. Se apoyó en su codo—. Entonces, ¿a qué universidad vas a ir? —preguntó—. ¿Lo has decidido?

—Va a ir a la Universidad de Carolina del Norte porque eso es lo único que mamá y papá pueden permitirse. —Helen sentía que fuera

cierto. Habría preferido para Anna los grandes centros. Vassar o Radcliffe o Berkeley.

—Papá nos quiere cerca de casa —dijo Anna—. No ha estado bien últimamente. No quiere que me vaya muy lejos.

—Tiene una beca —dijo Helen—. Podría haber obtenido una donde hubiera querido.

—Quiero ir a Chapel Hill —añadió Anna—. Voy a ser muy feliz allí.

Anna conoció a su primer marido en Chapel Hill. Ella estaba en primer curso y él era capitán veterano del ROTC, el Cuerpo de Oficiales de Reserva. La escogió para ser la novia del ROTC, y Anna desfilaba con los cadetes en los partidos de fútbol. Con un elegante uniforme gris y unos enormes ramilletes de crisantemos amarillos y verdes, desfilaba arriba y abajo por el campo junto al capitán, y debido a eso se enamoró de él y se casaron el mes que él se graduó en la universidad. Era un joven frío, con poco que decir que a ella pudiera interesarle, pero la perfección del noviazgo la encandiló. Se llamaba Carter y tenía un tío en Charlotte que lo contrató para que le ayudara a llevar su negocio inmobiliario, y Anna dejó la universidad y volvió a casa a vivir en Charlotte. Tenía 19 años.

—Sé leer —les dijo a sus amigas—. Seré feliz aprendiendo cosas por mi cuenta. —Los recién casados se mudaron a un dúplex a seis manzanas de la casa de los padres de Anna, y al año siguiente Helen Hand se casó con Spencer Abadie y se mudó a una casa media manzana más abajo.

Anna estaba embarazada en la boda de Helen. Iba radiante. Nunca antes ni después en su vida estuvo Anna tan guapa como en los meses que llevó a aquel niño. Lo llevó durante seis meses y medio y lo perdió en un coche camino de la sala de emergencias del hospital.

Se volvió loca. Tenía 20 años y estaba desconsolada. Pensaba que había hecho algo mal. Se metió en la cama y repasó cada paso que había dado desde el momento en que supo que estaba embarazada, cada cigarrillo que se había fumado, cada patata frita que había comido, cada paseo que había dado, cada trayecto en coche, cada vez que ella y Carter habían hecho el amor. El pastor empezó a pasar por casa. Anna llevaba dos años sin ir a la iglesia. Ahora iba a diario. También empezó a ver a un viejo psiquiatra llamado Wilton que le recetó los nuevos tranquilizantes, litio y Valium, y cuando ella se quejó de que le daban sueño le recetó dexedrina y luego fenobarbital para poder dormir tras la dexedrina.

Helen dio a luz a su primer hijo un año después, una niñita llamada DeDe. Eso consoló un tanto a Anna. Dejó el psiquiatra y dejó de tomar pastillas y empezó a ver a su hermana Helen. Se levantaba cada mañana y enviaba a su marido a trabajar y luego se iba a casa de Helen a coger al bebé.

Entonces volvió a quedarse embarazada otra vez y otra vez y otra vez y otra vez y otra vez. Abortos sangrientos todas las veces, los dos últimos en cama. Mientras tanto, Helen dio a luz a Kenny y a Winifred y a Lynley.

Y durante todos esos años la idea de convertirse en escritora nunca se le pasó a Anna por la cabeza. Había escrito poesía toda su vida y la seguía escribiendo, poemas que mostraba a otras personas y poemas que se guardaba para sí misma. Pero nunca pensó en poner su vida en palabras. Anna quería tener un bebé y que viviera. Tubo seis abortos espontáneos durante esos años, aunque Helen siempre decía que habían sido siete, y la señora Hand, veterana, pensaba que habían sido cinco.

Finalmente se divorciaron y Anna volvió a casa de sus padres e hizo que le ligaran las trompas de Falopio para no concebir más bebés que murieran. Y luego conoció a un poeta y se enamoró de verdad de él y se casaron, y cuando él murió en un accidente de coche, sacó de un armario una vieja máquina de escribir Royal portátil y la colocó sobre una mesa de madera plegable en un cuarto de costura y empezó a escribir. Y todos esos años, desde que era una niña pequeña hasta su muerte, se consideró una persona afortunada con una vida encantadora, dichosa y mimada, feliz de haber vivido en un buen lugar en los tiempos mejores.

—Si miraba por la ventana en primavera veía veinte perales en plena floración, y en otoño robles y arces, y en invierno la arquitectura de una docena de árboles de diferentes especies —le dijo una vez al pediatra pelirrojo casado, y muchos años después éste condujo solo por la calle en la que ella había crecido y vivido y se quedó asombrado de lo feo y corriente que parecía todo.

IV

—No eres inmortal, Anna —le dijo el pediatra pelirrojo casado cuando descubrió que no había ido al médico ni se había hecho un chequeo en años.

—No sé. Quizá lo sea. En nuestra familia nadie muere de otra cosa que de apoplejía. De apoplejía a los noventa. En todo caso, te llega tu muerte. Cuando estás preparado. No hables de eso. —Se apartó su largo cabello de los hombros y levantó una copa de vino al trasluz—. El sistema de observación —añadió—. Lo cambia todo. Actualiza un aspecto. Oh, vamos, olvídalo. ¿Quieres ir al teatro si da tiempo?

—La Royal Shakespearean Company representa *Lear*. Podemos mirar a ver si hay entradas. ¿Llamo?

Había entradas y fueron juntos al teatro y se sentaron muy juntos cogiéndose las manos hasta que las palmas se pusieron sudorosas y entonces siguieron cogiéndose las manos porque ninguno de los dos quería ser el que se separara, y más tarde Anna se quedó en silencio, pensando en su padre.

—Soy como Cordelia —dijo—. En mi familia soy la que dice la verdad. Secretamente, a mi padre eso le gusta, creo. Qué lejos estoy ahora de todos. Es una pena. —Él la llevó a casa y se quedó toda la noche y estaba allí por la mañana, y cuando se marchó, el sol apenas había salido en Nueva York y el día estaba perdido para el trabajo.

Aquella tarde ella fue a ver a su viejo psiquiatra para despedirse de él antes de abandonar la ciudad.

—Allí estaré más cerca de ellos —le dijo—. De Helen y de James y de Niall y de Daniel y de mamá y de papá. La casa de la montaña está sólo a ochenta millas de Charlotte. Y hay algo más, una chica en Oklahoma por la que tengo que hacer algo. Una chiquilla que podría ser de Daniel. Bueno, es una larga historia. Ahora no tiene tiempo para eso.

—Claro que lo tengo. Cuéntemelo.

—Daniel se casó con una chica india cuando fingía ser *hippy*. Sólo tenía diecinueve o veinte años. No me acuerdo. En todo caso, estaba en California en una comuna hippy y se casó con una india cherokee y la trajo a casa, a Charlotte, pero ella sólo se quedó unas pocas semanas. Huyó porque mamá y papá se mostraban arrogantes con ella. Todos lo hacían. Incluso yo, creo. No me acuerdo. Todo era un poco confuso por entonces. En cualquier caso, LeLe, mi prima de la costa oeste de la que le he hablado, LeLe y yo tenemos razones para creer que la chica murió al dar a luz a la hija de Daniel, y su hermana la crió. La niña me ha escrito. Tiene quince años. Tengo una foto suya. Se parece a nosotros. Tengo que hacer algo pronto. —Anna estaba

acurrucada en el sofá del psiquiatra. Había olvidado que estaba allí. Estaba pensando en la carta que había recibido la semana anterior y en el silencio y la incredulidad de Daniel.

—Anna.

—Sí.

—¿Adónde se ha ido?

—Vale. Bueno, en cualquier caso, es interesante y me dará algo en qué pensar en las montañas. Quiero ir a verla. Quiero recoger a Daniel e ir y ver si es nuestra.

—Creo que eso es decisión de su hermano.

—Lo sé. Tiene usted razón. Es sólo que ella me escribió primero a mí. Por los libros. Su profesor de inglés le asignó uno de mis relatos y ella empezó a darle vueltas al nombre. Lleva nuestro apellido. Vaya, no sé si es nuestra, porque nunca nos hablaron de ella.

—Creo que sería mejor que se lo dejaras a tu hermano.

—Lo sé. No puedo dejar de hacer de madre. Creo que son míos.

—¿Por qué en vez de eso no escribe sobre ellos?

—Siempre lo hago. ¿Qué otra cosa sabe hacer un escritor? El día que a Helen la mordió un perro. La noche en que Daniel se quemó, el esfuerzo que hicimos todos para que Niall no suspendiera, lo enferma que se puso mamá con lo de Louise, la cocina y los fogones enormes que puso papá y cómo cocinábamos todos a todas horas. Qué raro que yo ya no cocine. Nunca hago una salsa o un suflé.

—Usted era la mano derecha de su madre. Me lo contó un día. ¿Recuerda haberlo mencionado?

—Solía frotarle la espalda mientras esperábamos a que llegaran los bebés. Escuchábamos a Beethoven mientras se acercaban las fechas. La *Sexta sinfonía.* Sabe, hasta el día de hoy, cuando escucho esa música, quiero correr a un hospital a ver a los recién nacidos.

—Vuelva a trabajar tan pronto como pueda, Anna. Ya sabe dónde reside la satisfacción. Usted me lo dijo.

—Lo sé. Bueno, me vendrá bien estar en las montañas. Aquí no funciona. Taxis y limusinas y gente de la televisión, el hombre casado. No fue una buena idea.

—Echaré de menos charlar con usted. —Se puso en pie, la hora ya casi había acabado.

—Yo también le echaré de menos. —Se sentó, se arregló la ropa, pensó en darle un beso de despedida, tocarle antes de marcharse. Sonrió ante la idea y él le gustó aún más, y alzó la vista y ambos se rieron de las cosas que habían pasado entre ellos y las que no, y Anna cogió su abrigo y su bolso y se marchó.

Anna pasó el siguiente año en las montañas de Carolina, en una casa en la que había vivido con el poeta. E hizo algo que no había hecho nunca. Tuvo dos amantes al mismo tiempo. El pediatra pelirrojo

casado en Nueva York. Ése era al que echaba de menos, con el que soñaba, en quien intentaba no pensar, del que no tenía fotos, cartas ni recuerdos de ningún tipo. Hablaba de él con sus amigas íntimas como si fuera un personaje del cine o del teatro. Pensaba que era extraño haber caído en esa trampa. Oh, resultaba de lo más gracioso, ¿no? Y sus comadres y compañeras estaban de acuerdo, qué descojone.

El otro hombre era joven. Vehemente y orgulloso, brillante y con talento, y pobre. Era carpintero y construía casas en las montañas, donde vivía. Cuando ella lo llamaba, él acudía al volante de su camioneta azul celeste y se bajaba de la cabina como si fuera el dueño del mundo. Entraba en su casa y la llevaba directamente a la cama.

—¿Has hecho yoga? —preguntaba.

—Sí —contestaba ella.

—Veamos. —Y la atraía hacia sí y recorría con sus manos los delicados y limpios músculos de la espalda y las piernas de Anna. Nunca preguntó si había otros hombres. Nunca le preguntó dónde estaba cuando no estaba con él. Salían a comer y a matar el tiempo y hacían el amor y charlaban sobre sí mismos. Él quería volver a la escuela y obtener un título de ingeniería, pero no sabía por dónde empezar. Quería hacerse mayor y casarse con Anna y follarla toda la noche todas las noches, pero sólo le decía que le encantaba follar con ella—. Siempre me la pones dura —decía—. Qué dura me pones la polla.

Ella estaba fascinada con el joven, que se llamaba Adam Halliday. Había cautivado su imaginación desde el principio. Descansaba en sus brazos tras hacer el amor y se preguntaba por qué no se casaba con él después de todo, por qué no se hacía cargo de él, lo cuidaba y se convertía en la madre que nunca había tenido. Luego se acordaba de sí misma caminando sobre la nieve en Nueva York con el casado pelirrojo y sabía que el corazón nunca se puede sondear. Buscar amor en todos los lugares equivocados. No, buscar no. Encontrar. El problema de Anna era encontrar. El amor la encontraba y le decía que hay cosas que necesitamos y que no podemos tener.

Qué extrañas criaturas somos. Además, el joven seguiría siendo joven, y Anna se haría mayor y aparecería una joven, y quién estaba preparada para un golpe como ése.

Había dejado Nueva York y regresado a las montañas a finales de otoño. Los arces azucareros habían bailado su danza dorada y luego su danza roja. El invierno llegó en un momento. Hubo nieve profunda y trineos, y Adam encendió grandes fuegos en la chimenea y durmieron en futones frente al fuego y comieron espesos guisos campestres y ella lo ayudó a rellenar las solicitudes para Auburn y Georgia Tech y Vanderbilt. En abril recibió una beca y se emborracharon durante tres días para celebrarlo. En mayo él se marchó a Nashville para ir a la

escuela de verano. A Anna no la entristeció su partida. Había perdido el deseo de poseer nada. Él le pidió que lo acompañara, que fuera su mujer o su amante o lo que ella quisiera, pero ella no fue. Le dio un beso de despedida y lo mandó a la escuela y empezó a hacer planes para cerrar su casa de la montaña y volver a casa en Charlotte, Carolina del Norte, para hacer las paces con su familia.

—Voy a casa —le dijo a su madre, y le pidió que le encontrara un lugar donde vivir.

—Hay varios apartamentos maravillosos no lejos de aquí. En un lago. Puedes vivir con nosotros y tener un estudio allí.

—No puedo vivir con vosotros, mamá.

—¿Por qué no?

—Podría apetecerme acostarme con alguien.

—Oh, Anna, no digas eso.

—Busca a un agente inmobiliario. Estaré allí en otoño.

—Tu padre estará encantado.

—Dile que saque sus mapas. Quiero saber todo lo que él sabe sobre ríos. Quiero escribir sobre todos los ríos de nuestro Estado.

V

Quedaba un último libro por escribir. Y el verano para vivirlo. Trabajaba en el libro de forma esporádica, escribiendo fragmentos extraños e inconexos a horas raras del día, poniéndoles fechas como si fueran entradas de un diario, aunque no tenían nada que ver con los días en que los escribía. Eran fragmentos del pasado, una historia de obsesiones, cualidades, angelizaciones, como una vez llamó Phelan Manning al enamoramiento. Pero Anna no estaba pensando en los hombres de su pasado. Estaba pensando en el pediatra pelirrojo casado. Se despertaba pensando en él y se iba a dormir pensando en él y soñaba con él. Qué extraño es el deseo, pensaba Anna. Si me preguntaran por qué lo necesito replicaría: para poder ver las pecas de sus manos. Imprudente, imprudente, imprudente. Alto. Pronto me marcharé e iré a casa, a Charlotte, y esto se disipará y desaparecerá. Tengo que aprender a controlar mi mente. No. Examínalo, es todo cuanto tienes, Anna. Todo lo que tienes que hacer es observar. Así que observa.

Hizo una lista de las cosas en las que pensaba:

1. El pediatra pelirrojo casado.
2. La chica de Oklahoma.
3. La caja de monedas que Phelan y yo enterramos en broma en Summerwood.
4. Por qué se me sigue pelando la piel de los dedos cuando escribo a máquina. Clave de la relación entre lo físico y lo mental. Asegúrate de llamar a Collis Garen en la universidad y hablarle de ello.
5. Escribir a Adam. Llamar a Adam. Presentar a Adam a una mujer con la que pueda procrear. Dejar de controlar a Adam ni a nadie.

Estaba tratando de pensar en la número seis cuando sonó el teléfono. Era Philip, que llamaba desde Washington.

—Tuve que venir para una consulta. Hay una hora de vuelo a Asheville. ¿Puedo ir mañana?

—No. No serviría de nada. Sólo empeoraría las cosas.

—No tendríamos que hacer el amor. Podríamos hablar. Quiero verte, Anna. Me siento solo sin ti y no puedo dormir y estoy preocupado.

—Pues divórciate de tu mujer.

—Oh, Anna.

—Adiós.

Colgó el teléfono y lo desconectó del enchufe de la pared y salió y lo dejó en el cobertizo de la leña. «El corazón mismo de la pérdida».

Al día siguiente era jueves. Un día de primavera espléndido. Pequeños polluelos y ardillas listadas, conejos y más ardillas,

madreselva, todas las flores del final de la primavera. Anna cruzó el porche de piedra y bajó los escalones de piedra que Adam le había construido y recorrió el prado mientras los conejos la observaban sin moverse y pasó junto al columpio y el emparrado de rosas hasta el jardín que Adam había plantado el verano que estuvo con ella. Se detuvo junto al jardín pensando en él. Qué bien haberse follado a un hombre que siempre lograba que se corriera. Haz que me corra sólo con entrar en una habitación, pensó, divagando con el lenguaje de las mujeres negras que la habían cuidado cuando era pequeña, el suave y risueño lenguaje de las nativas gulás. Haz que me corra con sólo pensar en ello, decidió. Adam o la tierra. Campos anchos y sanos rostros negros, mañanas, noches, tardes, el río, días sin tiempo, el cuerpo todo caliente y vestidos almidonados languideciendo en mi pequeña cintura gorda, olla de caldo y pan de maíz y alubias carilla, mantequilla derritiéndose en mis manos. Bruden y Lannie y William Claire. Tengo que ir a verlos cuando vaya a casa. Ver qué tal les va, si necesitan algo, a qué escuela van sus hijos.

Haz que me corra. Nunca le dije eso al hombre casado. Nunca tuve que hacerlo. Era todo tan apresurado y desesperado e intenso. Anna se arrodilló sobre la tierra húmeda. Recogió romero y tomillo y menta. Recogió seis violetas y con el pequeño ramo en la mano caminó de vuelta a su casa y cogió el teléfono y llamó al número de Washington que él le había dado.

—Por favor, ven a verme. Lo siento.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—Estaré ahí esta tarde.

—Seamos felices. ¿Podemos ser felices?

—Podemos intentarlo.

Vino en avión a Asheville y ella lo llevó en coche a su casa. Una casa de madera y piedra y cristal, amueblada caprichosamente con piezas y trozos de todas las vidas que Anna había llevado. Una alfombra hecha a mano con muchos azules y verdes como joyas. Sillas de mimbre de una casa de la playa. Philip soltó su bolsa sobre la alfombra y se volvió hacia ella, aguardando a ver qué diría a continuación. Ya le había dicho que la cultura estaba muerta, que en los Estados Unidos nadie sabía leer, que no había héroes, que había dejado de fumar, que su sobrina perdida le había escrito, que Bill Bradley haría un buen presidente, que Knight-Ridder había comprado el periódico de Charlotte, que la fisión libera la energía que da forma a la materia, que estaba cansada de la costa oeste y que ya no pensaba volver. Que iba a volver a casa para escribir unas memorias.

—Os amo —dijo ahora.

—Os amo —respondió él, y se fueron al dormitorio y se tumbaron

en la cama y se acurrucaron con la ropa puesta.

—Hueles maravillosamente —dijo ella—. A ti mismo y a nadie más. Lewis Thomas dice que podríamos hacerlo todo por el olfato sin saber más. Feromonas. Pero tú ya sabes todo eso.

—No, no lo sé.

—Hazme el amor como si nunca tuvieras que irte. Quiero que sea diferente y no frenético y apresurado y triste.

—Es frenético y apresurado y triste. Llevo tres días esperando a follarte.

—Pues fóllame. —Se quitó la blusa y luego el sujetador y luego el pantalón y las bragas e inclinó la cabeza a un lado y esperó a que él se metiera en la cama. Él se dirigió a la librería, sacó un libro y lo sostuvo en la mano. Luego volvió a colocarlo en su sitio.

—No sé qué hacer.

—Ven a la cama. Ya se te ocurrirá.

Soñó con el lago en el que había pasado fines de semana con Adam. En el sueño era octubre. Las hojas eran doradas y rojas y burdeos, y el viento las atrapaba y las hacía girar, y Anna pensaba que parecían monedas. Un tesoro esparcido por el suelo de los bosques.

—Estaremos aquí siempre —dijo Adam—. Ya no tenemos que irnos.

—Pero el hombre casado está aquí. Está en mi casa. Tengo que hacerle el desayuno.

—No, él está bien. No puedes llegar allí. Está demasiado lejos. Nosotros estamos aquí, Anna. Aquí es donde estamos. —Le sonreía. Llevaba una camisa marrón a cuadros, unos viejos pantalones azules de trabajo, botas con cordones. Le tendió las manos. Estaban en una isla en medio de un río. En la orilla seguía la vida de los hombres, pero en la isla sólo estaban Adam y ella.

—¿Qué pensará si no vuelvo?

—Pensará que tiene lo que se merece. —Entraron juntos en la tienda de campaña y se tumbaron, y la oscuridad descendió y el río empezó a crecer.

Cuando se despertó, el hombre casado estaba sentado en un lado de la cama mirándola.

—Deja de adorarme —dijo ella, y ambos se rieron y se levantaron y prepararon café negro fuerte y tostadas de canela y se lo llevaron todo a los escalones de piedra y tomaron el desayuno contemplando los pájaros y las ardillas. Los conejos se sentaban en la hierba como si el lugar fuera suyo—. Este maldito sitio se está convirtiendo en una granja de conejos —dijo Anna—. Antes de venir yo nadie había vivido aquí en cuatro años. Debe de haber una madriguera aquí abajo con cien familias de conejos. ¿Cómo he acabado dirigiendo un refugio de conejos, ardillas y arrendajos?

—¿Por qué ibas a irte de aquí y volver a Charlotte? Ésa es la

cuestión. ¿Por qué mudarte a la ciudad? No es bueno estar moviéndose todo el rato.

—Porque necesito estar cerca de ellos. Necesito tener a alguien a quien amar, así que voy a probar con mi familia. Estudiar la fuente. Mi hermana Helen dice que busco amor en todos los lugares equivocados. Quizá tenga razón. Además, tengo que hacer las paces con papá.

—Podría quedarme en una casa como ésta para siempre y nunca querría ir a otro lugar. —Se recostó en los escalones. Su brazo descansaba sobre un enorme trozo de piedra caliza que Adam había peleado durante días para colocar en su sitio.

—Mi amante joven construyó estos escalones. Cuando pensaba que así podría olvidarme de ti.

—Eres ultrajante.

—No, no lo soy. Sólo intento ponerte celoso.

—Pues funciona. Veamos. ¿De quiénes me has hablado desde que llegué? El presidente de la universidad, el antiguo novio que es un gran cazador, el marido muerto, el amante joven. —Bebió su café. Se apoyaron en la piedra. El camisón nuevo color melocotón pálido de Anna cayó a través de sus muslos. Su cuerpo era suave y estaba desnudo y febril y caliente.

—¿Quieres hacer el amor —dijo— o no?

El domingo por la mañana, Philip se marchó para volver a Nueva York y Anna no se sintió distinta a antes. Ni más triste ni más sabia. Empaquetó algunas cajas de mudanza con papeles y libros para llevar a Charlotte. A mediodía llamó a su editor en Nueva York. Había estado pensando en el sueño.

—Creo que lo haré —le dijo—. Escribir ese libro que se te ocurrió. Al estilo de *Tom Jones.*[2]

—Estupendo. ¿Qué te hizo decidirte?

—No lo sé. Tuve un sueño. Parecía como si pudiera aprender algo de ello. Me voy a casa, a Charlotte. ¿Te lo había dicho?

—Bien, he estado preocupado por ti. Completamente sola en esa casa allá arriba.

—Cuando me instale empezaré el libro. Tan pronto como tenga bien las manos.

—¿Qué te pasa en las manos?

—Algún tipo de alergia. Quizá al papel. Empeora cuando tecleo. Pensé que te lo había contado.

—Llevas enferma todo el año.

—No es cierto. ¿Por qué dices eso?

—Deberías ver a un médico, Anna. Hazte un chequeo. Has tenido varias cosas.

—No tengo nada malo. Creo que esto de la piel es una reacción

nerviosa. Quiero decir, piénsalo, se pone peor cuando tecleo. Bueno, puedo hacer eso de *Tom Jones.* Será divertido intentarlo.

—Escucha, ven a vernos. Te echamos de menos.

—Creo que voy a enamorarme de ti.

—Por favor, no hagas eso.

—Sólo bromeaba. Bueno, te enviaré algunas páginas en cuanto tenga algo.

—Anna, hazte un chequeo.

—Tal vez. —Colgó el teléfono y se paseó por la cocina, dejando cosas en cajas de cartón, envolviendo piezas de cerámica en trapos de cocina, pensando en el libro.

Podría hacerlo. Si empezara con el primero y lo escribiera todo. Si empezara cuando tenía dieciocho y una noche dejé que Danny Trunbadge me metiera el pene en la misma abertura de mi vagina y tuvo un orgasmo y luego paró y nos volvimos a poner los pantalones; estábamos en su coche, era la semana de graduación, y él dijo: Anna, esto podría dejarte embarazada. Tenemos que casarnos. Al día siguiente me trajo un anillo y yo lo llevé todo el verano hasta que estuve segura de que no iba a tener un bebé. Entonces se lo devolví.

No, empezó antes de eso. Empezó con aquel chico rubio en décimo grado y cada noche durante dos semanas salíamos y aparcábamos en un camino rural y él frotaba mi vagina a través de mis bragas. Luego metía el dedo por el borde de mis bragas y lo ponía en mi vagina. Oh, Dios, qué bueno era. No quería que parase. Las horas pasaban volando. Mi pequeña y maravillosa vagina victoriana. Oh, primavera.

Finalmente, una noche me dijo: Anna, tócame tú también, y yo dije: Por supuesto que no, y él dijo: Bueno, escucha, si crees que voy a seguir viniendo aquí noche tras noche y frotarte el coño sin obtener nada a cambio estás equivocada. Así que ése fue el final, hasta que tres años después el compañero de cuarto de mi hermano intentó violarme.

Anna cogió el teléfono y volvió a llamar a su editor.

—Definitivamente lo haré —dijo—. Definitivamente lo escribiré. Va a ser un puntazo.

—Pues empieza. Y, Anna, ve al médico.

—Tengo todos los médicos que puedo soportar este año, gracias.

—¿Sigues viendo a Philip?

—Sólo cuando no puedo evitarlo.

—Bueno, debo irme. Tengo gente esperándome.

—Te enviaré trabajo pronto. Quizá empiece escribiendo sobre ríos.

—¿Eso qué significa?

—Nada. Adiós. Escribiré todo el verano, luego me iré a casa a vivir.

Quedaba una última cosa que Anna necesitaba hacer antes de marcharse a Charlotte. Necesitaba resolver el problema de la hija de

Daniel en Oklahoma, necesitaba dejarlo arreglado; como una deuda impagada, no dejaba de decirse a sí misma. Sólo que cómo puede una niña ser una deuda, se replicaba; una niña es la cosa en sí misma, el significado completo de la tribu, la nación, la especie, las ramas, la semilla. Lo único que me fue negado y que no puedo perdonar o entender. Y ahora esta niña aparece en el horizonte de mi vida, de la vida de esta familia, y todos nos quedamos sentados sin hacer nada, como si otra niña no fuera nada en una familia con tantos niños y generaciones. Pero esta niña es algo totalmente nuevo, todo un nuevo conjunto de materiales genéticos mezclados con los nuestros, genes que tal vez hayan llegado a través del estrecho de Bering miles de años atrás, genes de Asia. Pero eso no tiene importancia, todo eso es nada. Lo realmente notable es que ahí hay una niña para mí, ésta podría ser mía y no estoy haciendo nada al respecto. Me toca a mí meter presión en este asunto; si no, ¿por qué no dejo de pensar en ello a todas horas, y por qué está esa carta que me escribió en mi escritorio y no la he archivado? ¿A qué estoy esperando? ¿A Daniel? Estoy esperando a que Daniel haga algo, y está claro que no va a hacer nada. Ni siquiera habla de ello cuando lo llamo. Evade el problema. Finge que no es verdad.

Finalmente, un día de agosto, Anna salió a dar un largo paseo y se detuvo a descansar junto a un arroyo que corría a lo largo del límite sur de su propiedad. Era un alegre riachuelo que la gente del lugar llamaba East Lurie. El arroyo iba inusualmente crecido para esa época del año y formaba una cascada de rocas grises junto al lugar en el que Anna se había detenido para apoyarse en un árbol.

Estaba hablando sola, argumentando. Le llamaré de nuevo esta tarde, decidió, y le diré que voy a hacerlo. Le diré: Daniel, ya es suficiente. Tenemos que ir y ver a tu hija. Si tú no la quieres, yo sí. La quiero. Voy a ir a buscarla y traerla a casa. La amo. Amo la idea de ella. Está decidido, Daniel. Voy a hacerlo y no puedes detenerme. Por favor, no trates de detenerme.

Anna alzó la cabeza. Una oropéndola se acicalaba en una rama justo por encima. Todo parecía tan sencillo, tan fácil de llevar a cabo sin temor, un simple acto humano. Súbete a un avión y ve a ver a la niña. Una niña que sacaba sobresalientes. Una portadora de genes por excelencia. Un rostro que miraba fijamente desde la fotografía y que era su vivo retrato. Olivia. Olivia Hand. Anna contempló la oropéndola y la luz sobre el agua. Se puso la mano sobre la ingle y sintió el antiguo remordimiento, y luego la sensación de vacío desapareció y en cambio la invadió la euforia, la absoluta claridad de pensar que sabía qué hacer.

Cuando llegó a casa llamó a su hermano Daniel y le dijo:

—Me voy a casa a vivir. ¿Te lo contó mamá?

—Estamos contentos, hermanita. Queremos que estés aquí.

—Daniel.

—Sí.

—Quiero estar con Jessie. Por eso voy a casa. La necesito para llenar mi vida. Los hijos de Helen y James también, por supuesto, pero especialmente Jessie, porque es tuya.

—Me alegra oír eso. Te quiere. Está aquí mismo, ¿quieres hablar con ella?

—Dentro de un momento. Daniel, hay algo más que quiero hacer.

—De acuerdo, ¿qué es?

—Quiero ir a Oklahoma y conocer a Olivia. Quiero verla, Daniel. Quiero que vengas conmigo, quizá Jessie también. Tenemos que afrontar esto. No podemos fingir que no es cierto.

—Ahora mismo no puedo hacer eso, hermanita. —Notó cómo su voz cambiaba. De todos sus hermanos y hermanas, Daniel era al que mejor comprendía. A Daniel lo habían mimado tanto que nunca se molestaba en enmascarar una emoción—. No la líes en esto, Anna —dijo—. Lo de Oklahoma es problema mío, y si hace falta hacer algo al respecto, lo haré yo.

—Es problema nuestro, Daniel. Se trata de nuestra familia. Ella es mi sobrina tanto como lo es tu hija. Lleva mis genes, los mismos que Jessie.

—¿Por qué estás tan segura de que es mía? No sé adónde fue Cierva de Verano cuando se marchó de aquí sin decir adónde iba.

—Voy a ir y averiguarlo. Además, ¿has mirado la fotografía que te envié?

—Me enviaron una.

—¿Ha vuelto a escribirte? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Me ha escrito tres veces. Es a mí al que quiere ver, hermanita, no a ti.

—Pues vamos. Es hora de ir. Deberíamos haber ido en cuanto nos escribió. ¿Qué estará pensando? ¿Que su propia familia no va a verla y a conocerla? Es nuestra niña. Dios mío, Daniel. No me puedo creer que estés actuando así.

—No quiero ir a abrir la caja de los truenos. Este año estoy hasta el culo de problemas, hermanita. Estoy a punto de perder el negocio y ya tengo bastante en que ocuparme con Jessie. Ahora mismo no necesito nada más.

—Entonces lo haré yo. Lo haré por ti.

—No lo hagas, Anna.

—Bueno, voy a hacerlo. —Podía oírlo respirar, enfadarse, lo que solía provocarle el asma y volverlos a todos locos de miedo cuando era pequeño, cuando era el niño rubio al que todos adoraban—. Daniel —dijo.

—Ahora mismo no puedo hablar más de eso. Jessie acaba de entrar. Te llamaré en un minuto. No te vayas. —Colgó y Anna se fue a la cocina y abrió la puerta de la nevera y empezó a comer cosas. Se comió tres tallos de apio y luego medio envase de requesón. Luego cerró la puerta de la nevera y cogió una botella de ginebra de una estantería y se sirvió una copa. Bebió la ginebra mientras pensaba en argumentos que usar contra Daniel.

Cuando llamó, estaba preparada. Él también.

—Voy a ir, Daniel. Voy a ver a esa niña.

—Si quieres un bebé, adopta uno, Anna. No te metas en mi vida.

—No es por mí. Es por ella. Es porque preguntó por nosotros. Está preguntando por nosotros, Daniel. Quiere saber quién más es.

—Tú no sabes lo que quiere.

—Voy a averiguarlo, y creo que tú deberías venir conmigo.

—Pues entonces adelante, maldita sea. Jesús, Anna, no sé si quiero que te mudes aquí o no.

—Voy a ir. Es nuestro deber ir y conocerla. —La línea se quedó en silencio. No se oía nada. Quizás lanzaron la bomba, pensó Anna; luego dijo—: Daniel, ¿estás ahí? Por favor, no vuelvas a colgarme el teléfono.

—Estoy aquí.

—Bueno, di algo.

—¿Quieres hablar con Jessie? Ella quiere hablar contigo.

—Daniel, no te enfades por esto.

—No vayas, Anna. Aquí está Jessie. Quiere hablar contigo.

Se oyó el sonido del teléfono al posarlo en la encimera, luego pasos; luego, la hija de Daniel, Jessie, la preciosa, escandalosa y mimada muñequita hija única del Hand más joven, cogió el teléfono con sus dedos perfectos de manicura y se dispuso a asegurarse de que un ser humano más la adorase. Había sido el objeto de una batalla judicial de cinco años entre su madre y su padre, con ambas familias involucradas, lo que incluía a dos juegos de abuelos y todos los amigos de la familia a los que se había podido presionar para que testificasen que tal progenitor o el otro o ambos eran aptos o no aptos. Al final, la madre de Jessie se había ido a Londres con su novio y los Hand habían conseguido la custodia de su vástago más joven y más precioso. Jessie valía ahora unos doscientos mil dólares en honorarios de abogados y costas judiciales. Cuando Daniel la miraba, pensaba que valía diez veces ese precio. Cualquier cosa que pudiera dañarla de algún modo o alterar la vida que él intentaba conseguir para ella era una amenaza a ojos de Daniel, un cuestionamiento de los años que había luchado por conservarla. La joya de mi corona, la llamaba. Mi única joya. Cuando recibió la carta de Olivia diciéndole que ella también estaba en el mundo se sintió aterrorizado. Todo lo que la

carta significaba para él era que había algo que podría incomodar o dañar a Jessie. Había sostenido la carta en la mano mientras recordaba a la madre de Olivia, la violencia y pasión de su naturaleza, el cuchillo que llevaba en la mochila. Se imaginó a Cierva de Verano apareciendo súbitamente en Charlotte con su viejo atuendo hippy, armada hasta los dientes y dispuesta a darle drogas a Jessie.

Daniel cogió el teléfono de la encimera.

—Anna, no me hagas esto. Aquí está Jessie, quiere hablar contigo.

—Voy a ir, Daniel. Tengo que ir.

—Entonces vete a la mierda. Siempre haces lo que quieres, ¿verdad, Anna? Porque tú eres la única persona del planeta que importa. Muy bien. Aquí está Jessie, está esperando. —El teléfono repiqueteó. Luego se escuchó la voz de la sobrina más pequeña de Anna.

—Tía Anna, soy yo.

—Ángel, te quiero. Voy a casa a oírte tocar el piano todo el día y toda la noche.

—¿Cuándo estarás aquí?

—La semana que viene o la otra. Tengo que conducir y llevar un montón de trastos en el coche. Quizá tire la mitad por el camino.

—¿Vas a traer tu piano?

—Por supuesto. Mi pequeña espineta.

—Ahora tengo que ir a la escuela. Te veré cuando llegues. ¡Date prisa!

—Iré tan rápido como pueda. No veo la hora de estar ahí. Es la mejor idea que he tenido en siglos.

—¿Cómo se te ocurrió? —preguntó Jessie. La pregunta sorprendió a Anna.

—Oh, cariño, porque me siento sola —respondió—. Estoy harta de estar sola.

—Lo pasaremos muy bien —dijo Jessie—. Aquí se pueden hacer muchas cosas.

Anna colgó el teléfono; luego se quedó con la mano sobre él pensando en ellos, en su tormentosa y bárbara familia, sus pasiones, rivalidades, obsesiones. No volveré a escribir una palabra si estoy cerca de ellos, decidió. Bueno, qué demonios, he escrito todos los libros que necesitaba escribir. Puedo vivir la literatura y el drama como ellos. ¿Quién seré en Charlotte este año? ¿Qué papel interpretaré? ¿La persona que encontró a la oveja perdida? ¿La que fue a Oklahoma y les trajo a una niña que no les sirve para nada? La Pequeña Madre Superiora imponiendo su voluntad a los demás, como siempre. Quizá en vez de eso debería volver a Nueva York. Ser la amante de Philip. Echar un polvo los miércoles por la tarde como una buena chica trabajadora americana. A la mierda. Esto no tiene nada que ver con eso. Esto es la vida real. Esto es una niña que lleva mi

ADN en cada célula de su cuerpo y voy a ir a verla mañana por la mañana si tengo vuelo.

Anna cruzó la sala. Encendió el estéreo. Joshua Rifkin interpretando a Scott Joplin llenó la pequeña casa de madera y cristal. La luz de primera hora de la mañana estaba por todas partes, se reflejaba en los cristales y las ventanas y en las macetas de cobre y los helechos. Anna llamó al aeropuerto; luego marcó un número de Oklahoma y respondió la voz de una mujer, y luego la voz de una joven.

—Me gustaría ir a verte mañana, si puedo —dijo—. Creo que ya es hora de que nos conozcamos. Me muero por verte, la verdad. ¿Puede ir alguien a recogerme si vuelo a Tulsa?

—Oh, sí. Podemos ir mi tía y yo. Oh, tía Anna. Me encantará que vengas. ¿Viene mi padre contigo?

—Ahora mismo no puede, Olivia. Su negocio tiene problemas y no puede ausentarse. Pero iré yo. Tendrás que empezar conmigo. —Anna cerró los ojos, recordó todo lo que sabía sobre Daniel, su dulzura, ternura, honor, dignidad. No era propio de él tener miedo a la vida, miedo a conocer a su propia hija. Resultaba incomprensible.

—¿A qué hora puedes llegar? —preguntó Olivia.

—Tengo reserva para un vuelo que llega a Tulsa a las dos y veinte de la tarde de mañana. Vuelo cuatro cuarenta y tres de United Airlines. Escucha, me parezco a mis fotos y llevaré una falda azul marino y una chaqueta caqui.

—Te reconoceré. Apuesto a que sabré quién eres lleves lo que lleves. ¿Cómo sabrás quién soy yo?

—Lo sabré —dijo Anna. Se imaginó a una niña rodeada por toda una tribu de indios cherokee—. Oh, cariño, no veo la hora de llegar y verte. Qué aventura eres para mí.

—Estaremos esperando —dijo la voz de la muchacha—. Estaré esperándote.

Anna colgó el teléfono y empezó a pasarse las puntas peladas de los dedos por la blusa, haciendo pequeños rasguños en la seda, ajena a la piel de sus dedos o al daño que le hacía a la blusa. Estaba pensando en la secuencia de acontecimientos que la habían llevado a ese momento.

En la primavera de 1968, su hermano Daniel tenía 20 años y vivía en San Francisco fumando droga y tratando de aprender a ser hippy. Era un hippy terrible. Era demasiado pulcro para el empleo. Por muy colocado que estuviera, seguía levantándose y vaciando los ceniceros y recogiendo las botellas de Coca-Cola. Sólo llevaba en San Francisco unas pocas semanas cuando se enamoró de una chica de 18 años con una trenza de pelo negro que le llegaba a la cintura. Su nombre era Cierva de Verano. No era un nombre hippy, como pensó Daniel al principio. Era una india cherokee, y su abuelo era un anciano de la Nación Cherokee. Como tantas otras chicas por todos los Estados

Unidos, como el propio Daniel, había huido para unirse a los niños de las flores, soñando con un mundo nuevo y una libertad perfecta. Seis horas después de conocerse, Cierva de Verano y Daniel estaban en el cuarto de ella fumando marihuana Razorbud de Arkansas y haciendo el amor en un catre con mantas tejidas a mano. Un mes más tarde se casaron en una ceremonia en el parque del Golden Gate a la que asistieron catorce de sus amigos y varios cientos de otras personas a las que ninguno de ellos conocía. Como viaje de novios pasaron seis días tomando dosis de dietilamida de ácido lisérgico. Cuando se despertaron de su extrañamiento, Daniel se asustó. Sus años de niño respetuoso de la ley volvieron para atormentarle y llamó a casa y pidió dinero para volar a Charlotte con su novia.

Llegaron allí en mitad de la convención nacional de las Hijas de la Revolución Americana, que la señora Hand ayudaba a organizar. Cierva de Verano se quedó diez días en la casa de los Hand entre las miradas horrorizadas de los familiares de Daniel y la amabilidad cautelosa de Anna y Helen y James y Niall y Baby Louise. La noche del décimo día permaneció varias horas encerrada en un cuarto de baño con un cuchillo en la mano, dispuesta a abrirse las venas. Finalmente, guardó el cuchillo en la mochila y en vez de eso se dio un baño. Mientras deslizaba las manos por sus piernas pensó que quizá podría bajar y matar a algunos de los chicos Hand. La idea la sostuvo y salió de la bañera y se secó el cuerpo cuidadosa y amorosamente y se vistió con sus vaqueros y su camiseta y sus sandalias y recogió su mochila y salió por la ventana del baño y trepó al tejado del porche. Se quedó sentada en el tejado detrás de una chimenea hasta que oscureció y entonces saltó a un roble cercano y salió del vecindario y encontró la autopista y se puso a hacer autostop para volver a casa. Ya estaba en Memphis, Tennessee, cuando empezó a sospechar que estaba embarazada. Esa noche fue a un cine destartalado cerca del campus de Memphis State. Proyectaban una antigua película con Olivia de Havilland, y Cierva de Verano lloró viendo la película y decidió que si el bebé era niña le pondría el nombre de la actriz que había desatado las lágrimas en su corazón. Lloró sobre sus palomitas y se preguntó con qué fuerza la golpearía su abuelo cuando se enterase de su vergüenza.

Olivia nació sietes meses y medio después en la reserva de Tahlequah, Oklahoma, con la ayuda de dos comadronas y la madre de Cierva de Verano y su abuela y su hermana Mary Lily. Cierva de Verano bregó durante dos días para dar a luz. Pero sin éxito. Cuando finalmente las comadronas mandaron llamar al médico en Tulsa era demasiado tarde para detener la hemorragia y litros y litros de la preciosa sangre roja de Cierva de Verano corrían por la cama. Para cuando Olivia nació, Cierva de Verano estaba sumida en un sueño que

no tenía nada que ver con el parto.

—La llamaréis Olivia —le dijo Cierva de Verano a su hermana—. Y nunca dejaréis que vaya con esa gente. Prométeme que nunca dejaréis que vaya allí, pero puede llevar su apellido. Está escrito en un papel para que lo veas. Un documento de matrimonio que firmamos.

Cierva de Verano pasó la mano muy suavemente por el cuerpo de su hija y cerró los ojos y abandonó el mundo de los hombres y las mujeres y el nacimiento y la muerte.

Los cherokees honran las palabras de una mujer o un hombre agonizantes, así que, aunque parecía absurdo llamar a la niña por un nombre que no denotaba nada del cielo o de la tierra, le pusieron al bebé Olivia tal como Cierva de Verano había deseado, y cogieron el certificado de matrimonio y las cartas de Daniel reenviadas desde California y nunca contestadas y lo pusieron todo en una caja fuerte de pared sin cerrar detrás de un calendario en el cuarto del abuelo.

A los 9 años, Olivia ya tenía la costumbre de abrir la caja y mirar en el sobre que contenía el certificado de matrimonio y las cartas de su padre.

> Querida Summer:
>
> Sé que estás enfadada con mi familia, pero yo no te he hecho nada. Por favor, escríbeme y cuéntame dónde estás. Quiero verte.
>
> *Daniel*

> Querida Summer:
>
> Le envío esta carta a Jimmy porque le llamé a casa de Elsie y dijo que quizá conociera a alguien que sabía dónde estabas. Estamos casados, por si lo has olvidado. Por favor, hazme saber que estás bien. Mi madre dice que te diga que le gustaste mucho.
>
> Con amor,
>
> *Daniel*

> Querida Summer:
>
> Mi padre llamó a la reserva india en Oklahoma de donde dijiste que eras, pero nunca han oído hablar de ti. Si Jimmy te entrega esta carta, por favor, llámame de inmediato. Es importante.
>
> Con amor,
>
> *Daniel*

> Querida Summer:
>
> He metido a esta chica en un lío y tenemos que casarnos de inmediato. Ella es hija del socio de mi padre. Supongo que entiendes que necesito hablar contigo lo antes posible. Sé perfectamente que recibes estas cartas. Es mezquino de cojones que no me llames. El abogado de mi padre dice que puede conseguirme la anulación, declarar el matrimonio ilegal, porque estábamos colocados. Creo que eso es lo que haré.
>
> Con amor,
>
> *Daniel*

Tras enterrar a Cierva de Verano en el túmulo indio en el río Illinois,

su familia volvió a casa y celebró una reunión. Se fueron pasando el bebé de unos brazos a otros. Finalmente se decidió que Mary Lily criaría a la niña. Era la más joven de los hermanos y hermanas supervivientes de Cierva de Verano y estaba demasiado gorda para atraer a un hombre, así que se decidió que ella sería la madre de Olivia. La desolación natural del carácter de Mary Lily se disipó en cuanto miró el rostro radiante de la niña. La familia era católica romana en esa generación y Mary Lily cogió al bebé en sus brazos y fue a la iglesia parroquial y se arrodilló ante la figura de María, asombrada por la generosidad de Dios.

Notas

2 Novela picaresca de Henry Fielding (1707-1754), considerada en su época muy licenciosa.

VI

Anna durmió en el vuelo a Tulsa. Llevaba en pie desde antes de que amaneciera. Se vistió, regó las plantas y escribió a Daniel para explicarle lo que iba a hacer. Rompió la carta, escribió otra y finalmente lo llamó y lo despertó a las siete de la mañana.

—Voy de camino. Irá al aeropuerto a recibirme. Podrías venir y encontrarte con nosotras. Nunca es tarde para ser un hombre, Daniel. No puedo creer que a nuestra edad seas tan blando.

—Me despiertas a estas horas para decirme eso.

—Tendrías que haber oído su voz cuando preguntó si venías a verla.

—Anna, te dije que no hicieras esto.

—Estaré en Tulsa, Oklahoma, a las dos de la tarde. Podrías volar hasta allí en tu avioneta. Podrías traer a Jessie.

—¿Estás borracha, Anna?

—No, pero estoy viva. Aún estoy viva. ¿Y tú?

—No le hagas ninguna promesa, Anna. Supongo que te has vuelto majara perdida, ¿es eso?

—Te llamaré cuando vuelva, Daniel. Te alegrarás de que haya hecho esto.

—Adiós, hermanita. Gracias por despertarme.

Colgó el teléfono y Anna terminó de hacer el equipaje y salió a la preciosa mañana y se subió al coche y se puso en marcha. Descendió por el camino de grava que conducía a su casa y giró hacia la carretera y se alejó bajo el sol de la mañana. Eran las ocho cuando salió de casa. En seis horas estaría allí.

Durmió en el avión. Durmió y soñó. Podía ver el cigoto dividiéndose, el mapa de cromosomas. Los genes emparejados, si sólo tres o cuatro pares en cada sobrino o sobrina podían formar un todo. Ahí están los libros, se dijo medio dormida. Los libros cuentan. No, sólo son libros, sólo papel encuadernado en papel y tiras de cinta adhesiva en algún ordenador en Boston o Nueva York. Imitaciones de la vida; la realidad final son los niños vivos, un niño vivo, el *sine qua non* de toda la historia. Los libros son lo que pude hacer, todo lo que pude hacer. Esa niña en Oklahoma podría ser la que tiene mi cerebro, mi viejo y extraño cerebro. También mi terrible ambición, lo que siento por los lisiados, mi mezquindad. No, sólo porque era la mayor, y por tanto la líder por decreto, como una abeja reina, alimentaba la mayor ambición, la mayor atención, lo más esperado y exigido de mí. Cómo podría haberme detenido, cómo saber dónde parar, si siempre había otro hermano o hermana a quien dominar, mantener a raya.

Anna abrió los ojos, despertó de sus sueños prolijos. El avión atravesaba espesas nubes blancas, nubes maravillosas, un viaje

maravilloso lleno de baches.

Volvió a dormirse y soñó que Daniel metía peces en todas las bañeras de la casa de Shannon Street. Saca esos peces de ahí, decía ella. Vas a hacer que los niños cojan gérmenes. Anna sacó todos los peces de las bañeras, los escaldó en el fregadero y los puso a secar para la cena; luego les dijo a las criadas que limpiaran las bañeras.

Cuando volvió a despertarse, el avión estaba aterrizando en Atlanta, así que se bajó y buscó el vuelo de conexión a Tulsa y empezó a pensar en lo que la esperaba. Todo lo que estoy haciendo es ir a verla, se dijo. No voy a prometerle nada ni a hablar en nombre de Daniel ni en nombre de la familia ni disculparme por ellos. Esto es entre Olivia y yo, nada más. Es mi propia rectitud beata, mi propia búsqueda de emociones, nada más. Para poder presumir ante Philip de mi bondad. Una excusa para contarle algo. ¿Por qué pienso que necesito una excusa para amarle?

Sacó un cuaderno y empezó a escribir. «Cogí el avión a Tulsa», escribió. «Y fui a ver qué pasaba. No era asunto mío. No era mi puto asunto. Metiendo las narices en los asuntos de Daniel, en la hija de Daniel. La niña es suya y de una chica india con la que ni siquiera fui amable; no era lo bastante mayor o lo bastante sensata o lo bastante libre para ser amable con ella. Ni siquiera fui amable con tu madre, podría empezar diciendo; ahora me estoy haciendo mayor y no tengo hijos, no tengo hombres después de todos esos hombres que amé o no pude amar, y ahora, en este último intento por crear sentido donde no lo hay, aquí estoy. Pinta bien, ¿no?, que tu famosa tía venga aquí a echarte un vistazo. Como no puedo tener lo que quiero, cojo lo que puedo. Aquí en el Hotel-Último-Recurso es sólo una excusa tras otra. Oh, hola, Olivia, hola, hola, hola».

La muchacha estaba de pie junto a la barandilla con un vestido blanco, tan delicada y bonita, tan abierta e invitadora, una maravilla de niña, una niña que cualquiera podría querer y necesitar y estar orgulloso de ella.

—Eres maravillosa —dijo Anna—. Eres tan maravillosa. ¿Estás sola? ¿Dónde está tu tía?

—Tú también eres maravillosa. No te pareces a tus fotos. Pareces distinta. —Cogió la bolsa de Anna y se abrazaron, emocionadas, extrañamente complacidas con el momento.

—¿Dónde está tu tía? —dijo Anna de nuevo.

—Pensó que quizá querríamos estar solas un rato. Está afuera.

—Qué amable por su parte. Bueno, vamos a por mi maleta y luego vayamos a algún sitio en el que podamos hablar. Empieza a contármelo todo. —Recorrieron juntas el aeropuerto hasta la cinta de equipajes. Anna se detuvo dos veces para mirar a la chica, maravillada ante el parecido, asombrada y tratando de ser prudente. No hagas

daño aquí, pensaba. Ten cuidado con esta niña.

—En Tahlequah no pasan muchas cosas —dijo Olivia—. A menos que te guste ir a los partidos o te guste montar. Se podría decir que sólo hay verano, invierno, primavera y otoño. —Llevaba la bolsa de Anna y ahora la giró frente a ella y la sostuvo con ambas manos. Se parecía tanto a Jessie que resultaba asombroso. A Jessie, a Daniel, a Louise, y de algún modo, sobre todo, a la propia Anna—. Ojalá pudieras quedarte varias semanas, así verías lo que hago —prosiguió Olivia—. Resulta difícil contarle a alguien lo que haces. Únicamente voy a la escuela y pienso en cosas y en la universidad y, bueno, ya sabes, en todo. —Contempló el pasillo, las espaldas que se alejaban de los pasajeros que habían venido en el vuelo de Anna—. Pienso en ti —añadió.

—Oh, cariño, eso me agrada mucho. No sé decirte lo contenta que estoy de verte, de que estemos aquí juntas. —Anna recuperó su bolsa, se la echó al hombro, cogió a Olivia del brazo y echó a andar hacia la cinta de equipajes—. Siento que tu padre no pudiera venir. Debería haber venido conmigo.

—Está bien.

—No está bien. Háblame de la escuela. ¿Qué estás estudiando ahora?

—Es terrible. Discuto con las hermanas por todo. No me creo nada de esos rollos que venden. Tú tampoco. Lo sé por tus libros.

—Me escribiste que eras infeliz con ellas.

—Quiero dejarlo e ir al colegio público, pero mi tía no me deja.

—Yo lo hice —dijo Anna—. Dejé el colegio de monjas y fui a la ciudad, al instituto. ¿Qué dice tu tía?

—Casi la convencí, pero luego cambió de opinión. El cura le dice que en los colegios públicos hay drogas, como si no las hubiera en todas partes. —Las maletas empezaron a rodar por la cinta transportadora y Anna cogió las suyas y salieron por las puertas de cristal hacia el brillante cielo azul de Tulsa. Allí estaba Mary Lily, la tía de Olivia, como surgida de la nada, vestida con un severo traje gris y una blusa rosa. Se acercó a Olivia, preocupada, vacilante.

Anna tomó las manos de la mujer entre las suyas.

—Quiero que sepa que estamos agradecidos por haber cuidado de esta maravillosa niña por nosotros, por haberla hecho tan fuerte y maravillosa.

—Oh, no voy a entregarla.

—Lo siento. No quería decir eso. Mire, no nos avergoncemos de las cosas que decimos. Ninguna de nosotras ha hecho jamás algo parecido a esto. Vayamos a comer a algún sitio y a celebrarlo. Éste es un día para celebrar. —Anna le pasó el brazo por los hombros a la mujer, la estrechó como su maestro Zen le había enseñado, y se permitió

mostrarse tan vulnerable como pudo—. Vamos a hablar.

Fueron a una pequeña marisquería y comieron ensalada, y Olivia habló de su colegio y de sus profesoras y de sus clases. Cuanto más la miraba Anna, más le gustaba. Parecía tan clara, tan juiciosa, tan correcta. La tía era triste, gorda e india. La tía es una esclava, decidió Anna. La tía es la esclava, y esta criatura es la princesa. Pero benevolente. Es una déspota benevolente. Olivia se interrumpió en mitad de una frase y le dedicó a su tía una sonrisa.

—Así que el año que viene quiero graduarme, ¿verdad, tía Mary Lily?

—Es muy trabajadora. Le gusta estudiar. Ayuda a las profesoras con las otras alumnas.

—¿Les viene bien que me quede con ustedes? Puedo coger una habitación en un motel.

—Oh, sí. Queremos que esté con nosotras. Puede quedarse en su habitación.

Llegó la cuenta. Anna la pagó y recogieron sus cosas y salieron al calor del mediodía en Oklahoma. Se subieron a un viejo Pontiac y partieron. Anna iba sentada en el asiento del pasajero. Olivia iba en el medio. Mary Lily conducía. Las piernas de la muchacha se perfilaban bajo la falda. La falda era de fino algodón blanco con pequeñas flores violetas. Sus piernas eran tan largas, tan tiernas, tan perfectas. Anna tocó la mano de la muchacha, apoyada en su pierna. Este momento, se dijo. Este momento en este viejo Pontiac con esta maravillosa niña, esta extraña tía india, este coche, este día, esta luz del sol sobre esas hojas.

Salieron de Tulsa y se alejaron de la ciudad por una estrecha autopista de dos carriles que descendía en curva a través de las colinas del territorio indio en dirección a Tahlequah, donde el Camino de Lágrimas terminó para los cherokees. Mary Lily puso la radio. La quejumbrosa voz de Willie Nelson llenó el aire, una balada sobre el amor perdido y el tequila.

—No pongas eso —dijo Olivia—. Sé que la tía Anna no quiere escuchar esa canción.

—Me encanta la música *country* —dijo Anna—. Una vez me peleé con un novio con esa canción.

Mary Lily giró el dial, claramente cohibida. Sonó una emisora cristiana que anunciaba a Cristo. Olivia se inclinó y apagó la radio.

—Así que son todos católicos —dijo Anna—. ¿Cómo se hicieron católicos?

—Nuestra madre era conversa —dijo Mary Lily—. Casi todo el mundo por aquí es baptista. Yo crié a Olivia en la Iglesia, pero ya no es devota. Ahora los niños no hacen nada, no es sólo ella.

—Yo voy —dijo Olivia—. Sólo que estoy harta del colegio. Es

demasiado pequeño. No es lo bastante bueno.

—Ahí empieza el territorio indio —dijo Mary Lily—. Al cruzar este río. Todo a este lado. Si tiene tiempo, la llevaremos al museo.

—Eso me gustaría —dijo Anna—. Me interesa la historia.

—Algunas cosas son bastante aburridas —intervino Olivia—. A menos que te gusten las puntas de flecha. ¿Conociste a mi madre? —añadió—. Dijiste algo sobre ella en una de tus cartas.

—La conocí cuando vino a Carolina del Norte con tu padre. —Anna hizo una pausa—. Creo que era muy infeliz allí. Bueno, eso ya lo sabes.

—¿Cómo era?

—Muy guapa y distinta de cualquiera que yo conociese. Llevaba el pelo recogido en una larga trenza por la espalda. Ella y tu padre eran unos críos. Habían estado en California en una comuna hippy y eran bastante salvajes. Todos lo sentimos cuando se marchó.

—¿Y mi padre lo sintió?

—No lo sé. Sí, creo que sí. Pero entonces se enredó con una chica y se quedó embarazada de tu hermana Jessie. Eran tan jóvenes, Olivia. Tan tan jóvenes.

—Yo se lo digo —dijo Mary Lily.

—Quiero ver a mi padre.

—Por supuesto —dijo Anna. Ella y Mary Lily se miraron a través del retrovisor—. Y lo verás.

—¿Por qué no quiere verme? —Olivia se quedó muy quieta mientras lo decía. Lo repitió en voz más alta, como si el sonido le infundiese valor—. ¿Por qué no viene a verme? Pensé que vendría contigo. Estuve toda la mañana pensando que vendría.

—Por Jessie —respondió Anna, y supo que no debería haberlo dicho. Siguió diciéndolo, tanto si debía hacerlo como si no—. Creo que piensa que haría daño a tu hermana. Tuvo que librar una larga batalla judicial para conseguir su custodia. Se muestra irracional con respecto a ella.

—No tendría forma de hacer daño a mi propia hermana. —Se retorció las manos, entrelazando los dedos—. ¿Cómo iba a hacerle daño? Quiero conocerla. Quiero conocerla a ella tanto como a él.

—Ella no sabe nada de ti. Nadie se lo ha dicho todavía. Él no se lo ha dicho.

—Entonces tal vez se lo diga yo. —Olivia dejó de retorcerse las manos. Mary Lily emitió un suspiro y aceleró. Olivia siguió hablando —: Es mi hermana. Quizá le escriba. Si a él no le gusto lo suficiente para que quiera conocerme, ¿por qué iba a importarme lo que piense de cualquier cosa? —Mary Lily meneó la cabeza. Doblaron una amplia curva, luego una serie de curvas cerradas hasta entrar en un valle. Hermosas vallas negras se extendían a ambos lados de la carretera.

Pasaron ante graneros que hacían juego con las vallas, luego pastos con caballos ruanos y cobrizos. Un potro muy joven estaba junto a su madre. Mary Lily aminoró la marcha—. Ése es el rancho Baron Fork —dijo Olivia—. Trabajé ahí un verano, ayudando con los caballos. El señor Spears es el dueño. Oh, ese potro es tan dulce. Qué potro tan dulce.

—Yo monto —dijo Anna—. Y a tu padre le encanta montar. Cuando vengas a vernos, podrás montar los viejos caballos con los que crecimos. Supongo que te parecerán bastante mansos después de los *ponys* indios.

—Tuvo un isabelino el año pasado —dijo Mary Lily—. Era un buen caballo.

—Murió en invierno —dijo Olivia—. Tuvo laminitis. Le pusimos botas durante seis meses, pero no llegó a curarse. Las odiaba, así que murió. No he tenido tiempo de conseguir otro caballo. Estaba demasiado ocupada con el colegio. —Mary Lily empezó a decir algo, luego se interrumpió. Pasaron ante las vallas marrones del rancho de caballos y junto a un prado en el que había garzas blancas esparcidas como pelusas de algodón sobre la hierba verde. Un cartel anunciaba viajes en lancha por el río Illinois. Otro advertía de multas por exceso de velocidad o por conducir ebrios. Atravesaron otro tramo de curvas pronunciadas. Mary Lily conducía el viejo Pontiac a toda velocidad por las curvas y luego giró por un camino de grava.

—Quedan sólo dos millas más —dijo Olivia—. Vivimos a este lado de la ciudad. —El camino terminaba en un claro con una casita rodeada de árboles. Salía humo de una chimenea, y un hombre y una mujer salieron a la puerta y bajaron las escaleras y se quedaron esperando, cogidos de la mano.

Mary Lily aparcó el coche bajo un árbol y se bajaron, y Anna conoció a los abuelos de Olivia. Se llamaban Pequeño Sol y Cuervo Errante, y Olivia le contó a Anna más tarde que tenían 72 años. Los hijos supervivientes andaban desperdigados por Arkansas y Texas y Oklahoma. En Tahlequah sólo quedaban Mary Lily y otro hijo. La abuela le enseñó a Anna las habitaciones de la casa. Luego Olivia llevó a Anna a su cuarto y depositó con mucho cuidado su maleta en un banco de mimbre azul junto a su cama.

—Éste es un banco que la tía Lily encargó en Dallas, Texas —dijo—. Venía con una mesa de tocador, pero no tengo sitio para ella. Porque necesito tener mi escritorio. Está hecho de madera de caoba. Lo hizo mi abuelo. ¿Te gusta? —Se quedó junto a su escritorio. Estaba muy ordenado, con los libros pulcramente apilados. Los libros de Anna estaban sobre el escritorio en una estantería—. Los compré uno a uno con mi propio dinero —dijo Olivia—. ¿Eres así, tía Anna? ¿Como la gente de esos libros?

—Solía serlo. Pero ya no. No sé cómo soy ahora, Olivia. Ha sido un año extraño para mí. —Contempló el rostro de la muchacha—. Ahora estoy triste, por primera vez en mi vida. Quizá la gente de mi edad se vuelve triste, quizá eso es lo que significan todas esas metáforas sobre hojas que caen, el otoño y el invierno y demás. En todo caso, no quiero ceder ante cosas así, o… —Anna hizo una pausa—. Quizá a partir de ahora tenga que tomar prestada la vida de gente más joven. ¿Puedes prestarme un poco? —Anna estaba sentada en la cama. Olivia se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Puedes tener de mí lo que quieras. Yo sigo siendo feliz. Conozco a un montón de personas que no son felices, que piensan que todo va a ir mal, pero yo no soy así. Creo que siempre gano en todo. Quiero decir que tengo una naturaleza ganadora, como las chicas de las que escribes. Como Kathy, esa chica de tus cuentos que nunca deja que nada la tumbe. Es la que más me gusta de todos los personajes que has escrito.

—Y a mí —dijo Anna. La mano de la niña era fuerte y morena sobre la suya, y pensó en el modo en que ella había sostenido la mano de su abuela, y cómo la piel vieja y fina y los nudillos huesudos habían parecido imprimir a su abuela en su mano.

—No pude conseguir que tu padre viniera conmigo —dijo Anna—. No debes dejar que eso te afecte, Olivia. No es sólo Jessie. Algo le impide conocerte, alguna antigua tristeza o recuerdo de tu madre o recuerdo de cuando era joven y salvaje. No lo entiendo. Es un hombre maravilloso, algún día lo conocerás. Por ahora creo que tendrás que conformarte conmigo. —Olivia bajó la mirada, luego meneó la cabeza como si no hubiera respuesta para eso. Anna se desprendió de sus zapatos y su chaqueta y se acurrucó en la cama. Estaba tan cansada que se sentía exhausta. Si duermo un poco sabré qué decir, pensó. Sabré lo que es mejor decir.

—¿Te tapo para que estés calentita? —preguntó Olivia.

—Eso sería estupendo —respondió Anna—. Sería maravilloso. —La muchacha le tapó las piernas con la manta; luego se agachó, cogió los zapatos de Anna y los alineó junto a la mesilla de noche. No había sucedido nada de lo que Olivia había esperado que sucediera. No había sucedido casi nada.

Anna durmió varias horas sin moverse. Sin mover la mano de debajo de la almohada, durmió los días que la habían conducido allí. Durante un buen rato, Olivia permaneció sentada en la alfombra y la contempló mientras dormía. Luego se levantó en silencio y fue al salón.

—Tu tía no parece encontrarse bien —dijo su abuelo—. Está pálida. ¿Ha estado enferma?

—No le gusta montar en avión —respondió Olivia—. Odia volar. La

agota. Tendrá que dormir un buen rato, así que no hagáis ruido.

En la cocina, Mary Lily se inclinaba sobre la olla de sopa que estaba preparando. Estaba contando para sí misma mientras cortaba y troceaba las cebollas y los tomates y los pimientos. Tenía la costumbre de contar cuando había cosas que la molestaban y ante las que no podía hacer nada. La tía estaba allí. Era el principio. El hombre vendría a llevarse a Olivia. Troceó una zanahoria. Dejó de contar. Se animó. Tal vez se la llevase a ella también, la redimiese de trabajar y pagar facturas. Sí, pensó Mary Lily, no puede tener a la niña sin nosotros. Todos nosotros. Tiene que llevarnos a todos.

Ya había oscurecido cuando Anna se despertó. Se sentó en la camita y contempló la habitación. El cuarto le producía ternura; se sentía desarmada y tierna. Estiró los brazos y las piernas hasta que se libró del entumecimiento; luego se levantó y se lavó la cara y las manos en la palangana que Olivia le había dejado sobre una mesa. Se puso una blusa limpia y salió a reunirse con los demás.

Cenaron en una mesa junto a la cocina. Anna respondió a las preguntas de los abuelos y los escuchó mientras hablaban del tiempo y de la comida. De vez en cuando miraba a Olivia y ambas se sonreían. Era todo muy incierto y extraño. Mary Lily sirvió la sopa. Luego sonó el teléfono. El abuelo contestó y se lo pasó a Anna. Era Philip, que llamaba desde Nueva York.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Lo dejaste con el servicio. ¿Qué estás haciendo, Anna? ¿Dónde estás?

—No estoy muy segura. No, estoy en Oklahoma visitando a mi sobrina, de la que te hablé. Por cierto, es maravillosa. —Anna sonrió a Olivia—. Se parece a mí.

—¿Cuándo vuelves a casa?

—No lo sé. Mañana quizá, o el lunes. No estoy segura.

—Llámame cuando llegues. Quiero hablar contigo.

—De acuerdo. Casi te llamo desde Atlanta. No sé por qué. Sólo quería hablar contigo, contarte lo que estaba haciendo. En todo caso, me alegro de que me encontrases. —Se despidió y le devolvió el teléfono al abuelo—. Es el hombre del que estoy enamorada —le dijo a Olivia—. No sé por qué me ha llamado aquí. Nunca me llama.

—A ella no le gusta que la llamen —dijo Mary Lily—. La mitad de las veces no habla con ellos.

—¿Quién? —dijo Olivia—. ¿De quién estás hablando?

—Los chicos que llaman. Los que te llaman. Como el chico Árbol, que monta para Spears y ésos.

—Eso es una chifladura —dijo Olivia—. ¿Por qué has dicho eso? No me llama nadie. —Se volvió a Anna—. No hay nadie por aquí con quien tenga algo que ver.

Mary Lily se levantó y fue a la cocina y empezó a remover la sopa.

—Puedo ponerle más si quiere —le dijo a Anna—. Ya casi no le queda.

—Gracias —dijo Anna—. Tomaré un poco más. Está muy rica.

—Es venado —dijo el abuelo—. Muy bueno. Mejor que la ternera. Es buena carne.

—Es estupenda —dijo Anna—. La mejor sopa que he probado nunca. —Mary Lily cogió el cuenco de Anna y lo llenó y se lo devolvió, y Anna le dio las gracias y cogió la cuchara y se tomó la sopa.

Por la mañana había tortitas de maíz para desayunar. Con mermelada de moras y café flojo del medio oeste.

—Podríamos ir a montar —dijo Olivia—. Conozco a un tipo que tiene caballos y los alquila.

—Eso me gustaría —dijo Anna—. Si me prestas algo de ropa. O algo para cubrirme las piernas.

—Puedes ponerte mis botas —dijo Mary Lily—. Si te sirven.

—Te encontraremos ropa. —Rió Olivia—. Imagínate a mi famosa tía poniéndose mi ropa. —La llevó a su cuarto y Anna empezó a probarse botas. Las de Olivia eran demasiado pequeñas, y las de Mary Lily demasiado grandes, pero las de la abuela le encajaban perfectamente. Anna se embutió unos vaqueros sometidos por las botas y se puso una camisa blanca por la cabeza y se presentó ante ellas para la inspección. Las botas eran muy antiguas y bonitas, de cuero hecho a mano, con gruesos tacones. La abuela se quedó en el umbral, sonriendo al ver que sus botas resultaban útiles.

—Gracias —dijo Anna, y miró a la mujer a los ojos y vio en ellos oscuridad y luz y cosas para las que no tenía palabras. Luego, de pronto, vio a Cierva de Verano de pie en el umbral del comedor de los Hand, con aquella mirada en la cara.

Mary Lily les prestó el coche y Olivia condujo para salir del patio y coger el camino hacia la autopista. Conducía como su tía Mary Lily, a toda velocidad, con una especie de jovial abandono. Anna buscó el cinturón de seguridad, que estaba roto.

—¿Cómo has llegado a conducir tan bien? —dijo Anna—. No puede hacer mucho tiempo que conduces, pero supongo que las cosas son distintas en Oklahoma.

—Tengo permiso desde hace dos años, porque vivimos en una granja. Siempre me dejan conducir. Me dejan hacer todo.

—Ya me di cuenta. ¿Por qué crees que es así?

—Porque soy la última. Porque mi madre está muerta. Porque la tía Mary Lily está gorda y no tiene un hombre a quien amar. Además, saco buenas notas. Creen que me irá bien y que encontraré un buen empleo. Los chicos de mi tío siempre están metiéndose en problemas.

Ni siquiera van a la escuela la mitad de las veces.

—¿Quieres que los conozca estando aquí? ¿Al resto de tu familia?

—No. —Olivia se quedó en silencio y Anna guardó silencio también, y recorrieron la sinuosa autopista de dos carriles en medio de la quietud de primera hora de la mañana. Al cabo de un rato cruzaron una bifurcación del río Illinois y giraron por una carretera lateral hasta llegar a una verja con un cartel que decía: RODEO INTERNACIONAL. EL RODEO CHEROKEE, ABIERTO 5 DE SEPTIEMBRE A 20 DE NOVIEMBRE. VÉANOS MONTAR.

Había dos hombres junto a un establo ocupándose de la pezuña de un *pony*. Olivia detuvo el coche y se dirigió a ellos.

—Kayo está en la oficina —dijeron—. Adelante.

—Queremos alquilar caballos. ¿Crees que tendrá tiempo para eso esta mañana?

—Para ti siempre tiene tiempo. —Los hombres sonrieron. Apareció un tercer hombre, uno alto con grandes y anchos hombros. Salió por la puerta de un remolque junto a los establos. Se dirigió al coche y le abrió la puerta a Olivia y luego a Anna.

Ella los usa, pensó Anna. Usa su encanto para conseguir que este tipo le haga favores. Es fuerte, ¿cómo voy a hablarle a Daniel de esto? ¿Se lo estará follando? Ella sólo tiene dieciséis años. No creo que folle aún. Pero quién sabe, podrían estar haciendo cualquier cosa.

Kayo las condujo a los establos y Olivia escogió los caballos que deseaba.

—¿Qué has estado haciendo? —dijo Kayo—. Hacía mucho que no venías por aquí.

—Nada —dijo Olivia—. He estado ocupada con los estudios.

—¿Sigues viendo a Bobby Árbol? —Ella se sonrojó y él siguió hablando, dirigiéndose a Anna—. Tiene enamorado a la estrella del rodeo de por aquí. El chico llegó hasta la final en el National High School Rodeo del año pasado.

—No le estoy viendo —dijo Olivia—. No estoy viendo a nadie.

—No es lo que yo he oído. —Rió en voz alta y se metió los dedos en los bolsillos de sus ajustados vaqueros. Apareció un chico trayendo los caballos ensillados, una yegua negra y blanca y un palomino. Olivia se subió a lomos del palomino e irguió los hombros, y el caballo se quedó quieto. Ni siquiera usó las riendas, pensó Anna. Dios mío, esta niña se comerá viva a Jessie. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué he hecho?

Kayo le ofreció una pierna y ella la aceptó y se subió a la yegua y empezaron a trotar por un sendero que partía del recinto del rodeo y atravesaba un prado para adentrarse en los bosques de detrás, siguiendo una pista que tenía la anchura justa para los caballos. Olivia abría la marcha. Apuesto a que sabe montar ese maldito caballo sin tocar las riendas, pensó Anna. Dios sabe quién es esta chica o de lo

que es capaz, pero a quién le importa, es parte de nosotros, es parte de mí y me gusta y me emociona. *Y esto es lo que ocurre a continuación.*

Montaron durante varias horas por caminos que descendían entre árboles y a lo largo de un indolente riachuelo marrón que era un afluente del río Illinois. Ahora Olivia permanecía en silencio. Ahora no se parecía a Anna ni a Daniel ni a Jessie ni a nadie de Carolina del Norte. Se había sumido en un ensimismamiento antiguo. Se detuvo varias veces y llevó el caballo de Anna de la brida en tramos del camino en los que los caballos tenían que pisar con cuidado. Se detuvo una vez junto al riachuelo y desmontó y dejó que su caballo bebiera. Ayudó a Anna a apearse y dio de beber a su caballo. Y todo ese tiempo apenas se dijeron nada la una a la otra. Parecía no haber nada que hubiera que decir.

Finalmente, el camino regresaba a los prados y Olivia aceleró el paso y llevaron a los caballos al trote hasta los establos. Desmontaron y charlaron un rato con los mozos y luego se subieron al coche y siguieron en silencio. Así es como se supone que ocurre entre las personas, decidió Anna. Y si yo no empiezo a charlar o hacer preguntas, ella no tendrá que hacerlo tampoco.

Volvieron a la casa. Ahora el cielo estaba encapotado; se acercaba un frente de un azul brillante en los bordes con sombras de gris empujando contra el azul.

La carretera serpenteaba entre árboles frondosos y pinos altos y ralos. Enormes nidos negros adornaban las copas curvadas de los pinos. Cuervos del tamaño de cajas de zapatos volaban de árbol en árbol, lanzando sus estridentes graznidos, anunciando la tormenta que se aproximaba. Olivia conducía con una sola mano. La otra la tenía extendida sobre el respaldo del asiento de Anna. Anna observaba los movimientos de sus dedos sobre el volante, el modo en que alzaba la barbilla, los largos huesos de sus piernas. Y contemplando a Olivia empezó a desear a Philip, un deseo terrible, un deseo antiguo. Afuera, los cuervos volaban de un árbol a otro.

Esa noche, cuando Anna estaba en la cama, Olivia vino a darle las buenas noches. La lluvia que había amenazado caía por fin y golpeaba el tejado y las ventanas de la casa.

—Apaga la luz —dijo Anna—. Y siéntate junto a mí en la oscuridad. —Olivia apagó la lámpara y Anna buscó su mano—. ¿Así que no te interesa nada ese chico al que le gustas? ¿Ese famoso Bobby Árbol del que no paran de hablar?

—Me gusta mucho. Sólo que no quiero casarme con él. Aquí si sales con alguien el tiempo suficiente acabas casándote con él.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero siempre ocurre. Yo lo veo.

—¿Y por qué no quieres casarte con él?

—Porque su familia vive en un parque de caravanas. Ni siquiera soporto ir allí a saludar. No importa lo grande que él sea. Aun así, vive en ese parque de caravanas.

—¿Qué quieres tú, Olivia? Para ti.

—Quiero una buena educación y un empleo y un lugar que sea mío. Mi profesora de gimnasia me llevó a Tulsa a visitar a una amiga suya que trabaja para IBM. Tiene un coche nuevo y un apartamento realmente precioso y puede viajar a todas horas. La envían a todas partes.

Anna sostuvo la mano de la muchacha entre las suyas, la mano perfecta de la muchacha. ¿Qué podía decir que no provocara daño de ningún tipo?

—Cualquier cosa que hagas será maravilloso —dijo Anna—. Incluso ese Bobby Árbol podría ser menos peligroso de lo que imaginas. Toda esa gente parece pensar que es alguien especial. —Hizo una pausa—. El mundo es muy ancho, Olivia. En gran parte es bueno. Una parte no es más maravillosa que otra.

—Puede —respondió Olivia—. Pero lo parece. Apuesto a que Carolina del Norte es mejor que este pueblucho.

—Vendrás y lo verás por ti misma —dijo Anna—. Tienes mi promesa al respecto.

Al día siguiente, Olivia y Mary Lily llevaron a Anna al aeropuerto. Mientras esperaban el vuelo, Olivia de disculpó para ir al lavabo y Anna se quedó sola con Mary Lily.

—¿Hay algo que podamos hacer por ustedes? —dijo Anna—. ¿Algo que necesiten?

—Siempre necesitamos dinero. Ya ve, vivimos con bastante sencillez. Dígale que envíe dinero para ella. —La mujer bajó la vista —. Yo no quería que él supiera de ella. Pero ya que salió así, pensé que querría enviarnos dinero. Yo soy la única que gana un sueldo. No es suficiente para todo lo que necesitamos.

—¿Cuánto necesitan?

—Con trescientos más al mes podríamos vivir en la ciudad. Allí sería más fácil para ella. Podría ir al colegio que ella quiere. No quiero que vaya en el autobús escolar. Dicen que ocurren cosas.

—Pues veré lo que puedo hacer. Yo misma les enviaré dinero. Pero puedo hablar con él sobre el asunto. Antes necesita verla, comprobar que es suya.

—Para ella es doloroso que él no quiera verla. Bueno, si tuviéramos dinero, lo otro estaría bien.

—Ha tenido dificultades con el negocio. La economía está mal, y eso le ha perjudicado. Aun así, estoy segura de que todo irá bien con la universidad. No deje que ella se preocupe con eso. —Anna consultó su reloj. Se sentía desleal, escindida.

—Dígale que la vea.

—Se lo digo cada vez que tengo ocasión, desde que me enteré. —Olivia se dirigía hacia ellas, casi al alcance de sus oídos—. Por supuesto necesitan más dinero —dijo Anna—. Le diré que robe un poco para ustedes o que vaya a cavar zanjas. Mire, ahora tengo que coger ese avión. La adoro por cuidar tan maravillosamente de ella. Esta visita ha representado mucho para mí, más de lo que usted supone. —Cogió las manos de Mary Lily, pero la mujer no la miró a los ojos.

—Nos alegramos de que viniera a vernos —dijo, pero Anna apenas pudo escuchar las palabras. Luego Olivia llegó junto a ellas y el vuelo ya iba a salir y se dijeron adiós y Anna subió al avión y voló de vuelta a Carolina del Norte.

Llovía en Carolina del Norte y en toda la costa este. Una lluvia oscura y torrencial que llenaba los ríos y convertía las autopistas en zonas peligrosas. Anna condujo a casa desde el aeropuerto con los limpiaparabrisas marcando el ritmo de la radio. Estaba totalmente concentrada en sus pensamientos. Era el mundo moderno; seguro que había un camino para que Olivia conociera más de un mundo, un camino para que visitara ese mundo más antiguo y participara de una parte de él. Seguro que había sitio para una muchacha de 16 años. Anna recordó el modo en que Olivia se había erguido en la silla, el modo en que alzaba el cuello, su extraña energía silenciosa, las preguntas sin responder, las veladas amenazas ¿de hacer qué? ¿Escribirle a Jessie? Ésa no había sido velada, lo había dicho en el coche. Anna se detuvo en una solitaria tienda de 24 horas, metió veinticinco centavos en el teléfono y llamó a su hermano.

—Fui a verla.

—Estaba seguro de que irías. Bueno, cuéntame qué ha pasado. ¿Cómo es?

—Es nuestra, Daniel. Apostaría mi vida. Y es muy guapa, y es poderosa, extrañamente poderosa. Te sorprendería, creo.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije a su tía que les enviaría dinero, y les dije que le pagaríamos la universidad, y ella dijo que iba a escribirle a Jessie. Está enfadada contigo por no ir a verla.

—Maldita sea, Anna. No me puedo creer que me hayas hecho esto.

—Hice lo que tenía que hacer. Ahora es tu turno. Podría escribirle a Jessie, Daniel. Realmente podría hacerlo.

—¿Cuándo llegas aquí?

—En cuanto recoja la casa. Quiero que dejes de estar enfadado conmigo por esto. Quiero que te enfrentes a ello.

—Bueno, hermanita, no será lo primero que quieres que quizá no consigas. ¿Dónde estás? ¿Estás en casa?

—No. Estoy en una estación de servicio y está lloviendo. Volveré a llamarte mañana. ¿Puedo llamarte por la mañana a la oficina?

—No, salgo de la ciudad. Y no le digas nada a Jessie, Anna. Deja a Jessie en paz. Lo digo en serio.

—De acuerdo. No le diré nada a Jessie. Pero será mejor que alguien se lo diga pronto.

—Adiós, hermanita. —Colgó, y Anna colgó el auricular y se quedó junto al teléfono mirando caer la lluvia sobre el mundo.

Me parece que no estoy llegando a ningún sitio, decidió. Todos estos años y creo que cada vez soy más tonta y más tonta y más tonta y más tonta.

La semana siguiente, Anna empaquetó el resto de sus cosas y abandonó las montañas. Lo cargó todo en un camión de mudanzas y volvió a casa, a Charlotte. En una semana fue absorbida por el vórtice Hand-Manning-McGruder como si nunca se hubiera ido. Sus dos números de teléfonos privados figuraban en la agenda de direcciones de su madre y fueron distribuidos a derecha e izquierda entre todos sus primos hasta Luisiana y entre todos los bibliotecarios o profesores de inglés que pensaran que podían hacerle la vida más interesante a Anna. Además, sus dos hermanos, una de sus hermanas y diez sobrinos y sobrinas con su sobrecarga combinada y sus escapadas milagrosas y sus ocasionales movimientos intencionados entraban y salían de su cerebro todo el día. La familia Hand de Charlotte, Carolina del Norte. Los ojos Hand y la nariz McGruder y la piel pálida y el trágico pelo rojo oscuro herencia de la cepa católica irlandesa. También rubios claros y rubios oscuros y rubios fresa con pecas extrasalvajes. Pigmento, decidió Anna. Necesitamos algo de pigmento para diluir esto. Pensó en Olivia. Bueno, los genes no se habían diluido en aquella hermosa muchacha de Oklahoma. Lo más sorprendente era que había encontrado a Anna por su cuenta. Había reconocido a su familia a través de los libros de Anna.

—Éste es mi apellido —le había dicho a su tía Mary Lily al traer a casa un libro de los ensayos de Anna que había encontrado en la biblioteca del colegio. Ya había discutido la posibilidad del parentesco con su profesora de inglés—. Mira, tía Mary Lily. Éste es mi apellido, y estas fotos se parecen a mí, y tú dijiste que mi padre era de ahí. De Charlotte, Carolina del Norte. Aquí, de donde es esta señora.

—No quieras entrar en eso. —Su tía estaba aterrorizada. Sabía que Olivia iba por buen camino. Agachó la cabeza. Se retorció las manos —. Déjalo estar —dijo—. Llevas su nombre. No debes molestarlo fuera de eso.

—Quiero verlo. Quiero hablar con él y verlo.

—Aún no. Espera a tener dieciséis años y yo le pediré que venga a visitarte. —Su tía se quedó esperando, asustada por la conversación, y

Olivia se replegó—. ¿Preparo otra vez pastel de carne para la cena? —dijo Mary Lily—. ¿Del venado que nos trajo Andrew? ¿Te apetece, mi angelito?

—Estaría bien —dijo Olivia—. Estaría muy bien. Lo siento si te he molestado.

—Cuando tengas dieciséis años. Entonces veremos.

Pero Olivia no podía esperar, y en cuanto se leyó todos los libros de Anna le preguntó a su profesora qué podía hacer, y la profesora le dijo que escribiera a Anna a través de su editor. La carta fue reenviada y llegó un día frío a Nueva York. Anna bajó en el ascensor y abrió el buzón y sacó las cartas y tiró la mitad de ellas y se apoyó en una pared y abrió el precioso sobrecito azul de Oklahoma. Se quedó asombrada ante lo que estaba leyendo. Qué extraño, pensó, vivir en el mundo y conocer su extravagancia y fecundidad y verse sorprendida por el nacimiento y la muerte, la fertilidad y el crecimiento, el oscuro poder del sexo, la vida insistiendo en sí misma, repitiéndose y creando, rompiéndose y terminando. Todo eso aún tiene el poder de sorprendernos y asustarnos. Así que Anna se quedó apoyada junto a los buzones y sorprendida y encantada por lo que leía en el papel azul pálido con rosas amarillas en un pico y en el sobre junto al sello.

> Querida señorita Hand:
>
> Soy su sobrina, Olivia Hand. Soy la hija de su hermano Daniel. Mi madre se apellidaba Verano Errante, y ambos se casaron en 1967 en California. Tengo el certificado de matrimonio. Nunca conocí a mi madre, así que me gustaría conocer a mi padre y a su familia. He leído todos sus libros y creo que son maravillosos. Incluyo una fotografía mía. Mido un metro sesenta y cinco y peso cuarenta y nueve kilos. Tengo el pelo rubio rojizo. Escribo para el periódico del colegio. Aquí hay algunos de mis escritos. Por favor, contésteme.
>
> *Olivia de Havilland Hand*

Ahora Anna estaba de vuelta en Charlotte, y una de las principales razones de estar allí era ayudar a resolver aquel asunto de Olivia.

VII

Finales de otoño de mil novecientos ochenta y cuatro. Charlotte, Carolina del Norte. Anna estaba sentada en medio de un círculo de libros. Afuera, la noche caía sobre el lago. Un pato solitario nadaba sobre una línea de luz roja. En el estéreo sonaba un vals. Anna estaba leyendo un libro sobre mecánica cuántica. La maravillosa chifladura de ese mundo la intrigaba, hacía que el mundo de los libros pareciera seguro y casi ordenado. Luz y partícula, estaba pensando. División y gracia y diez sobrinos y sobrinas vivos entrando y saliendo de mi mente todo el día. ¿Qué podría competir con la aleatoriedad y la maravilla de eso?

Su sobrina más joven entró corriendo por la puerta. Jessie, la adorada niña de Daniel, la medio hermana de Olivia. Llevaba suficiente Giorgio para llenar un auditorio. El Giorgio la precedió en la sala. El Giorgio ahogó el vals de *El Danubio azul.* Anna se levantó y bajó la música.

—¿Qué es ese perfume? —preguntó—. ¿Qué llevas?

—¿Es demasiado? ¿Crees que es demasiado? —Era más alta que Anna, pero con la misma cara ancha, los mismos pómulos, la misma piel pálida.

—Es un poco demasiado. Tienes que tener cuidado con ese mejunje. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

—Tengo el empleo. —Retrocedió. Bajó los ojos. Brillaba y temblaba y era maravillosa y tenía 16 años. *El Danubio azul* se elevó a un crescendo y ella bailó fugazmente con las manos.

—Qué estupendo —dijo Anna—. Cualquiera querría contar contigo. Te lo dije. ¿Cuándo empiezas?

—El lunes. Escucha, el gerente me llevó a su oficina. Dijo que pensaba que tenía veintiuno cuando entré por la puerta.

Anna cerró los ojos, luego se lo quitó de encima.

—¿Qué pasa con tu música? No tendrás tiempo para clases.

—Puedo esperar. Necesito tener algo de dinero para no tener que pedírselo a papá. Quiero ese empleo, tía Anna. Estoy impaciente por empezar. Son cuatro dólares la hora y ocho dólares los domingos, y quizá después de navidades quieran que me quede. Si soy buena.

—Serás buena. Ven y siéntate a mi lado. Déjame oler tu Giorgio. —Jessie fue y se sentó en el brazo del sofá. Anna pasó el brazo por la suave y blanca maravilla del brazo de la niña. Qué piel, pensó, tan delicada y joven. Como terciopelo. Una vez un hombre al que iba a dejar me dijo que podía irme si le dejaba mi piel. Yo era tan joven que ni siquiera sabía que era maravillosa, ni siquiera sabía que era suave. No sabía nada. ¿Sabe algo Jessie? Me pregunto si sabe cuánto la

quiero. “El puente es el amor —dijo el poeta—. El único superviviente, el único significado”.

»Te quiero a morir —dijo Anna—. ¿Tocarás para mí? Las cosas que has estado componiendo. Me encanta escucharlas. Por favor, toca para mí. —Jessie cogió las manos de su tía y las sostuvo, complacida de que le recordaran su música. Llevaba una fina pulsera de oro con una bellota de oro como broche. Sus muñecas eran perfectas, la piel de sus manos era perfecta, los dedos tan largos y delicados, manos de músico.

—Vendré a tocar para ti más tarde —dijo—. En cuanto haga los deberes. Tuvimos carta de DeDe. ¿Te lo había dicho?

—¿Qué dice?

—Ha obtenido su licencia de agente inmobiliaria. Así puede trabajar por las tardes y pintar por las mañanas. Va a traer a su novio para Acción de Gracias. Se quedarán con nosotros, porque la abuela no les dejaría dormir juntos en su casa, y la tía Helen tampoco.

—Bueno, algunos podéis quedaros aquí si lo necesitáis. Hay sitio. —Anna suspiró. Acción de Gracias se había esfumado.

—Tengo que irme —dijo Jessie—. Sólo quería verte. —Se puso en pie, resplandeció de nuevo—. Ven a vernos en algún momento. Nunca vas a ninguna parte, ¿no?

—No mucho, ya no. —Anna se puso en pie junto a ella, le cogió el brazo, fue con ella a la puerta—. Me alegro de que consiguieras el empleo. Estoy orgullosa de ti.

Se quedó en la puerta contemplándola mientras se subía al coche y se alejaba sin dejar de saludar. Luego volvió a entrar en casa y cerró la puerta y desconectó el teléfono. Necesito escribir un rato, decidió, algo perfectamente válido que hacer en un universo de partículas y portadoras de genes de dieciséis años. Si algún día leen mis libros, ¿qué pensarán de mí? ¿Recordarán qué les parecía yo este año y se preguntarán quiénes eran las demás personas? La organización invisible de la energía, todos fluyendo dentro y fuera de los otros, y sobre todo, ¿qué papel desempeña el pensamiento? ¿Qué estamos transmitiendo? Una vez le hice esa pregunta a un físico y me contestó: Transmitimos información. Me sorprendió la simplicidad de la respuesta y me odié a mí misma todo el día por ser estúpida. Pero yo no soy científica. Soy escritora y sólo puedo hacer lo que sé hacer.

Si pudiera contar una historia más, y contarla con absoluta claridad, contar exactamente cómo era y qué parecía y lo que la gente decía y hacía y parecía pensar. Cómo amaban y odiaban y conspiraban y suplicaban y exigían. Cómo nunca estaban satisfechos. Todo es anhelo, dijo Buda, pero Arthur me dijo que no pusiera a Buda en todo lo que escribo. Pero tengo que hacerlo bien, como la música que se le ocurre a Jessie. Ni siquiera lo llama componer. Dios bendiga su asombrosa

humildad en eso. La música es lo más misterioso de todo, y en cambio Jessie se va a trabajar en unos grandes almacenes. Bueno, el talento no necesita que lo cultiven como un campo. Ella es feliz, sabe quién es. Y si conocer la existencia de Olivia le hace daño, será culpa mía. Pero no puedo hacerle daño. Necesita la verdad, necesita darle la bienvenida a la verdad y aprender siempre a hacerlo. Aun así, Charlotte, Carolina del Norte, qué difícil resulta ser honestos aquí. Cálmate, Anna, tranquilízate.

Anna trabajó un rato con desgana, terminando la corrección de un artículo sobre un viaje en canoa para una revista. Luego volvió a conectar el teléfono y llamó a Daniel.

—¿Ya ha llegado a casa?

—No.

—Pensé que iba a hacer los deberes.

—Paró en casa de una amiga. La chica Larkin.

—¿Están fumando yerba, Daniel? Quiero que la vigiles estrechamente estos próximos años. Ahora esas malditas drogas están por todas partes. No creo que sepas a lo que te enfrentas.

—Estoy haciendo todo lo que puedo.

—¿Está aprobando?

—No. Pero tenemos un profesor particular.

—Dile que he llamado. Dile que me llame cuando llegue.

—Se lo diré.

—¿Daniel?

—¿Qué más necesita usted, hermana Anna?

—Sé que nada de esto es asunto mío.

—Tienes razón, no lo es.

—¿Qué sabes de Sheila? ¿Está contenta de dejarte hacer lo que quieras con Jessie? ¿Le estás pagando o qué?

—Está allá en Londres metiéndose coca con maricas y fingiendo que hace programas de televisión. Y sí, le estoy pagando, y cuanta más coca esnifa, más lejos está de hacerse con mi hija y joderla y hacerla marica, así que ¿estás satisfecha, Anna, o te apetecería meter la nariz también en eso, ya de paso?

—Te alegrarás de que haya ido a ver a Olivia. Algún día me darás las gracias.

—Bueno, mantente al margen de mis problemas con Jessie. Ella es la joya de la corona, Anna. Es lo único que tengo, y pienso conservarla y criarla a mi manera. Le va muy bien, y no está fumando yerba, y me gusta. Me gusta tal como es.

—A mí también me gusta. Creo que es maravillosa. Pero ojalá tuviera más tiempo para su música.

—No necesita unos putos músicos maricas jodiéndola, Anna. Necesita aprender a leer.

—Ya sabe leer.

—Apenas. Lo justo para salir del paso. Si quieres hacer algo por Jessie, haz que lea algo. —Hizo una pausa—. Pero no tus libros. Aún no está preparada para eso. —Hubo un silencio en la línea. Finalmente, tras lo que pareció mucho tiempo, Daniel volvió a hablar —. ¿Cómo va tu artículo?

—¿Qué artículo?

—El de los ríos en el que papá te estaba ayudando.

—Oh, va bien. Creo que lo terminaré hoy.

—Termina tu trabajo, hermana. No te preocupes por nosotros. Estamos bien.

—Es un buen consejo. Lo intentaré. —Colgó el teléfono y volvió seriamente al trabajo. Se vendó las puntas de los dedos con cinta adhesiva y tecleó feliz durante una hora. El teléfono empezó a sonar en mitad del mejor párrafo. Quizá no se me olvide el final, se dijo, y contestó al teléfono. Era Putty, la esposa del hermano de más edad de Anna, James. Llamaba para ver si Anna quería ir con ella a visitar a su hijo, que estaba encerrado en la sala de drogodependencia del hospital baptista.

—Sé que significará mucho para él que vengas —dijo Putty—. La semana pasada preguntó por ti.

—¿Cuándo vas?

—A comer mañana. Podemos comer con los internos. Pensé que podría darte algunas ideas para escribir.

—Apuesto a que sí. De acuerdo, recógeme. ¿A qué hora?

—Como a las once y media. Oh, qué contenta estoy de que puedas venir.

—Te veo entonces. Ahora tengo que dejarte, Putty. Estoy trabajando.

—Llama a tu madre cuando tengas un minuto. Estaba preocupada por ti.

—De acuerdo. Nos vemos mañana. —Anna colgó. Luego se echó a reír. Resultaba divertido, resultaba hilarante. Día tras día se llamaban unos a otros continuamente. No era raro que ninguno consiguiese hacer nada. Quizá no hay nada que hacer, decidió Anna. Quizá es mejor quedarse sentado. Quizá ellos tengan razón y yo estoy equivocada. Quizá todo lo que se supone que tenemos que hacer es comer y dormir y hablar por teléfono y darnos consejos unos a otros y apoyarnos unos a otros. Pero en todo caso no soy normal. Estoy con los que se arrastraban por las cavernas cargando con andamios para pintar la cueva. Arrastrándose por aberturas tan estrechas que ningún hombre moderno podría colarse por ellas, llevando lámparas de aceite y pigmentos y andamios, por el amor de Dios. Estoy en ese grupo me guste o no, y no puedo hacer esto otro normal. Así que será mejor que

siga y termine el artículo si puedo acordarme de la otra mitad del maldito párrafo.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, Putty volvió a llamar a Anna para decirle que iba a recoger a la novia de James, Shelby, y llevarla a visitarlo. Luego Shelby decidió llevar a su sobrinita, Treena, y luego el hermano de Treena, Andrew, decidió ir también. Para cuando llegaron al hospital parecían un circo volador. Anna llevaba unos pantalones viejos y un jersey, el pelo recogido con un pasador dorado. Putty se había puesto un vestido de algodón. La novia de James, Shelby, un pichi y una blusa, y los niños iban con camisetas de Supermán y Supergirl y capas.

—No creo que debamos entrar aquí con estos niños —dijo Anna.

—Es sólo un hospital —respondió Putty—. Además, a James le animará ver el mundo exterior.

—Déjame quedarme abajo con los niños…

—Todo va bien, Anna. Aquí me conocen. James está en la junta. Ah, hola. Me alegro de volver a verte. —Habían cruzado las puertas y entrado en la recepción. Un chico con aspecto de drogado descansaba en un sofá negro. Pasó una mujer en camisón. Una chica esperaba con sus padres. Los dos niños pequeños se detuvieron a contemplar una jarra con caramelos de menta. Sonó un teléfono por un pasillo. Entonces una antigua compañera de Putty de la Junior League salió por una puerta que ponía DIRECTORA. Llevaba un traje chaqueta negro y una blusa blanca con volante. Llevaba un enorme camafeo prendido en la solapa. Abrazó a Putty y habló con los niños y luego con Anna.

—Me gustan sus libros —dijo—. Pero no he leído el último.

—No se preocupe —dijo Anna—. Supongo que aquí están bastante ocupados.

—Estamos en ello. —La mujer se retorció las manos—. Va mejor. Aquí procuramos lo posible, sabiendo que es posible.

—Está bien —replicó Anna—. Es una buena idea.

La directora los llevó en el ascensor hasta la planta de James. Estaba esperando a la puerta del ascensor, con aire asustado e inseguro, un interno, un muchacho enfermo, obligado a admitir que no era un dios. A los hombres Hand los habían educado para creer que eran dioses, y se esperaba que se comportasen como tales cada día de sus vidas, no importa lo que ocurriera o a quién molestara o cuánto alcohol tuvieran que consumir para alimentarlo. Ahora, en esta generación, estaba llegando a su fin. Allí, en aquel pabellón de la unidad de drogodependencia del hospital baptista, uno de ellos estaba teniendo que admitir que era humano. A Anna le rompió el corazón. La vulnerabilidad de James, su tristeza, su necesidad, la desalentaban. No sabía cómo actuar cuando un hombre era vulnerable o necesitaba

ayuda. Lo observó mientras se mostraba amable con su novia y con los sobrinos de su novia. Lo observó mientras se mostraba considerado con su madre y no dejó de buscar una razón para salir corriendo.

—No sirvo para esto —dijo, y James la miró y se echó a reír y ella vio la chispa, eso que reconocía en los hombres, y se sintió mejor.

»Jesús —añadió Anna—. Este lugar es muy serio. James, esto es realmente un calvario, ¿no?

—No —dijo—. Es mejor que lo que estaba haciendo. Es duro, si te refieres a eso. Es lo más duro que he hecho nunca. —Anna se acercó a él, lo abrazó y se sintió confortada. Después de comer, la chica de James se quedó para ir con él a una sesión de terapia de grupo, y Putty y Anna llevaron a los niños a su casa.

—¿Esto es lo que harán para divertirse? —preguntó Anna cuando estaban en el coche—. La juventud americana acompañándose unos a otros a reuniones de Alcohólicos Anónimos y sesiones de terapia de grupo. Es lo más bestia hasta ahora, Putty. Es estrafalario.

—James es alcohólico —dijo la niña llamada Treena desde el asiento de atrás.

—Sí, pero ahora va a ponerse bien —añadió su hermano.

—No vayas a escribir sobre esto —dijo Putty—. Por el amor de Dios, Anna, no vayas a contar esto en algún relato.

VIII

Era Nochebuena. «La estación que odian los adultos», pensó Anna. Estaba sentada en el sofá contemplando el lago. En una mesa junto a la puerta había seis macetas de narcisos blancos como el papel. Miró más allá de las preciosas y fragantes flores el agua azul oscuro del lago y las nubes blancas bajas en el horizonte y el sol a punto de ponerse sobre su cuadragésimo segunda Nochebuena. Las macetas de narcisos eran el árbol de Navidad de Anna. Seis macetas de narcisos blancos como el papel y una caja de música con forma de catedral. Le dio cuerda por quinta vez. Tocaba «Oh, venid los fieles». Anna llevaba un albornoz. Tenía el pelo medio mojado. No quería vestirse. No quería ir a comulgar con su madre como había prometido. No quería ir a cenar. No quería ir a casa de Niall a ver a la gente beber. No quería hacer otra maldita cosa que no fuera dejar que aquella maldita Navidad llegase a su conclusión lógica. No quería nada de comer ni de beber ni ningún regalo. Sólo quería quedarse allí sentada y dejar que se le secase el pelo al aire y escuchar su caja de música y contemplar el crepúsculo sobre el lago.

—Emily Dickinson y yo —dijo en voz alta—. Suspirando por hombres casados. Qué montón de mierda. La mente consciente tiene el tamaño de un tornillo en el marco de la puerta de la casa del inconsciente. ¿Qué me ha hecho esto? —Se levantó y fue a la cocina y telefoneó a su prima LeLe. Eran las cinco en Carolina del Norte. Eran las dos en la costa oeste—. LeLe —dijo cuando su prima le contestó—. Soy yo. Anna. Escucha, he pensado en la respuesta a por qué los amamos. Porque son bebés y las mujeres están programadas para amar maníacos tontos, egoístas y egocéntricos. Cuanto más asilvestrados, más nos gustan. Cuanto más beben, más queremos cuidar de ellos. Y lo saben. En el fondo saben que no queremos que sean buenos. Los queremos listos para matar en cualquier momento. La civilización es demasiado joven como para ser útil ya. ¿Cómo estás?

—Fatal. ¿Cómo estás tú?

—Peor. Le dije a mamá que la llevaría a la iglesia.

—Oh, mierda.

—Bueno, pues no voy a ir, así que se va a enfurruñar.

—¿Quieres ir a Europa en primavera? Tengo un trabajo allí en marzo. Ven conmigo.

—Tal vez. Es ese viejo papi, LeLe. Esos viejos papis. Eso es lo que amamos.

—¿Eso crees?

—Claro que sí. ¿Cómo están tus padres?

—Como siempre. Discuten todas las noches. Sobre la tele, si no surge otra cosa. Llevo un tiempo sin ir por casa. Así que están enfadados.

—¿Qué tal el jugador de rugby?

—¿Estás bromeando?

—¿Qué más está pasando?

—Nada de lo que pueda hablar por teléfono.

—Bueno, feliz Navidad en cualquier caso. Pensaré lo de Europa. Ya te diré algo.

—Espero que eches un polvo antes de que acabe el día. En honor de la Inmaculada Concepción.

—¿Es que sólo pensamos en eso?

—Sí. ¿Cuántas veces me lo vas a preguntar?

—Las que haga falta mientras sigas dándome respuestas admirables. El problema conmigo es que soy muy particular. Tiene que ser así, tengo que estar enamorada.

—Escribe un libro sobre eso.

—Lo estoy intentando. Es muy gracioso cuando lo pones por escrito.

—Escribe sobre mí. He tenido una vida interesante. No sé por qué nunca escribes sobre mí.

—Escribiré sobre el jugador de rugby. ¿Qué tal eso?

—Ojalá lo hicieras. Bien, escucha, que pases una feliz Navidad. Ve y llévala a la iglesia, Anna. No tienes nada mejor que hacer.

—Adiós, LeLe.

—Piénsate lo de Europa. En primavera.

Anna colgó el teléfono y fue arriba y empezó a vestirse para ir a la iglesia. Podría escribir sobre la vez que le pedí a Philip que se casara conmigo, pensó. Sentados junto al océano la primera vez que fuimos a Maine. Dios, hacía frío ese día. Me estaba costando armarme de valor para pedírselo. No estaba segura de querer llevar la casa de un hombre. Entonces dijo que no. Dios mío, nunca se me había ocurrido que diría que no. Si yo amara a alguien, siempre me casaría con él, sin importar lo que tuviera que hacer o a quién pudiera dañar. Bueno, he pagado el precio por ser como soy. He recogido mi karma. Castigo.

Ni siquiera puedo pasar por Nueva York de camino a Europa sin sufrirlo. Me la ha arruinado para siempre. El día que me fui de allí bajé a Central Park y estuve montándome en ese maravilloso y viejo carrusel durante horas. Debí de montar una docena de veces. Montada en el maldito carrusel y llorando. Mocosa consentida. Con su jersey de cachemir de seiscientos dólares y montada en el maldito carrusel llorando. El amor romántico es penoso. Tendría que haber sido loquera. Si volviera a hacerlo de nuevo, sería loquera. Todo es la relación madre-hijo. Llevaré a mi verdadera madre a la iglesia mientras siga viva, y me preocuparé de los clones después. La gente es

la pera. Tenemos la capacidad, en cualquier momento, de trabajar y tocar y cantar y amarnos unos a otros y creernos la chifladura de los demás y llevarnos a la maldita comunión de Nochebuena, y en vez de eso nos compadecemos de nosotros mismos. Estoy viva y me siento bien. En cualquier momento eso se puede acabar. Debo echarme el maldito maquillaje en la cara, ponerme mi mejor vestido e ir y ser feliz con ellos. Comer su comida, beber su puto ponche de huevo, amarlos, amarlos, amarlos.

IX

Ese invierno, Anna tuvo un sueño recurrente. Una mañana se levantó de la cama antes del amanecer y lo anotó.

Mi sueño en invierno. La otra noche soñé que había vuelto a Nueva Orleans con un joven amante guapo y fuerte. Llevaba camisa a cuadros y una corbata de punto. Llevaba unos bonitos pantalones marrón oscuro y zapatos del mejor cuero. Se reía y tomamos el tranvía hasta el drugstore Katz and Besthoff después de pasar Tulane, frente al convento católico y cerca de la iglesia metodista en la que el predicador es chino y los carteles están en chino y todo el mundo parece feliz al entrar. Una vez conocí a una de las monjas en clase de cerámica. Quería fabricar un horno para las otras hermanas. Yo podría haber sido monja, pero me gustaban demasiado los hombres.

Mi sueño. En mi sueño, el joven guapo y yo nos apeamos del tranvía. Bajamos en la esquina. Las calles están llenas de gente feliz, todos envueltos en el tipo de ropa elegante de invierno que la gente lleva en Nueva York. Debe de ser cerca del Mardi Gras. Bajamos del tranvía y cruzamos la calle. Allí nos encontramos con mi exmarido. Nos pide que le ayudemos a buscar a los niños perdidos. Son los niños de Helen, todos crecidos y tomando drogas y bebiendo y enfadándose, perdidos y muriendo de ambiciones que no tienen ni idea de cómo cumplir. Ni idea de por dónde empezar ante tanta locura.

Mi exmarido tenía un pergamino de un despacho de abogados. Había salido de la computadora en la que nos controlan a todos. Los hijos de Helen obtienen una nota del 10 al 15 por ciento sobre cien, dijo. Yo miré a mi alrededor. Me había dejado atónita que dijera esa grosería y arruinara todo el placer del día. No te preocupes, dijo el joven. Vamos a buscarlos. Vamos a hacerlos mejores de lo que son. Yo no pregunté cómo. Simplemente le seguí por la calle y, a través de la multitud de chicas universitarias reunidas ante la iglesia metodista china, nos dirigimos al parque. Íbamos cogidos de la mano y ahora mi exmarido estaba con nosotros y yo ya lo había perdonado. Sólo intentaba ayudar.

—Ayúdenos a encontrar a nuestros hijos —decíamos sin parar—. Estamos buscando a una chica con un jersey verde. Estamos buscando a un chico con zapatillas de deporte. Estamos buscando a una niña gorda llamada Stacy. ¿Ha visto a DeDe? ¿Ha visto a James o a Stacy o a DeDe? Si pudiera concedernos un minuto de su tiempo…

—Podemos pagar —decía sin parar el marido de Anna—. ¿Aceptaría un cheque?

Anna levantó la vista de lo que había escrito. Al otro lado del lago, los tejados de las casas estaban cubiertos de nieve. El día más frío del

año. Sacó los papeles de la máquina de escribir y los puso en el montón de las cosas con las que aún no sabía qué hacer. Luego fue a la habitación y se puso unos pantalones abrigados y un jersey rojo oscuro y botas y guantes y sombrero y salió a la preciosa y fría mañana. Tengo este día, se dijo. Quién sabe cuántos más. Brinda por el pájaro, dijo el poeta. Bien, señor Flood, ya que insiste, lo haré.[3] Descendió pesadamente los escalones exteriores dejando las huellas de sus botas en los peldaños y volvió la cabeza hacia la nieve que seguía cayendo. Cruzó el aparcamiento y empezó a subir la colina. Al atravesar las puertas de la urbanización se puso a arrastrar los pies, dejando un rastro como solía hacer cuando era niña. Luego se dirigió a la tienda y compró un cartón de leche con chocolate y un paquete de rosquillas cubiertas de azúcar y se comió esa maravilla para desayunar.

Pasó la tarde escribiendo cartas. Le escribió a Olivia, y luego le escribió a Adam.

> Querido Adam:
>
> El invierno es largo, y te echo de menos. Puede que el año pasado tomara todas las decisiones equivocadas, pero ¿recuerdas aquella noche en que juramos no arrepentirnos nunca de nada? Quizá yo lo juré y tú no. Tu carta me puso triste.
>
> Más tarde: Papá me está vendiendo su herencia. ¿No es una locura? Está haciéndome comprar esas malditas monedas de oro suyas, esas Krugerrands y esas monedas Gold Leaf canadienses. Esto es verdad. No es ninguna historia sureña en un libro. Me atosiga y me atosiga y me atosiga y me da a leer basura sobre el colapso de la estructura financiera del mundo, y luego empieza otra vez con esa voz tan razonable sobre el crack de 1929 y el mercado de valores, y es tan convincente. Uno de los socios de Daniel en el negocio dijo que era el ser humano más convincente que había *conocido en toda su vida.* De todos modos me agotó, y finalmente dije: bueno, pues véndeme algunas. Si tanto necesito esas malditas monedas de oro, consíguemelas tú. Pensé que me daría algunas, por supuesto. Pero en vez de eso hemos hecho esto de que me venda esas monedas que finalmente habrían sido mías igual. Viene y me recoge a primera hora de la mañana y conducimos por carreteras secundarias en su viejo Mercedes diésel hasta el banco del condado que le gusta, un pequeño banco de pueblo, y esperamos en el aparcamiento hasta que abre. Entonces entramos y saca las monedas de una caja de seguridad. Están envueltas en grueso papel de estraza y atadas con gomas elásticas. Las desenvolvemos y las contamos varias veces. Por muchas que me venda cada vez. Luego volvemos a envolverlas y a ponerles las gomas. Se necesitan docenas de gomas. Después las ponemos en pequeñas cajitas de cartón y las marcamos con la fecha y la cantidad. 18 Krugerrands, 15 Gold Leaf canadienses. De papá a Anna, 13 de septiembre de 1985. O una etiqueta parecida. Lo escribe cuidadosamente con su preciosa caligrafía antigua. Sus manos son tan bonitas y pecosas y fuertes. Cada vez que miro sus manos quiero besarlas. Le quiero tanto, y nunca puedo decírselo. Creo que ya lo sabe. Es muy agradable ir con él a por las monedas. En todo caso, ponemos más gomas alrededor de las cajas y ponemos las cajas en su maletín, y luego salimos del banco saludando con la cabeza a la gente que conoce. Ahí va el viejo señor Hand con algunas de sus monedas, seguro que lo dicen. Me da

mucho miedo que alguien intente robarle. Robaron una caja llena de esas malditas cosas hace varios años. Me lo dijo Daniel fuera de la oficina. Papá nunca me dijo cuánto había perdido. Por supuesto, no estaban aseguradas. De todos modos, nos montamos en el viejo diésel blanco y volvemos a cruzar todo el condado hasta Charlotte. Se supone que tengo que llamar a la compañía de seguros y asegurarlas, pero nunca lo hago. Creo que voy a cavar un hoyo y esconderlas bajo tierra. Es lo más extraño que he hecho en mi vida, y me lleva mucho tiempo. Fue un acierto volver a casa en este momento. Necesitaba montarme en su viejo coche blanco y dejar que me dijera lo que tenía que hacer.

Espero que tus estudios vayan bien. Todo resulta difícil de hacer. Te amo, pero no del modo que tú quieres. No lo suficiente. Y soy demasiado vieja para ser tu esposa.

Con amor,

Anna

Metió la carta en un sobre, lo cerró y puso la dirección, y luego le puso la dirección a la de Olivia y se puso su vieja chaqueta gris y caminó hasta la esquina para echar las cartas en un buzón con recogida tardía. Vio pasar al obispo episcopaliano de Carolina del Norte en un Volvo ranchera y hablando por el teléfono del coche mientras conducía, y le pareció una señal de que todo iba razonablemente bien en el mundo aquel día de invierno en particular.

Notas

3. Cita casi literal del poema «Mr. Flood's Party», de Edwin Arlington Robinson (1869-1935), que trata de la soledad y la pérdida.

X

Cuando Olivia llegó a casa del colegio el viernes siguiente, la carta de Anna estaba esperándola sobre la mesa, apoyada en el salero y el pimentero. También había un paquete de una librería de Charlotte. Leyó el sobre una docena de veces antes de abrirlo. Mi tía Anna me quiere, pensaba. Algún día me llamará y me llevará de viaje con ella, uno de sus viajes para dar un discurso. Ojalá hubiera visto mi discurso en el debate de Tulsa. Le habría encantado oírlo. Si se pusiera mala, podría ir en su lugar. Ésta es la sobrina de la señorita Hand, Olivia, dirían. Viaja con su tía, y cuando su tía coge un catarro o está muy cansada, ella lee en su lugar. Sí, se llama así por la actriz Olivia de Havilland, pero no hay ningún parentesco. No, no puede salir en una película por ahora, porque está en la universidad en Austin, obteniendo sus licenciaturas en derecho y en aviación. Gracias. Está acabando su licenciatura en antropología. Está estudiando para ser escritora, es escritora.

Con la carta y el paquete en la mano, Olivia cruzó su habitación y salió al pequeño patio que casi nadie usaba. En el patio hacía frío, pero estaba protegido por los muros de la casa y a menudo Olivia se sentaba allí a leer, incluso los días fríos. Mandó a un rincón de una patada un montón de hojas recogidas y sacó al sol una vieja y destartalada silla de jardín. Le quitó el polvo y se hundió en ella como si ya estuviera en los fabulosos salones de los lugares a los que viajaría con Anna.

Vamos, abre la carta, se dijo. Serán buenas noticias. Todas las cartas son buenas. Me ha visto y le gusto. Le gusto y me escribe y me manda regalos. Dijo que quería pedirme prestada la vida. Bueno, puede cogerla. Tengo mucha si la necesita.

La carta seguía sin leer. Puedo contar hasta cien antes de abrirla, decidió Olivia. Pero ¿por qué hacerlo? El sol salió de detrás de una nube. Proyectó las sombras de los nogales por el patio y los muros de la casa. A Olivia le pareció una señal y abrió la carta de Anna.

> Querida Olivia:
>
> Estoy tan orgullosa de ti. La mejor en debate en todo el estado de Oklahoma. Mañana, el mundo. Ojalá estuviera ahí para decirte lo orgullosa que estoy de ti. Cuéntame más sobre la obra. ¿Qué obra es? ¿Qué papel? Yo solía actuar cuando era joven, pero no era muy buena. Siempre quería reescribir mis diálogos.
>
> Escucha, Olivia, por favor, no estés molesta con tu padre, o por no venir aquí de visita. Aún no es lo bastante fuerte para quererte, y además esta maldita familia da más problemas de lo que vale.
>
> Nada de eso tiene que ver contigo y la maravillosa vida que estás creando para ti. No te preocupes todavía por la universidad. Vas a tener becas en

todas partes. Amor y besos de tu muy muy muy orgullosa
tía Anna.
Te envío un libro que podría gustarte.

Olivia desenvolvió el paquete. Era un libro titulado *Al oeste con la noche.* En la cubierta había una fotografía de una mujer con casco de aviador. Olivia acarició el libro con ambas manos. El sol caía sobre el patio y la silla. Abrió el libro y empezó a leer. Cuando su abuela la llamó a cenar una hora después, aún seguía leyendo.

—La cena está lista. Tienes que entrar ya. —Su abuela estaba en la puerta, observando a la chiquilla con sus ojos oscuros como si fuera el sol mismo.

—Este libro trata de una mujer que cruzó en avión el océano Atlántico ella sola. Hace mucho tiempo, cuando ni siquiera existía la radio.

—Tú podrías hacerlo —respondió la anciana— si te enseñaran cómo.

—Podría. Sé que podría.

—Volarás como un águila. Pero no si te mueres de frío. Y a menos que llenes la barriga cuando te llaman.

—Ya entro. —Olivia cerró el libro, le pasó el brazo por el hombro a su abuela y entró con ella en la casa. El mundo se estaba abriendo ante ella. A saber lo que vendría a continuación.

A seiscientas millas de allí, Anna decidió intentarlo de nuevo. Se subió al coche y condujo hasta la casa de su hermano Daniel y se bajó y entró en la casa y le dijo que debería ir y ver a la muchacha.

—No voy a hacer eso, Anna. Estoy cansada de oírte hablar del tema. Te dije que no fueras y fuiste, y ahora tengo que preocuparme hasta la muerte por si llama a Jessie. No empieces otra vez.

—No puedes hacerle esto a quien es de tu propia sangre. Podrías arruinarle la vida. Es un extraño mundo perdido el de Tahlequah, Oklahoma. Hay hombres adultos que la miran como si quisieran comérsela viva. La otra noche soñé que uno de ellos la violaba. No te he contado todo lo que vi allí. —Esperó, lo vio erguir los hombros, asimilarlo. Luego la cogió del brazo, la empujó hacia el estudio y cerró la puerta. Se sirvió un vaso de escocés y le ofreció otro a ella.

—De acuerdo, cuéntame.

—No tiene a nadie que la proteja, Daniel. Es realmente asombrosa, se protege a sí misma, pero le prestan caballos unos mozos de cuadra de un rancho cerca de donde ella vive. Sale con una especie de estrella del rodeo del instituto. Podría salir bien. Tal vez ése sea su mundo y deba quedarse en él. Pero es nuestra. Nos pertenece. No podemos dejarla allí. No hay un hombre para protegerla. Su abuelo es viejo. Debería haber un hombre.

—¿Qué edad tiene?

—Tiene dieciséis. Es dos meses mayor que Jessie. Te lo he contado una docena de veces. Ya lo sabes. Si no vas a por ella, tendré que hacer algo al respecto. Al menos ve allí y que te vean con ella. Que sepan que habrá alguien que responda si pasa algo.

—¿Me estás montando un número, Anna? —Esperó, se bebió su copa, la miró. Ella se acercó más, le devolvió la mirada. Puede que lo esté haciendo, pensó. Puede que esto sea lo más mezquino que le he hecho a alguno de ellos.

—Si fuera Jessie, estarías muerto de preocupación. Si vas y la ves, querrás traerla aquí.

—¿Les enviaste dinero?

—Sí, y prometí hacerme cargo de la universidad cuando llegue el momento. Por favor, ve y ocúpate de ello, Daniel. Por favor, haz esto por mí.

—Me lo pensaré. Lo estoy pensando, Anna. —Se sirvió otra copa, un vaso de los de agua lleno, y empezó a darle sorbos. Era un hombre poderoso, un jugador de dobles de alto nivel en el Estado, y un atleta todoterreno. Nunca había tenido que temer a ningún hombre en su vida. Anna vio como la vieja locura y energía de los Hand aumentaban con el nivel de alcohol en sangre. Tuvo incluso el suficiente sentido común para mantener la boca cerrada mientras eso sucedía.

—Entonces háblame de esos mozos de cuadra que le prestan caballos.

—No es nada, en realidad. Sólo es que tiene que mostrarse amable con ellos para tener un caballo y poder montar. Cuando sea mayor, quizá alguno de ellos intente cobrárselo. Se protege a sí misma. No quiero decir que sea una víctima. Acaba de ganar el concurso estatal de debate, eso ya te lo conté.

—Sí, me escribió. Envió el recorte del periódico. Si voy allí y la veo, querré quedármela. Lo sabes, Anna. No podría ver a mi propia hija y luego dejarla en Oklahoma. Si voy allí, la cogeré y me la quedaré.

—No tendrías que hacerlo. Podrías pensar en lo que es mejor para ella. Puedes ayudar sin volverte loco.

—Eres tú la que estás dejando que te vuelva loca. Estás chiflada con el asunto. Entonces, ¿qué soñaste? —Se reclinó en su asiento, mirándola fijamente.

—Soñé que se bajaba del escenario y no había nadie para felicitarla, nadie para contribuir a celebrar que había ganado el concurso, y entonces esos hombres estaban allí y se la llevaban en un coche. Lo soñé la semana pasada.

Daniel bebió un sorbo. Ladeó la cabeza hacia la puerta que daba al patio, donde el sonido de Jessie jugando al tenis con sus amigos parecía una melodía. La voz de un chico, luego la de otro, y luego la cadenciosa y mandona exigencia de Jessie, después risas.

—¿Quieres una copa o no? —dijo Daniel—. Vamos, hermanita, toma un trago conmigo. Es sábado.

—Claro —dijo ella—. Prepárame uno. —Él mezcló escocés con agua y, con las bebidas en la mano, salieron por las cristaleras al balcón y se apoyaron en la barandilla mirando a Jessie, envuelta en un chándal lila pálido, jugando al tenis con sus amigos.

—Te preocupas demasiado —dijo Daniel—. No conozco a nadie que se preocupe como tú. ¿Ya no te diviertes nunca?

—No puedo evitarlo —respondió ella—. Soy del tipo A. Tengo que preocuparme. Lo sorprendente son los años en que me divertía y no me preocupaba. Debió de ser durante varios años, pero ahora me cuesta recordar cuáles. Jessie se va a morir de frío jugando al tenis con este tiempo.

—No, no pasa nada. Yo solía jugar en enero cuando realmente me lo tomaba en serio.

—Y siempre íbamos a nadar en marzo. Phelan siempre lo dice. Dice que siempre íbamos a nadar en marzo. Si alguien era demasiado caguica para ir en marzo, no podía salir con nosotros.

—¿Qué andan tramando Phelan y Niall? ¿Es verdad que van a comprar un avión juntos? Eso será el final de su amistad.

—Igual van a traficar con mexicanos o algo. No les gusta estar pelados.

—¿Están pelados?

—Compraron seis entradas para las finales de la NCAA. No pueden estar muy pelados. —Rió Anna; luego se terminó su copa—. Voy dentro —dijo—. Todavía estamos en febrero. No tengo que ir a nadar hasta dentro de un mes.

—Lo pensaré —dijo Daniel—. Lo de Olivia.

—Has dicho su nombre. Bien, que me aspen. —Cogió el brazo de su hermano, le acarició la manga, se preguntó cómo era posible que su hermano pequeño hubiera crecido tanto, se hubiera hecho tan grande, se hubiera convertido en un hombre.

—Buen tiro —gritó Jessie desde la pista—. Con amor, quince.

Esa noche, Daniel llamó a Olivia y la invitó a pasar el fin de semana dentro de dos semanas. Luego llamó a Anna y le contó que lo había hecho.

—¿Estás satisfecha? —dijo. Estaba de pie en la cocina con un vaso de escocés en la mano. Estaba tratando de no pensar en nada malo. Estaba tratando de recordar cuando parecía tan fácil vivir en el mundo y si querías algo simplemente lo hacías o lo cogías o lo pedías. Antes de tener que manejar ese maldito asunto y comprometerse todo el día.

—¿Lo estás tú? Eso es lo importante. Ella somos nosotros, Daniel. Había que hacerlo. Oh, Dios, estoy tan contenta de que lo hicieras.

—Pero nada de conocer a mamá y a papá. Tiene que ser sólo para

estar conmigo, con Jessie y contigo.

—Suficiente. Te quiero.

—Veremos qué ocurre. —Subió y buscó a Jessie y le contó todo lo que estaba haciendo y el papel que había desempeñado Anna en el asunto y cuándo y dónde y por qué iba a afectarla a ella. Luego se bebió otro escocés con agua y se acomodó para ver *Dallas* en la tele. Pensó en la madre de Olivia y en lo colocados que estaban el día que la conoció y en lo joven que era él y era ella y en lo celoso y orgulloso que estaba de ella con su pelo negro hasta la cintura y sus anchos hombros y su altivez y su maldito orgullo.

ENCUENTROS AZAROSOS QUE UNEN CONTINENTES. Anna estaba leyendo una nota pegada a su refrigerador con cinta carrocera. DEJAR DE BUSCAR UN AMOR EXTERNO, PORQUE SI LO ENCONTRARAS QUERRÍAS CONTROLARLO, Y SI PUDIERAS CONTROLARLO YA NO LO QUERRÍAS. HAY UNA DIFERENCIA ENTRE UNA OBSESIÓN Y UNA HISTORIA DE AMOR. Me pregunto si será verdad, pensó. El timbre de la puerta empezó a sonar. Sonaba y sonaba. Anna atravesó la casa y abrió la puerta principal. Un sombrío día de marzo, frío, gris y lluvioso. Y en el umbral estaba Jessie, que parecía frenética. Alta como un árbol y hermosa y con 16 años y frenética.

—¿Me prestas un jersey? —dijo—. No tengo nada que ponerme.

—Por supuesto que tienes cosas que ponerte. Pasa. ¿Qué te inquieta realmente? —Pero Anna ya conocía la respuesta. Aun así, tal vez *no* tenía nada que ponerse. Tal vez no había nada que pudiera hacer que una chica de 16 años tuviera el aspecto que ella pensaba que debía tener para ir al colegio en Charlotte, Carolina del Norte, en el año de nuestra demencia, mil novecientos ochenta y cinco—. Pasa. Desayuna conmigo.

—No puedo. Tengo que ir al colegio. Siento incordiarte.

—No me incordias. Pero no te voy a volver a prestar ropa. Se lo prometí a tu padre. Es una mala costumbre.

—Esta noche voy a cantar en el coro. ¿Vendrás a escucharnos?

—Por supuesto. ¿A qué hora? Me encantaría.

—A las siete y media.

—Allí estaré. Escucha, Jessie, a la gente no le gustas por la ropa que llevas. Si es así, no son la gente que necesitas. Ésa es una de las razones por las que no puedo prestarte mi ropa.

—¿Cuál es la otra razón? —Jessie se sentó en el borde del sofá y subió las rodillas.

—Porque nunca te acuerdas de devolvérmela y porque se lo prometí a tu padre. ¿Qué os pasa a tu padre y a ti?

—Mi hermana va a venir. Lo sabes todo, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué nadie me contó nada?

—Tu padre no se lo creía, y yo pensaba que no era mi papel. Yo quería contártelo. Quería contárselo a todo el mundo desde que lo supe. No me gustan los secretos. Creo que hacen más mal que bien.

—¿La has visto?

—Sí. Es muy guapa. Se parece a ti.

—¿A mí?

—Sí, bastante.

—¿Qué vamos a contarle a la gente de por aquí cuando aparezca pareciéndose a mí y de la misma edad?

—La verdad. No es ningún secreto que tu padre estuvo casado antes de casarse con tu madre.

—Pero tenemos la misma edad.

—Entonces supongo que sois como niños en un harén, ¿no? Un nuevo giro en el mito familiar. Quizá un golpe maestro.

Jessie apartó la mirada.

—Qué cosas dices. Tía Anna, eres terrible.

—Entonces, ¿por qué estás sonriendo? ¿Por qué intentas aguantar la risa? —Jessie alzó la vista. Se rió, luego se cubrió la cabeza con las manos y siguió riendo.

—Supongo que podría haber nueve o diez como nosotras. Le dije a papá que de acuerdo en que viniera a vernos. Pero no quiero presentársela a mis amigas. Aún no. No hasta que me acostumbre a esto.

—¿Vas a contárselo?

—Se lo he contado a MerryLee y a Karen. Y a Connie.

—Suficiente. —Ahora, el turno de Anna de echarse a reír—. Te diré una cosa —dijo—. No puedo prestarte más cosas, pero puedes quedarte con aquel jersey azul de algodón si realmente lo quieres y si lo mantienes limpio y no dejas que acabe por el suelo. —Jessie le echó los brazos al cuello y la besó—. Porque —prosiguió Anna— y sólo porque estás tan guapa con él que yo ya no lo quiero. —Jessie se levantó de un salto y corrió escaleras arriba hasta el cuarto de Anna y volvió a bajar en unos minutos con el jersey puesto. Realmente estaba maravillosa con el jersey—. Lo compré en Londres cuando me perdieron el equipaje en Múnich —dijo Anna—. Es perfecto. Igual que tú. Me alegro de que vinieras. Ahora lárgate de aquí, no vayas a llegar tarde a clase.

—Llega el fin de semana después de éste.

—Lo sé. Tu padre me lo dijo. Todo irá bien, cariño. Funcionará.

—¿Vendrás a oírme cantar?

—Sí. No me lo perdería.

—De acuerdo. Te veré esta noche. Gracias por el jersey. Es lo más bonito que he tenido nunca. —Besó a Anna en la mejilla, se volvió y salió corriendo por la puerta y se montó en su coche. Jesús, pensó Anna. Cerró la puerta y volvió a la cocina. Daniel y sus hijas. La insólita que iba a venir pronto y ésta, una perfección perfecta de chica, con un oído tan sublime para la música que hacía que su perfección física pareciera insignificante. Un oído perfecto y un cuerpo perfecto y un rostro perfecto y ni siquiera es capaz de leer un libro. Anna meneó la cabeza. Bueno, no necesita leer libros. No se puede mejorar más la rosa. ¿Qué estaba pensando yo cuando sonó el timbre?

¿Qué iba a hacer?

Cogió el teléfono y llamó al hombre al que amaba o con el que estaba obsesionada.

—Quedamos en Atlanta el fin de semana.

—No puedo. Ya sabes que no puedo hacerlo.

—¿Por qué me haces esto?

—Me lo hago igualmente a mí mismo. ¿Cómo estás, aparte de todo lo demás?

—Estoy fatal. No, estoy bien. Estoy trabajando. Y mi sobrina vendrá pronto, la que fui a conocer. Finalmente, él se lo ha pedido.

—Es una buena noticia. Sé que te alegra.

—No sé si me alegra o no, ahora que está hecho. La otra está preocupada, pero creo que todo irá bien.

—¿Por qué hacemos montañas de todo? Sólo somos seres humanos, Anna. Aún no somos perfectos.

—Te amo. Te echo de menos. Te echo muchísimo de menos.

—Y yo a ti. Pero está bien. Es mejor así. Tú tenías razón al respecto.

—Adiós. Estoy harta de hablar contigo.

—Vale. Adiós.

Colgó el teléfono y subió a su estudio y trató de encontrar algo que le apeteciera escribir. Se paseó por el cuarto leyendo cosas que había pinchado en la pared, recogiendo trozos de papel del suelo, esperando que sucediera algo, que prendiera la chispa. «La trayectoria es indeterminada —leyó—. La luz presiona en la materia y la cambia. La realidad no es ni espiritual ni material, sino más bien la organización invisible de la energía».

¿Por qué los hago a todos tan infelices?, pensó. ¿Por qué le dije a Daniel que tiene miedo? Por supuesto, tiene miedo de verla. Yo también lo tendría si fuera mía. Le quitó a Jessie a esa zorra, Sheila, pero eso aún está en precario. Si a Jessie dejara de gustarle lo que está pasando, podría irse a Londres a vivir con Sheila. ¿Quién me he creído que soy? ¿Por qué he venido aquí a decirle a todo el mundo que todo lo que hacen está mal? No es bueno decirle la verdad a la gente todo el rato. Déjalos en paz. Déjalos que sigan soñando. Voy a salir esta tarde y comprarle a Jessie algún regalo que compense las revistas que le di por Navidad. Es muy propio de mí regalarle una suscripción al *National Geographic* a una niña a la que no le gusta leer. Es exactamente muy propio de mí.

Llegó el día siguiente sin que Anna encontrara tiempo para ir de compras. Justo cuando salía de su apartamento, su hermana Helen apareció conduciendo su Oldsmobile. Aparcó cuidadosamente dentro de la raya, cerró la puerta del coche y se acercó al porche de Anna. Durante todo ese tiempo evitó mirarla.

—¿Qué ocurre? —dijo Anna—. Parece que se haya muerto alguien.

—¿Por qué le dijiste a Jessie que había nacido en un harén? —Helen se detuvo al borde del porche. Llevaba un trajecito azul marino de Chanel con joyas de Chanel y un bolso de Chanel—. Jessie se fue derecha a hablar con mamá, y mamá está tan molesta que ni siquiera piensa llamarte. No me puedo creer que dijeras eso, Anna. Con lo que nos está costando criar a estos niños.

—Vamos, pasa. ¿De dónde has sacado ese traje? Jesús, ¿es de Chanel?

—Sí, es de Chanel. Aquí tengo que mantener las apariencias, Anna. No puedo ir todo el día por ahí en chándal.

—Como algunas que tú sabes. Vamos, pasa. El traje es fantástico. Te lo pediré prestado la próxima vez que vaya a Nueva York. Creo que he alquilado la casa de la montaña, por cierto, a un médico de Chapel Hill.

—No cambies de tema, Anna. —Anna mantuvo la puerta abierta y Helen entró en el salón, tratando de ignorar el hecho de que las cajas de embalaje seguían amontonadas por el suelo y los cojines del sofá apilados sobre una silla.

—Terminaré la mudanza en cuanto tenga tiempo. Sigo sin poder ocuparme de este salón

—Puedo prestarte a una criada. Mamá tiene a Victoria y tiene un día libre.

—Siéntate. —Estaban en la biblioteca. Anna instaló a Helen en el sofá y la observó mientras depositaba cuidadosamente el bolso de Chanel sobre la mesa de café y cruzaba las piernas.

—¿Por qué estás sonriendo?

—Por lo maravillosa que eres. Mi hermanita. Mi pequeña y preciosa Helen.

—¿Por qué le dijiste a una niña de dieciséis años que había nacido en un harén? La molestó mucho, Anna. Se fue derecha a hablar con mamá.

—Y mamá le compró tres blusas nuevas para que superase el trauma y olvidó por completo el hecho de que ha suspendido la mitad de las asignaturas en la escuela. ¿Correcto? Yo no le dije que había nacido en un harén, Helen. Sólo intentaba poner esta situación bajo algún tipo de perspectiva histórica. Es la raza humana con lo que estamos tratando aquí. Aún no somos perfectos. No sumamos como números. Somos criaturas apasionadas e impulsadas por ideas, y cuanta más inteligencia, más lento el ritmo de maduración. Oh, bueno, eso no viene al caso. —Anna estaba de pie. Se dejó caer en una silla junto a Helen—. Cariño, no puedes volverte loca porque Daniel tenga otra hija. Es bueno. Es algo bueno. Jessie es hija única. Es bueno para ella. Piensa en dónde estaríamos si no nos tuviéramos la una a la otra. ¿Y cuando mamá y papá mueran? Jessie necesita a Olivia igual que…

—¡Olivia!

—Ése es su nombre, y te gustará cuando la conozcas.

—No quiero conocerla. Ya tenemos suficientes problemas sin que tú empieces todo esto, Anna. James está en el hospital, y DeDe está ahí arriba viviendo con ese hombre, y ojalá no nos hicieras esto justo ahora.

—Vámonos de tiendas. Necesito salir y comprar regalos. Estaba a punto de salir cuando llegaste.

—Bueno, no te entretengo. —Helen se puso en pie. Recogió su brillante bolso azul marino de Chanel. Las cadenas del bolso hacían juego con la cadena que llevaba al cuello, una gruesa cadena con las iniciales de Coco Chanel.

—¿Así que te has cambiado el nombre a Coco? —Anna se arrepintió en cuanto lo dijo—. Quiero decir, escuché que buscabas un apodo.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Ojalá no tuvieras que irte.

—Me voy.

—Te llamaré pronto para quedar a comer. Necesito pedirte un favor. —Anna acompañó a su hermana a la puerta, luego la acompañó al coche. Luego la metió en el coche. Luego se quedó mirando mientras se alejaba. Había chochines posados en las ramas de los gingkos junto al camino que conducía al lago artificial. Anna los contempló durante un momento. Era un día espléndido y se acercó hasta el borde del agua y contempló a los patos un rato y se olvidó de que estaba a punto de salir. Seguía viendo a Helen bajándose del Oldsmobile con su ropa elegante, y era tan maravilloso y adorable como los patos y el fresco azul del día, y sólo Anna misma era una extraña en medio de toda aquella maravilla y *glamour*.

A seiscientas millas de distancia, Olivia estaba pensando en su padre. Pensaba que su padre sería como su abuelo cuando lo conociera. Pensaba que daría largos paseos con él como hacían su tía y su abuelo a través de las colinas, al atardecer. Se imaginaba a sí misma cogida del brazo con su padre en el tipo de colinas o campos que hubiera en el lejano estado de Carolina del Norte. Había buscado Carolina del Norte en la enciclopedia en el colegio. Decía que cerca de Charlotte había colinas onduladas y prados. Caminarían por allí y tal vez encontraría un caballo y le enseñaría cómo montaba. También habría una hermana. Ésa a la que él estaba protegiendo de la verdad. Aun así, podía ser agradable tener una hermana. Podría estar bien tener una hermana si se hacían amigas. Pero lo más importante era el padre. Caminar por las colinas y contarle los secretos de su corazón y pedirle consejo sobre su futuro. Olivia estaba de pie junto a su cama, mirando por el cristal de la pequeña ventana el patio desnudo y el manzano que su abuelo había plantado para ella cuando tenía 4 años.

Sí, ya sólo faltaban diez días para subir a un avión y despegar y aterrizar y caminar por una pista, y su padre estaría allí y la cogería de la mano, y entonces su vida estaría completa y no siempre lastrada por la pérdida de una parte. Como si su vida fuera un *puzzle* sobre una mesa y faltara una pieza.

Su abuela entró en el cuarto.

—Bobby Árbol está aquí —dijo—. Quiere hablar contigo. No pongas esa cara cuando un amigo viene a visitarte.

—Dile que saldré en un minuto. Vamos, dile que espere un minuto. —Olivia dejó el libro que llevaba en la mano. Fingió ordenar su escritorio. Su abuela aguardaba—. Vamos, dile que iré enseguida.

—¿Es esto lo que hace la aparición de esa gente?

—Muy bien. Se lo diré yo misma. —Olivia fue al salón. Estaba sentado en el sofá charlando con su abuelo. Llevaba una camisa de cuadros y unos vaqueros planchados, con el pelo peinado y las botas relucientes. Le rodeaba un aire delicado, como un caballo que cualquiera querría poseer. Se puso en pie y le habló.

—Te he echado de menos. Ya nunca vienes por los establos. Me preguntaba dónde estabas.

—¿Por qué no me llamaste entonces?

—Pensé que era mejor pasarme por aquí. ¿Quieres venir a dar una vuelta por la ciudad? Podríamos comer una hamburguesa o simplemente dar una vuelta. Si te dejan salir. —Se volvió al abuelo—. ¿Puedo llevarla a la ciudad?

—Iré —dijo Olivia—. Déjame coger una chaqueta.

Salieron juntos a la noche cada vez más oscura. Pequeños cirros cruzaban ante la luna. Iban apareciendo las constelaciones. Cada vez que salía en una noche como aquella, Olivia se quedaba asombrada de que las estrellas estuvieran allí. Bobby Árbol la cogió del brazo y la ayudó a subir al coche. Ella sintió la suave franela de su manga sobre su muñeca. El olor de los pinos estaba por todas partes. La última vez que había salido con él habían ido al cuarto de Sam en los establos y se habían tumbado en una cama, pero al final ella no se había quitado la ropa ni permitido que él se quitara la suya, y desde aquella noche había estado enfadada con él y no le había cogido el teléfono.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él ahora.

—No voy a acabar como mi madre. No voy a vivir en una caravana ni seguiré a un rodie por ahí.

—Nadie te lo pide.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Pensé que estarías sola y querrías alguien con quien hablar. No te he visto desde que terminé la escuela. ¿Quieres ir al cine?

—Puede.

—¿Va a venir tu padre a verte?

—No, voy yo a visitarle dentro de poco. A Carolina del Norte, donde vive.

—¿Quieres ir a ver el río? Está en crecida. Tendrías que ver lo alto que viene. He oído que esta noche va a inundar parte de Arkansas.

—Vale. Vayamos a verlo. —Él giró para salir de la carretera principal y tomó el camino del río. Extendió una mano y Olivia la cogió y se acercó al asiento del conductor.

—De acuerdo —dijo él—. De acuerdo entonces.

Anna estaba de pie en medio de su estudio con pensamientos terribles y enrevesados. Así que la deja venir aquí. Pero eso no significa que vaya a quererla. Dios, la pobre podría pasarlo fatal. Jessie podría ponerse celosa y pillar un berrinche. Puede pasar cualquier cosa. ¿Por qué me metí en esto? Maldita sea, porque Philip no quiere venir a Atlanta. No, esto es honesto. Maldita sea, son mis genes. Me importa lo que les ocurra. Tenemos que ayudar a esta chica. Asegurarnos de que tenga lo que necesite.

Anna sacó un folio blanco de un paquete, lo insertó en la máquina de escribir y empezó a teclear una carta. Tecleaba de pie.

> Querido Daniel:
>
> Ojalá dejara de METER LAS NARICES EN TUS ASUNTOS. Replicar el ADN, eso es lo que está causando todos los problemas. Llevan la batuta, me vuelven loca; mi afligido vientre vacío.
>
> Sigo queriendo que todos sean como yo, sobrios, trabajadores, motivados, nerviosos, solitarios.

Anna se sentó. Se sentía fatal. Se sentía como si estuviera cogiendo un resfriado. Estornudó y se abrazó a sí misma. Llevaba unos pantalones de chándal desteñidos color lavanda de un gimnasio de la Quinta Avenida de Nueva York. Arriba llevaba una camiseta de fútbol oscura con rayas rojas y amarillas, regalo de Navidad de su prima LeLe. Sobre su cabeza pendía una solitaria pelota de ping-pong, regalo de Captain Kangaroo. Dondequiera que Anna viviese, esa pelota de ping-pong colgaba del techo de su estudio. Ahora la miró, flotando en medio de un poco de luz. Miró por la ventana. La lluvia estaba amainando. Quizá se quedase un buen día después de todo.

Sonó el teléfono. Anna respondió, recostándose en su silla mientras se sonaba la nariz.

—Diga.

—Anna, soy yo. He cambiado de opinión respecto a Atlanta. ¿Cuándo puedes salir?

—En diez minutos. Estoy cogiendo un resfriado. ¿Te importa?

—No. Mira, yo puedo salir esta tarde a las cuatro. Tengo a alguien para atender mis citas. Puedo estar en Atlanta hacia las siete. ¿Puedes hacerlo? ¿Podemos encontrarnos allí?

—¿Cuál es tu número de vuelo?

—Once treinta y dos. ¿Estás bien para volar?

—Probablemente estaré bien en cuanto cuelgue el teléfono.

—Llámame luego y dime a qué hora llega tu vuelo. Si no estoy allí, llama a mi mensajería. Escucha, te amo.

—Lo sé.

Así que Anna cerró la puerta de su casa y, con una pequeña maleta plegable y vestida con un bonito vestido negro carbón de Valentino y un pañuelo de Ferragamo y zapatos de tacón alto de color *beige,* se subió a un avión con destino a Atlanta. Cuando llegó, él ya estaba esperándola y subieron las escaleras del hotel del aeropuerto y entraron y se quitaron la ropa y se echaron en la cama y empezaron a hacer el amor.

Es en este momento de equilibro cuando debo terminar: el extraño momento en que la espiritualidad rechaza la ética, en que la felicidad surge de la ausencia de esperanza, en que la mente encuentra su justificación en el cuerpo.

—¿En qué piensas? —dijo él más tarde.

—Estoy pensando en Camus. Eso es lo que tiene follar con alguien que lee mucho.

—¿Quieres salir a cenar?

—No, quiero estar aquí acostada y sentir tu pie con mi pie y mirarte. Llama al servicio de habitaciones. Pide algo.

—¿Eres feliz, Anna? Quiero decir, en general, con el mundo tal como es, ¿puedes encontrar una manera de vivir en él? Porque yo últimamente no puedo. No es sólo que te eche de menos. Tal vez sea la época del año. No sé lo que es. Últimamente, cuando las cosas van mal en el hospital. Tengo un niño de seis años con linfoma, el hijo de un amigo. Fui yo el que lo descubrió. Así que me pidió que me quedase para el tratamiento. Debería haberme dedicado a otra cosa. Me lo dijeron. En Boston lo sabían. Me lo dijeron hace mucho tiempo. No importa. ¿Por qué me miras así?

—Yo no podría soportarlo. Cualquier tipo de enfermedad o discapacidad. No me extraña que no pudiera ser madre. Si algo hubiera ido mal, no habría podido soportarlo. No soporto hacerme un corte en un dedo. Si me ocurriera algo que me dejase inválida, me mataría. Sé que lo haría.

—No ocurrirá. —La estrechó entre sus brazos. La habitación estaba oscura. La calefacción zumbaba. El edificio crujía. En las alturas, los aviones surcaban el cielo.

—¿Cómo puedo soportar ser tan feliz? —dijo Anna—. Escucha, tampoco soy buena en felicidad. Ojalá te fueras ahora mismo.

—No, calla —dijo él, y empezó a hacerle el amor de nuevo.

Por la mañana se trasladaron a un hotel mejor en el centro de Atlanta, con una cascada y tiendas en las que Anna compró ropa

interior rosa pálido de Bélgica y chocolates de Suecia y velas. Compró seis velas preciosas y las encendió en la habitación e hicieron el amor a la luz de las velas.

—Esto me hará escribir una historia de amor —dijo.

—Adelante. Mientras yo no salga en ella.

—Saldrás en ella. Serás un estudiante chino de posgrado que conoce a una chica al amanecer en un puente. ¿Te gustaría así?

—¿Ella le hará el amor?

—Si él quiere. Es muy cuidadoso a la hora de comprometer su afecto con alguien de tan lejos. Ella es una preciosa muchacha del Oeste, y él piensa que es inaccesible.

—¿Escribirás sobre el niño con linfoma?

—No, me pondría demasiado triste. Sólo escribo historias con finales felices. ¿Qué hora es?

—Las seis. No tenemos que irnos hasta mañana. No pienses en ello ahora.

—Vayamos al cine.

—Podríamos.

Fueron a un centro comercial y vieron una película china titulada *Tierra amarilla.* Era sobre una preciosa muchacha china que se enamora de un hombre valiente y lo pierde. Al final la muchacha se suicida ahogándose en un río.

—¿Por qué esto me hace tan feliz? —preguntó Anna.

—¿Por qué se te ha pasado el resfriado?

—Muy misterioso. Dentro del misterio hay otro misterio. Además, tú nunca habrías visto esta película divina sin mí. Piensa en lo maravilloso que sería vivir conmigo. Siempre pasando cosas extraordinarias. Yo pensando en cosas extraordinarias para hacer contigo.

—Sería terrible vivir contigo.

—Lo sé. Lo soy. Lo sería.

—Seríamos terribles juntos. Nos tiraríamos uno a la yugular del otro en una semana. —Se detuvo y la cogió del brazo y la acercó a él. Estaban en medio del vestíbulo de mármol rosa del centro. La gente pasaba junto a ellos—. No, no es así. Seríamos maravillosos juntos. Funcionaría.

—Oh, mierda, Philip. No empieces con eso.

Cuando volvieron al hotel hicieron el amor de nuevo, y esta vez fue peor que antes, más maravilloso y terrible de lo que nunca había sido para él o para ella.

—«La muerte es vencida por indios que rezan, por vacas distantes…, por encuentros azarosos que unen continentes».

—¿Quién escribió eso?

—«Uno podría no morir nunca. No morir nunca. No morir nunca

mientras llora. Mi amante, mi amor…». James Dickey… Era una antología que enseñé una vez. En la siguiente página había un poema sobre un hombre que trataba de reconciliarse con su esposa. Era un poema divertido. El poema de Dickey no es divertido. —Se apartó de él y se incorporó sobre un codo. La lámpara de la mesilla de noche proyectaba sombras rosadas sobre su brazo y su rostro. Estaba preciosa, y él se imaginó cómo debió de ser cuando era joven. Una mujer deliciosa, pómulos altos, ojos grandes, nariz pequeña. Una mujer única, y él no podía retenerla, ni aun siendo libre. Nadie podría retenerla, y Philip lo sabía tan bien como sabía su propio nombre.

»El otro poema empieza con esa pareja yendo en taxi por Nueva York, y el hombre dice: "Vuelve…, olvídate de ese producto de tu imaginación, la rubia… Haremos una celebración que dejará pequeñas a todas las celebraciones. Invitaremos al enterrador que vive en el piso de abajo y a un par de chicos de la oficina…, y a Steinberg, que ha vuelto a beber, por cierto, y a esa loca que vive arriba, y a unos pocos periodistas, por si pasa algo" —siguió hablando, sin darle tiempo para reírse—. Es mejor poema que el de Dickey. Las extrañas tensiones sexuales del estado matrimonial, tan excitantes y divertidas, tan adorables y divertidas. Ojalá estuviéramos casados, para poder pelearnos y reconciliarnos en un taxi. —Volvió a acercarse a él y se abrazaron durante un rato sin hablar.

—Mierda —dijo él—. ¿Por qué en nombre de Dios nos hicimos esto el uno al otro?

Por la mañana se mostraron muy corteses y ambos fingieron tener prisa por volver a casa. Se vistieron y bajaron al comedor a desayunar. El comedor del hotel estaba rodeado por una serie de cascadas de mentira. La esencia misma de mil novecientos ochenta y cinco, pensó Anna. Tras un largo silencio, recordó algo que la animó.

—El paso cercano de dos poderosos y mutuamente excluyentes sistemas de fantasía. ¿Es eso lo que ha ocurrido aquí? O quizá mi química hizo un apaño con tu esperma y he sido inoculada con tu ADN. En resumen, ¿por qué te amo?

—No lo sé. Llevo todo el año tratando de entenderlo. Salí una mañana y me detuve junto al East River y pensé que lo entendía de pronto; intenté llamarte, te llamé. En ese momento pensé que deberíamos hacer lo que tú querías y simplemente dejarlo todo y marcharnos y vivir en alguna parte. En cualquier sitio, durante el tiempo que pudiéramos hacerlo durar. Yo podría ejercer en cualquier sitio.

—Lo sé. Me lo dijiste. Me llamaste.

—Cargaríamos con el equipaje de nuestras vidas, Anna. —Resultaba muy intenso, las pecas resaltando en su rostro, un hombre apuesto y altivo—. Así que me convencí a mí mismo de no hacerlo. Pero nunca

he lamentado haberme enamorado de ti. Nos merecemos nuestras pasiones. —Ella le escuchaba con toda la atención que podía, tratando de hallar consuelo en alguna parte, en cualquier parte, en cualquier palabra, cualquier idea.

—Es porque nos hacemos mayores —dijo finalmente—. Es vulgar mencionarlo, pero el cuerpo envejece, y tú y yo sabemos muy bien que las grandes pasiones han quedado atrás. Ésta es la última mía, la ultimísima. Maldita sea, Philip, me rindo. Vámonos de aquí. —Se puso en pie—. Iré a por mis maletas. Que suba un botones si quieres.

Se sentía ella misma, se sentía Anna. Atravesó el comedor lleno de gente desayunando, lectores de periódicos que leían toda clase de artículos inútiles, pobremente escritos, sobre cosas que no tenían la menor importancia en sus vidas. Su desdén y altivez se apoderaron de ella. Toda la vida la habían acusado de creer que estaba por encima de los demás. Quizá lo esté, pensó Anna ahora. Puede que esté en este hotel representando el final de una historia de amor con un hombre casado que no se casará conmigo, pero al menos no estoy leyendo el *Atlanta Journal* a las ocho de la mañana.

—No voy a decirte que no te veré más —le dijo al despedirse de él—. No volveré a hacer eso. Tengo que venir pronto a la ciudad. En un mes o así. Te veré entonces. —Alzó los ojos—. He cambiado de opinión. Seré tu amante, o lo que quieras que sea. Esto está bien. Algo de amor, algo de aflicción. Te quiero.

—Yo también te quiero. ¿Cuándo vendrás a Nueva York?

—Este verano. Tan pronto como termine mi libro.

—Te veré entonces. Llámame cuando sepas qué día.

XII

Ahora tocaba que viniera Olivia. Anna apenas había deshecho la maleta y abierto el correo cuando volvió a ser sábado y Jessie y Daniel le pidieron que fuera con ellos a recoger a Olivia al aeropuerto.

—Oh, no. Necesitáis ir solos.

—Pero puede que no sepamos quién es. Tú eres la única que la conoce. —Jessie hizo una pausa; luego se lanzó a través de la estancia y se echó en brazos de Anna. Daniel se quedó en la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Anna.

—Ven con nosotros, hermanita. Necesitamos que vengas.

Condujeron al aeropuerto en el viejo descapotable que Jessie usaba para ir al colegio, los tres apretados en el asiento delantero. Con la radio puesta. Sin hablar. Cállate, Anna, no paraba de decirse a sí misma. Sólo hay otra cosa. Jessie va con los puños cerrados. Daniel conducía muy rápido por Harris Boulevard hacia Billy Graham Parkway. Aparcaron y entraron corriendo en el aeropuerto y aún faltaban veinte minutos y había que seguir esperando.

—Se parece a Jessie —dijo Anna—. Se parece a mí. Se parece a ti.

—Lo sé —dijo él—. Ya me lo has dicho.

Entonces allí estaba Olivia. Se arremolinaron a su alrededor. A Anna le parecía que todo el aeropuerto los rodeaba y todo el mundo en Charlotte, Carolina del Norte. Daniel se mostraba cordial y solemne, y Jessie se mostraba muy formal, y Anna estaba demasiado ocupada para registrar otra cosa que el miedo. Sólo Olivia parecía saber lo que estaba haciendo allí.

—Estaba muerta de miedo al bajarme del avión —dijo—. Es lo más difícil que he hecho nunca.

—¿Fue un mal vuelo? —intervino Daniel—. A veces volar desde Nashville se vuelve peliagudo. Parece que el cielo está claro, pero no se ve nada.

—Todo fue bien —dijo Olivia—. Quería decir que tenía miedo de ver cómo erais.

—¿Cómo somos? —preguntó Jessie. Se cogió del brazo de su padre.

—Agradables —respondió Olivia—. Muy agradables, creo.

—Escucha —dijo Anna, que finalmente había encontrado algunas palabras—. Esto es básicamente una aventura de primer orden, de primera magnitud. No se viven momentos así todos los días. Vamos a empaparnos de esto. Nada de difuminarlo. —Los demás la miraron.

—Me alegro de estar aquí —dijo Olivia—. Me encanta estar aquí. —Se acercó a su padre y buscó su rostro; luego le tocó el brazo, apenas un toque muy ligero de su mano en la manga arremangada de la camisa. Nadie dijo una palabra. Entonces Jessie cogió la mano de

Olivia de la manga de su padre y la alejó de él.

—Vamos a por tu equipaje —dijo—. Sé que estás deseando salir de este asqueroso aeropuerto. No se puede ni respirar de la cantidad de diésel que hay en el aire. —Arrastró a Olivia con ella. Salieron delante de Anna y Daniel.

Daniel buscó un cigarrillo en el bolsillo de la camisa y lo encendió. Le ofreció uno a Anna, pero ella meneó la cabeza.

—Lo he dejado —dijo—. ¿Qué piensas de ella?

—Es maja. Una chica muy agradable. Creo que la llevaré a la granja a pasar el fin de semana —añadió—. No quiero a papá y a mamá en esto aún. Puede ver ese viejo lugar. Le gustará.

—¿Quieres que yo vaya?

—Demonios, sí. Será mejor que vayas. Tú eres la que empezó esto.

—Quizá yo he provocado esta parte, pero empezó cuando te follaste a sus madres hace diecisiete años. Me alegro de que lo hicieras. Dios mío, qué fortuna, qué chicas tan preciosas.

—Anna, no vayas a hablar así delante de ellas. Quiero decir, córtate un poco por ahora.

—De acuerdo, como quieras. La gente no folla. Las personas brotan y American Airlines las entrega. El mundo es un trozo de pastel.

—¿Qué necesitas para ir al campo?

—Podemos parar en mi casa y cogeré varias cosas. Vamos, sigámoslas.

Pasaron por casa de Anna y cogieron sus cosas y luego recorrieron quince millas por el campo hasta una granja que el primer Hand en el condado de Mecklenburg había construido para su esposa en 1767. La llevaba una familia negra de la propiedad colindante, y los Hand usaban el lugar como casa de veraneo y coto de caza. La familia Manning tenía su tierra al lado, y había un antiguo cementerio en el que las dos familias seguían enterrando a sus muertos. Una loma bajo unos robles en lo alto de una cresta. Las chicas habían guardado silencio durante el trayecto hasta la granja. Iban sentadas en el asiento de atrás sin mirarse, y Anna le señalaba a Olivia los puntos de referencia.

—Podemos parar en el cementerio y enseñarle las tumbas de sus ancestros —dijo cuando ya estaban cerca de la casa—. ¿Quieres?

—Por qué no —dijo Daniel, y salió de la carretera para seguir el camino de tierra que discurría entre los viejos árboles.

—¿Por qué hacemos esto? —dijo Jessie—. Es muy morboso. ¿Por qué vamos allí?

—Me gustaría verlo —dijo Olivia—. Veré todo lo que queráis enseñarme.

Daniel se detuvo junto a la verja del cementerio y se bajaron y pasaron ante las ruinas de la capilla y los jardines abandonados hasta

que pudieron leer los nombres en las tumbas. James McNiall Hand y Lydia Anne Walker y Celestine Garth y los McLaurin y Purcell y Martin y Clark. Augustus Garth, Augusta Light, Alice Armene Light, Alicia Augustus Hand, Charles Poteet Hand, James Alexander Hand, Anna Elizabeth Hand, Anna de Bardeleban Hand, coronel James Alexander Hand Jr., «Sirvió a Su País y a Su Dios».

—Aquí están tus bisabuelos —dijo Daniel—. Dicen que ella era galesa.

Y ahí es donde Francis y yo follamos una noche cuando éramos jóvenes y estábamos calientes, pensó Anna. Justo ahí, en esa tumba a ras de suelo de atrás, es donde está él enterrado, y aquí, junto a esta grandiosa vieja dama, es donde Phelan y yo escondimos una caja con medallones de oro y dólares de plata y un puñado de certificados de plata que solían llamarse dólares. Me pregunto cuál de los dos estará tan pelado como para desenterrarlos. Se dirigió a la tumba y tanteó el terreno junto a ella con el pie, pero nadie había tocado la hierba desde hacía mucho tiempo. Phelan no me robaría mi tesoro dorado, pensó Anna, y se rió para sí misma. Me pregunto si a Jessie y a Olivia les habría gustado en mis años más salvajes. Bueno, ellas nunca verán mi salvajismo y, con un poco de suerte, no tendré que presenciar el suyo.

Olivia se había alejado hasta el borde mismo de las tumbas. Daniel la había seguido. Jessie estaba sentada en los cimientos de la capilla en ruinas contemplando la carretera.

—Esto no está saliendo muy bien —dijo Anna llegando junto a ella—. ¿Qué crees que es lo que no funciona?

—No se parece a mí. No me parezco a ella en nada. Dijiste que se parecía a mí.

—¿No te gusta su aspecto? ¿Es eso?

—No he dicho eso. Tiene buen aspecto. Pero no me parezco a ella. Ni siquiera es tan alta como yo.

—Tampoco es tan bonita como tú, pero es agradable mirarla. A mí me encantaría tenerla de hermana.

—Siempre estás diciendo cosas como ésa, pero tú no tienes que hacerlas. Tú haces lo que te apetece. —Jessie se volvió y le dedicó a Anna una mirada sombría—. De todos modos, ¿qué busca aquí? ¿Qué quiere de nosotros?

Anna suspiró.

—Quiere a su padre, Jessie. Todo el mundo merece que sus padres reconozcan su presencia en el mundo. Tienes papá de sobra. Una chica tiene que saber de su padre, es algo primordial. No sé. Tú nunca tuviste que compartirlo. A mí me gustaba compartir a mis padres, me gustaba que tuvieran algo en qué pensar, además de mí. Tú nunca has hecho esto antes, lo sé.

—Y tú y el abuelo os odiáis. Nunca os oí ser amables el uno con el

otro ni una vez. Te vas de casa de la abuela en el momento en que él llega. Todo el mundo dice que ni siquiera estás en su testamento. —Jessie se levantó y miró a Anna. El viento silbaba una canción entre los árboles sobre las tumbas. ¿Cuándo fue la última vez que escuché eso?, pensó Anna. ¿A quién enterrábamos con ese mismo sonido?

—Estoy tratando de cambiar esa situación con mi padre —dijo—. Ésa es una de las razones por las que volví a vivir aquí. Para hacer las paces con él.

—¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos aquí? —dijo Jessie—. Ve a decirles que se den prisa. —Venían por el camino; Daniel iba hablando y Olivia lo miraba, pendiente de cada palabra. Volvía a tener la mano sobre su manga. Jessie se volvió y echó a andar en dirección a la carretera.

—Me muero de hambre —dijo Daniel cuando todos estuvieron en el coche—. Vayamos a la casa a preparar algo de comer. ¿Qué te parece, Jessie, quieres ayudarme a alimentar a esta hermana tuya tanto tiempo perdida?

—No entiendo cómo alguien puede comer después de pasar la mañana en un cementerio. Cuando muera, quiero que me incineren. No pienso dejar que me entierren en una vieja caja de hormigón.

—De acuerdo —dijo Daniel—. Acuérdate, Anna. Si Jessie muere, quiere que la incineren. Toma nota.

—No es gracioso —dijo Jessie.

—En Tahlequah incineran a mucha gente —dijo Olivia—. Ahora es lo que hacen en muchos sitios.

—Podríamos ir a montar si consiguiéramos coger los caballos —dijo Jessie—. Hace siglos que nadie los monta. ¿Quieres cogerlos e ir todos a montar? —Se volvió a Olivia. Era el primer comentario que le dirigía en treinta minutos—. La tía Anna dice que sabes montar. Sólo tenemos sillas del este. ¿Sabes montarlas?

—Sé montar cualquier cosa. —Olivia alzó los hombros—. Mi bisabuelo era el presidente de la Nación Cherokee. Figura en la historia de mi pueblo. Hay un cuadro de él en un museo en Tulsa. —Su voz se fue suavizando a medida que lo decía. Ahora Jessie miró a su hermana, la miró realmente, vio toda una historia a partir de su capacidad para imaginar; luego apartó la vista. Se inclinó hacia el asiento delantero y tocó a su padre en el hombro.

Cogieron los apalusas, Shane y Ciprián, y un viejo capón que había pertenecido a Daniel cuando era pequeño, y la pequeña yegua de crin oscura de Jessie. Cuando ensillaron a los caballos, Daniel le preguntó a Olivia cuál le gustaría montar.

—Cogeré el apa grande —dijo.

—Ciprián —añadió Daniel. Le ofreció una pierna y ella se volvió sobre la silla y se inclinó y le habló al caballo al oído, y éste se quedó

quieto y permaneció así mientras los demás montaban.

—Cabalguemos hasta el estanque —dijo Jessie—. Está a cuatro millas a través de los pastos. Es agradable. —Ella iba en la yegua. Daniel montaba el otro apalusa, y Anna el capón, un caballo tan viejo que todos habían olvidado su edad. El caballo le acarició la bota, recordando los terrones que ella le había dado durante años.

Era un día cálido para ser marzo, soleado y claro, con apenas un poco de brisa. Daniel abrió la marcha saliendo del establo hacia la cresta de la colina. Un prado vallado se extendía ante ellos. En la distancia se encontraba el pequeño lago que llamaban el Estanque. En un extremo había una presa y un dique.

—Éste es el tipo de día en el que Phelan nos habría obligado a todos a ir a nadar —dijo Anna—. Hace años que no he ido a nadar en marzo. Supongo que eso significa que todo se ha acabado, ¿no? «Los días huyen como caballos salvajes tras la colina»[4] —Se echó a reír, se inclinó y le dio unas palmaditas al capón, cuyo nombre era Aberdeen —. Este viejo caramelito se llama Aberdeen —le dijo a Olivia—. Porque a papá le gustó aquello la única vez que mamá consiguió que saliese del país.

—¿Ciprián salta? —preguntó Olivia—. ¿Alguien ha saltado alguna vez con él?

—No lo sé —respondió Daniel—. Jessie, ¿has saltado con Ciprián?

—Creo que saltará —dijo Olivia—. Parece un saltador. —Los adelantó y empezó a cabalgar hacia la cerca. Se echó el pelo sobre los hombros y desapareció. Daniel se levantó sobre los estribos y rió a carcajadas.

—Alcánzala, Jessie —gritó—. A ver cómo montas.

Pero no había forma de alcanzar a Olivia. Había atravesado el prado, saltado la cerca y desaparecido. Cuando volvieron a verla, Ciprián y ella ya cruzaban el Estanque a nado. El caballo ascendió con esfuerzo a la orilla, y ella recostó el cuerpo sobre su cuello y le habló hasta que se tranquilizó. Se quedó sobre la silla, empapada y temblando, y esperando a que los demás llegaran al borde del Estanque.

—Tuve que hacerlo —dijo cuando la alcanzaron—. Siento haberme mojado.

Cuando volvieron a la casa, Olivia se puso ropa seca y Daniel la llevó a ver los edificios y los graneros de cuando el lugar era una granja activa. Anna fue a la cocina a preparar la cena. Jessie se sentó en el salón leyendo viejas revistas, acurrucada en el sofá, con una expresión sombría en la cara. Finalmente, fue a la cocina y se puso a buscar una Coca-Cola en la despensa.

—Qué burdo hacer eso —comenzó—. Podría haber matado a Ciprián. Es demasiado viejo para que lo monten así.

—Sólo quería presumir ante tu padre. Como tú.

—Yo no. Yo no hago cosas como ésa.

—Vamos a intentar mostrar un poco de humanidad, Jessie. Ella no va a quitarte el amor de tu padre. Es un añadido a esta situación, no un problema. Por supuesto, si tú lo percibes como un problema, lo será. Si lo percibes como algo interesante que podría enriquecer tu vida, también lo será. Pero no gratis. No hay nada gratis.

—Oh, Dios mío, ¿vas a empezar a sermonearme?

—No, pero escucha lo que voy a decir. Eso es lo malo del viejo Charlotte, Jessie. Cuando se pobló este país, lo creó gente aventurera que se crecía en los desafíos. Gente que quería que ocurriesen cosas nuevas y nuevas formas de ser, incluso un nuevo gobierno. Pero ahora todo se ha acomodado y no sucede nada nuevo, y es tan malo como el viejo mundo al que los colonos dieron la espalda y dejaron atrás. Excepto por Nueva Orleans y quizá Williamsburg y, oh, bueno, no importa. Escucha, sé amable con ella, ¿vale? Puede que algún día la necesites.

—Lo dudo. ¿Hay Coca-Cola? ¿Has traído alguna?

—En el maletero del coche. No he tenido tiempo para sacarlo todo. Trae el resto de la compra, ¿quieres? —Anna dejó a un lado el tomate que estaba pelando, se secó las manos y atrajo a Jessie hacia ella—. Nadie va a ocupar jamás tu lugar, ni conmigo ni con tu padre ni con ninguno de nosotros. ¿Comprendes eso? Jessie, mírame. ¿Me crees?

—Sí. Supongo. Simplemente no sé por qué ha tenido que venir. —Se mordió el labio, alzó la vista, vio la sonrisa de Anna y se echó a reír. Siempre se puede hacer reír a Jessie, pensó Anna. Nada *podrá* reemplazar esa chispita divina—. Es guapa, ¿verdad? —dijo Jessie—. Estaba pensando que me gustaría que Karen la viese. En cierto modo se parece a mí. Pero realmente se parece a ti. A ti y a la abuela. —Se rió muy alto y cogió una galletita de una bolsa que Anna había vaciado en un plato—. Los hijos del harén de papá. Le pone realmente nervioso tenerla aquí. Lo noto.

—Trae la compra del coche —dijo Anna—. Y puedes ayudarme a preparar la cena.

Las cosas mejoraron en la cena. Jessie se comió cuatro panecillos con mantequilla y se puso a hablarle a Olivia de sus amigos.

—Por la noche todo el mundo va al aparcamiento del centro comercial Southpark y se sientan en sus coches. Papá nunca me deja ir. Nunca me deja ir a ninguna parte.

—Eso no es cierto —dijo él—. Tienes muchísima libertad.

—Para ir al colegio o al coro. —Agitó en el aire un panecillo con mantequilla—. Soy libre para ir al aburrido, aburrido, aburrido colegio cinco días a la semana.

—Te dejé ir al Southpark la semana pasada. Con tu colega Hanna.

—Esta noche toca un grupo allí. Para recaudar dinero para las Olimpiadas Especiales. Podríamos ir si papá me dejara. No lo digo sólo para poder ir. —Le miró. Daniel llenó de vino la copa de Anna y luego la suya. Esperó. Jessie siguió hablando—. Podría enseñarle adónde va la gente por la noche. Estaríamos de vuelta en un par de horas. Sólo ir hasta allí y volver.

—Entonces id —dijo Daniel. Sacó un billete de veinte dólares de su billetera y se lo dio a Jessie. Luego le dio otro a Olivia—. Podéis darle esto al grupo o podéis fundirlo en maquillaje. —Soltó una carcajada. La atmósfera se había despejado, había empezado a despejarse.

Cuando las chicas se marcharon, Daniel abrió otra botella de vino. Anna fregó los platos, sabiendo que se le quedarían los dedos pelados durante una semana por culpa del detergente; restregó los cacharros y los secó hasta dejarlos relucientes y los guardó.

—Sabe montar a caballo —dijo Daniel—. Maldita sea, vaya si sabe. Me gustaría verla en un espectáculo con un caballo de verdad.

—Creo que es más del tipo rodeo. Daniel, ten cuidado con Jessie. No dejes que se ponga celosa.

—Tú eres la que organizó esto, Anna. Eres la que pensó que tenía que conocer a su hermana. Bueno, me gusta la chiquilla. Me alegro de que haya venido.

—Deberías hablar con ellas de dinero. Hablarles de sus herencias y de cuánto le darás a Olivia, y ponerlo todo sobre la mesa y muy clarito.

—¿De qué estás hablando ahora?

—Si yo fuera Jessie, tendría miedo de que Olivia se llevase parte de mi herencia. El verdadero miedo es la pérdida de tu atención, pero podría manifestarse en preocupación por el dinero. Simplemente ten una charla con ellas.

—Anna, tómate un trago. De acuerdo. Te preocupas demasiado. Nunca he visto a nadie preocuparse por las cosas como lo haces tú.

Las chicas volvieron en unas horas y se bañaron en la vieja bañera y se recogieron el pelo y se fueron a la cama.

—Me gustan tus amigos —dijo Olivia—. El chico del *jeep* con el otro chico es realmente guapo. Creo que le gustas.

—Va a la Washington and Lee. No sé qué hacía juntándose con esos críos. Supongo que ha venido a casa para el fin de semana.

—¿Cómo se llama?

—William Lane. Sus padres viven cerca de mi abuela. Se cree muy importante.

—Los chicos son muy distintos aquí. —Olivia observó el rostro de Jessie. Resultaba difícil saber qué estaba pensando. Difícil decidir qué le gustaba. Difícil saber qué decir.

—He estado pensando toda la tarde en la manera que tienes de

montar. ¿Dónde aprendiste a montar así? Supongo que llevas haciéndolo toda la vida, ¿no? Quiero decir, yo también, pero sólo los fines de semana, no todo el rato. La mitad del tiempo tenía que estar con mi madre. Estuvimos un año en Washington. Casi falté un año a la escuela por culpa de eso.

—Donde yo vivo todo el mundo monta. La gente va a rodeos y a ferias de caballos. Es un país pobre, Jessie. No como éste. No hay mucho que hacer.

—¿Vives en el campo?

—En las afueras de la ciudad. No es una granja. Es sólo una casa.

—¿Qué aspecto tiene?

—Sólo una casa. Es pequeña, pero tenemos sitio de sobra. Mis abuelos están allí. Ya te lo dije.

—¿Te fastidian? La abuela me volvería loca si viviera con nosotros. Es muy particular para algunas cosas.

—Hay luna llena. —Olivia se incorporó sobre un codo. Las chicas estaban en camas gemelas, en un pequeño cuarto rectangular, con la luz de la luna entrando por la ventana a través de las viejas cortinas blancas de encaje—. Me encanta la luna —prosiguió Olivia—. Mi nombre cherokee es Árbol. Pero debería ser Chica Luna. Tengo una amiga cuyo nombre es Chica Luna, pero ya no la veo.

—¿Te sientes extraña al estar aquí?

—Sí. Pensé que querría hablar conmigo. Supongo que no habla mucho.

—No conmigo. Habla con sus amigos. Cuando se emborrachan. O con sus novias. Tiene como ochenta novias.

—Oh.

—Le gustas mucho. Eso te lo aseguro.

—Bueno, supongo que esperaba demasiado. —Luego se quedaron en silencio mientras la luz de la luna se derramaba sobre las sábanas blancas de lino de sus camas. Telas que habían llegado de Virginia con su bisabuela, tejidas por una tía abuela que plantaba linaza en su jardín y la cosechaba, secaba e hilaba.

—A mí también me gustas —continuó Jessie—. Y me alegro de que estés aquí. Nunca en mi vida había visto a nadie montar así. La tía Anna tenía los ojos como platos.

—Es muy maja. Pero en cierto modo es triste. Quiero decir que hay algo triste en ella. Luego cambia y es muy divertida.

—Papá dice que solía ser distinta. Dice que ha cambiado mucho.

—Ahora voy a dormir.

—Olivia.

—Sí.

—Le gustas. A papá le gustas.

—Eso espero. Espero que sea verdad.

Las chicas se recostaron en sus camas y Olivia cerró los ojos y trató de pensar en su hogar, en las praderas amarillas y en los cielos azules y en sus amigos. Pero todo lo que veía era el rostro de su padre, y soñó toda la noche que cuando lo tocaba se le quedaba en las manos y era una máscara ceremonial.

Anna también se acostó, y Daniel abrió un sofá-cama en el salón. A las once ya habían apagado todas las luces y se habían dormido. Nuestros sueños se mezclarán esta noche en esta casa, pensó Anna mientras se acurrucaba alrededor de su almohada. Este encuentro nos cambiará. Ninguna de nuestras vidas volverá a ser la misma. La vida es tan jodidamente maravillosa y fecunda. Una noche, quizá en casa de mamá, y luego aquí está esta niña, galopando por las colinas y metiéndose en el Estanque. Jesucristo, siento si a Jessie le fastidia, pero me alegro de vivir para ver esto. Oh, son muchos, oh, gracias a Dios por ellos. Duerme, Anna, déjalo por ahora.

El domingo por la mañana, las chicas se levantaron temprano y ensillaron los caballos y salieron a dar una vuelta.

—Creo que a Jessie empieza a gustarle —dijo Daniel—. ¿Qué opinas?

—Creo que está fascinada. Siempre puedes contar con eso, además de con la emoción. Sí, creo que a Jessie le gusta; si le resulta inconveniente tener una hermana, es otro cantar.

—Es un puto fin de semana muy largo, te lo aseguro.

—Tienes que pasar algún tiempo a solas con ella —dijo Anna—. Deberías darle la oportunidad de conocerte. ¿A qué hora sale su avión?

—A las cinco.

—Llévala tú solo al aeropuerto. Deja a Jessie conmigo en mi apartamento y llévala al aeropuerto. Seguramente querrá hablar contigo a solas.

—Tendrá tiempo de sobra para eso. Vendrá más veces. —Rebuscó en el armario y sacó una botella de *whisky* y se sirvió un trago. Anna sabía que no debía presionarle. Cogió un libro de la polvorienta estantería y se fue a su cuarto y fingió leer hasta que las chicas volvieron.

Después de comer hicieron las maletas y volvieron a Charlotte. Daniel dejó a Anna en su apartamento. Anna entró, se quitó toda la ropa menos las bragas y se sentó en el centro exacto de una alfombra rosa de Karastan y empezó a hacer posturas de yoga. Hacía y deshacía las antiguas posturas, aislándose, aislándose del sistema. Respira, se decía. Sólo respira. Respira y muévete. Al cabo de un rato se quedó dormida sobre la alfombra. Cuando despertó ya era de noche y la luna brillaba en las ventanas. Adoptó una postura sentada y pensó en la luz de la luna y la distancia a la luna, en los largos años de su vida y en la

maravilla de los hombres y las mujeres y de toda la existencia, en el ADN y en el ARN y en las moléculas de proteínas y en la reproducción y en Olivia y Ciprián cruzando el estanque helado y en Jessie haciendo pucheros en el sofá, graciosísima y perfecta en sus celos y su rabia.

Anna giró medio círculo para ponerse cara a la luna, pensando en una noche, mucho tiempo atrás, en que ella y Phelan y Helen y LeLe Arnold y Dudley Manning y otras cinco o seis personas cuyos nombres y rostros había olvidado fueron en sus coches hasta una cantera abandonada para nadar por los idus de marzo. Phelan acababa de descubrir a Julio César. Niall era pequeño aquel año, 11 o 12. Había suplicado que le dejasen ir y amenazado con chivarse si no le llevaban, así que Niall también estaba allí, con su cuchillo de explorador en una funda atada a la cintura y su famoso sombrero australiano.

Se habían escabullido y habían ido a la cantera a las dos de la madrugada, la parte más oscura de la noche, y uno a uno se habían metido en el agua.

—Los monjes budistas van a nadar cuando nieva —no paraba de decir Phelan—. Puedes obligarte a no congelarte.

Luego, ese verano, cuando hacía más calor, organizaban fiestas en la cantera y bebían cerveza, y la luz de la luna caía sobre las peligrosas y profundas aguas, y Anna era siempre la que más tiempo se quedaba en el agua. Nunca nada, decidió ahora, ni siquiera el amor, podía compararse con el suave y frío olor, la sensación y el tacto de aquella agua. No había un mundo al que enfrentarse, sólo la noche y la emoción y el agua, la noche y la luna y el peligro.

Estábamos tan terriblemente vivos, pensó. ¿Cómo he podido alejarme tanto de aquello y de mis hermanos y hermanas?

Se levantó y se sentó ante su máquina de escribir y empezó a escribir.

> Querida Jessie, querida Olivia:
>
> Todo cuerpo tiene dos manos. Si la mano derecha queda inutilizada, la mano izquierda toma el relevo.
>
> Se supone que hay muchos niños en una familia. Pueden volverte loca, pero son tus hermanos y hermanas. Mañana voy a llevar a Helen a comer. Es mi hermana. Si necesito una hermana, tengo su número de teléfono. Si ella me necesita, tiene el mío.
>
> Con amor,
>
> *Anna*

Por la mañana, Anna fue a casa de Helen y esperó mientras Helen llamaba por teléfono al fontanero y al techador y al jardinero y al director del instituto y al economato de la Junior League. Anna se quedó sentada en la cocina de su hermana y escuchó con gran interés,

con verdadero interés. Observó a Helen mientras se movía por la casa con su *sexy* kimono rosa y hacía llamadas y quitaba cosas y hablaba y se vestía. Pensó en cómo sería hacer el amor con Helen. ¿Qué les hacía Helen a los hombres? ¿Qué les decía?

—¿Alguna vez le has chupado la polla a un hombre, Helen? —Helen se estaba poniendo un vestido; el vestido estaba a medio camino sobre la cabeza de Helen. La respuesta llegó amortiguada.

—Por supuesto. —El vestido fue deslizándose hacia abajo. Helen se miró en el espejo y se lo ajustó—. Pero no lo hago a menos que me coma el coño, y quiero decir bien comido y todo el tiempo que yo quiera. Él conoce las reglas. —Añadió un pañuelo al vestido—. ¿Tú cuántas has chupado, Anna?

—Cuéntame las reglas. —Anna se levantó de la cama. Estaba asombrada. Helen fue al espejo del vestidor y se arregló el pelo—. Jesús, yo nunca he tenido reglas.

—Bueno, ¿por qué ibas a tenerlas? —Ahora Helen estaba acabando de vestirse. Cogió su bolso y lo sujetó con fuerza, al estilo de sujetar de una vieja matrona—. Nunca las has tenido para ninguna otra cosa. Bueno, venga, cuéntame lo de Olivia. Sé que ha venido. Mamá y papá también lo saben. Todo el mundo en la ciudad lo sabe, y que Daniel se fue a Summerwood para esconderla. Es tonto hasta decir basta. Yo con él me rindo, la verdad.

—Te lo contaré. Pero no quería salir a comer por eso. Eso es secreto. Venga, vamos.

Media hora más tarde estaban instaladas en una mesa que dominaba el campo de golf en el club de campo. Helen bebía a sorbos un cóctel de whisky. Anna bebía un Martini. La historia de la visita de Olivia ya había sido contada, sometida a interrogatorio y vuelta a contar. Ahora Anna cogió la mano de su hermana.

—Esto es una petición, cariño. No quiero incordiarte en modo alguno. En realidad, es sólo un asunto legal, pero para mí es importante. Quiero pedirte un favor.

—Dispara.

—Quiero que seas mi albacea literaria. Compartido con un poeta, un viejo amigo de Boston. Mira, Joel ha muerto, mi agente, te lo conté en su momento, y no ha habido nadie que la reemplace. He sido negligente al no haber hecho algo al respecto. Mike no puede hacerlo solo. Si algo me sucediera, alguien tiene que hacerse cargo de mis papeles. Es por los niños; el dinero será para ellos, así que hay que hacerlo bien. ¿Lo harás? —Anna alzó una mano y se recostó en su asiento.

—Bueno, sí, si quieres que lo haga. Es un honor, me siento halagada, quiero decir. —Helen bajó la vista, sorbió su bebida—. Sí, lo haré si tú quieres. Pero no te mueras. —Soltó una risita—. Si te

mueres, no lo haré.

—No me moriré —dijo Anna—. Siempre estaré aquí.

El camarero apareció para tomarles nota, y ellas se acercaron más y apuraron sus copas y luego pidieron otra ronda y bebieron vino con la comida y volvieron a casa muy borrachas y muy tontas. Al día siguiente, Anna hizo que su abogado reescribiera su testamento y lo firmó en presencia de testigos y se le envió una copia a Helen, que lo escondió en su escritorio. Por alguna razón sentía que debía ser un secreto.

—Papá no fue amable con ella. —Jessie estaba viendo cómo se vestía Anna. Sentada en la cama de Anna, con las piernas envueltas en un cobertor de seda, sin zapatos, llevaba puesta la chaqueta de marta cibelina de Anna encima de una sudadera azul que ponía Esprit en letras amarillo pálido—. ¿Puedo quedármela cuando te canses de ella?

—Sí, puedes. No debería haber comprado esa tontería. Cada vez que veo un documental sobre naturaleza en la tele lamento haberla comprado.

—Van a morir igualmente.

—Es una manera de verlo. Así que, ¿qué es eso de que tu padre se portó mal con Olivia? —Anna terminó de maquillarse y empezó a buscar en el armario algo que ponerse. Iba a llevar a Jessie a la librería a buscar un libro para un trabajo que tenía que hacer.

—Ni siquiera le dio un beso al despedirse. Ella trató de besarle, y él simplemente la apartó. Se lo dije. Le dije que si mi madre se hubiera escapado a Londres conmigo, él habría actuado conmigo igual. Quizá vaya a hacerle una visita este verano.

—¿A Oklahoma?

—Sí.

—¿Crees que se lo pasó bien? ¿Estaba contenta de haber venido?

—Supongo. Recibí tu carta, por cierto. Era preciosa. Tendrías que haber visto a Connie cuando se lo conté hoy. Dijo que daría lo que fuese por tener una vida tan emocionante como la mía.

Jessie observó el reflejo de Jessie en el espejo. Había hundido la barbilla en la piel de la chaqueta. Su piel perfecta y su suave pelo claro destacaban sobre la chaqueta oscura. Tenía los labios fruncidos en un maravilloso mohín. Anna había estado cansada el día entero, se había pasado la tarde en la cama reuniendo la energía necesaria para vestirse y llevar a Jessie a la librería. Ahora obtenía la energía de la muchacha, recordaba su propia piel y su propio pelo cuando tenía 16 años, la energía ardiente de su sangre. ¿Cómo soportamos ser tan poderosas?, pensó Anna. Tener 16 años.

—Vamos a por tu libro —dijo—. Y luego a comprar ropa. Compraremos algo sensacional y nos lo llevaremos puesto.

—Oh, tía Anna, estás realmente loca, lo sabes. Me alegra que estés

aquí.

Notas

4. Título de un libro de poemas de Charles Bukowski (1920-1994).

XIII

Durante el mes de abril, Anna no se sintió bien. Dormía hasta tarde por las mañanas. Seguía estando cansada. No pensaba en ello, bebía litros de café, se sentía peor. Una mañana se sintió tan mal que fue a la farmacia y se paseó por todos los pasillos buscando algo que la hiciera sentir mejor. Cogió un frasco de pastillas para adelgazar sin receta, leyó el prospecto recordando la dexedrina y el Ritalin de los tiempos en que la gente tomaba drogas por diversión.

Llevó el frasco de pastillas para adelgazar a la caja.

—¿Esto funciona? —preguntó al muchacho que estaba tras el mostrador.

—¿Para perder peso?

—No, para ponerte de mejor humor.

—Si yo fuese usted, no las tomaría —respondió—. Mi hermana las toma. Dice que la hacen sentir una mierda. Quiero decir, fatal.

—Entonces supongo que será mejor que no las compre.

—Como usted quiera. —No parecía molesto. En cualquier caso, era una mañana floja.

—Me las llevo —dijo ella—. Cóbreme.

Salió de la farmacia y tiró el frasco a un contenedor de basura. Luego se montó en el coche y volvió a casa y se sirvió una copa. Eran las diez y media de la mañana.

Esto es sólo depresión, se dijo. Mi vida de manías me ha alcanzado finalmente y ahora es el momento de estar deprimida. Dio un sorbo a la copa, se dirigió al escritorio y empezó a revisar el correo acumulado. Había una antología de Irlanda que incluía uno de sus poemas, y una carta de LeLe Arnold, y una tarjeta de Adam. En medio de la pila de correo estaba la última caja de monedas de oro que su padre le había vendido. La cogió, meneó la cabeza. Sólo con sostener la caja se sintió mejor. Ese anciano magnífico, pensó. Dios mío, lo quiero. Cada hombre que he amado es sólo una repetición de esas emociones. Recuerdo cada palabra que me ha dicho alguna vez. Indelebles, nunca se borrarán. Por no mencionar todas esas malditas cartas escritas a mano con consejos que me han seguido por medio mundo. Esos malditos papeles amarillos. Cada vez que veía uno, pensaba que algún consejo iba a saltar y cogerme por el cuello. Lo que sea que ocurra entre ese viejo y yo es algo real.

Se sentó en una silla, se sentía mareada y desorientada. La ginebra no era una ayuda. La ginebra lo empeoraba. Creo que voy a ir a enterrar estas monedas en el cementerio, donde Phelan y yo enterramos aquellos medallones y dólares de plata. No se pueden guardar ciento cincuenta mil dólares en monedas de oro en un

apartamento. Voy a hacerlo. Las enterraré hoy. Eso debería animarme.

Se levantó, se sirvió otro vaso de ginebra y se lo bebió, puso el paquete de monedas en una bolsa de lona y empezó a recoger las otras cajas de los sitios en que las había escondido por todo el apartamento. Una estaba en una urna de cerámica griega. Otra en un viejo estuche de cosméticos. El resto estaban en un cajón con sus camisones, donde las había puesto con la esperanza de acordarse de llevarlas al banco. Empaquetó todas las monedas y cogió el coche para ir a la ferretería y compró una pala y emprendió el camino al campo. Haré un diseño geométrico, decidió. Haré un paralelogramo. Siempre me han gustado los paralelogramos. Siempre fueron mi figura geométrica favorita.

A las tres de esa tarde, las monedas estaban enterradas. Cuando hubo aplastado el último trozo de tierra sobre la última caja de monedas, Anna se sentó en una tumba y dibujó un mapa de dónde estaban. Luego tradujo el mapa a complicadas fórmulas matemáticas. Luego hizo una lista falsa de fechas y cantidades. Luego se levantó y se paseó y presentó sus respetos a sus abuelos y bisabuelos. Luego volvió a las tumbas más recientes y se detuvo ante la tumba de Francis Gautier.

—Me habría detenido cuando estábamos aquí con Olivia —dijo—. Pero no quería poner tristes a esas chicas. Siento que el agua haya abandonado tus moléculas de proteínas, Francis, pero ya no estoy enfadada contigo por haberte muerto. Creo que no estoy enfadada con nadie. Podría estarlo. Si no, por qué me siento tan mal todo el tiempo. Esta mañana estuve bebiendo, Frank. ¿Puedes creerlo? Bueno, qué demonios. Te quiero, y ahora me voy a nadar.

Volvió al coche. Condujo por un camino de tierra y cruzó un prado y atravesó una verja y se detuvo junto al Estanque. Se bajó del coche y se quitó casi toda la ropa. Se lo quitó todo menos unas bragas de algodón y una camiseta blanca de seda. Se acercó al borde del Estanque y se metió en el agua. Avanzó hasta que el agua le llegó a la cintura. Estaba lo bastante fría como para resultar excitante. Recordar la excitación es mejor que ninguna excitación, decidió Anna. Pero, maldita sea, qué sucio está el fondo de este estanque.

Cuando los niños eran pequeños, el señor Hand había mandado echar arena para hacer una playa, pero ahora ya no quedaba nada y el fondo estaba lleno de hojas y mantillo. Anna avanzó hasta que pudo estirarse sobre el agua suave y fangosa. Flotó durante un minuto, luego empezó a nadar. Nadó hasta la presa, al principio con cautela, luego con más abandono. Cuando llegó a la presa se subió a ella, asustando a un par de tortugas de pantano que estaban sobre un tronco. Hay algo en mí que no va bien, le dijo al Estanque y a las tortugas y al cielo. ¿Por qué no hago algo al respecto? ¿Por qué no me importa?

Se deslizó de nuevo en el agua, sintiéndose mejor de lo que se había sentido en días. Estamos a finales de abril, pensó. Llego un mes tarde. Nos hemos vuelto blandengues, Phelan. Nos hemos vuelto blandengues mientras dormíamos.

Eso fue en abril. En mayo y junio y julio, Anna trabajó en un nuevo libro, con el teléfono desconectado, trabajando minuciosamente, dando vueltas a cada detalle, de un modo más serio de lo que había sido con el trabajo en años. Era una historia extraña y enmarañada, escrita con varias voces. Se titulaba *Invierno* y trataba sobre la madre de Jessie. Sheila, se decía Anna mientras trabajaba. Nuestro Ricardo. El invierno de nuestro descontento.[5] Cuando lo termine, podré escribir la historia de Olivia, una muchacha llamada Árbol cuya madre se llamaba Verano.

—¿Qué pasa con Olivia? —le preguntó a Daniel cuando lo vio—. ¿Cuándo vas a ir a visitarla?

—Dentro de poco —respondió él—. Cuando pueda sacar tiempo del trabajo.

En agosto, Anna se sintió mejor. Se sintió mejor durante semanas. Fue a Nueva York y se emborrachó con su editor y le habló del libro.

—Será mejor que no sea su madre —dijo—. ¿Es realmente su madre, Anna?

—No, sólo mi percepción. ¿Conoces ese verso de *La tempestad:* «Ven, Espíritu, es hora de tratar con Calibán»? Ése es el tema del libro. Quiero explorar el mal, y Sheila MacNiece es malvada. Es lo más cercano al mal que he conocido nunca. Quiero clarificarlo, tratar de comprenderlo.

—¿Lo ha visto alguien?

—No, está en un maletín. Es el tipo de manuscrito que hay que mantener dentro de un maletín.

—¿Estás viendo a Philip? ¿Quieres que venga a cenar?

—Sí. No. ¿Quieres ver el libro?

—En cuanto quieras enseñármelo. En cuanto estés lista.

Se quedó en Nueva York varias semanas, viendo a Philip, comprando ropa, sintiéndose bien en el claro clima otoñal. Incluso empezó a hacer planes para ir a Londres a investigar para el libro.

—Voy a montarlo —le dijo a su editor—. A armar cada palabra.

—Más te vale —le respondió.

En octubre volvió a casa y canceló los planes de ir a Londres. Había empezado a dormir de día otra vez.

—¿Qué pasa con Anna? —le preguntó la señora Hand a Helen.

—¿Cómo voy a saberlo? Sería la última en enterarme.

—No me gusta su aspecto. Parece cansada. Está muy delgada.

—Le supliqué que fuera a ver a Brian y se hiciera un chequeo o tomara vitaminas o algo, pero ya conoces a Anna, mamá. No hace

nada a menos que se le ocurra a ella.

—Iría a verla y enterarme, pero siempre actúa como si la estorbase.

—La estorbas. Todo el mundo la estorba. Sólo quiere estar allí como un ermitaño.

—Cuándo he criado yo a alguien para ser un ermitaño. Dímelo. Criar a alguien que no tiene tiempo para los demás.

—No pasa nada —dijo Helen—. Quizá sea sólo una etapa que está pasando.

Notas

5. «El invierno de nuestro descontento», Shakespeare, *Ricardo III*.

XIV

Noviembre, mil novecientos ochenta y cinco. Va a peor. Los cortes no se curan. Cada vez que me rasco la pierna, tarda una eternidad en recuperarse. Tengo que tomar vitaminas o algo. No, esto es estrés. Es algún tipo de estrés, y todo cuanto necesito hacer es un poco de yoga y encontrar un nuevo amante. O un viejo amante. Debería llamar a Adam a Vanderbilt y hacer que viniera a pasar el fin de semana. Debería hacerlo. Pero no está bien hacer que me ame. ¿Por qué fui y me enamoré de Philip? ¿Por qué me está costando tanto superarlo? El otro día casi me desmayo, y el pelo se me está poniendo ralo; en serio, no son imaginaciones mías. Me estoy imaginando todo esto. Es todo imaginación. Todo. La realidad es una percepción, toda ella: Philip, Adam, incluso el recuerdo de Francis; soñé que venía a verme y lloraba por la soledad de mi vida. Soñé que me suplicaba que le perdonase por morir. Golpe, golpe, golpe. ¿De dónde es eso? No importa, volveré a Nueva York y veré a Philip y seré feliz por unos días. Soy feliz ahora. Ve a dormir. Soy la niña de mi madre. Ella está a la vuelta de la esquina, amándome. Y Daniel y Jessie y Olivia y James y Niall y Louise la fugitiva y Helen, Dios bendiga su corazoncito burgués, y tantos más. LeLe y Phelan y Crystal y esa niña locuela suya, Crystal Anne, Dios mío. No sabía que la vida hubiera deshecho a tantos.[6] Duerme, Anna, cierra los ojos y duerme. Deja de pensar.

Una semana después se encontró el primer bulto. Se paseaba por el dormitorio en combinación. Estaba pensando en algo que se le había ocurrido en la ducha, o en un sueño, o en mitad de la noche. Se detuvo y se tocó el pecho con una mano y allí estaba. Muy grande, más grande de lo que había imaginado que podría ser una cosa así. Tan grande como una canica, una bolita de oro. Lo supe anoche, pensó. Lo supe ayer. Lo he sabido durante mucho tiempo. Ni siquiera yo puedo ignorar este maldito bulto.

Cruzó el vestidor y cogió la ropa de un banco de madera bajo un cuadro y se la puso sin mirarse en el espejo. Sin mirarse ni una vez en el espejo acabó de vestirse y bajó las escaleras y se subió al coche y se dirigió a la consulta de Brian. Una enfermera le sacó sangre del brazo y se tumbó en la camilla, y Brian encontró tres más. Dos en un lado y dos en el otro.

—Si fuera cáncer, ¿cuánto tiempo me quedaría?

—Quizá toda la vida. Hay montones de cosas que se pueden hacer.

—Como una lisiada, una inválida, que me corten los pechos, que se me caiga el pelo. Todo el rato yendo al hospital, la gente compadeciéndome.

—Anna.

—No voy a hacerlo, Brian. No tengo hijos. ¿Cuándo puedes saberlo?

—Podemos hacer la biopsia por la mañana.

—Aquí no. No en este hospital. Lo sabría toda la ciudad.

—Entonces, ¿dónde?

—No lo sé. Lexington tal vez.

—Puedes ir allí si quieres, Anna, es absurdo. Puedo mantenerlo confidencial.

—De acuerdo. ¿A qué hora mañana?

—¿Te viene bien a las ocho?

—Está bien. No se lo digas a nadie. Pero a nadie.

Dos días después le dio los resultados. Era muy malo. Había que detenerlo enseguida. Había que detenerlo con toda la munición disponible. Ella aceptó dejar que la tratara. Luego salió por la puerta trasera y bajó los escalones de piedra hasta el aparcamiento. Las hojas de los robles eran de color dorado y naranja y rojo oscuro. Como el corazón del fuego, pensó. Nuestro cerebro no está programado para la infinitud. Muerte e infinitud. Me alegro de haber pasado mi vida pensando en esas cosas. Ahora me será útil. Tiene que serme útil. No pienses, Anna. Limítate a conducir.

Anna descolgó unos pantalones *beige* de una percha y una blusa blanca suave, se los puso y añadió una chaqueta de *tweed* y se pasó un peine por el pelo. Vive el momento, se dijo. No hay nada que temer. Nada en el mundo que temer. La materia ni se crea ni se destruye. Lo único que voy a hacer es cerrar un sistema.

En el pasillo de abajo añadió un pañuelo amarillo a su atuendo. Un artista debe recordar al mundo el amarillo, iba pensando. Recuerda aquel horrible congreso de escritores en la costa oeste y el poeta que siempre llevaba un pañuelo rojo e iba con sus hijos a todas partes. Aquel verano había flores silvestres en los acantilados, enormes flores silvestres tan grandes como mi mano. Y todas las mujeres se quedaban dentro preocupadas porque las publicaran. Yo bailaba al son del poeta y comía las bayas silvestres que recogíamos y paseaba al amanecer, y una mañana me encontré con cuatro jóvenes durmiendo sobre la hierba al borde mismo de un precipicio, dormidos sobre unas finas colchas grises, empapados de rocío. He vivido mi vida. No me he olvidado de vivir. Me alegré de estar aquí.

Cogió su bolso y el pequeño maletín que contenía el manuscrito titulado *Invierno* y apagó las luces y bajó las escaleras y cogió el coche y condujo hasta el aeropuerto por el largo camino a través del lago, donde una vez había conducido una lancha motora a cincuenta millas por hora desde un extremo al otro por el simple goce de estar viva. Contempló el agua mientras recordaba la espuma que entraba por los lados del parabrisas de la vieja Boston Whaler y cómo ese día había tenido el lago para ella sola, tan temprano por la mañana de un día de

verano, y que estaba celebrándolo porque iba a casarse con un poeta y mandar al infierno a Carolina del Norte por los siglos de los siglos, amén. Un mundo nuevo en el que sería feliz a tiempo completo. Y lo habría sido, pensó Anna. Si él no hubiera muerto, habría sido feliz. Ahora volveré a verlo, supongo. Adonde quiera que vaya, Frank también estará allí. No vayas por ahí. Échale valor. Ve a Philip una última vez y luego hazlo. Que esté allí cuando llame. No lo sabrá. Si me pongo mala, puedo tomar las pastillas que Brian me recetó. Me tocará los pechos. Lo sabrá. Puedo sortear eso. De algún modo.

Anna atravesó el lago y pasó ante Little People's Company, una guardería en la que una de sus sobrinas desperdiciaba un cociente intelectual de 140 enseñando a nadar a niños de 3 años. Culpándose a sí misma de la debilidad de su madre y las noches empapadas en vino y las amantes de su padre.

Desperdiciar la inteligencia no es nada, se dijo Anna mientras pasaba ante la escuela de su sobrina. Deberías haber tenido la suerte de pasar tu vida con niños. Tal vez Aleece volviera a la escuela en unos pocos años. Dejé el dinero para ellos, todos esos sobrinos y sobrinas tan locos. Pobre Helen, teniendo que administrarlo todo. No pienses en Helen. No pienses en Helen con los papeles. Dios mío. Aun así, podría ayudarla a superar la mediana edad. Quién sabe, ella y Mike podrían gustarse. Déjate ir, Anna, abandona el mundo. Está bien. Ni siquiera te echarán de menos en un año o dos. Tienes un día, dos días, tres días si él al final viene. Ese último pedacito de tiempo, como un globo del material más denso del universo, como el uranio, denso, grueso y redondo. Reventará en pedazos y surcará las estrellas cuando lo hayas gastado.

Se apresuró a llegar al aeropuerto y facturó sus maletas y subió la escalerilla hasta el avión y se sentó y pidió un *bloody mary*.

Él aceptó. Vino, la bajó del avión y la llevó por la costa hasta Biddeford. Él sabía que algo iba mal, pero pensó que era un hombre. Pensó que era otro hombre a lo que se enfrentaba.

El sábado por la mañana amaneció cubierto de nieve y frío y claro. Philip salió al porche de la casita alquilada y se quedó mirando cómo el viento inclinaba los árboles del acantilado al otro lado del camino. El viento subía y bajaba por las mosquiteras de las ventanas. Aullaba a través del agua, corría junto al hotel vecino y desaparecía sobre las colinas en un mar de hierba aplastada.

Philip tenía las manos hundidas en los bolsillos. Llevaba pantalones de lana y un jersey azul que su mujer le había comprado en Escocia. Estaba pensando en Anna, en la alarmante palidez de su piel. Parecía una enfermedad. Olía a enfermedad.

—Os amo —dijo ella apareciendo detrás de él en el marco de la puerta—. A vos y a vuestros jerséis de cachemir. Ven aquí. —Él se

volvió y la tomó en sus brazos y empezó a bailar un vals mientras la llevaba por el pasillo. Alzó su cuerpo del suelo y ella tarareó *El Danubio azul.* La llevó bailando el vals por todo el pasillo hasta entrar en el salón con el fuego, rodeó las suaves alfombras y ambos se posaron en el sofá. Se quedó encima de él como una medalla, y él se detuvo.

—¿Cómo recuerdas todas las notas? —preguntó.

—Soy música. Siempre lo olvidas. Ni siquiera me has oído tocar.

—Y tampoco he leído los libros.

—Eso es mentira. Los has leído todos una docena de veces. Los leíste antes de conocerme.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Arthur me lo contó. Nos emborrachamos juntos la última vez que estuve en Nueva York y se lo saqué.

—Él nunca me delataría.

—Se lo saqué en el bar del hotel Warwick, en la Sexta Avenida. En agosto pasado.

—¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no me dijiste que estabas allí?

—No estaba allí. Me detuve sólo un día para ir a no sé qué programa de televisión y hablar con Arthur, y vino a buscarme y nos emborrachamos en el Warwick Bar y me preguntó si todavía te veía, y yo dije que no y él dijo: bueno, yo tampoco, y luego dijo: bueno, ése es el precio a pagar por liarte con un admirador. Entonces yo no dije nada y él dijo que te encantaban mis libros. O que a tu mujer le encantaban mis libros. ¿Hiciste ese café o no? —Estaba tumbada sobre él con las piernas abiertas sobre las suyas y sus manos en sus mejillas, y pareció pasar mucho tiempo sin que ninguno dijera nada—. Éste es el tiempo de los tiempos —dijo ella finalmente—. Esto es una eternidad si dejamos que lo sea. —Él movió su cuerpo hasta que ella se quedó sentada en su regazo.

—No, no lo es. Es un fin de semana largo en Maine con un clima peligroso y dramático. Dios, me haces hablar como tú. Mírame, Anna. Mírame. —Ella le miró. Alzó su rostro hasta el suyo, sintiendo el principio del dolor en los brazos y el pecho, pero sólo el principio, nada que se notara.

—Te estoy mirando.

—Debes casarte conmigo. O, más correctamente, yo debo casarme contigo. Debemos casarnos. Tenías razón en eso. Todos estos meses que han pasado sin ti, y cada día he pensado en ti. No, espera, no te muevas. Ya se lo he dicho. Se lo dije cuando me fui ayer, le dije que te amaba y que iba a pedirte que te casaras conmigo. Se lo tomó bastante bien. Se lo tomó bien. —Ahora era el turno de él de apartar la mirada —. Dijo que se sentía aliviada.

—No, no, no —dijo Anna. Le besó. Luego le besó de nuevo—. Ésa es

una gran mentira que te has inventado para que te haga el desayuno, y no va a funcionar. Haz el café. Prepara los huevos. Fóllame, esclavo.

—¿Lo harás? ¿Te casarás conmigo?

—Puede que sí. Y puede que no. Muéstrame por qué iba a querer hacerlo.

Anna pensaba esperar hasta el lunes para hacerlo. Hasta que él se hubiera ido. Pero el domingo por la mañana él sacó el tema de su salud y no se contentó con las respuestas, así que ella siguió adelante y lo hizo el domingo por la mañana. Salió a las diez de la mañana diciendo que iba en coche a la tienda a por mermelada.

—¿Por qué vas a salir con este tiempo?

—Porque quiero mermelada. Tú eres el que dice que estoy flaca. Bueno, pues voy a engordar —eso era lo que ella estaba diciendo, pero no era lo que él estaba oyendo, y Anna nunca mentía—. Adiós —dijo de nuevo—. Adiós.

—Anna. —Se soltó de él, se alejó, se detuvo y se abrochó la chaqueta, luego volvió al vestíbulo y lo abrazó de nuevo. Luego bajó corriendo los escalones y se subió al coche y se marchó. Durante años, él repetiría esa escena en su mente una y otra vez, y después solo ocasionalmente, y después solo cuando oía el mar o veía uno de sus libros en alguna parte o entraba en una sala oscura o asistía a un funeral. Al cabo de algunos años fue sólo otro recuerdo.

Quedaba una cosa por hacer. Anna se detuvo en un bar de ostras que aún no estaba abierto. Un anciano estaba barriendo los escalones y le sonrió con sus viejos ojos azules y le permitió usar el teléfono. Anna le dio las gracias tres veces por dejarla entrar. Luego metió veinticinco centavos en la ranura y llamó a Adam. Estaba dormido cuando sonó el teléfono, en un cuarto cerca del campus de Vanderbilt. Estaba solo y dormido, y el timbre del teléfono era algo injusto y malo, y él lo supo a través de todas aquellas millas y contestó sin que el sueño se mostrase en su voz.

—¿Dónde estás, Anna? ¿Dónde has estado?

—Eso no importa. Todo va bien. Escucha, Adam, te amo. Quiero que sepas eso. Te amo y me importas y estoy orgullosa de ti. Qué buen hombre eres.

—¿De qué va esto? ¿Por qué no has contestado a mis cartas? Anna, ¿dónde estás?

—Estoy en Maine. Llamo para decir adiós. —Hizo una pausa, se mordió el labio—. Adam, llamo para decirte adiós.

—¿Por qué no vienes a Nashville y vives conmigo en vez de eso? Suena fatal. No he vuelto a estar contento desde que te fuiste al puto Charlotte, y te diré algo más. Me siento solo, Anna. Te echo de menos.

—Necesitas a una chica de tu edad, y tener hijos con ella. No pienses en mí. Adam, escúchame.

—Maldita sea, ¿dónde estás, Anna? —Había algo en la voz de ella, algo terrible y persuasivo, y la escuchó.

—Te amo. He llamado para decirte adiós. Para agradecerte los días y las noches que tuvimos. Oh, esto es terrible. No debería hacer esto.

—Si no vas a vivir conmigo, lo es. Espera un minuto. Necesito un cigarrillo.

—Adam.

—Sí.

—Te amo. Cuídate. —Colgó—. Se avergonzaba de haberle llamado. La vergüenza sería una agradable emoción final, decidió. Ésa es buena. Recuerdo cuando Francis me dijo que cuando muriéramos, el mundo aún nos debería mucho, así que no había que preocuparse por la felicidad que pudiéramos robar. Lo recuerdo. Y supe que era verdad. Es verdad, maldita sea.

Le dio las gracias de nuevo al anciano y pasó ante los sucios taburetes del bar y luego por el sucio vestíbulo, y bajó los sucios escalones de madera, y el océano se extendió ante ella, gris y tormentoso y real. Frío y real. Era posible retroceder, pero no quería hacerlo. La alternativa era una cama en un hospital y bisturíes y terror. Un terror grande o muchos terrores pequeños. La muerte iba a ganar, de un modo u otro. Pobre Helen, pensó Anna. Nunca lo entenderá. El tiempo curará a los demás, excepto a Adam. Podría quedarse enganchado a mí. Espero que no. Oh, Dios, espero que consiga ser feliz. Qué amante tan gozoso y alegre, con su cinturón de herramientas y su gracia. Tan elegante. Apuesto a que a LeLe le gustaría. Debería haberle dejado la dirección de LeLe. Ahora móntate en el coche y vete. Se hace tarde.

Se hacía tarde. Eran las once de la mañana. A las once y media se había ido. Dejó el coche junto al muelle con las cartas en el asiento. A las dos, la policía las había abierto y llamado a Philip. Luego fueron a buscarlo y lo llevaron al muelle. Esperó hasta las cuatro para llamar a la hermana de Anna, Helen. Luego tomó una copa con el capellán de la policía y llamó al editor de Anna. Luego llamó a su mujer.

Tiró el jersey azul. Tiró todo lo que llevaba puesto, pieza a pieza. Durante un periodo de meses identificó cada prenda que había llevado aquel domingo por la mañana y se deshizo de todo. Las castigó como si fueran niños malos o los gérmenes de la locura de Anna pudieran esconderse entre las ropas y germinar y crecer.

Locura no, decidió finalmente. Mortalidad. Es la mortalidad lo que nos enloquece. Ese maldito niño en Saint Vincent's. Su dolor. Anna. Yo. Tenemos derecho a la ira. Tenemos derecho a protestar contra ello y hacernos responsables. Podría habérmelo contado. Yo podría haberla ayudado. ¿Podría haber hecho qué? Estar aquí, y luego partir para siempre, y se supone que lo racionalizamos, lo justificamos, lo

perdonamos. Ojalá hubiera nacido en un mundo más antiguo y pudiera culpar a los dioses.

Notas

6. Anna cita, cambiando «muerte» por «vida», unos versos del «Infierno» de Dante que a su vez Eliot incluye en *La tierra baldía.*

II
Elegía y salmo

XV

Niall y Daniel fueron con Helen a decírselo a sus padres. Daniel recogió a Niall y ambos recogieron a Helen, y ella se montó en medio del asiento delantero del Jaguar de Daniel, y todos hablaron a la vez y luego guardaron silencio.

—Yo sabía que estaba enferma —dijo Daniel—. Actuaba tan mal, se portaba como una zorra con todo el mundo. Algo no iba bien.

—Te dijo que estabas bebiendo porque era verdad. Pero no debería haber hecho esto así. Nunca la perdonaré. —Esto, de Niall.

—No —dijo Helen—. Estaba enferma de cáncer. Está bien. Tenía derecho a su muerte. —Vendrá Phelan, estaba pensando. Vendrá en cuanto se entere.

—Entonces debería haberles llamado y decirles que iba a hacerlo, o escribir una nota. Dios, no puedo creerlo. Si sale en las noticias o algo antes de que lleguemos…

—Ya estamos llegando. Queda una manzana. —Daniel aceleró, adelantó a la vecina de la puerta de al lado de los Hand que salía con su perro lazarillo y estuvo a punto de chocar con los cubos de basura al girar para subir el largo camino de entrada de la casa de sus padres. Se bajaron y caminaron hasta la casa. La señora Hand estaba en la cocina haciendo un pastel. Llevaba un vestido amarillo de seda y unos preciosos zapatitos de tacón alto. Era tan suave, tan dulce, tan amable. Se volvió cuando entraron.

—Anna se ha ido, mamá —dijo Helen. Se dirigió a su madre y la envolvió en un abrazo. Daniel se acercó, con Niall detrás—. Anna ha tenido un accidente.

—Se ha ido —dijo mamá—. Ido. ¿Qué quieres decir, Helen? —Se liberó del abrazo de Helen, se inclinó sobre la encimera de la cocina para escapar de los brazos de Helen. Estaban en una parte estrecha de la cocina, los cuatro apretujados en un espacio entre tres puertas—. ¿Adónde ha ido Anna?

—Tuvo un accidente —dijo Niall—. Creemos que puede haber muerto.

—Está muerta —dijo Daniel—. Se ha ido.

—¿Cómo? —dijo la señora Hand—. ¿Cómo es eso? ¿Qué estás diciendo, Daniel? ¿Qué quieres decir, Helen?

—Estaba enferma. —Helen miró a sus hermanos. Siempre se habían echado la culpa unos a otros, todos se echaban la culpa por todo lo que hacían, como si cualquiera de ellos hubiera podido hacer cualquier cosa que sucediese y ser el villano del momento fuera sólo cuestión de quién llegase primero para asumir el papel. Ahora Helen se sentía culpable, muy mal y muy culpable, y Niall se sentía especialmente culpable porque acababa de decirle cosas terribles sobre Anna a su mujer. Daniel tomó el mando.

—Se suicidó, mamá, porque tenía el peor tipo de cáncer que se puede tener. Se ha ido.

—Anna no —dijo la señora Hand—. Anna no haría eso. Anna nunca negaría a Dios. ¿Cómo iba a suicidarse?

—Estaba enferma, mamá —dijo Helen—. Vamos, acuéstate un rato. Tenemos que decírselo a papá. ¿Dónde está papá?

—Papá está aquí. Está detrás. Debe estar leyendo. Anna no, Helen. Acaba de volver a casa. —Daniel la llevó en brazos a través de la casa hasta su habitación, y Niall los siguió y extendió una mano y acarició la espalda de su madre.

Encontraron a su padre en la habitación leyendo un libro y se sentaron a su alrededor en la cama y se lo contaron, y sus ojos buscaron los de su mujer y dejó el libro a un lado y se echaron a llorar. Entonces sus hijos también se echaron a llorar y así comenzó el velatorio de Anna Elizabeth Hand, que duraría seis días y terminaría con un funeral estúpido y sin sentido en una iglesia en la que llevaba años sin entrar.

La primera noche duró hasta el amanecer. El señor Hand dejó de llorar y se lavó la cara y las manos y se sentó en una silla junto a la chimenea dejando que la gente lo abrazara. La señora Hand se sentó en el otro extremo en un sofá junto al teléfono, contestando llamadas y contando la historia una y otra vez. Empezó a venir gente. Hijos y nietos, amigos, hombres y mujeres que habían trabajado para el señor Hand, gente que había conocido a Anna cuando era niña.

—Lo supe desde el principio —no paraba de decir su madre—. Lo llevaba en la cara.

En algún momento de la noche, Helen se acordó de Olivia. Se llevó a Daniel a la cocina. La criada de la señora Hand, Victoria, estaba allí con su hermana preparando la comida, una cazuela de espárragos y un asado. Victoria estaba llorando mientras cocinaba. Helen la envidió por eso. Apretó la mano que le ofreció Victoria y apreció la considerable simpatía que la acompañaba. El pesar que sentía Victoria era doble: compasión por la señora Hand y remordimiento por haberse aprovechado de la mala vista de Anna y su poca atención a los detalles para no limpiar a fondo los rincones del apartamento cuando ayudaba allí. Ahora todos se darían cuenta, pensaba. Cuando fueran a recoger

sus cosas.

—Les ayudaré con el apartamento de Anna —dijo Victoria—. Si necesitan ayuda con eso, hágamelo saber.

—Lo haré —dijo Helen. Cogió un trozo de espárrago con los dedos mientras arrastraba a Daniel más allá de los fogones y la mesa hasta la despensa.

—Tienes que llamar a esa chiquilla de Oklahoma y decírselo —dijo Helen—. Antes de que lo oiga en las noticias.

—Oh, Dios, no había pensado en eso. No creo que debamos hacerlo.

—Por supuesto que debes hacerlo. Ella adoraba a Anna.

—De acuerdo, lo haré más tarde. Me alegro de que te hayas acordado. ¿Qué voy a decirle?

—Dile la verdad. No va a haber secretos con esto, Daniel. —Él guardó silencio y Helen prosiguió—. Come algo. Coge algo de comida. Tenemos que quedarnos toda la noche. Tenemos que dormir aquí. Manda a buscar algunas cosas si las necesitas.

—Estoy bien. Papá tiene todo lo que necesita.

—No puede ser verdad. ¿Cómo puede esto ser verdad? —Helen rodeó con sus brazos a su hermano y ambos se abrazaron, junto a los moldes para pasteles y las batidoras Waring y las paneras y los floreros de su infancia. Podrían haber abierto la panera en cualquier momento de sus vidas y habrían encontrado galletas de soda y galletas integrales y obleas de vainilla y pan de trigo integral y cereales secos. Una enorme panera negra que procedía de una casa junto al río en el río Catawba, adonde iban todos los veranos cuando eran jóvenes. Helen abrió la tapa. Todo estaba allí. Cogió un puñado de obleas de vainilla y se las ofreció a su hermano. Comieron las galletas en silencio, luego Helen empezó otra vez.

—Tienes que llamarla ahora mismo.

—Maldita sea, Helen, no empieces de nuevo.

—Bueno, hay que hacerlo enseguida. La llamaré yo si quieres.

—Yo la llamaré. Dije que la llamaría. Cuando tenga tiempo.

—Se enterará por las noticias.

—Ya me lo has dicho. De acuerdo, la llamaré ahora. ¿Qué debo decirle?

—Simplemente llámala y cuéntaselo. Quizá deberías pedirle que venga al funeral. No, supongo que no es necesario.

—Yo decidiré si es necesario. Jesús, Helen, eres peor que Anna. Deja de meter las narices en mis putos asuntos, por favor. Tengo un funeral que organizar. —Bajó la vista a la cabeza de su hermana. La pequeña y suave onda de su permanente no se había mantenido muy bien esa semana. Había perdido su cita en el salón de belleza cuando llegaron las noticias de que tenía que ir a Boston. Se recogió los rizos alrededor de las sienes.

—Tengo un aspecto horrible. Lo sé. Bueno, ¿quieres que la llame yo entonces? Alguien tiene que hacerlo, Daniel. No podemos dejar que esa niña lea esto en un periódico.

Daniel se rindió. No iba a vencer a Helen esa noche en la despensa.

—De acuerdo. La llamaré. La llamaré en cuanto pueda. Ve a cuidar de mamá. No la dejes ahí sola recibiendo a la gente.

Helen se marchó, y Daniel se detuvo en la cocina y se preparó una copa, tres dedos de escocés y cuatro cubitos de hielo y sin agua, y, con ella en la mano, fue a la biblioteca a hacer la llamada. Cuando levantó el auricular, Phelan Manning estaba en la línea. Iba de camino a Charlotte con su sobrino, King Mallison Jr. Habló con Daniel durante unos diez minutos, y en cuanto Phelan colgó, James Jr. llamó desde el hospital. Finalmente, Daniel fue a la cocina y se sirvió un segundo whisky y salió por la puerta trasera y atravesó el patio hasta llegar a la parte de la casa de su madre y su padre, una habitación y un cuarto de invitados con cuarto de baño. El cuarto de invitados era de forma octogonal con varias ventanas que daban a una rosaleda. Cuando los chicos Hand eran pequeños, el cuarto se usaba de enfermería. Cada vez que un niño estaba enfermo lo acostaban allí, para que la señora Hand pudiera oírlo si lloraba.

Daniel se sentó en la cama para hacer la llamada. La cama estaba cubierta por una colcha de cretona amarilla y azul que hacía juego con el dibujo del papel pintado. Daniel se sentó con la mano en el teléfono mirando a un lado y a otro desde la colcha las lamparillas de noche, que tenían forma de pastoras sosteniendo cayados. Una vez, justo después de decorar el cuarto, Daniel había pasado allí dos días recuperándose de la extracción de las muelas del juicio. Tenía 18 años e iba a ir a la universidad en dos semanas. Era pleno agosto, el momento más caluroso del año, y la señora Hand entraba y salía del cuarto con abanicos y bolsas de hielo y vasos de té frío flojo, que él sorbía con pajitas flexibles. Por la noche había oído a su madre y a su padre hablando de él en el cuarto de al lado.

—Tenía que pasar ahora —decía su madre—. ¿Por qué ha tenido que pasar ahora?

—Sólo son las muelas del juicio —respondió su padre—. Daniel ha tenido problemas peores que el que le quiten las muelas del juicio la semana antes de irse a la facultad.

—Es demasiado joven. Deberíamos haberlo retenido aquí. Es culpa tuya que empezara tan joven. Era demasiado inmaduro y no debería irse tan pronto.

—Oh, por el amor de Dios, Annie, ¿podrás dejarme dormir un poco? Ven, quiero abrazarte.

Daniel se había tapado la cabeza con la almohada para no oír el resto. Ahora se sentó en la cama y pasó la mano por la colcha de

cretona. Había sido el no va más del estilo cuando su madre la doblaba sobre una silla durante su recuperación para que no la manchase de sangre mientras sanaba. Tengo que llamar a esa chiquilla, pensó. Si no, esa maldita Helen va a volverme loco, así que, qué demonios.

La línea estaba ocupada en casa de Olivia, en Oklahoma. Daniel volvió a llamar varias veces, pero la línea seguía ocupada. Se rindió. Luego fue al salón y se encontró con Jessie y le dijo que había estado intentando llamar a su hermana.

—¿Crees que vendrá para estar aquí? —preguntó Jessie.

—Oh, no creo que fuera una buena idea.

—¿Por qué no? ¿Por qué no iba a venir? Podría sentirse excluida.

—No te preocupes por eso, Jess. Tú déjame todo eso a mí. Pensé que ibas a ir a por tu ropa. Viene Phelan. Trae a su sobrino de Nueva Orleans. Habían salido para ir de cacería, así que trae al chico con él. ¿Te acuerdas de King Mallison, de Nueva Orleans?

—¿Por qué no puede venir si quiere hacerlo?

—Jessie, coge tu coche y ve a buscar tu ropa. Tráeme una camisa si te acuerdas.

—¿De qué tipo?

—Tela oxford blanca, una camisa de vestir. Cualquier cosa, ve. —La dejó allí y fue a ver a los invitados, y ella se subió al coche y se dirigió a su casa.

Olivia estaba esperando a que le despacharan una receta para su tía Mary Lily. Había dejado de hacer los deberes y había ido con su tía a la farmacia en las afueras de Tahlequah porque no era conveniente que las mujeres salieran solas en esa parte de la ciudad. Su tía estaba de pie en la larga cola de clientes de la ventanilla de Economy. Ojalá no tuviéramos que usar vales de comida para todo, pensó Olivia. Cuando sea mayor, no los usaremos. Pagaremos todo en efectivo, porque voy a ganar dinero suficiente para todo. Voy a ser piloto si es necesario, o lo que haya que hacer. Un director de periódico debe de ganar mucho dinero. Sé que puedo hacerlo. No tengo ninguna duda al respecto. Nunca recurriré a vales de comida o a cheques de la asistencia social ni aceptaré la caridad de nadie, ni siquiera de mi padre. Soy una Hand y no usamos vales. Se volvió al exhibidor de prensa, cogió un ejemplar de *USA Today* y allí estaba la foto de Anna, en primera plana. «Destacada escritora muere ahogada». Leyó rápidamente el artículo; luego fue adonde estaba su tía.

—Mi tía ha muerto —dijo—. No puede ser verdad. ¿Cómo puede haber muerto? —Se apoyó en el suave abrigo negro de su tía Mary Lily.

Anna había enviado una carta a Olivia, pero Olivia no la recibiría hasta varios días después. «Querida Olivia», comenzaba la carta.

Sólo voy a escribir tres cartas antes de hacerlo. Ésta es la tercera. Es para decir que te quiero y te ruego que me perdones y comprendas. No puedo soportar el dolor, no puedo estar en manos de otras personas, ni siquiera en un hospital. Es un defecto de carácter y me ha limitado de varias maneras. Lo escribo, pero no estoy segura de creerlo. Vive una vida larga y feliz. Crea si puedes y nunca dejes de maravillarte ni de reír. No temas amar o llorar. Quiere a Jessie y cuida de ella. No le digas que te escribí o, si lo haces, dile que esta carta es también para ella. Lo es. Ahora tengo prisa. Todo es tan bueno y va tan rápido. Me ha producido una inmensa alegría saber que estabas en el mundo. Gracias por buscarme. En mi testamento hay una provisión para ayudarte con tu educación. Alguien contactará contigo más adelante. Perdóname. Amor y amor y amor.

Tía Anna

—Tengo que ir allí —dijo Olivia ahora—. Tengo que ir a Charlotte para estar con mi padre y mi hermana. Tengo que ir al funeral.

—Sí —convino Mary Lily—. Sería lo correcto. ¿Qué deberíamos hacer?

—¿Hay dinero en el banco?

—Sí.

—Entonces tenemos que ir a casa y llamar al aeropuerto de Tulsa y ver cuándo hay un vuelo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Vamos, coge la receta del abuelo. Tenemos que irnos. —Mary Lily volvió a la cola y explicó el problema, y los demás clientes dejaron que la atendieran la primera, y cuando hubo obtenido la receta, ella y Olivia salieron y condujeron tan rápido como se atrevieron para llegar a casa. Olivia reservó un asiento en un vuelo, luego trató de llamar a casa de su padre. El teléfono sonó durante largo rato. Finalmente, Jessie contestó.

—Quiero ir —dijo Olivia—. Lo he leído. No puede ser verdad.

—Papá te llamó. Lo intentó una y otra vez, pero la línea estaba ocupada.

—Tengo un billete de avión. Para llegar esta noche. ¿Puedo ir, Jessie? ¿Será correcto?

—Ven —dijo ella—. Iré a recogerte. ¿A qué hora llegas?

—A las cinco y media de la madrugada. ¿Te impedirá ir al colegio?

—El colegio no importa. De todos modos, ahora no puedo ir. Oh, Dios, no creerías lo que está pasando. Ni siquiera pueden celebrar un funeral. Es tan terrible. Es terrible. Todo el mundo está llorando y dando vueltas. El abuelo tuvo que irse a la cama. Nunca se va a la cama. Nadie le había visto llorar, a menos que quisiera algo que no podía tener. Y escucha, ella sabía que lo tenía y le dijo a nuestro amigo Brian, que es médico, que iría al hospital, y en vez de eso se marchó para estar con ese hombre que ama y luego lo hizo. Es increíble. —Jessie hizo una pausa para respirar—. Escucha, encontraron cianuro en su coche. Pensamos que lo sacó del cuarto

oscuro de nuestro primo James. Lo usaba para hacer planos. O lo compró en una tienda de fotografía. James saldrá esta noche de permiso del hospital para comprobar si le falta algo de lo suyo. Piensa que todo podría ser culpa suya. Estaba llorando como un loco cuando hablé con él. Está tan mal como el abuelo. Escucha, no sabemos lo que ocurrirá con la abuela. Actúa como si esto fuera una especie de boda. No para de decir: «No sé cómo vamos a celebrar una boda si no encontramos a Anna». La policía ha estado aquí cuatro veces. Y esos periodistas.

—¿Estás segura de que puedes venir a recogerme? Puedo coger un taxi. Tengo un montón de dinero.

—No, estaré allí. Papá está en casa del abuelo. No le digas que vienes. Iré yo a buscarte. ¿Cuál es el número del vuelo? Escucha, yo fui una decepción para ella. Creo que contribuí a que enfermara. No iba a mis lecciones de piano. Me consiguió lecciones con ese maravilloso profesor que conoce, y no iba la mitad de las veces. Escucha, no traigas muchas cosas. Puedes ponerte mi ropa.

—Es el vuelo cuatro cuarenta y seis de Delta. Llega ahí a las cinco treinta de la madrugada.

—Allí estaré. —Jessie colgó el teléfono. En el salón estaba oscuro. Encendió una lámpara. Cogió un cigarrillo del paquete de Camel de su padre y lo encendió. Se sentó en la oscuridad, fumando, secándose algunas lágrimas de las comisuras de los ojos. Será mejor que tome un baño y me cambie de ropa y me maquille un poco, decidió. Puede que tenga que estar en pie toda la noche.

La familia de Olivia merodeaba a su alrededor mientras metía un par de cosas en una maleta y se lavaba los dientes y se peinaba y se recogía el pelo con un largo pañuelo azul. Se quitó el vestido que llevaba y se puso su mejor ropa del colegio. Su falda azul marino y una blusa blanca de manga larga y una chaqueta azul marino. Su abuelo le había lustrado los zapatos mientras hacía la maleta. Se los entregó. Olivia se puso calcetines azul marino hasta la rodilla y luego se sentó en el borde de la cama para atarse los zapatos marrones. Se levantó y dio un beso de despedida a sus abuelos, muy seria y lentamente. Su abuela rebuscó en su bolsillo y sacó un billete de diez dólares, que le puso en la mano.

—Deberías haber hablado con tu padre —dijo su tía mientras la llevaba al aeropuerto—. Debería saber que estás haciendo esto.

—Está bien —respondió Olivia—. Así es como Jessie hace las cosas. Probablemente ya se lo ha dicho. —Rió entre dientes—. Probablemente se lo ha dicho a diez o doce personas a estas alturas.

El avión iba casi vacío de Tulsa a Dallas. Un borracho de Jackson, Mississippi, no paraba de intentar hablar con Olivia. Era muy obvio que ella había estado llorando.

—¿Qué te ocurre, pequeña? —no dejaba de preguntar, pero la azafata le interrumpió y se sentó junto a Olivia.

—¿Vas a un funeral?

—Mi tía ha muerto. Era escritora.

—Oh, yo leo mucho. ¿Cómo se llamaba?

—Anna Hand.

—Conozco ese nombre. Claro. Creo que he oído hablar de sus libros. Mira, déjame traerte un chocolate caliente y luego reclinas el asiento y tratas de dormir.

—No puedo dormir.

—Puedes intentarlo. —La azafata trajo almohadas y una manta fina y arropó a la muchacha—. Te traeré el chocolate. —Cuando volvió con una taza caliente de chocolate instantáneo, Olivia estaba dormida. La azafata se sentó frente a ella y se bebió el chocolate. Estaba pensando en su propia tía, que se había casado con un adventista del séptimo día y se había largado a Texas con él, dejando a sus tres primos para que los criasen sus abuelos. Cuando murió, no le importó a nadie.

Olivia estaba soñando con agua. Soñó que Anna estaba nadando en el agua con la camisa que llevaba el día que vino a visitarla, la primera vez que la había visto, bajando la escalerilla del avión con una camisa azul suave, más grande y con aspecto más dulce que en sus fotos, con el pelo recogido en un moño, tan sencilla y abierta, tan fácil de querer. «Vayamos a comer —había dicho su tía—. Vamos a hablar».

«Tengo tanto que decirle», dijo Olivia en su sueño, y luego se despertó y se echó a llorar de nuevo. La azafata dejó la taza de chocolate a un lado y se sentó junto a ella y le cogió la mano.

—Deberías alegrarte de haber tenido una tía a quien querer —dijo—. Mi tía era un bicho tan malo que ni sus hijos la echaron de menos cuando murió. —Para cuando el avión aterrizó en Dallas, la azafata y Olivia habían intercambiado direcciones y números de teléfono y se habían hecho amigas rápidamente.

Jessie metió algunas cosas en una maleta y condujo de vuelta a casa de su abuela. Su primo James acababa de llegar, y ella se disponía a decirle que Olivia estaba de camino cuando cambió de opinión. James sabía lo de la marihuana que había fumado en la playa y temía que pudiera delatarla y que la encerraran a ella también.

Entró en el comedor, donde la gente estaba mezclando bebidas, y quiso hablar con su padre, pero éste estaba charlando con un hombre llamado señor Alsop, que siempre le hacía a Jessie preguntas embarazosas, así que renunció.

Vio a su tía Helen deambulando entre la multitud y quiso decírselo, pero cambió de opinión. La tía Helen podría volverse loca y querer ir

al aeropuerto.

Jessie entró en el estudio y se sentó junto a su abuela y dejó que su abuela la acariciase. Se alegrará de que venga Olivia, decidió Jessie. Le dará algo en qué pensar que no sea la tía Anna tragando cianuro. La semana anterior, Jessie había ido a casa de su abuela una tarde después del colegio y le había enseñado una foto de Olivia.

—Me pone mala que todo el mundo finja que no puede contártelo —había dicho—. Ni siquiera la tía Anna te lo va a contar, porque papá le dijo que no lo hiciera.

—Lo sé todo —había dicho su abuela—. Helen me puso al día. Helen me lo cuenta todo, tanto si quiero como si no. Yo le digo: Helen, no me cuentes tanto. Por favor, ahórrame los detalles. —La señora Hand adoraba a su nieta más joven. Adoraba a Jessie por ser tan bonita. Ella adoraba la belleza en todas sus formas, y los hijos y nietos que la tenían podían obtener de ella lo que quisieran. Los otros podían obtener lo que quisieran porque lo sentía por ellos por no ser guapos—. ¿Cómo es? —dijo.

—Bueno, ahí está la fotografía. Mírala.

—No se puede ver mucho.

—Se parece a mí. Se parece a la tía Anna.

—Su madre no se parecía a nosotros. Conocí a su madre, Jessie, no lo olvides. Ésa fue una de las peores semanas de mi vida, cuando sucedió aquello. Su madre parecía hispana.

—Es medio india, abuela. Su madre era una india cherokee de pura cepa. Es algo de lo que estar orgullosos. Su bisabuelo era el presidente de la Nación Cherokee. Ella es realmente agradable. No importa quién sea tu madre. O tu padre. Lo que cuenta es quién eres tú. —Jessie untó de mantequilla una rebanada de pan casero con sal y la masticó mientras sermoneaba—. No puedes conocerla si vas a actuar así. ¿Por qué dices que parecía hispana?

—Porque lo parecía. Bueno, no le pongas tanta mantequilla a eso, cariño. Vas a engordar.

—Tendrías que leer las cartas que nos escribe. Es muy buena escritora y saca todo sobresalientes. Debería apetecerte conocerla. —Jessie se untó otra rebanada de pan, esta vez poniendo el doble de mantequilla que antes.

—Oh, cariño. Por favor, ahórramelo. Ya he tenido más que suficiente para toda una vida. Simplemente no necesito más. Trae el pan. Ponlo en este plato y salgamos al jardín a ver los pájaros. Hay un nido de cardenales que están aprendiendo a volar. Oh, son tan preciosos. Me muero cuando no lo consiguen. Uno de ellos estuvo en el patio durante horas la semana pasada. Lo pasé fatal para hacerle volar.

—No puedes esconder la cabeza en la arena con lo de Olivia

eternamente. —Jessie añadió tres galletas con trozos de chocolate al plato del pan con mantequilla, cogió una Coca-Cola de la nevera y siguió a su abuela al patio—. No puedes fingir que no existe. La tía Anna dice que lo peor del mundo son los secretos. Dice que lo que no sabes puede volverte loca. —La señora Hand abría la marcha y Jessie la seguía, comiendo y sermoneando, sembrando de migas las alfombras orientales que Victoria tendría que aspirar por la mañana.

Bueno, la abuela ni siquiera sabe qué pensar de mí, decidió Jessie mientras contemplaba el velatorio desde la ventajosa posición del umbral del salón. Eso es porque ella y el abuelo son viejos y no quieren aprender cosas nuevas. Han tenido suficiente. No quieren que suceda nada más, y sucede esto tan terrible, que es lo más terrible que nadie podía imaginar, y yo sé que les hará sentir mejor ver a Olivia. Se la traeré y se alegrarán. Jessie se quedó en el umbral, arrojando una mirada fría el velatorio, observando a cada uno, convencida de que era la única que realmente entendía algo, la única que sabía lo que la gente estaba haciendo realmente y por qué o lo que realmente estaba sucediendo. Nunca seré como ellos, decidió. Estaré en Londres con mamá construyéndome una carrera. Nunca llegaré al punto de pasarme la vida diciendo cosas que no pienso a gente como los Alsop. Ni siquiera sé por qué han venido. Apuesto a que ni siquiera han leído un solo libro de la tía Anna. No puedo imaginarme al señor Alsop leyéndolos. Probablemente se volvería loco o algo así si cogiera uno. Jessie resopló y se recordó a sí misma que tenía que leer los libros tan pronto como tuviera tiempo para hacerlo.

Entró en la cocina y charló con Victoria y se hizo un sándwich y luego salió al patio para asegurarse de que uno de los coches tenía la llave puesta. La tenía el Oldsmobile de su abuela. La cogió y se la metió en el bolsillo. Se paseó un rato por el patio. Luego se montó en el coche y dio marcha atrás por el camino de entrada y lo aparcó detrás de su viejo descapotable. Consultó su reloj, un Seiko nuevo, regalo de cumpleaños de sus abuelos. Sólo hacía cinco días que lo tenía. La tía Anna se suicidó prácticamente en mi cumpleaños, pensó Jessie, y contempló las estrellas. Las estrellas eran demasiado…, demasiado misteriosas y lejanas. Entró en la casa y fue al cuarto de invitados, donde había dejado su maleta. Sacó un largo chaleco rojo hecho a mano que Anna le había enviado una vez desde el Perú. Se lo probó. Le apretaba un poco en los hombros. Sacó una larga falda plisada azul marino y se la puso. Era una falda que llevaba cuando cantaba en el coro. Se puso calcetines hasta la rodilla y unos zapatos de cordones marrones, y luego se lo quitó todo y lo dejó sobre la cama y volvió a ponerse el vestido viejo y fue al salón y le dio las buenas noches a todo el mundo. Se puso la alarma en el cuarto de invitados a las cuatro en punto.

Se echó en la cama. Todo era tan misterioso y escalofriante. La muerte era tan extraña. Podía sucederle a cualquiera en cualquier momento. Podían desaparecer, ser secuestrados, contraer cáncer, que les estallara el apéndice y morir en el colegio, como casi le ocurrió a Mary Harbison.

Se tapó las piernas con una colcha de punto. Se estiró y cogió el teléfono princesa y se lo puso sobre el estómago y llamó a su novio y le contó todo lo que estaba pasando.

—¿Qué vas a hacer cuando llegue?

—No lo sé. No lo he pensado aún.

—Será mejor que se lo digas a tu padre.

—No.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No.

—Mi abuela murió en octubre pasado. Fue terrible. Mi madre aún no lo ha superado. Llora todo el rato y tiene que ponerse a ordenar todas las cosas de mi abuela. Tiene un baúl de cedro con unas cuatrocientas pañoletas para la lluvia.

—Estás de broma.

—No, no bromeo. Escucha, pertenecía a no sé cuántos clubes de *bridge* y les daban esas pañoletas para la lluvia como premio, y ella las ganaba todas.

—¿Y qué va a hacer tu madre con ellas?

—No lo sabe. Es el tipo de cosas a las que se enfrenta ahora.

—Espero no llegar a vieja.

—Y yo. Es demasiado terrible. Mira, ¿vas al colegio mañana?

—Probablemente no. Voy a estar levantada toda la noche.

—Avísame si vas a ir al colegio. Podría recogerte y conocer a tu hermana.

—Será mejor que me vaya. Puede que quieran usar el teléfono. —Jessie colgó y dejó el aparato sobre sus costillas. Estaba pensando en Olivia en un avión. En cualquier momento el avión podía estrellarse y su hermana moriría antes de que hubieran llegado realmente a conocerse. Jessie se secó las primeras lágrimas, el resto salieron más fácilmente.

El sol apenas empezaba a alumbrar los campos en los alrededores de Charlotte cuando el 747 de Olivia aterrizó en el aeropuerto vacío. Jessie estaba ante las puertas. El encargado abrió y salieron tres pasajeros, luego Olivia. Llevaba la larga falda azul marino y la chaqueta y una pequeña bolsa de cuero.

Jessie corrió hacia ella.

—Vamos vestidas igual —dijo—. Es increíble. Vamos prácticamente vestidas igual.

—Estamos en la misma longitud de onda —dijo Olivia. Posó la

bolsa. Cogió a Jessie del brazo y se sentaron en los asientos de plástico del aeropuerto. Se reclinaron y se miraron la una a la otra. Sus ojos se encontraron, luego se apartaron. Está genial, pensó Jessie. Qué guapa está. Parece tan mayor.

Parece tan suave, pensaba Olivia. Su piel es como la de un bebé. Es la chica más guapa que he visto en mi vida. Si pudiera quedarme. Si tan solo me dejaran quedarme.

—Llevo toda la mañana llorando —dijo Jessie—. A veces por tía Anna y otras por ti.

—¿Por qué has llorado por mí?

—Porque papá tampoco quería a mi madre. Se odian a muerte. Así que, ¿por qué yo vivo con él y tú no? No es justo. Podría convertirme en ti o tú en mí.

—Me gusta donde vivo, Jessie. Tengo una buena vida. Está bien.

—Es tan difícil hablar con él. Quiero que se siente en el suelo y cogernos las manos los tres y hablar realmente. Quiero lo que debería ser. No como cuando estuviste aquí.

—Yo quiero conocer a mis abuelos más que ninguna otra cosa. Decirles lo mucho que siento lo de tía Anna.

—Ellos también quieren conocerte. Le enseñé tu foto a la abuela. Se muere por verte. Pero nunca hace nada si papá no le dice que lo haga. Es su esclava, porque él se parece a su padre. Si tengo hijos, no me van a decir lo que tengo que hacer.

—¿Qué harán si no encuentran el cuerpo? ¿Si no pueden celebrar el funeral?

—Habrá un servicio funerario en cuanto todos estén aquí. Pero no en la iglesia de la abuela. En la catedral episcopaliana, porque tía Anna era amiga del director musical. El tío Niall dice que lo único que importa es la música, y, bueno, como se quitó la vida y no iba a la iglesia…

Olivia acarició el brazo de Jessie. Es suave como un burrito, pensó Olivia. Como un gatito. Jessie siguió hablando.

—Mi profesor de música va a tocar el órgano. El que me daba clase y yo no iba. Y creemos que el médico va a venir, el hombre casado del que estaba enamorada. Papá y tía Helen no le han dicho a la abuela que está casado. No se lo digas. Él sigue llamando a la abuela por teléfono, y la abuela sigue diciendo que ella sabía que Anna se estaba muriendo, como si fuera una muerte natural y nadie se hubiera suicidado.

—Mi tía Mary Lily dijo que era correcto quitarse la vida para evitar un dolor terrible. No puedo creer que dijera eso, con lo devota que es.

—¿Tú qué piensas? —Jessie se recostó en su asiento. El lugar estaba ahora vacío. El encargado había abandonado el mostrador y no había nadie a la vista.

—Pienso que es muy triste que se haya ido. Yo esperaba estar con ella muchos años y quizá viajar con ella algún día. Me gustaría viajar, ver el mundo.

—Papá va a llevarme a Suiza. Quizá puedas venir con nosotros. Oh, puedes venir. El próximo verano, cuando vayamos, tú vendrás también. Sé que vendrás. Veremos a esa gente que vive allí; tienen un banco e iremos a su casa en ese lago, el lago más bonito que hayas visto en tu vida. En Vevey. ¿Vendrás con nosotros?

—Si él me deja ir. Si él quiere que vaya. —Olivia retiró la mano del brazo de Jessie y enderezó la espalda. Jessie empezó a llorar de nuevo.

—Oh, Dios, no es justo que no vayas a Suiza. No pienso ir a ningún sitio en toda mi vida a menos que vengas conmigo.

—Vayamos a ver a nuestra abuela —dijo Olivia—. Si puede ser. Cuando esté despierta, me gustaría verla.

—Está despierta. Hay demasiada gente en esa casa. No creerías cuántos están allí. Varios niños, varios primos que viven en Richmond, los hijos de mi primo Kenny están allí. Les compramos una canasta de juguete y todos se sientan en el salón a verlos encestar. Esos pequeñines no han recibido tanta atención en toda su vida. Y está papá. Pasamos la noche allí.

—Pues vamos. —Olivia se levantó. Recordó algo que Anna le había contado de su abuela. Es una cristiana de la vieja escuela, había dicho Anna. Piensa que es una extensión de Cristo. Tiene que hacer lo que Cristo haría. Toma a Jesucristo como modelo.

Daniel acababa de poner el café y salió a ver si el periódico había llegado. Se había dado cuenta de que faltaba uno de los coches, pero había habido tanta gente allí por la noche que supuso que alguien de la familia lo había cogido prestado para volver a casa. Los spaniels de su madre estaban saltando junto a la valla, suplicando que los dejaran pasar al patio trasero. Se dirigió a la valla. Entonces vio llegar al Oldsmobile. Meneó la cabeza. Su corazón se abrió, se cerró y volvió a abrirse. Se le cortó el aliento en la garganta ante tanta extrañeza, la extrañeza de las mujeres, de dos preciosas hijas de 17 años. Se inclinó sobre la valla y acarició a los perros.

—Esperad un minuto —dijo—. Esas chicas están aquí.

Hundió las manos en los bolsillos. Se quedó de pie en el patio y las observó mientras el coche recorría muy lentamente el camino de entrada. Jessie detuvo el coche junto a él. Tenía la mirada que siempre precedía a los comentarios que empezaba con «No te enfades hasta que sepas lo que tengo que contarte». Su rostro estaba casi limpio. Se había quitado tanto maquillaje llorando que casi podía verle la cara. A su lado, Olivia lo miraba con sus grandes ojos oscuros. Bajaron las ventanillas y esperaron.

—Bueno, bajaos —dijo él—. Apuesto a que ninguna de las dos habéis desayunado.

Cuatro personas viajaban en el vuelo de Nashville a Charlotte esa misma noche. El vuelo de American Eagle 2-23 había despegado de Nashville a las ocho cuarenta y cinco llevando a bordo a LeLe Arnold, Adam Halliday, Phelan Manning y su sobrino, King Mallison, Jr., de Nueva Orleans, Luisiana. LeLe había hecho el enlace desde un vuelo procedente de Los Ángeles. Adam había terminado un examen de trigonometría y había ido al aeropuerto con los libros a cuestas. Estaba tratando de asimilar que Anna estaba muerta; seguía escuchando su voz. «Adiós, Adam, escúchame; no, escúchame tú, te llamo para decirte adiós». Phelan había estado en Maine con su sobrino, a punto de salir de caza con un grupo de Europa que incluía a uno de los Rothschild franceses. A Phelan le estaba costando diez mil dólares dar la vuelta e ir a Charlotte para ver si los Hand habían encontrado un cuerpo que enterrar. Se reclinó en el asiento, pensando en las largas y delicadas piernas de Anna, su boca y sus pechos y su pelo. También pensaba en King y en la oportunidad tan buena de enseñarle Charlotte en su máxima expresión. De luto y con todos esos hombres y mujeres en la casa al mismo tiempo. Crystal lo estaba mimando a muerte en aquel pantano. Era hora de que viese el festín que le esperaba allí a un hombre. Phelan estaba casi dormido cuando vio a LeLe Arnold levantarse y hacerle una pregunta a una azafata. No sabía que iba en el avión.

—Está empezando —le dijo a King—. Este velatorio está a punto de comenzar.

King pensó que su tío se refería a la azafata. Su tío parecía conocer a la mitad de las azafatas de los Estados Unidos. Además, cuando su tío decía que algo estaba a punto de comenzar, normalmente era algo que tenía que ver con las mujeres.

—Mira a esa mujer de ahí atrás —continuó Phelan—. Ésa es tu prima LeLe Arnold, de la costa oeste, una de las Arnold de Rosedale y Cleveland, Mississippi. Es la corresponsal en la costa oeste del *Philadelphia Inquirer*. Tuviste que conocerla cuando eras pequeño. Ella y tu madre son viejas amigas.

—¿No deberíamos ir a hablar con ella?

—Dentro de un rato. La azafata acaba de entregarle unas mantas. Estará intentando dormir. Todos vamos a necesitar dormir mucho antes de que esto acabe.

—Qué pena que no podamos ir a Alemania y a Francia —dijo King. Phelan había hablado con su madre y con el colegio para que le permitieran marcharse un mes, con la promesa de que vería mundo. Iba tan mal en el colegio que todos se habían sentido aliviados de quitárselo de encima una temporada. Ahora King tenía la persistente

sospecha de que, en cuanto concluyese el funeral en Charlotte, volvería enseguida a Saint Martin a aburrirse hasta la muerte con aburridos profesores. Meneó la cabeza, vio los Alpes, perdidos para él por la muerte de alguna amiga de su madre.

—¿Cómo puede alguien suicidarse? —dijo—. Yo al menos hubiera tomado drogas si tuviera que hacerlo. O me habría pegado un tiro.

—Las mujeres guapas no se pegan un tiro, hijo. No quieren que nadie las vea muertas. Anna quería desaparecer, deshacerse de su propio cuerpo. Demonios, tal vez estaba enfadada con el cáncer. Bueno, eligió el océano correcto; el Atlántico Norte se lleva los cuerpos. Iremos hasta allí un día a ver el sitio. —Posó la mano sobre el brazo de su sobrino—. La muerte no es el enemigo, King. El miedo lo es.

—Mamá dijo que podría venir. Si consigue sacar a Crystal Anne de la escuela. Qué niña más mimada. Mamá le deja hacer todo lo que quiere. Odio tenerla alrededor en un funeral. Nos avergonzará a todos.

—Ponte el cinturón. —Phelan quitó la mano del brazo de King y se abrochó el cinturón. Las luces se atenuaron en la cabina y el avión empezó a rodar por la pista hacia el este.

El avión dio con una bolsa de aire sobre un lago. LeLe se despertó de un sueño terrible. En el sueño ella estaba de pie en una larga habitación de piedra con su padre y con el jugador de rugby con el que había estado follando por temporadas desde hacía tres años. Su padre llevaba un traje. Tenía las manos cruzadas. Permanecía hombro con hombro con el jugador de rugby, en diagonal. Había losas de piedra por todas partes. Era una morgue. O un museo. LeLe había ido allí para recoger un premio, algún estúpido premio del estado de California. En el sueño nadie decía una palabra. Tengo que ir a Charlotte, pensaba LeLe. Tienen que ir conmigo y cuidar de mí. Tienen que perdonar a Anna para que yo no esté sola. Se incorporó en su asiento, se sacudió el sueño de la cabeza, se estiró y encendió el ventilador. El aire frío y viciado del avión sopló sobre su cara. Encendió la luz. El joven al otro lado del pasillo la estaba mirando. Era un hombre guapo con un libro de trigonometría sobre la mesa plegable. Un hombre de aspecto atribulado, un hombre con cosas en la cabeza.

—¿Adónde va? —preguntó LeLe.

—A Charlotte. —Hizo una pausa. Se retorció las manos sobre el libro—. Ha muerto alguien, alguien que conocía.

—Usted es Adam Halliday, ¿verdad? Embarcó en Nashville.

—¿Quién es usted? ¿Va allí por Anna? ¿Es usted, verdad? Iba a preguntarle hace un momento.

—Soy su prima LeLe. Acabo de llegar de San Francisco. Salí a las cinco de la mañana y perdí la conexión en Memphis. Jesucristo, odio

volar. Odio los malditos aviones.

—¿Cuándo habló con ella? Mire, venga a sentarse aquí. Quitaré todo esto. —Se cambió al asiento de ventanilla, dejó su mochila de libros a los pies y le hizo sitio. Era muy atractivo. Elegante. Un salvaje atractivo, le había dicho Anna una vez. «El mejor culo que he visto, y no soy la única. Sus antiguas novias también lo dicen».

—¿Quién se lo dijo? —comenzó LeLe—. ¿Cuándo lo supo?

—Me llamó justo antes de hacerlo. Me llamó unos cinco minutos antes de hacerlo, pero no me dijo lo que se proponía. Me dijo adiós. No paraba de decir adiós. A cada cosa que yo decía, ella sólo decía adiós. Fue la conversación más extraña que he tenido en mi vida. Yo no sabía desde dónde llamaba, y entonces colgó. Así que empecé a llamar a todo el mundo, a buscarla. Dan me devolvió la llamada cuando se enteraron. Su hermano Daniel. Cuando Helen volvió y se lo dijo. Fue muy amable por su parte llamarme. Sé que no aprobaban que nos viéramos.

—Es un tipo majo. No han encontrado su cuerpo. Tal vez no esté muerta.

—Está muerta. Debería haber oído su voz. —Volvió la cara. Miró por la ventanilla—. Decía que lo haría. Cada vez que veía a alguien en peligro. Decía que Einstein no se dejó hacer.

—¿Cómo?

—Einstein. Ya sabe cómo le gustaban esas cosas. Decía que cuando era viejo no quiso operarse para que le quitasen un tumor.

—¿Vamos a culpar a Albert Einstein de esto? —Lele meneó la cabeza, alzó la mano y presionó el botón para llamar a la azafata—. Tomemos una copa —dijo—. Necesito un trago de whisky.

Apareció la azafata y les tomó nota. Un minuto después, Phelan vino por el pasillo y abrazó a LeLe y se sentó en el brazo de su antiguo asiento. Los hombres fueron presentados. Adam extendió el brazo. Los hombres se estrecharon las manos y se miraron.

—Tengo a King ahí —dijo Phelan—. El hijo de Crystal. ¿Cuánto hace que no lo ves?

—Mucho tiempo. Desde antes de que ella se casara con Manny. ¿Adónde ibais?

—A una cacería. Me lo llevaba a los Alpes. Bueno, eso se ha acabado. Supongo que me quedaré en Charlotte un tiempo. A cuidar de la abuela, arreglar sus asuntos.

—Solía hacerle trampas a su abuela a las damas chinas —le explicó LeLe a Adam volviéndose hacia él—. Así obtenía dinero para apostar en las carreras.

—Oh, no vayas por ahí contando esas cosas. —Rió Phelan. Le sonrió a Adam—. Eso fue un verano cuando tenía quince años. Jesucristo, supongo que nunca podré dejar eso atrás.

—Movía las fichas cuando ella se levantaba para traerle algo de beber. —LeLe tocó el brazo de Adam; vio que Phelan la vio hacerlo.

—La abuela se lo está tomando muy mal —añadió Phelan—. Estaba loca por Anna. Obligaba a todos sus viejos amigos a comprar los libros. Jamás prestaba sus ejemplares. Tenían que mandar al chófer a la Casa del Libro a comprarlos. Hablé con ella desde el aeropuerto en Boston. Tienes que ir a verla mientras estás aquí, LeLe. Adoraba a Anna. Anna siempre iba a verla cuando estaba en la ciudad.

—Todo el mundo adoraba a Anna. Yo adoraba a Anna.

—Era buena con la gente —dijo Adam—. Si pensaba que eran lo bastante inteligentes, hacía cualquier cosa por ellos.

—Al resto los ignoraba. —Phelan bebió su vino de avión—. Bueno, mierda, se ha ido. No me podía imaginar la vida que llevaba, yendo a universidades, yendo con profesores. ¿De qué hablaba con esos tipos?

—Me llamó justo antes de hacerlo —dijo Adam—. Dijo que me llamaba para decirme adiós. No paraba de decir adiós. Le dijera lo que le dijera, ella sólo decía adiós. No sé desde dónde me llamaba. Luego colgó.

—Aprieta el botón, LeLe. Llama a la azafata para que nos venda un poco más de este vino asqueroso.

La azafata trajo el vino. LeLe y Phelan empezaron a hablar de los viejos tiempos. Phelan le habló de una fábrica de armas Kleinghenther que estaba abriendo en San Antonio, y LeLe le contó que había entrevistado a George Bush, y luego Phelan le contó que había ido a Nueva Orleans a recoger a King, y LeLe le habló de su casa en Sausalito.

—Situada en una colina, con vistas a la bahía —dijo—. Caer en un vertedero por doscientos de los grandes en dinero prestado en California, qué coño. —Rió entre dientes, cada vez más suave. Le gustaba dónde estaba; sentarse entre dos hombres apuestos en un avión a oscuras era su idea de estar en el lugar adecuado, sin importar el motivo. Era muy suave, muy sexy, una mujer muy sexy, de un modo que Anna nunca se había permitido ser. Adam la observaba mientras hablaba con Phelan. No dejaba de recordar la vez que Anna había vuelto de un viaje a la costa oeste llevando unas bragas de LeLe. Un bikini lavanda minúsculo con pequeñas violetas bordadas en la entrepierna.

—Son de mi prima LeLe —le había dicho dejando caer la falda hasta los tobillos—. Le pedí que me prestara unas bragas, y esto es lo que me dio.

—Ven aquí —había dicho Adam—. Déjame ver esas florecitas.

Ahora observaba a LeLe, preguntándose qué llevaría bajo la falda marrón. Se incorporó, se puso a charlar con Phelan sobre cazar ardillas.

—Excepto cazar pavos, es lo mejor —convino Phelan—. Excepto por los pavos. Ahora todo el mundo en Mississippi los está criando. Te persiguen. Se te tiran encima desde los árboles. Es como cazar monos.

—Bueno, espero que no caces monos. No cazas monos, ¿verdad? —eso lo dijo LeLe.

—Este vino está bien —dijo Adam—. Una vez que te pones a beberlo.

—Es lo que tienen en los aviones, en todo caso —añadió Phelan.

—El vino es el vino —dijo LeLe—. Y los monos son los monos, y la muerte es la muerte, y Anna está muerta.

Acercó el brazo al cuerpo de Adam. Estaba realmente achispada, porque había bebido sin dormir ni comer. Sentía la calidez de la chaqueta de Adam, la calidez de su pecho. Era demasiado guapo para desperdiciarlo. Si Anna había preferido suicidarse y dejar abandonado por el mundo a aquel hombre tan apuesto en vez de follárselo, pues al demonio con todo. Ella se lo follaría. Y lo que fuera que se le apeteciese. Cualquier cosa. «A la mierda —se dijo—. A la mierda Anna, saltando al océano sin decírmelo».

—Bueno, será mejor que vaya a ver a ese muchacho —dijo Phelan—. Nos veremos cuando aterrice el avión. ¿Saben que vienes?

—Helen lo sabe. Llamé a Helen. Va a mandar a James Jr. Le han dejado salir del centro de desintoxicación para el funeral, así que intentan mantenerlo ocupado.

—Pensé que ya había terminado con eso. —Phelan se levantó—. ¿Oíste la historia de que Daniel fue a llevarle unas zapatillas? Justo después de que lo acorralaran y lo encerraran allí. Me lo contó Niall. La mujer de James mandó a Daniel con un par de zapatillas de tenis para que James Jr. pudiera hacer algo de ejercicio. Y la enfermera empezó a redactar el historial de Daniel. «¿Cuánto hace que tiene problemas con la bebida?», dijo la enfermera. «Sólo he venido a entregar estos zapatos —dijo Daniel—. Estoy aquí sólo para entregarle a mi sobrino sus zapatillas de tenis». Entonces arrojó las zapatillas a los pies de la enfermera y salió corriendo del hospital. Me lo puedo imaginar saliendo de allí a toda leche. Solía correr en el instituto, Adam. Era muy bueno en las cuatrocientas cuarenta yardas.

James Jr. los estaba esperando en las puertas. Su novia, Shelby, y uno de sus viejos amigos de los años de drogadicto estaban con él. Olivia y Jessie también estaban. Habían venido con otra misión: recoger a la hermana pequeña de Anna, Louise, que llegaba de Washington a las doce treinta. Había estado rodando un documental para National Geographic en Escocia y había resultado difícil encontrarla.

—Es un documental sobre gaitas —dijo Jessie mientras le daba un abrazo a LeLe—. Son realmente armas. Está prohibido llevarlas al

Parlamento. Ésta es mi hermana Olivia. De la primera mujer de papá. Olivia, ésta es nuestra prima LeLe Arnold. Es periodista.

—Soy LeLe —dijo. Abrazó a la segunda muchacha. Adam echó a andar, siguiendo a King y a James y a Phelan—. No me dejes —le dijo LeLe—. Quiero ir adonde tú vayas.

—Claro —dijo él, y volvió junto a ella. LeLe se lo presentó a Jessie y a Olivia. Se parecían a Anna, especialmente la más joven. No podía decir en qué, pero el parecido era evidente. Respiró hondo. Cualquier deseo que hubiera empezado a sentir por LeLe se disipó. Volvía el dolor. Verdadero dolor. Sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos. La chica más joven no dejaba de mirarle. Algunas lágrimas empezaron a rodar.

James Jr. permanecía al lado de Phelan junto a la cinta de equipajes. King estaba al otro lado. Viajar con Phelan nunca resultaba sencillo. La gente no paraba de aparecer, los teléfonos no paraban de sonar, siempre había alguien que pedía bebidas, que se iba, que volvía, que compraba o vendía o alquilaba un coche o un camión, que apostaba a algo, que se subía o se bajaba de un avión, que llevaba armas. Cuando Phelan se cansaba de todo eso, se tumbaba y echaba una siesta. Una siesta-Phelan llamaban sus amigos a ese extraño acontecimiento. Echaba una siesta y luego se levantaba y todo empezaba de nuevo. Si podías vivir sin dormir, podías viajar con Phelan. Si no, mejor te quedabas en casa.

—¿Qué opinas de Jessie? —le preguntó a King usando su voz grave, aquella con la que averiguaba. King no respondió, y, como respondiendo a una llamada, Jessie se acercó adonde estaban.

—Ésta es mi hermana Olivia —dijo—. La hija de papá con su primera mujer. Éste es el señor Manning, nuestro primo —añadió volviéndose a Olivia—. Y éste es King Mallison, de Nueva Orleans. —Dirigió toda su atención al muchacho, lo atrajo, lo recogió.

Olivia ofreció la mano, buscó el rostro del hombre adulto; luego se volvió hacia el muchacho de pelo rojo dorado. Era la persona más hermosa que había visto en toda su vida, hombre o mujer. Más hermosa que una estrella de cine o una estrella del rock o cualquier cuadro. Era perfecto. Le estrechó la mano. Él sonrió. Luego volvió su atención a Jessie.

Caballos de paseo de Tennessee, estaba pensando Olivia. En la feria. Enderezó los hombros, se volvió y se puso a hablar con Adam.

—Yo no vivo aquí —dijo—. Vivo en Oklahoma.

—Lo sé. Anna me habló de ti. Siempre estaba hablando de ti.

—¿En serio? —dijo Olivia—. Ojalá hubiera estado allí. Cuando estaba usted con ella.

—Tengo que coger esas bolsas —estaba diciendo King—. Tenemos fundas con armas y un montón de maletas. Será mejor que las lleve al

coche.

—Te ayudaré —dijo James. Acababa de hablar con su terapeuta de cómo las personas de su familia actuaban como si cualquier sitio en el que estuvieran fuera suyo. Ahora estaban allí, haciéndolo en la vida real, hablando de todo lo que estaba a la vista, excepto unos de otros. Se topaban con ello cuando se enfrentaban. La chica de Oklahoma era extraña, pensó. Ya me gustaría meterme en sus bragas. Apuesto a que tiene experiencia. Apuesto a que tiene mucho que enseñarle a Jessie.

Su novia, Shelby, se presentó antes de que pudiera terminar la idea. Su viejo amigo, Ray, estaba apoyado en una pared junto a las cabinas de teléfono fumando un cigarrillo y tratando de parecer guay. Ray está demasiado gastado para ser real, pensó James. Ray es como una vieja canción que estoy harto de oír. Se dirigió a las cabinas y le dijo a Ray que se volviera a casa solo. Ray lo había seguido al aeropuerto esperando que pasara algo.

—¿Te veré luego, tío? —dijo Ray—. ¿Quieres que quedemos en alguna parte?

—Esta noche no —respondió James—. Te llamaré mañana a alguna hora.

—Vale, guay —dijo Ray, y tiró el cigarrillo al suelo. Phelan los observaba. James podía sentir los ojos de cazador de Phelan asimilando todo.

—Bueno, no me importa si te parece guay o no —comenzó James; luego reculó y le estrechó la mano—. Cuídate, tío, tómatelo con calma.

—Me piro —dijo Ray, y se movió por el suelo como un suspiro y salió por las puertas de cristal.

—Vamos —dijo Phelan—. Ayúdanos a cargar con estas armas, James. Tengo unos rifles nuevos calibre treinta y ocho que te van a alucinar.

Entonces apareció Louise. Era la única pasajera de un vuelo regular entre Washington y Raleigh-Durham. Llegó a la terminal con un traje verde de *tweed* y una tenue y pálida blusa de seda. Muy elegante, muy delgada, con sus altas botas de cuero perfectamente lustradas, el suave cabello castaño estilo paje, muy delicada, muy pulcra, muy resbaladiza. La más fría y mezquina y más joven de los Hand. La más egoísta, quizá la persona más egoísta del mundo, como a la señora Hand le gustaba decirle a su marido.

—Louise es la persona más egoísta del mundo. ¿Yo la hice así, James? ¿Soy responsable de eso?

—Bueno, tú la criaste, ¿no?

—Bueno, no son mis genes. Nadie de mi familia ha sido nunca tan egoísta. No importa lo que puedas pensar de mi familia, no son gente egoísta.

—¿Y crees que los Hand sí? ¿Crees que en mi familia son egoístas?

—Tu madre era una mujer muy dulce.

—Louise es egoísta porque está muy consentida. Igual que Sheila MacNeice. Incluso se parece a Sheila. Ahora hazme algo de cenar, por favor, Annie, y deja de lloriquear. Louise es como es. Al menos trabaja para ganarse la vida.

—No quiero pensar en el que se case con ella. Será una esposa terrible.

—Annie. —Y entonces la señora Hand dejaba el tema del egoísmo de Louise y preparaba cena para su marido y para cualquiera que se dejase caer por allí.

—¿Ya han encontrado el cuerpo? —preguntó Louise permitiendo que Jessie la abrazara mientras trataba de no mirar a Olivia. La habían advertido por teléfono de que la chica india estaría allí. La princesa india, el *souvenir* de California de Daniel.

—Ésta es Olivia —dijo Jessie—. Mi hermana. La hija de papá de su primera mujer.

—Ah, bien —dijo Louise. Había avistado a Phelan junto a la cinta de equipajes. Había avistado las fundas con las armas. Apretó la boca —. No me puedo creer que ninguno de mis hermanos haya venido a buscarme. ¿Dónde está Daniel? ¿Dónde está Niall?

—Están en casa con la abuela y el abuelo. Aquello es terrible, tía Louise. Toda la ciudad está allí. Los periodistas llamaron a la abuela. Y alguien escribió esa cosa terrible en el periódico sobre que la tía Anna era un ejemplo terrible para los jóvenes y que deberían retirar sus libros de las bibliotecas y retirarle el premio que el gobernador le dio el año pasado cuando vino a casa. El periódico publicó eso, y luego publicó varias cartas que decían lo mismo. Sólo ha empeorado las cosas para la abuela, y el tío James y el abuelo quieren demandar al *Charlotte Observer*.

—Necesitas un corte de pelo —dijo Louise—. No me puedo creer que te hicieras eso. —Entonces Louise vio a LeLe. Le dio su estuche de maquillaje a Jessie, que se lo dio a Olivia, que se quedó con él en la mano. Debería habérmelo pensado mejor antes de venir, se dijo Louise. Taylor me dijo que no viniera. Me dijo que aún no me encontraba lo bastante fuerte para hacer esto, pero tenía que venir y aquí estoy, y ya no me puedo ir hasta mañana. He dejado la gran oportunidad de mi vida para venir aquí. Me he ido en mitad de un rodaje para venir a ver esto. A esta chica india y a Phelan Manning y un montón de rifles para elefantes y el periódico diciendo cosas desagradables sobre Anna. Bueno, me lo merezco. Imagínate hacer una locura como suicidarse. Una muerte terrible en el océano. Podría haber usado pastillas o haberse ido a la India o a alguna parte donde no conociéramos a nadie.

Los ojos de Louise se encontraron con los de Olivia. Olivia tenía el estuche de los cosméticos. Era de piel de cocodrilo. Le pareció que Louise era la persona más infeliz que había conocido en su vida. Es la raza Tennessee de paseo, decidió. Cojeando, lisiada y a punto de desplomarse. LeLe ya había visto a Louise y vino y la rodeó con un brazo.

—¿Han encontrado el cuerpo? —dijo Louise—. ¿Han encontrado ya el cuerpo?

—No.

—Entonces, ¿qué vamos a enterrar? ¿Por qué hacemos este funeral?

—No es un funeral, cariño. —Phelan se había unido a ellas—. Es un velatorio.

Duró seis días. De vuelta en la casa, la gente empezó a fumar. Gente que no había fumado en años gorroneaba cigarrillos a Daniel y a Phelan, charlaba en voz baja en grupos pequeños, salía al patio y al jardín, echaba la ceniza en las regaderas y junto al bebedero de los pájaros, echaba la ceniza en las hojas de los cerezos ornamentales, dejaba vasos en la mesa de picnic y en la vieja mesa de mecanografía de hierro pintada con esmalte blanco en la que Anna había colocado su primera máquina de escribir cuando tenía 14 años. La mesa llevaba en el patio tanto tiempo que todo el mundo había olvidado de dónde había salido o para qué había servido originalmente. Una vez, el verano anterior, el último verano, Anna se había sentado en el patio con su madre y la había reconocido bajo sus diez capas de pintura blanca; había pensado decir algo, había pensado decir: mamá, ésa es mi vieja mesa de mecanografiar, ¿no? Pero su madre se había puesto a hablar de James y de la terapia de desintoxicación del hospital y no había quien la interrumpiera. Anna la había escuchado con mucha ternura, pensando en lo extraño que era en un mundo tan lleno de madres mediocres, oh, de malas madres, haber tenido una madre tan maravillosa, un comienzo tan bueno. Una madre que había llevado lo último en máquinas de escribir y en mesas de escribir al cuarto de su hija mayor sólo porque el profesor de la chiquilla había dicho que sabía escribir. Así que allí estaba, pensó Anna, en medio de mi desordenada habitación, una mesa de escribir y una pequeña máquina de escribir Royal negra. Tal vez supiera que tener bebés no sería lo mío. Tal vez supiera que iba a necesitar algo especial para compensar eso. Quién sabe lo que sabemos, o en qué secuencia, todos nosotros, aquí, en el planeta Tierra, que Freeman Dyson dice que podríamos haber ayudado a crear, haberlo soñado.

En esta secuencia en particular, en este grupo en particular de *Homo sapiens,* reunidos en esta casa en particular por esta razón en particular, este día en este lugar, esta gente estaba enfadada ante la idea de su mortalidad común y particular, y para compensarlo, en una

especie de Zeitgeist limitado del sur de Charlotte, fumaban, gorroneando cigarrillos a Daniel y a James Jr. y a Phelan.

—Jesucristo —le dijo finalmente Daniel a Helen—. Ve a la tienda y tráenos cigarrillos. Compra varios cartones. —Le entregó un billete de cincuenta dólares y las llaves de su coche.

—¿Qué vas a hacer con ella ahora que está aquí? —dijo Helen.

—¿Con quién? Ah, ¿la chiquilla?

—Olivia. Olivia. Dios mío, es muy propio de Anna empezar con eso y luego suicidarse y dejarme a mí el fregao.

—A ti.

—Bueno, alguien tiene que decidir qué hacer con ella.

—Helen, tengo un funeral que organizar. Por favor, déjame en paz. La chiquilla está bien. Está con Jessie en casa. Está perfectamente.

—Mamá me pidió que averiguase qué plan tienes para ella.

—Ninguno. No voy a hacer nada al respecto. Está perfectamente. Ve y trae los malditos cigarrillos, Helen, y si no vas tú, iré yo.

—Voy. —Helen dejó el billete de cincuenta dólares sobre la mesa—. ¿Daniel?

—Déjalo estar, hermanita. Si dices una palabra más sobre esa chiquilla, te romperé el puto cuello. Está con Jessie y está aquí y ya está. ¡Ve a por los cigarrillos!

Helen cruzó el césped y se montó en el coche de Daniel y metió la primera y condujo. Si cree que puede traerla aquí y enfrentar a todo el mundo con esto, es que está loco. Es una chiquilla muy agradable. Me gusta. Estaba muy bien allí en Oklahoma, donde vive, pero nunca encajará en Charlotte. Oh, Dios mío, Anna está muerta; maldita seas, Anna, por echarles encima esta cosa horrible a mamá y a papá, y traer a esa chica aquí en medio de todo. ¿Quién se supone que va a pagar para educar a todos estos niños, según tú? ¿Vas a hacerlo tú, egoístamente muerta como un clavo? Oh, Dios mío, los peces se la estarán comiendo en este momento, algún tiburón. Helen conducía como una loca calle abajo, y casi embistió a un corredor. Frenó en seco, se apartó a un lado de la calle y apagó el motor y se echó a llorar. Lloró por todos los días de su vida con Anna y por todas las cosas que Anna y ella habían hecho. Lloró por la época en que fueron a ver *Canción del sur* y la época en que fueron a ver *Bambi* y la época en que Anna le gritó a una niña que había pegado a James en el recreo y las noches en que durmieron juntas en la cama de cuatro columnas de Anna, acurrucadas haciendo la cucharita. Helen dentro, para que nada pudiera atraparla, y los brazos de Anna abrazándola, y la voz de Anna contándole cuentos sobre hadas que venían a buscar a las niñas buenas para llevarlas al país de las muñecas perdidas. No puedo, pensó Helen. Ya no sirve de nada. Anna devorada por los tiburones, ya devorada y digerida, y su voz desaparecida para

siempre. Nunca volveré a escuchar ese sonido. Nunca volveré a oírla hablar. Y esa niña está aquí, y ¿qué vamos a hacer con ella, en nombre de Dios? A mamá acabará gustándole. ¿Y luego qué haremos? Oh, Dios, dame fuerzas. ¿Por qué me has abandonado, y por qué Spencer y yo tenemos que ser tan mezquinos el uno con el otro? No, la otra noche se portó bien. Se portó tan bien como podía, y está siendo de mucha ayuda con papá. Tengo que volver. DeDe está al llegar, y Stacy, esa pequeña zorra. ¿Cómo pude traer al mundo una niña como ésa? Ahora todo es un desastre. Todo aquello en lo que había puesto esperanzas. Bueno, tengo que ir por esos cigarrillos antes de que Daniel se vuelva loco.

Se secó la cara con la manga y arrancó el motor y condujo hasta el 7-Eleven y compró tres cartones de cigarrillos. Camel Filter y Pall Mall y Salem 100, y se los llevó a casa y los volcó todos en un cuenco de cristal tallado en la mesa del salón.

LeLe y Adam se registraron en habitaciones contiguas en el hotel Park. Cuando el botones les trajo las maletas, LeLe le dijo que dejara abierta la puerta entre las habitaciones.

—Ahora no puedo estar sola —dijo—. No puedo hacer esto sola.

—Ni yo —respondió Adam—. Entra. Quédate conmigo. —LeLe se echó en la cama y lo miró mientras colgaba el traje—. Espero que esté para poner. Es el único traje que tengo.

—No importa.

—Sí importa —respondió él—. Tenemos que hacerlo bien por ella. No defraudarla.

—Entonces no hables con los periodistas. No les digas que eras su novio.

—Oh, no haría eso. Yo no era importante para ella, LeLe. No sé lo que era importante para ella, pero no era yo. Simplemente le gustaba tenerme cerca cuando no estaba escribiendo.

—Yo no creo eso.

—Pues puedes creerlo porque es verdad.

—No era tan fría.

—No al principio. Cuando la conocí, le entusiasmaba el mundo. —Fue a sentarse en la cama, con la percha de la chaqueta y los pantalones del traje todavía en la mano—. La casa, yo, todo. Otras personas. Luego, cuando volvió de Nueva York, estaba cambiada. Como si la intensidad ya no estuviera ahí. Quizá estaba enferma.

LeLe guardó silencio. Parecía imposible que no supiera nada de Philip. Aun así, los jóvenes eran tan egoístas que tal vez nunca se le había ocurrido que podía haber otro hombre. Quizá esperaba que ella se lo dijera. Quizá la estaba sonsacando.

—Déjame que te cuelgue eso —dijo.

—No, está bien. —Puso los pantalones en una silla, luego se tumbó

en la cama a su lado.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó.

—No lo sé, pero puedes acercarte más si quieres.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo él—. ¿Algo muy personal?

—Claro, adelante.

—¿Qué clase de bragas llevas? Quiero decir, ¿de qué color son?

Jessie y Olivia durmieron esa noche en casa de Jessie y Daniel.

—Puedes dormir en la cama conmigo si quieres —dijo Jessie—. O puedes coger uno de los cuartos de invitados o lo que quieras hacer.

—Me quedaré aquí —dijo Olivia—. No estoy acostumbrada a dormir lejos de los demás. Mi abuela siempre me deja dormir con ella si quiero.

—La tía Anna solía dormir con la abuela cuando venía de visita. Una de las novias de papá, que es psicóloga, piensa que eso es extraño. Siempre estaba hablando de ello. De todos modos, no la soporto. Supongo que pensaba que sólo porque la tía Anna era famosa no debería querer dormir con su madre.

—Entonces, ¿dónde dormía el abuelo?

—En su cuarto, supongo. Tiene un cuarto propio. Tiene allí todos sus libros de lo del dinero. ¿Vas a llamarle «abuelo»?

—Me dijo que lo hiciera.

—Sólo tengo que acostumbrarme. —Jessie se estaba quitando el maquillaje con crema Theatrical. Un enorme bote negro que su madre le había enviado desde Londres por Navidad. Se echó una gran cantidad en la cara y luego se la frotó.

—¿Qué te parece King? —añadió.

—Creo que es la persona más hermosa que haya visto en mi vida.

—¿Estás enamorada de él? —Jessie se secó la crema de la cara con pañuelos de papel; luego empezó a restregarse la cara con una toallita verde de fieltro. Olivia estaba sentada en la cama. Ya estaba cansada y empezaba a sentirse desorientada y no quería hablar de King con Jessie.

—No —dijo—. Supongo que es tu primo, ¿no?

—Es tan lejano que no importa. Es primo sexto nuestro o algo así. Su abuelo era primo hermano de la abuela de papá. Así que, ¿te estás enamorando de él?

—No, sólo creo que es muy guapo. Parece tan fuerte. Como si nadie pudiera tumbarlo. Parece un gran potro. Oh, no debería decir eso. Las personas no son caballos. No le digas que dije eso.

—Le diré que estás enamorada de él. —Jessie se levantó y se acercó a la cama. Dejó caer la toalla al suelo y empezó a abrir las sábanas de su lado—. Vamos, métete.

—No le digas nada de lo que he dicho. Lo digo en serio. No quiero que le digas que dije algo sobre él. Prométemelo, Jessie.

—Vale, lo siento. Olivia, voy a inventarte un mote. Sólo para ti y para mí. Voy a llamarte Sissy o Sandy o Scooty o algo bonito. Espera. Pensaré en algo.

—¿Juras que no le dirás nada, nada en absoluto sobre mí?

—Lo juro. Lo juro por Dios. Podría llamarte Sutter. Así era como tía Helen solía llamar a tía Anna. La llamaba Sutter porque no podía decir *sister,* hermana, cuando era pequeña.

—No me gustaría llamarme con el nombre de tía Anna.

—Entonces te llamaré Sissy. Buenas noches, Sissy, dulces sueños.

—Lo has prometido.

—Nunca le diré ni una palabra sobre ti.

—Buenas noches. Me gusta estar aquí contigo.

—Y a mí. Estoy empezando a quererte. Supongo que podría decirse que estamos entrenándonos para hermanas.

Por la noche, Jessie se despertó y sacudió a Olivia para despertarla.

—Starr —dijo—. Voy a llamarte Starr. Siempre quise tener una amiga que se llamase Starr.

—Vale —dijo Olivia—. Por mí está bien.

Unas horas después, Olivia se despertó y se deslizó fuera de la cama y fue al cuarto de invitados, donde había dejado sus cosas. Sacó un cuaderno de su maleta y empezó a escribir.

> De Estrella a sol, de Estrella a Rey[7]
> Rey del sol, Rey de la luna,
> Luz del día y de la noche,
> ¿Qué oscuro sueño nos trajo aquí?
> ¿Está bien o está mal? ¿Es Malo o Bueno?
> Donde la luna brilla para ti, allí el mundo termina para
> [mí.
> Estoy tan sola, madre, háblame desde tu frío lecho.
> Padre, padre, aprende a mirarme.

Dobló el poema por la mitad y lo guardó en el bolsillo de su maleta. Se avergonzaba de haber escrito un poema tan autocompasivo y durmió sola el resto de la noche para castigarse por su cobardía.

Daniel llegó a las cuatro y recorrió el pasillo de puntillas para mirarlas. Primero a Jessie, despatarrada en medio de la cama. Luego a Olivia, acurrucada alrededor de una almohada en el cuarto de invitados. Parecía tan pequeña y, incluso dormida, tan seria. La tapó y acarició las sábanas con la mano. Mientras se iba, ella abrió los ojos y lo vio salir. Cuando se hubo ido, estiró la mano sobre las sábanas y acarició el lugar en el que él la había tocado.

Al cuarto día del velatorio llegó la noticia de que habían encontrado un cuerpo cerca de Biddeford y Philip iba a ir a identificarlo. A las seis de la tarde llamó para decir que no era Anna.

—Tendremos el funeral el viernes —le dijo la señora Hand—. Las

niñas quieren hacerlo. No venga, a menos que realmente lo necesite. Tendrá usted trabajo. Aquí no hay nada que pueda hacer para ayudar.

—Necesito ir —dijo él—. Llegaré de algún modo.

Phelan y LeLe estaban solos en la biblioteca de los Hand. Phelan se levantó y cerró la puerta. Luego volvió a sentarse en el sofá. En la chimenea ardía un fuego. Él lo contempló durante un rato.

—Tienes que contarle a ese chico lo de Philip —dijo finalmente—. Alguien tiene que decirle quién es.

—¿Por qué?

—Porque lo va a saber. Porque un hombre no necesita encontrarse con el amante de su novia en su funeral a las diez de la mañana de un día laborable. Necesita volver a la escuela. Tal vez podrías sacarlo de aquí antes del viernes.

—Lo dudo.

—Quizá si se lo dices tú se iría.

—Díselo tú.

—No, tú.

—¿Por qué tengo que hacerlo yo?

—Porque tú eres la que se acuesta con él. —Le sonrió; luego se puso en pie y removió las brasas.

—De acuerdo —dijo ella—. Se lo diré. Le diré que viene el médico de Anna. Diré que fue su novio.

—Lo harás genial. Lo harás muy bien.

—No lo sé, Phelan. Simplemente no lo sé. —Es miércoles por la tarde, estaba pensando LeLe. Luego jueves, luego viernes, luego todos nos iremos a casa y yo volveré a estar sola. Todo será igual, salvo que si quiero llamar a Anna por teléfono tengo el cien por cien de posibilidades de no tener suerte. LeLe se echó a llorar. Era la primera vez que lloraba en todo el día. Phelan se inclinó sobre la chimenea, removiendo las brasas y llorando también.

El viernes por la mañana fue precioso y claro. Los árboles de Charlotte brillaban en el amanecer otoñal. Robles marrones y abedules de río y nogales amarillos y sauces y olmos. Arces plateados se volvían del dorado más pálido y de carmesí oscuro en los rincones de los jardines. Espinos color burdeos y cornejos púrpuras, alfombras de púrpura y oro y naranja polvoriento bajo los árboles.

Sus pies habían pisado aquel jardín, pensó la señora Hand, y volvió adentro y se tumbó en la cama. Era la primera vez, desde que Helen y Daniel y Niall habían venido con la noticia, que afrontaba realmente el hecho de que Anna se había ido. Cogió un pequeño estuche dorado que contenía fotografías de sus padres y lo cerró y lo sostuvo en su regazo sobre la cama. Los bordes afilados del estuche le cortaban la piel. Al otro lado de las puertas francesas, los pájaros volaban de los comederos a los robles y bajaban al césped y volvían a ascender.

Tengo que levantarme, pensó. Tengo que dar ejemplo. Tengo que ver a esa niña de Oklahoma. Tengo que tenerla en mi regazo. Debí haber hecho que se quedara aquí con nosotros anoche. Oh, Anna, mi precioso bebé. Mi pequeña niña preciosa. Mi precioso bebé. Tengo que ver a James. Tengo que ver si James está despierto.

Se levantó de la cama y fue descalza hasta el cuarto de invitados y lo encontró sentado en la cama leyendo un libro. Había estado llorando otra vez. Se dirigió al otro lado de la cama y se tumbó junto a él y se acurrucó bajo su pecho. No había nada que decir, y ninguno de los dos dijo nada.

La hermana de Phelan Manning, Crystal, se quedaba en casa de los Hand durante el velatorio. Se encontraba levantada y vestida y en el salón con su hija de 3 años, Crystal Anne. Estaba intentando mantener tranquila a Crystal Anne. Había vestido a la niña con un vestido de terciopelo marrón arrugado con cuello de encaje blanco y medias blancas de seda. Ahora intentaba embutir los pies de la niña en un par de zapatos de charol blancos que no se había puesto desde el verano. Los zapatos le quedaban pequeños. Crystal Anne se negaba a ponérselos.

—Entonces ponte los zapatos marrones —dijo Crystal—. Nadie va a mirarte a los pies.

—Sí lo harán. El marrón no pega con el blanco.

—Sí pega. Queda muy bien. Llevas cuello blanco con un vestido marrón, ¿no?

Crystal Anne recorrió todo el salón hasta una mesa sobre la que colgaba un enorme espejo dorado. Había un arreglo de flores sobre la mesa.

—No veo —dijo.

—Espera un minuto. —Crystal bajó al suelo el arreglo de flores. Luego arrimó una silla a la mesa y Crystal Anne se subió a la silla y se inspeccionó.

—¿Ves? —dijo Crystal—. Marrón y blanco.

—Los zapatos marrones se han perdido. Los zapatos marrones no están.

—No es cierto. Quédate aquí y yo iré a por ellos y podrás ver lo bien que te quedan.

Crystal volvió a la habitación en la que se quedaban para buscar los zapatos, y Crystal Anne se puso a bailar ante su reflejo. Era un baile basado en su set de Barbie Pet Show.

—Oh, las chicas iban al espectáculo con sus perros. Se estaban poniendo el colorete para el espectáculo.

La puerta se abrió y Phelan, el tío de Crystal Anne, entró con LeLe.

—Crystal Anne —dijo—. Qué bonita estás con ese vestido. —La cogió en brazos.

—Los zapatos me quedan pequeños. Tengo que ponerme los marrones.

Crystal volvió con los zapatos marrones. Besó a su hermano y se los entregó.

—Pónselos, por favor, mientras hablo con LeLe. Louise está lista. Anda por ahí atrás. —Se abrió la puerta y entró Adam.

—¿Se ha levantado Annie? —preguntó LeLe.

—No he oído nada.

—Son las ocho y media. Tenemos que irnos pronto.

—Ve y despiértalos.

—Dile a Louise que lo haga ella. Oh, da igual, iré. —Crystal salió del salón. Se encontró con el señor y la señora Hand, que venían por el pasillo. Iban completamente vestidos, listos para ir a la iglesia.

—Siento no haberme levantado para haceros el desayuno —dijo la señora Hand—. Debería haberme levantado antes.

—Estamos bien —dijo Crystal—. No había nada que hacer. —Abrazó a la anciana, se apoyó en ella. Luego abrazó al señor Hand. La luz se derramaba sobre el pasillo desde las puertas abiertas de los dormitorios. Nunca pensé que viviría para ver este día, pensaba Crystal. Empezar a enterrar a mis amigos. Jamás pensé que este día llegara realmente.

Luego se dirigieron al salón y todo el mundo estaba allí. Viniendo de todas las puertas a la vez, Daniel y Jessie y Olivia y la novia de Daniel, Jean Winters; y Helen y Spencer y DeDe y Kenny y Winifred y Lynley y Stacy y la mujer de Kenny y James y Putty y la pequeña Putty y James Jr. y Aleece y Niall y Louise. Todos paseándose por el salón y la cocina y el estudio, abrazándose y poniéndose cada vez más y más tristes. Luego todos empezaron a salir por las puertas al patio y hacia los coches.

LeLe cogió a Adam de la mano, lo llevó por la puerta delantera hasta el jardín delantero. Siete viejas y enormes encinas dominaban el jardín. Sus oscuras sombras proyectaban una red sobre el césped. Un taxi se detuvo al final del césped cubierto de robles. Un hombre con un traje negro se bajó y pagó al taxista y echó a andar hacia la gente que se subía a los coches. Helen se soltó de su madre y se dirigió al jardín para encontrarse con él. Lo cogió del brazo y lo condujo hasta sus padres. LeLe acompañó a Adam al coche en el que ya estaban Phelan y Louise y King. Al final no le había hablado a Adam de Philip y no iba a hacerlo. En cuanto terminase el funeral, iba a llevarlo al aeropuerto de Charlotte y meterlo en un avión de vuelta a la Universidad de Vanderbilt, que era su lugar. No pensaba cargarle con información sobre el amante de Anna ni ahora ni nunca, y así se lo había dicho a Phelan.

—¿Quién era ése? —dijo Adam.

—No lo sé —dijo LeLe—. Algún viejo amigo de Helen.

Los coches empezaron a salir hacia la iglesia. James y Putty y James Jr. iban en el asiento delantero del Buick de James.

—Más tarde quiero hablar contigo —dijo James Jr. Hablaba con su padre. Su madre miró por la ventanilla. Ya había hablado con ella.

—De acuerdo, dispara.

—No voy a volver a ese lugar. Iré todos los días a las reuniones de Alcohólicos Anónimos si tengo que hacerlo, pero no volveré a ese lugar.

—Ya veremos.

—No necesito estar allí, papá. No pienso tomar más drogas. No voy a volver. No puedes obligarme.

—Esto es cosa de Phelan

—No, es cosa mía. Ya estoy bien. Iré a Alcohólicos Anónimos. Puedes ir conmigo si no me crees.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —Su madre decidió intervenir en la conversación.

—Es demasiado tarde para que vuelvas al colegio este semestre.

—Buscaré un empleo. Phelan dijo que podía trabajar para él mientras estuviera aquí. Va a quedarse hasta enero. Dijo que podía ser su recadero.

—¿Su qué?

—Su chico de los recados. Tiene un montón de cosas que hacer para su abuela y para sus negocios. Aún posee esa fábrica de papel en Clover y va a pasar tiempo allí, así que me dijo que podía ir y venir con él. El tío Niall cree que es una buena idea.

—Niall siempre ha adorado a Phelan. —Eso, de Putty.

—¿Cómo lo sabes, Putty? —intervino James Sr.—. No sabes nada de Phelan y Niall. Hablaremos de ello esta tarde —añadió dirigiéndose a su hijo—. Cuando termine el funeral. Mi hermana ha muerto, hijo. Espero que intentes recordar eso durante las próximas horas. La abuela y el abuelo y la tía Helen y el tío Niall y Daniel y todos nosotros hemos perdido a nuestra hermana. Nos ocuparemos de tus problemas cuando hayamos arreglado lo de esta mañana. Y, Putty, mantente al margen de esto. Hoy no te necesito metida en esto. Tú eres la que tuvo que ir y gastar quince mil dólares en encerrar al chico.

—Bueno, creo que podrías decir que le ha venido bien.

James Jr. puso su mano izquierda sobre el brazo de su padre y la derecha sobre el de su madre.

—Tranquilos todos —dijo—. Calma. Siento haberlo sacado. Ella tiene razón, papá. Fue bueno hacerlo. Me alegro de haber ido al hospital, y ahora ya no necesito estar allí. Calmémonos todos y ya está.

—Dios mío —dijo la pequeña Putty desde el asiento de atrás—. Voy a tirarme en marcha de este coche si seguís discutiendo.

—Yo también —dijo Aleece—. Me tiro a la acera.

La iglesia se alzaba sobre su pradera empinada. Estaba hecha de ladrillo y era de los tiempos de Thomas Jefferson. Ladrillo pintado de blanco. El campanario se elevaba hacia el cielo azul celeste. Detrás de la iglesia, una hilera de álamos se extendía a lo largo de la ladera de una colina. Por encima de los olmos, pequeños cirros se desplazaban lentamente por el cielo.

El ministro estaba en la puerta esperando para saludar a la familia. El camino de entrada estaba lleno de coches. La iglesia estaba llena de gente de los coches. La familia Hand entró en fila en la capilla.

Mientras se sentaban, una limusina se detuvo frente a la iglesia y Mimmi Farrell se bajó tambaleándose de la parte de atrás y entró en la iglesia y recorrió el pasillo central hasta los bancos reservados para la familia. Vestía de negro. Negro, negro, negro. Velo largo negro, sombrero de paja negro de ala ancha. Era un sombrero de verano, pero Mimmi estaba demasiado borracha a la hora de vestirse como para notar la diferencia. Había dejado a su marido abogado, plantador de tabaco y pintor *amateur* estirado en una tumbona junto a la piscina cubierta y había subido a su habitación y se había vestido y había llamado al chófer. En alguna parte de su conciencia ebria recordaba que Helen la había llamado para decirle que Anna había muerto. Le correspondía hacer acto de presencia en el funeral. Si Sykes Farrell era demasiado disoluto para descuidar su deber hacia Charlotte, entonces menos mal que estaba casado con una dama. Se vistió y se subió a la limusina y roncó todo el camino hasta la ciudad. Cuando se detuvieron ante la iglesia, se sirvió una buena copa de una licorera de ginebra y luego un caramelo de menta. Se adentró en el aire frío y perfumado de la iglesia y recorrió el pasillo como si siguiera una antigua ruta neuronal en su propio cerebro. Llevaba gafas oscuras y apenas veía nada. Miró entre la parte superior de las gafas y el ala del sombrero. Avistó a Phelan y a Crystal y a LeLe. Se dejó caer sobre el banco junto a ellos y apretó el brazo de Phelan.

—No puede ser verdad. No puede ser verdad. —Su voz era preciosa y muy audible. En su día se había subido a un escenario; incluso había actuado durante una semana gloriosa en una obra de Broadway—. Oh, acabo de enterarme —exclamó con su voz escénica más alta—. Esto es el principio del fin. El universo está jugando con nosotros. Oh, Dios mío, el precio. Dios mío, el precio.

Phelan la acurrucó en su abrigo. El ministro alzó la mano. El órgano empezó a sonar. *Preludio y fuga en re mayor,* de Bach. El ministro ocupó el lugar entre el púlpito y la barandilla del altar. Los amigos de Anna empezaron a llorar.

—Ruega por los vivos —comenzó el ministro—. Ruega por todos nosotros, santísimo y amantísimo Señor Jesucristo. Perdónanos y vela por nosotros en este momento de necesidad.

El sol de la mañana se derramaba a través de las vidrieras. Los aromas a L'Air du Temps y a Chanel Número Cinco y al Giorgio que Jessie Hand derrochaba con liberalidad se mezclaban con el aroma de los lirios. Lirios y crisantemos y orquídeas, laca para el pelo, limpiador líquido. A un traumatólogo de Asheville que había ido a la escuela con Anna y Helen tuvieron que ayudarlo a salir de la iglesia. Era extremadamente alérgico al perfume y una vez se había desmayado en una sala de operaciones por culpa del Jungle Gardenia de una enfermera. Su esposa le ayudó a recorrer el pasillo y a salir al aire libre. El ministro, un joven de Sewanee que acababa de empezar su carrera, pensó que el médico se había sentido abrumado por el dolor.

Mimmi Farrell dejó oír un fuerte grito. El ministro continuó con determinación.

—«Ningún hombre es una isla completa en sí misma; todo hombre es parte de un continente, parte de algo mayor; si el mar se lleva un terrón de tierra, Europa se vuelve más pequeña, como si un promontorio… La muerte de cualquier hombre me reduce, porque formo parte de la humanidad; y por tanto no preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti». Así nos lo enseñó el gran poeta John Donne, y así lo citó el gran escritor norteamericano Ernest Hemingway, y ahora yo lo tomo prestado de esos dos grandes hombres para recordar a otra escritora. Nuestra Anna, que vivió entre nosotros y nos ayudó a entendernos a nosotros mismos. El pesar es doble cuando muere un artista. Aun así, como dijo Donne, un terrón es tan importante como un promontorio.

Mimmi Farrell lanzó un largo gemido. El ministro prosiguió.

—Anna era una hija y una hermana y una amiga. La echaremos de menos y la lloraremos a nivel humano. Sus libros se tradujeron a muchas lenguas. Gente de todo el mundo comparte nuestra tristeza. Resulta difícil aceptar la muerte en el mundo moderno. Hemos dado grandes pasos en todas direcciones. Parece que deberíamos hacerlo mejor. —Se había perdido con sus notas garabateadas. Atrapado en el espíritu de los escritores muertos que había conjurado.

Mimmi dejó oír un gemido aún más alto. Phelan le apretó la cabeza contra su pecho. El señor Hand se quitó las gafas y las secó con su pañuelo. Estaba sentado con Jessie a un lado y Olivia al otro. Luego la señora Hand junto a Olivia, luego el resto de sus nietos repartidos en dos filas. Sus yernos y nueras flanqueaban a los niños a ambos lados. El señor Hand volvió a colocarse las gafas sobre la nariz, miró de un lado a otro las filas de su progenie, contó a sus nietos y a sus hijas y a sus hijos. Pero la mayor ya no estaba, la primera, la que se parecía a

su madre, su primer bebé, su niña pequeña. Había muerto sin descendencia. Anna. No había ataúd, ningún sitio adonde mirar, ningún lugar en el que posar los ojos. Contempló el rosetón sobre el altar. Olivia volvió el rostro hacia él. Él pensaba en las mejillas de Anna, los ojos de Anna, el pelo de su madre, los ojos de su madre.

El ministro había encontrado su sitio y se lanzó de nuevo.

—Absuelvo a Anna Elizabeth por su manera de marcharse. Estoy seguro de que Dios también la absuelve. Pero si no lo hace, estoy seguro de que Anna se conformaría con que la absolviéramos nosotros, los que la amaban. Voy a leer algunos pasajes de su obra, fragmentos que encontré mientras leía sus libros anoche.

James Jr. empezó a retorcerse. Había encontrado la mirada de Jesús en una vidriera del sermón de la montaña. Le recordó la vez en que Ray Trimble y él se colocaron con unos adoradores del diablo en un concierto de rock en el parque. No me voy a torcer, le prometió James Jr. a Jesús. He terminado con toda esa mierda. Si me sacas de allí y me dejas tener a Shelby, te juro que no volveré a drogarme, ni siquiera yerba. Puedes contar conmigo. Desde ahora puedes contar conmigo.

—Estate quieto —le susurró su madre—. Ya no puede durar mucho más.

—No puedo soportarlo —gritó Mimmi—. Si lee su obra, voy a desmayarme.

—Aguanta —dijo Phelan—. Aguanta, Mimmi. Vamos a hacerlo. Agárrate a mí.

Mimmi sollozaba. El ministro empezó a leer.

La lectura terminó. La congregación se levantó y cantó «El único cimiento de la Iglesia». El ministro bajó al comulgatorio. Nadie sabía qué hacer a continuación. Era el primer funeral por suicidio que se celebraba en la catedral episcopaliana de Grace y no había un protocolo. No había coro ni un féretro que portar, así que la gente simplemente se quedó allí charlando. Finalmente, el señor Hand tomó la iniciativa y condujo a su grupo de nietas por el pasillo. La señora Hand los siguió con Helen y Spencer y Louise. Phelan sacó a Mimmi por una puerta lateral y la condujo a su coche. Crystal Manning Weiss desfiló del brazo de King. Crystal Anne fue en la dirección contraria y subió al altillo del órgano para quitarse los zapatos. King retrocedió por el pasillo, la atrapó y la llevó afuera.

—Es muy pequeña para ir a un funeral —le dijo a Jessie. Jessie y Olivia lo habían seguido hasta el césped.

—Es sólo una niña —dijo Olivia—. Está bien.

Crystal apareció y les quitó a la niña. Luego Jessie y Olivia y King fueron caminando juntos en dirección al coche de la abuela de Phelan.

—¿Adónde van? —preguntó Daniel. Estaba en la acera junto a la

iglesia. Phelan se había reunido allí con él.

—Está bien —dijo Phelan—. Son tres.

—¿Dónde está la diferencia hoy en día? Maldita sea, Phelan, ve a preguntarles adónde van.

—De quien habría que preocuparse es de King —dijo Phelan. Se sacó del bolsillo un paquete de Camel sin filtro y le ofreció a Daniel—. Esas dos tuyas parecen poder arreglárselas en medio de una revuelta en Haití.

Crystal caminó hacia ellos con Crystal Anne en brazos. Daniel se acordó de una noche en Hilton Head en la que Crystal y él se quedaron solos. Ella tenía 26 años y acababa de divorciarse del padre de King. Él tenía 18. Había habido marea roja y el agua estaba llena de fosforescencia, y habían salido al oleaje y se habían quitado los bañadores, y ella se subió sobre él y le rodeó la cintura con las piernas. No me acuerdo si me dejó meterla, pensaba Daniel. Creo que debí de correrme como cien veces esa noche, pero no recuerdo si me dejó meterla. ¿Se la metí? Siempre había querido preguntárselo a Crystal, pero sabía que nunca lo haría. A su edad, casi no se atrevía ni a hablar con Crystal Manning a la luz del día.

—Llévame a casa de tu madre —dijo ella ahora—. ¿Vas para allá?

—Si podemos pasar por mi casa primero. Tengo que llamar a Sheila. Ha estado llamando toda la semana desde Londres. Estoy intentando evitar que venga. —Crystal se quedó junto a él, sujetando a su preciosa niña consentida medio francesa, medio judía, a medio calzar.

—Ha perdido un zapato —dijo Daniel—. ¿Quieres que vuelva a la iglesia y lo busque?

Por la tarde, la gente empezó a marcharse. Adam volvió a Vanderbilt, llevándose una tarjeta con tres teléfonos distintos de LeLe. No iba a necesitar usarlos. Ella lo llamó casi cada noche durante los seis meses siguientes.

Louise voló de vuelta a Escocia. Se puso su nuevo Anne Klein original verde oscuro, y Niall y James la llevaron al aeropuerto.

—¿Estoy en el testamento? —preguntó.

—No, era todo para los niños.

—¿Todo para tus niños? ¿Eso es todo? ¿No me ha dejado nada?

—¿Por qué iba a hacerlo, Louise? Papá cuida de ti. Recuerda, yo firmo los cheques.

—Era mi hermana. Bueno, quiero ver el testamento. Mándame una copia y haré que mi abogado lo lea. No me creo que no me dejara nada.

—Yo no lo escribí, hermanita. Ella lo hizo en alguna otra parte. Algún amigo suyo del centro. Helen es su albacea literaria.

—Helen. Dios mío.

—Yo no lo escribí.

—Bueno, ni siquiera me importa. Es todo tan bochornoso. ¿Qué se supone que pensará la gente que tiene el valor de luchar contra el cáncer cuando lean lo que ha pasado? Es como si Anna pensara que no tenía que sufrir ni un minuto en su vida. Conozco a un montón de gente que ha superado un cáncer.

—No como el que ella tenía. —Niall se detuvo en la zona de embarque del aeropuerto y apagó el motor—. No quiero oír una palabra más sobre eso, Louise. James, tú te haces cargo de ella. —Niall se bajó y fue al maletero y sacó la maleta de Louise y la dejó en la acera. Luego se dirigió al *parking* de coches de alquiler. Louise entró malhumorada en el aeropuerto, con James detrás cargando con su maleta. Mientras esperaba a que el encargado del mostrador comprobara su equipaje, se metió la mano bajo el abrigo y se palpó los pechos por séptima vez ese día. Creyó sentir un bulto junto a un lunar sobre su cavidad torácica, pero no, era sólo un pequeño músculo o una glándula mamaria. Quizá era un músculo. Quizá era una glándula mamaria.

En casa, Victoria se estaba emborrachando. Se había servido una copa de una botella de *bourbon* antes de ir al funeral y ahora se estaba bebiendo el resto.

—Mi sobrina tiene cáncer de garganta por fumar —le estaba diciendo a Helen—. Y no dejó que le hicieran las pruebas de biopsia. Dijo: De ninguna manera, José. Así que la doctora que la atendía fue a su casa y dijo: Eileen, tienes cáncer. Tienes que hacerte las pruebas. Ese nudo tiene el tamaño de un puño. Ese nudo en su garganta. En las glándulas de su garganta. ¿Por qué viene a mi casa a decirme algo así?, dijo Eileen. Entrar en mi propiedad contándome que tengo cáncer de garganta. No quiero oírlo. Si tengo cáncer, me desharé de él a mi manera. No va a sacarme ni un centavo más de mi dinero en esa clínica supuestamente gratuita después de haberme endeudado en la farmacia. Nadie me va a hacer una prueba de trescientos dólares para decirme que tengo cáncer. Echó a aquella doctora de allí. Dijo: Dígales en la clínica que tengo mi propia quimioterapia si la necesito. Tengo todos los analgésicos que necesito, y veneno para ratas si hiciera falta.

—¿Ya se ha hecho las pruebas? —preguntó Helen.

—No, señora, y no se las va a hacer. Así que sé lo que ustedes están pasando con lo de que Anna se suicidase en vez de ir al hospital. Parece haber una racha de eso este año.

Stacy entró en la cocina y empezó a cortar trozos del bizcocho y a comérselos con los dedos. Pequeñas rebanadas al principio, luego trozos más grandes. Stacy era la muñeca de la familia de Helen. Tenía 19 años, la misma edad que la Aleece de James.

—Coge un plato y un tenedor —dijo Helen—. No andes picando así.

Stacy no dio muestras de haber oído a su madre.

—¿Es ahora cuando vomitas? —añadió Helen—. ¿Cuándo te terminas el bizcocho?

Stacy cogió el trozo de bizcocho que tenía en la mano y lo estrujó y lo tiró al fregadero.

—Me voy a casa. No creo que le sea de ayuda a la abuela. Ni siquiera sabe que estoy aquí.

—Cómete el bizcocho si quieres, cariño. Pero ponlo en un plato y no lo vomites luego.

—Que te jodan —dijo Stacy, y salió de la cocina.

—Es una chica triste —dijo Victoria—. No deje que la afecte, Helen.

—Ya lo hace. Me afecta. Dame una copa de vino, ¿quieres, Victoria? Voy a ir a ver cómo está mamá. Una copa de vino blanco servirá.

—¿Dónde lo quiere? ¿Allí?

—Sí, lleva dos copas. Llévalas al cuarto de mamá.

Helen salió de la cocina y Victoria fue a la despensa y bebió un trago de su vaso de *bourbon;* luego cogió dos copas Gibson y las enjuagó y las llenó de vino blanco y las puso en una bandeja.

Ésta es mi vida, se dijo Helen al cruzarse con James Sr. y Putty y James Jr. cuando salían por la puerta. Éste es mi trozo del mundo, mi lugar asignado, y éstos son con quienes tengo que pasar mi vida, y no hay nada que pueda hacer con respecto a James Jr. o a cualquier otra cosa. Podría ir y cerrar con llave todos los cuartos de baño de la casa y supongo que Stacy vomitaría afuera, entre los rosales, o podría volverme loca y encerrarme yo, o podría ver cómo está mamá y luego volver a casa y poner a Winifred y a Lynley a hacer los deberes, pero tienen veintiún años, y si un estudiante de tercero de facultad no hace sus deberes, no hay nada que una madre pueda hacer. Voy a ir a cuidar a mi madre y en algún momento de esta noche me daré un baño y me sentaré a leer un libro. Me gustaría estar en una bonita habitación limpia con el océano afuera y un hombre guapo sentado a mis pies leyéndome a Cervantes. Me gustaría volver a ser joven, pero no en este mundo. Me gustaría saber qué hora es. ¿Qué hora es, de todos modos? Creo que se me ha olvidado hacer algo. Sé que se suponía que debía hacer algo para que Louise fuera al aeropuerto, pero están pasando demasiadas cosas.

Abrió la puerta de la habitación de su madre y se la encontró tumbada de lado en la cama, aferrada al marco dorado plegado que contenía las fotografías de sus padres. Su madre estaba casi dormida. Helen se sentó en la cama junto a ella y le cogió la mano mientras los pájaros de Carolina del Norte volaban de los comederos de su madre hasta los árboles y luego de vuelta.

Quieren que ella les encienda la radio, decidió Helen. Echan de menos la música hoy.

7. El poema juega con el nombre de King («rey») y el de Starr, que suena como *star,* «estrella».

III
Los papeles de Anna

XVI

Papeles de Anna, ordenados por su hermana, Helen Abadie, albacea literaria

¿Por qué me nombró su albacea? No quiero este trabajo. Fui hasta allí esta mañana; conduje hasta allí en medio de la peor niebla que hemos tenido en todo el otoño. No podía ver nada por la ventanilla del coche, pero me desperté pensando en esos papeles y en que el otro albacea, el poeta de Boston, llegaría cualquier día, así que pensé que sería mejor ir a ver si había algo que hiciera que mamá se muriese de vergüenza. De ser así, lo guardaría para más tarde. No tardé mucho en encontrar algo. Justo encima de una mesa, en ese pequeño archivador hecho con bandejas rojas de plástico apiladas unas encima de otras. En la segunda bandeja está la verdadera historia de algo que concierne a Phelan Manning. La familia Manning son nuestros amigos más cercanos en el mundo. Anna no se había molestado ni en cambiar los nombres. Simplemente lo escribió, pero no con su propia voz, sino con esa que mamá dice que Anna toma prestada al escucharme. Yo no sueno así. Tengo una diplomatura de Hollins en educación infantil y nunca he sido habladora ni chismosa en toda mi vida. Es el tipo de cosas que hacen los escritores y la razón de que yo nunca me rebajaré a ser escritora. Retuercen la verdad hasta hacer que suene como ellos quieren. En todo caso, he aquí un ejemplo de las cosas con las que tengo que lidiar como su albacea. Primero, este preámbulo:

Salarios del pecado, ansias de éxtasis, manifestaciones de gracia, algunas notas sobre el tiempo y el espacio tal como se manifiestan en la vida de un macho alfa durante su residencia en Jackson, Mississippi, a finales del siglo XX. Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Luego, la historia:

Anna y Phelan van a la costa, un misterio

Anna llamó a Phelan a su oficina y le sugirió que fueran a la costa a pasar el fin de semana. Lo llamó porque era uno de esos días de

primavera perfectos que hacen que todo el pueblo empiece a actuar como si tuvieran 16 años y porque había soñado que hacía el amor con él y se despertó con el cuerpo suave y cálido y lleno de ternura. Había ido a casa de la abuela de él el día anterior a dejar unas flores, y un reno que Phelan había cazado estaba colgado en la pared del prístino y cuidadosamente decorado solárium de su abuela, y era tan grande y tan jodidamente extraño y tan tonto que Anna había soñado toda la noche que hacía el amor con él.

—Soñé que estaba follando contigo —le dijo por teléfono.

—¿Estuvo bien?

—Fue maravilloso. Escucha, vayamos a la costa el fin de semana y hagamos el amor. Vamos a ver si todavía sabemos divertirnos.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. No te lo diría si no fuera en serio. ¿Quieres ir?

—Dios, sí. Déjame que te vuelva a llamar. Tengo que mover algunas cosas. ¿Cuándo quieres ir?

—Cuando puedas.

—¿Qué tal esta tarde?

—De acuerdo. —Ella se reía. Ya empezaba a ser divertido—. ¿Phelan?

—Sí.

—Creo que me enamoraré de ti. ¿Te importa?

—Te llamo en unos minutos. Llama a ver si podemos reservar.

¡Te puedes imaginar que escribiera esto!

Esa tarde, a las cuatro, él la recogió en su apartamento y metieron una jarra de Martini en el asiento trasero del coche de él y emprendieron el camino a la costa. El hotel Emerald Beach y Racquet Club. Un clásico cuartel general en la costa de Carolina. Apenas había en el enorme hotel una habitación que no hubiera acogido un adulterio tras otro, junto a un montón de lunas de miel y reconciliaciones entre parejas casadas.

—No había tenido una historia en el Emerald Beach desde mil novecientos sesenta y ocho —iba diciendo Anna—. Tuve una historia con uno de los *quarterbacks* de los Chicago Bears. Creo que era *quarterback*. Fue muy divertido, pero al segundo día estaba llamando a la gente para que viniesen. Eso siempre es mala señal.

—Es señal de whisky —dijo Phelan—. No nos emborrachemos. Ni siquiera debemos beber el Martini. Llevo veinte años deseando follarte, Anna. No quiero beber contigo. Quiero hacerte el amor. Ven aquí. —Ella se deslizó en el asiento del coche y se acurrucó contra su brazo.

—Háblame de África —dijo—. Háblame de matar leones y tigres. Di que un león estaba matando a todos los niños de la aldea y te

llamaron y te pidieron que fueras y te deshicieras de él.

—Ha sucedido. —Adoptó su actitud seria.

—Oh, mierda, Phelan. No empieces con esas cosas.

—Ocurrió. El último que maté estaba tullido y había estado matando todo lo que se movía en un radio de veinte millas. Me llevó un mes encontrar su rastro y matarlo.

—¿Y entonces qué?

—Entonces hicimos una fiesta.

—¿Te follas a las negras de por allí?

—No, me llevo a mis propias mujeres. O me las arreglo sin hacer nada. Es bastante incómodo. No piensas mucho en follar en la sabana. El sexo adquiere enormes proporciones bajo esas circunstancias. Allí no vas buscando eso.

—¿Te gusta ir al Emerald Beach?

—Sí. —Le puso la mano en la pierna y empezó a moverla arriba y abajo—. Maldita sea, eres algo increíble, Anna. Qué desperdicio que vivas sola. ¿Por qué no te mudas conmigo?

—Quizá lo haga. —Se echó a reír de nuevo—. Si me gusta cómo me follas.

Luego condujeron en silencio, con las largas colinas de Carolina del Norte pasando a su lado, los preciosos bosques y los campos fragantes y un millar de matices del verde en la brillante tarde de primavera sin nubes. Anna tenía 43 años, y Phelan Manning 42, y sí, todavía sabían divertirse.

Como si Phelan Manning no fuera mi novio cada día de nuestras vidas. Como si no fuese yo la que le rompió el corazón. Como si no fuese yo la única que tuvo el suficiente sentido común para no casarme con él cuando papá me dijo que no lo hiciera. ¿Qué demonios hacía con Anna cuando ni siquiera se gustaban? Podría no ser verdad. Tal vez sólo usó los nombres porque era demasiado perezosa para inventarse unos de ficción. De ficción o como quiera que lo llamen. Pero suena a que eran ellos. Suena a lo que harían, salvo por la parte en que se van a la cama. Supongo que Anna y Phelan habrían oído hablar de las enfermedades de transmisión sexual. De lo que seguro que nunca oyeron hablar es de monogamia o fidelidad o cualquiera de los demás inconvenientes que la gente civilizada tiene que aguantar. Bueno, ahí va el resto de la historia…

Más tarde, en una *suite* con vistas al océano Atlántico, se quitaron la ropa y se tendieron sobre la cama y empezaron a examinarse el uno al otro, músculos, huesos, cicatrices, estrías, carne tensa y floja, uñas y piel y dientes.

—Te conservas muy, muy, muy bien —dijo Anna—. Mira este músculo. Es algo divino. —Estaba examinando el largo músculo de su

cadera.

—¿Cuándo vamos a hacer el amor?

—Cuando acabe de inspeccionarte. —Se sentó en la cama, con las piernas cruzadas y las pulseras y pendientes todavía puestos. Llevaba una pequeña prenda interior de color rosa hecha a mano en París, Francia, que le había costado doscientos cincuenta dólares y que estaba a punto de empaparse en sudor y acabar rota en el suelo en un minuto, porque Phelan Manning estaba a punto de decidir que le importaba un bledo si era la hermana de su mejor amigo o la animadora más sexy que había visto nunca saltando en la pista de un gimnasio, porque ahora quería follarla y estaba cansado de jugueteos.

—Ven aquí —dijo—. Ven aquí conmigo. —Y ella fue.

Es propio de algunas personas desear sólo aquello que no pueden tener. Anna Hand era una de esas personas. Igual que Phelan Manning. Tres días después, tras habérselo pasado los dos maravillosamente y haber follado como adolescentes y haber nadado en la piscina y haber vadeado el océano Atlántico y haber estado sentados durante horas sobre la cálida arena contando historias y paseando por la playa e incluso haber salido a comprar un par de porros y haberse colocado sólo por si acaso, para asegurarse de que no dejaban nada por hacer, después de todo eso no se enamoraron; hicieron las maletas y condujeron de vuelta a Charlotte, Carolina del Norte, bajo una ligera lluvia. Esa vez no hablaron gran cosa; se limitaron a ir sentados en el asiento delantero del coche, cogiéndose las manos y poniéndose más tristes que el demonio por no haber podido enamorarse.

—Te amo —dijo Anna cuando Phelan la dejó en la puerta.

—Yo también te amo. ¿Quieres comer el martes?

—A ver si puedo. Te llamaré. —Ella se apoyó en el umbral y lo besó una vez más.

—Maldita sea —dijo.

—Maldita sea —respondió él—. Maldita, maldita sea.

Apéndice: Una biografía de Phelan Manning (por Anna Hand)

Phelan Phinnessy Manning, nacido en 1943 en una base del ejército en Indiana (¿Terre Haute? Llamar a la anciana señora Manning en Summerwood y preguntarle). Criado en Jackson, Mississippi. Veranos en Charlotte, Carolina del Norte. Educación, Academia Militar de Columbia, Columbia, Tennessee; Academia Militar de Baylor, Chattanooga, Tennessee. Sewanne, Universidad del Sur, Harvard (dos años). Licenciatura en ingeniería. Pequeñas fábricas en Texas y Mississippi, fábrica de cebos para patos en Atlanta. ¿De dónde ha salido todo el dinero de Phelan?

Una hermana, Crystal Manning Mallison Weiss, bailarina, coleccionista de maridos ricos, afamada belleza del sur.

Padres: William Phinnessy Manning y Christine Manning. El padre, hombre de negocios y político a tiempo parcial. La madre, típica dama indulgente del sur. ¿Por qué son Crystal y Phelan tan insólitos? ¿Qué creó la unión del Gran Phinnessy y Christine? Solucionar este problema. ¿Por qué a Helen le gustaba tanto Phelan? ¿Fue un error de papá mantenerlos separados? ¿Por qué Phelan nunca me ha atraído?

Soy yo otra vez (Helen). La mayoría del material tiene sentido. Ella tenía una mente ordenada. Las carpetas están fechadas por acontecimientos, pero puedo organizarlas.

Excepto las ecuaciones matemáticas. No sé lo que significan. Creo que es algo de física. Hay algunas cartas de cierto inglés que es una especie de físico nuclear, y páginas con esas cifras realmente pequeñas, como problemas matemáticos. Se las enseñaré a Phelan cuando vuelva. O a un profesor de la universidad, si tengo tiempo. Por ahora lo he vuelto a poner todo donde lo encontré, en una carpeta marcada como *El síndrome de Midas.*

«Aférrate a tu clorofila», eso estaba escrito al principio de una página. Y «Deja que tu mano derecha sepa lo que hace tu mano izquierda». Eso estaba en la página fechada *dos meses* antes de su muerte. Hay siete páginas de cálculos y problemas de trigonometría. Un dibujo (como un laberinto) de Summerwood (anotaciones de marcas topográficas; páginas de libros en un juzgado en alguna parte). ¿Podría ser un mapa del tesoro? ¿Una broma? ¿Desde cuándo sabía que estaba enferma? ¿Lo sabía antes de que Brian se lo dijera?

Anna y papá: ¿Por qué se peleaban a todas horas? Esto lo está matando. Un golpe de muerte. Que ella muriese de ese modo. Una muerte terrible a traición. «Ella sabía que la querías», no dejo de repetirle, pero no es verdad. Aquí hay algo que escribió sobre él: «No sabe amar. Sondea y presiona y exige y extrae y extrae y extrae y nunca está contento o satisfecho. Nos ha hecho daño a todos por ser tan poderoso y exigente. Celoso. Un rey celoso. Todo lo que toca lo convierte en oro». (Esto, de una carpeta marcada como *Papá,* 1969). Aquí hay una extraña coincidencia. Papá siempre está diciendo: «Aférrate a tu oro».

Miércoles por la tarde, 3 de noviembre de 1985, 2:00 p. m.:

Limpié el pequeño escritorio de cerezo que mamá le regaló cuando tenía 16 años. Yo tengo uno igual, sólo que el mío está restaurado y parece nuevo. Jack Benoit me lo restauró el año pasado. Iba a dárselo a Stacy antes de que empezara a vomitar por Jesús. No pienso confiarle nada hasta que no recupere el juicio. Me está volviendo loca tratando de meter mano al dinero de Anna para dárselo a ese

predicador que la tiene hipnotizada.

Olvídate de Stacy por ahora. Soy la albacea de Anna, y ésa es mi principal preocupación este año (por el bien de todos).

Está este pequeño libro de contabilidad negro. De unas cinco pulgadas por siete, con cifras de dinero y fechas:

F. T. O. M. $22.000 20 feb. 1984 F. T. O. M. 17.000 11 abr. 1985 F. T. O. M. 50.000 10 jun. 1985 F. T. O. M. 54.000 22 jul. 1985. Son casi $150.000. Algunas están marcadas con «K. R.», otras ponen «C. G. L.», otras, «A. E.». Hay un dibujo pegado, un paralelogramo.

Creo que podría ser algo en lo que estaba invirtiendo, o quizá algo para un libro que estaba escribiendo. Volví a dejarlo en el escritorio y lo cerré.

Martes: Voy a anotar todo lo que sé sobre Anna:

Anna. Cómo era, qué se ponía, que leía, cómo dormía, su cama, sus zapatos, sus vestidos, sus cosméticos, sus uñas, sus pies y piernas, su pelo. Su manera de volver la cabeza y escuchar, sus campanillas. Toda su vida compró campanillas y carillones de viento y los colgaba para que el viento nunca la dejara olvidar que estamos girando. Le gustaba colgar ristras de campanillas en las puertas o en los brazos de las sillas.

Estaba muy lejos de nosotros. O muy lejos o aquí mismo y hasta el fondo de nuestras cabezas, hurgando y buscando secretos que ni siquiera teníamos. En esta familia todos cuentan lo que saben en cuanto lo descubren. Siempre estaba plantando ideas en nuestras cabezas, dándonos libros, escribiéndonos cartas con la mitad de las palabras subrayadas. Más adelante, cuando se hizo mayor y la familia se desmoronó, ella se fue a las montañas y escribió cosas que nos sorprendieron y nos hirieron. ¿Necesita la gente saber tanto? Al final nos perdonó y volvió a casa.

¿Necesitábamos que nos perdonasen por ser nosotros mismos? ¿Dónde estaba yo? Iba a contaros cómo era ella. Pero estoy pensando en cómo desaparecía siempre. Yo era dos años menor, su hermana pequeña. Ella era la mayor, y yo la segunda. Ella siempre estaba para mí, como mamá o papá. No puedo creer que se haya ido. Quizá, si existe algún cielo…, pero es una locura pensar así.

Yo siempre estaba a su sombra y no me importaba, mientras me permitiera estar allí. Pero desaparecía en un rincón del jardín, se escondía, o en el río orilla abajo o subiéndose a un árbol. Subía más y más alto, a una magnolia o a un nogal o a un mirto, sabiendo que yo tenía miedo a las alturas. Una vez arrimó una escalera a un nogal y cuando estaba en las ramas bajas la tiró para que yo no pudiera seguirla. Era el árbol en el que se ahorcó nuestro abuelo cuando enfermó de cáncer. Cuando (¿si?) Anna lo siguió al infierno, cuando le dio la espalda a Dios, muerta de miedo ante el dolor o la

desfiguración, cuando se adentró en el océano en Biddeford, «en el trillón de estrellas», como escribió en la carta que dejó, esa noche recordé que, de todos los primos, sólo Anna se subía a ese árbol, o jugaba en el patio que había debajo, o dejaba sus muñecas en la mesa de madera, o se columpiaba en el chirriante columpio lleno de telarañas. Decía que se acordaba de haberse sentado en su regazo y se vistió toda la vida de amarillo en memoria de lo mucho que a él le gustaba verla de ese color.

No es de extrañar que ningún hombre pudiera satisfacerla o retenerla. Si hubiera podido tener hijos, quizá se habría conformado con quedarse con uno de esos hombres. Era tan inquieta, le gustaba tanto estar sola. Tal vez prefería no tener hijos. Dios sabe que odiaba cuidar a la gente. ¿Dónde está ahora? ¿Por qué nos dejó de esa terrible manera? Tengo que seguir haciéndome esas preguntas mientras pasan estos días fríos y lluviosos. Luego Navidad, luego Mardi Gras, luego su cumpleaños, luego el mío, y luego la primavera. Estaré bien para la primavera, este dolor se habrá acabado. Ya tengo bastante que hacer sin echar de menos a Anna. Mis hijas se comportan como si estuvieran locas chifladas. Y mis hijos también. Dios mío, me estoy volviendo tan crítica como ella. Quizá me tiene hechizada. Puede que sea el estar aquí sola. Tan sola como estaba Anna cuando fue a Nueva Inglaterra a morir. Pero no estaba sola. Philip estaba allí. Ese pobre hombre. No puede creer que no se lo dijera. Yo no puedo creer que no me lo dijera a mí. Es muy propio de Anna morir sin decirle a nadie lo que iba a hacer. ¿Cómo hizo para no decir nada?

Pero estaba hablando de su ropa. Iba a contaros cómo se vestía y lo que se ponía.

Cuando trabajaba, llevaba unos viejos pantalones grises de algodón y una rebeca marrón claro. Llevaba zapatillas de tenis o botas marrones altas. Llevaba el pelo liso, y raya a un lado. Sólo llevaba maquillaje cuando iba a la ciudad. Llevaba guantes de cuero que le cubrían las muñecas. Viéndola por la calle, se notaba que era alguien especial. Tan dueña de sí y despreocupada. Tan arrogante.

Se gastaba miles de dólares en ropa preciosa que nunca se ponía. Le fascinaba ir de compras. Luego la regalaba. A mis hijas les daba montones de cosas. Calvin Klein y Giorgio Armani y Valentino, Geoffrey Beene y Nipon, y unas blusas blancas preciosas y jerséis de todo tipo. Botas y zapatos. Tres abrigos de pieles, y una gabardina de cuero de París, y una vieja chaqueta de pata de gallo con la que había escrito su primer libro en noches de invierno en la casa de las montañas. Apuesto a que se la puso para morir. Seguro que era la prenda que le gustaría llevar para morir. Seguro que no quería morir. Nunca he conocido a nadie que amase la vida tanto como ella. Parecía amarla. Imagino que se puso esa chaqueta y quizá cogió algún bolso

pequeño, pero si lo hizo nunca lo supimos. La chaqueta no apareció por ninguna parte. Algún hostelero de Biddeford estará preguntándose qué hacer con ella, supongo. Estará en un armario en alguna parte, esperando que la reclamen. Envió cartas desde Boston, pero él no la vio enviarlas. Debió follar con él una última vez, sabiendo lo que la encantaba follar. A ver, esto es demasiado. No tengo derecho a escribir este tipo de cosas en su máquina de escribir. Estoy empezando a parecerme a ella. Me voy al supermercado a comprar comida para mi familia. Las niñas van a llegar y no voy a seguir escribiendo. ¿Cómo saben cuándo parar? Me refiero a los que se ganan la vida con esto.

Solía decir: Helen, si alguna vez me pasa algo, asegúrate de esconder bien mis papeles para que mamá y James no lo quemen todo. De acuerdo, Anna, decía, si alguna vez te pasa algo, no les dejaré que quemen tus papeles.

Su cuarto de trabajo, estudio, como se quiera llamar, sólo era un cuarto libre en su casa. Las chicas se decepcionaron cuando lo vieron. Se habían imaginado algo más propio de una obra de teatro, con vistas a un lago o una chaise longue o un bonito escritorio de nogal.

De todos modos, cuando me llamaron desde Maine y me contaron lo que había sucedido, fui directamente allí y cerré todas las puertas con doble llave. El otro albacea es un poeta de Boston. Lo llamé y me dijo que lo cerrase todo y que no tocase nada hasta que él llegase. Se llama John Carmichael, un nombre irlandés. Ella lo llamaba Mike. Puede que fuera uno de sus antiguos amantes. Creo que solía vivir en Nueva Orleans hace mucho tiempo. De todo parece hacer mucho tiempo.

La casa estaba en perfecto orden. Nada fuera de sitio. Había una nota clavada en la pared encima de la máquina de escribir. Una cita sobre el infinito. Decía que la ciencia sólo puede darnos esbozos de lo que está ocurriendo. «Estos conceptos pertenecen a un nivel de realidad que está *por encima de nuestras cabezas*». Había subrayado esas últimas palabras. ¿Significaría eso que había empezado a creer en Dios? Todo sería mucho más fácil para mamá si pensara que Anna había empezado a creer en Dios. El otro día leí una encuesta que decía que el noventa y siete por ciento de los norteamericanos creen en el cielo y piensan que irán allí, pero también piensan que sólo el sesenta por ciento de sus amigos entrarían. Es poco probable que Anna entre, si es que hay un cielo. Ella no quería entrar. Decía que el tipo de personas que entrarían no la divertía. Decía un montón de cosas que espero que no pensase. Aquí va una lista de los discos que tenía en el piso. *El concierto Köln* de Keith Jarrett, Andreas Villenweider, Verdi y Puccini, Dire Straits, Bach, *Cuentos de los bosques de Viena,* éxitos de la Motown, Mozart, Pachelbel, Miles Davis, Coltrane, Loggins y Messina. Solía ponerles música a mis hijos cuando eran pequeños. Solía leerles libros. Les leyó los capítulos del rey Pellinore de *Camelot* cuando eran tan pequeños que resultaba imposible que entendieran algo de todo aquello, pero aun así permanecieron en silencio y escuchando. Tenía una voz profunda adorable, una voz cautivadora. Bueno, eso cualquiera podría atestiguarlo. Supongo que el médico casado lo sabe. Apuesto a que lo siente como todos los demonios. Probablemente piensa que la obligó a hacerlo. Yo lo pensaría si fuera él. Puede que ella quisiera que lo pensase. Había oscuridad en Anna. Había una

parte de ella que era capaz de cualquier cosa. Lo cual nos demostró a todos una y otra vez, antes siquiera de llegar a esta última y terrible oscuridad. La perdono. Lo juro. Lo comprendo plenamente y la perdono.

Qué le gustaba. Le gustaba leer *El oso* y *El viejo y el mar* y *El puente de San Luis Rey*. Odiaba *Finnegans Wake* y tenía sus reservas respecto a Picasso. Le gustaban Woody Allen y Fellini. Le gustaba Tommy Tune. Vio un musical titulado *Nueve* como unas diez veces. Le gustaba estar enamorada. Se enamoraba con demasiada facilidad, se enamoraba con demasiada rapidez, se enamoraba demasiado fuerte como para que el amor durase para siempre. Cada vez que escuchaba esa canción[8] pensaba en Anna.

Pero quería escribir lo que sé sobre la libertad. Vine aquí con los platos sin recoger, los dientes sin lavar y las camas sin hacer para escribir sobre lo que Anna sentía acerca de la libertad. Pensaba en ella todo el tiempo, hablaba de ella, daba muchas vueltas a las formas en que podían arrebatársela. Sabía demasiado sobre nuestra familia para bajar la guardia siquiera un momento. Papá es comunista en lo que a la familia se refiere. Del cada uno según sus habilidades al cada uno según sus necesidades. Así, naturalmente, Anna nunca recibió ni un centavo ni un coche. Además, se esperaba de ella que fuera a todas las universidades o escuelas a las que iban nuestros chicos o incluso nuestros primos. Aparecer, dar su conferencia y negarse a cobrar. Hizo un trato con ella de que si lo hacía gratis o devolvía el dinero después de que la escuela le pagara, él se lo reembolsaría. Pero nunca lo hizo y Anna se enfadó realmente con eso. Si no había algo de qué discutir, ella y papá se lo inventaban. Nunca consiguió que él admitiera que ella era más maravillosa que el resto de nosotros. Eso era lo que ella quería de él. Me lo dijo mamá. No lo dije yo primero. De todos modos, así eran Anna y papá, y supongo que algunos de esos padres de ficción que ella inventaba se parecían más a él de lo que él hubiera querido admitir. Papá fingía que la única razón por la que ella escribía libros era para hacer dinero, y decía que cualquiera que leyese novelas se merecía lo que le pasara.

Un momento. Me he perdido. Si piensas todo el tiempo en cosas, te acabas enredando. Es mejor seguir adelante con la vida. Ojalá papá no estuviera tan triste por esta pérdida. Nuestra pérdida. Ella estuvo ausente la mayor parte de su vida. No tuvimos suficiente de ella. Allá en las montañas ni siquiera nos pedía que la visitáramos. Siempre estaba en montañas: los Apalaches, las Rocosas, los Alpes, especialmente cuando estaba casada con Francis. Bueno, no fueron al Tíbet. Planeaban ir al Tíbet. Nadie de nuestra familia ha ido nunca al Tíbet, excepto Louise, y volvió a casa con urticaria y estuvo enferma meses. Al año siguiente volvió. Por supuesto, Louise es más terca que

una cabra.

Notas

8. De Chet Baker.

Encontré esto hoy. Iba a tirarlo, pero pensé que debía esperar y dejar que Mike [John Carmichael] lo leyera primero. Imagínate escribir algo así.

La vez que recogí al capitán de barco noruego en la sala VIP de British Airways en Los Ángeles y crucé el océano con él. Sabía lo que estaba haciendo. Era tan guapo y estaba tan moreno y parecía tan irritado y europeo. Yo llevaba esa larga falda plisada blanca que me puse todo el verano ese verano. Estaba tan delgada y LeLe y yo lo habíamos pasado tan bien en San Francisco, comiendo *sushi* y corriendo por las colinas y viendo películas. Luego se echó atrás en lo de ir a Grecia conmigo porque el jugador de rugby había vuelto a la ciudad, así que fui sola. El agente de viajes era una mujer filipina y me envió al aeropuerto en una limusina blanca conducida por un negro enorme. Todo era tan tonto desde el principio. Una mujer que conocíamos había muerto y LeLe y yo intentábamos sacudirnos el fantasma. Así que me quedé sola y allí estaba él, y no me quitó la vista de encima en todo el tiempo que estuvimos en la sala. Finalmente, me senté a horcajadas en el borde del sofá en el que él estaba sentado y llamé a Charlotte para hablar con mamá. Le dije que iba de camino a Atenas, y cuando colgué el teléfono el capitán de barco dijo: ¿Va usted a Atenas? Y yo dije: Sí. Y él dijo: Yo también, vamos a ser compañeros de viaje.

Él viajaba en primera clase y vino y me buscó en *business* y me preguntó si podía sentarse. Su inglés era muy bueno, y yo practiqué mi sueco y algo de francés. Era todo muy alegre, y para cuando oscureció afuera estábamos comiendo juntos. A esas alturas ya estaba borracho. Yo nunca había visto a un hombre beber tanto whisky en un avión. Me asombra cuando la gente bebe y no se emborracha. Lo admiro como admiro todo poder y exceso.

Así que el avión aterrizó en Múnich, porque habían volado el aeropuerto de Atenas, y él cogió mi maleta y me llevó a un hotel y pidió comida en alemán y luego estuvimos juntos tres días. A mí se me olvidó llamar al agente en Atenas y pensaron que me había perdido. Todo el mundo me estaba buscando, y todo lo que yo hacía era estar en la cama con Hakon y oír historias de la guerra. Había sido niño en Noruega mientras yo era niña en Carolina del Norte, y su padre había sido un héroe de la resistencia. ¿Dónde estará ahora ese Hakon? Me llamó un par de veces, más adelante, pero no se nos arregló volver a vernos. Estábamos en países diferentes. Quizá debería llamarle. Quizá debería hacer una lista de gente a la que ver y hombres a los que llamar y tal vez follar antes de hacer esto. Pero podría empezar el

dolor. Ya empiezo a tener mal aspecto. El miedo se refleja en mi cara. Creo que huelo a miedo. No sé si podré ver a Philip sin que lo sepa. Lo sabrá. No quiero que me recuerde con miedo en los ojos, con el olor del miedo. ¿Qué podría tomar? ¿Cocaína? ¿Dexedrina? Brian me daría un par de dex si se lo suplicara de verdad. Tengo que tocarle una vez más. Tengo que verle. Tengo que probar que el mundo no es cicatero, que podemos tener algo.

Llamaré a Hakon. Si Philip no quiere quedar conmigo, volaré a Noruega o a Grecia o a España y le veré. Si está en su casa de España, definitivamente iré. Qué amante tan maravilloso era, tan fuerte y divertido y salvaje. Era como jugar a un poderoso y salvaje juego nórdico. Pensé, por eso a LeLe le gusta el jugador de rugby. Para follar el poder. Un hombre que va al mar. No me he perdido muchas cosas. Gracias a Dios por eso. Estuve aquí. Estuve definitivamente aquí, y todo el tiempo que estuve aquí jugué.

Cuanto más leo estos papeles, menos la entiendo. ¿Qué necesitaba de nosotros? ¿Qué quería que hiciéramos? ¿Por qué no podía amarnos tal como éramos? ¿Aceptarnos por lo que éramos? No éramos tan elegantes como Anna, lo admito. No éramos tan elegantes y no éramos tan afortunados y no pudimos vivir solos y tener todo ese tiempo para nosotros. ¿Todos esos años sola? Nueve, diez, los que fueran. Decía que prefería estar sola antes que cocinar para gente. Era muy egoísta. El hijo mayor se vuelve egoísta. Cásate con un hijo único si quieres una persona egoísta. Así que se fue sola y luego volvió a casa y desconectó el teléfono y desconectó el timbre de la puerta. ¿Nos quería? Supongo que sí. Nosotros la queríamos. La necesitábamos. La necesitábamos para admirarla y para que nos increpara y para que nos menospreciara cuando nuestros hijos se casaban con gente sin trasfondo o educación. Tenía razón en eso. En general, lo hemos tirado todo por la borda. Estoy llorando otra vez. Llorando sobre su máquina de escribir. Oh, Dios mío. Ojalá no hubiera venido aquí esta mañana. Cuando éramos pequeñas, yo me metía en su cama y ella me acunaba como si fuera su niña pequeña, y me contaba cuentos sobre cómo nos haríamos mayores y pilotaríamos aviones muy alto, por encima de las nubes, y nos asomaríamos a las ventanillas y daríamos de comer a las bandadas de gansos o hablaríamos con las estrellas, y decía que volaríamos hasta China y daríamos un espectáculo aéreo para los chinos. Yo solía soñar con ello después de que me lo contara. En el sueño, yo estaba sola en un avión y no sabía pilotarlo. Pedía mucho de nosotros. Quería que fuéramos como ella. Era la única que tuvo a mamá para ella sola. Eso me dijo un psiquiatra cuando fui a averiguar por qué nunca termino nada de lo que empiezo. Ahora estoy mejor. Me digo a mí misma eso de poner un pie y luego otro hasta

acabar de subir a la colina. Finjo que la colina es verde y no muy empinada y cubierta de preciosas flores blancas y doradas y amarillas. A veces finjo que en la cima hay un tipo realmente guapo con el pelo negro y rizado. Con las manos embutidas en los bolsillos de los pantalones.

Daniel vino la otra noche y estaba borracho. De buen humor, por primera vez en semanas. Le ha dado la ventolera desde que esa niña de Oklahoma está aquí. No la deja volver a casa. Ya ha perdido casi dos semanas de clase.

—La necesito —no para de decirle a todo el mundo—. Jess y yo la necesitamos aquí. —Papá ha estado hablando con su tía y con la directora del colegio en Oklahoma cinco veces al día, porque Jessie y Daniel se han mostrado inflexibles en que se quede. Incluso fueron y la matricularon en el colegio de Jessie.

—¿Qué pasa ahora? —dije cuando apareció en el porche principal. Yo me había mantenido al margen cuanto había podido. Ya tenía bastante que hacer con estos papeles que me están volviendo loca—. Vamos, entra —añadí—. ¿Qué pasa?

—La ha llevado a su casa —dijo Daniel—. Papá ha cogido el coche y se la ha llevado a Oklahoma. Él y Jessie y Olivia se han montado en ese viejo coche y se han ido a territorio indio. ¿Tiene güevos o no? Maldita sea, Helen, tiene setenta y nueve años.

—Oh, Dios mío. ¿Cuándo se fueron? No puede ir conduciendo a Oklahoma. Dios mío, Daniel, ¿cómo has dejado que eso ocurra?

—Todo está bien, hermanita. Olivia conduce. Ella y Jessie conducirán la mayor parte del camino. Quiere ir, y por eso va. Deberías haberlos visto salir en el coche. Mamá les puso comida en una caja de zapatos y se marcharon con las ventanillas bajadas. Espera a que descubran que ni siquiera tiene radio.

—Oh, Dios, es realmente divertido. Al final ha conseguido que alguien se suba a su coche. —Nadie en nuestra familiar iría nunca en coche con él. Mamá no se ha montado en un coche con él desde hace años. Si van a alguna parte juntos, ella lleva su coche. En primer lugar, él nunca sube las ventanillas—. Pensé que querías que se quedara.

—Va a pedirles que la dejen venir el próximo año. Va a ir a Suiza con nosotros en cuanto termine la escuela. ¿Puedes creerlo, ese viejo bastardo? Quiero decir, ¿podría creerlo alguien?

Empecé a decir: Daniel, era tu deber ir a conocer a su familia y estar con ellos y preguntarles si la dejaban venir. Pero no lo hice. En primer lugar, era tan maravilloso ver sonreír a Daniel, ver a alguien de esta familia feliz por un momento, después de este otoño. Además, al menos alguien llevaba a Olivia a casa. Al menos alguien mostraba suficiente sentido común para saber que una estudiante de

sobresalientes no debía perderse semanas de clase o ser cambiada de colegio a mitad de curso.

Me los imagino en la autopista. Papá sermoneándolas sobre el declive de la moral y el fracaso del Sistema de la Reserva Federal y la inminente decadencia del mundo y por qué deberían llevar pulseras antiaborto. Miles de millas de carretera por delante y sin radio. Mamá tuvo noticias de ellos anoche a las nueve. Ya habían llegado a Alabama.

XIX

Hoy es el día en que empiezo con el archivador. Las galeradas de los libros están enrolladas en un cajón junto a lo que parecen un montón de poemas. Algunos ensayos y discursos. Su diploma. Ni siquiera lo enmarcó. Volvió a la universidad para licenciarse cuando tenía 26 años. Lo había dejado para que su primer marido pudiera seguir estudiando. Luego, todos esos abortos. Ahora tendría arreglo. Hay medicamentos que se pueden tomar. Los abortos arruinaron el matrimonio, así que se divorció y volvió a la facultad. Ésa es una versión de lo que arruinó el matrimonio. En la época de los abortos, yo tenía un bebé cada año, y lo mismo la mujer de James, así que eso debía hacerlo más duro, pero ella decía que lo hizo más fácil. Era una gran creyente en el ADN. Siempre estaba hablando del ADN. Más adelante, sobre replicar algo que significaba lo mismo, sólo que significa que los genes quieren convertirse en bebés y usarte del modo que quieran. No me gusta pensar en los niños de una manera tan fría.

En cualquier caso, Anna volvió a la universidad, ya que estaba aquí en la ciudad, y sacó todo sobresalientes y se especializó en filosofía. Había un profesor de filosofía que ella adoraba, llamado doctor Borg, y eso era lo que enseñaba, así que se matriculó en todos sus cursos. Los demás estudiantes eran muchachos delgados y silenciosos que esperaban ir a la facultad de teología. Excepto una aristócrata noruega, una hermosa joven que se había casado con un muchacho de Charlotte contra los deseos de sus padres y había huido a América con él. Le estaba costando adaptarse a Charlotte, Carolina del Norte, y Anna se hizo amiga suya. Con lo que quiero decir que ella y Anna bebían juntas e iban al teatro nuevo que acababa de echar a andar en el barrio negro, cerca de la calle Séptima. ¿Con quién se acostaba Anna en aquellos días? No me acuerdo, si es que alguna vez lo supe.

Bueno, pues volvió a la universidad y obtuvo ese diploma que guardó enrollado en el archivador. El día en que se graduó le regaló al profesor de filosofía una escultura hecha con partes de un reloj. Un hombre hecho de un reloj. «Un busto de Platón», escribió en la tarjeta, y después de dárselo vino a mi casa y estuvo llorando toda la tarde. Iba a echar mucho de menos charlar con él. Lloró y se emborrachó y no paraba de contarme el chiste del profesor despistado que él le había contado. «¿Sabes el del profesor —dijo— que archivó las hojas y quemó sus papeles?». No paraba de contarme ese chiste una y otra vez. Estuvimos bebiendo cócteles de whisky, y los niños correteaban en pijama haciendo lo que les daba la gana, y más tarde esa noche mi marido Spencer llegó a casa con un abogado de Jackson Hole, Wyoming, y ella se fue con él. Creo que aquello duró unos seis meses.

Spencer me culpaba de aquello y decía que había sido bochornoso.

Tampoco le vuelve loco que venga aquí cada día a leer todo esto sin que venga nadie conmigo. Si yo hubiera muerto, ella se habría hecho cargo de mis hijos. Supongo que lo habría hecho. Así que aquí estoy en este cuarto con todos esos libros a medio terminar y cartas y papeles y ensayos y poemas. El cuarto es para verlo. Debería describirlo. Debería hacer una foto. Primero iré a hacerme una taza de té. Es todo lo que hay de comer en esta cocina.

Más tarde: Su estudio. Donde trabajaba. Un cuarto más o menos cuadrado de unos doce pies por catorce. Una pared toda de armarios con ropa fuera de temporada, y el atuendo con el que corría su maratón, y algunas prendas de cóctel de hace mucho tiempo. En las estanterías hay cajas de cartón con reseñas de sus libros. En el suelo, un montón de vaqueros viejos y jerséis y sudaderas y botas. Cajas de libros sin empaquetar. Por todo el suelo hay pequeños montones de cuentos a medio escribir, borradores de novelas, fotografías, mapas, libros sobre la antigua Grecia. Docenas de ellos. Dos estanterías baratas con una *Enciclopedia Británica* y el archivador verde. Hay un anuncio de una revista pegado en un lado. Una foto de una montaña cubierta de nieve y un pie de foto que dice LA VIDA ES EL IMPULSO AL ÉXTASIS. Pegadas al anuncio hay unas cuentas baratas del Mardi Gras y una carta de una niña llamada Athena a la que conoció en Nueva York. Aún no he tenido el ánimo de leerla. Anna siempre estaba adoptando niñas y escribiéndoles.

Cartas mías, de James, de Daniel. Los que se metían en problemas la estaban volviendo loca el último año. Mi sobrino, James, al que tuvimos que encerrar en el hospital baptista, y cualquier al que le diese por beber o por engordar o que no iba bien en la escuela. Se afligía por ellos. Se volvía loca porque no podía arreglarlo. Cavilaba. Creo que James fue el que realmente le rompió el corazón. Ahora le va bien; ella debería haber tenido más paciencia, haber confiado en Dios. Pero Anna no creía en Dios, así que, ¿cómo iba a confiar en él?

En las noches más oscuras desde su muerte creo que le produjimos el cáncer. Eso viene de familia, enfermar por las cosas que hacen otros. He visto cómo le daba la urticaria a mamá cuando sonaba el teléfono después de medianoche y uno de los chicos había sido arrestado por conducir borracho o cuando las chicas volvían a casa con sus bebés. Por supuesto, la vez en que sonó y era que nuestro primo Harper Lane se estaba muriendo, y mamá tuvo que ir a verle morir. Era el bueno, el que nunca había tomado una copa. Se topó con la hija borracha de alguien. La vida es complicada incluso en un pequeño Estado agrícola. Ocurre de todo.

Bueno, esto no es limpiar el archivador. Confiaba en acabar con él y empezar con las cosas del suelo.

Fue tan maravilloso cuando volvió aquí. Yo estaba emocionada cuando me enteré. Lo estaba realmente. Pensaba que traería algo de *glamour* a Charlotte, que traería a algunos de sus amigos de Nueva York para que nos conocieran. Salir a comer con sus viejos amigos, dejar que nuestros amigos la conocieran. Pero no. Simplemente estaba recluida la mitad del tiempo. Desconectaba el teléfono. Desconectaba el timbre de la puerta. Los dejaba desconectados. Estoy afligida, muy enfadada con el virus que se apoderó de ella y la mató. Bichos, guerra bacteriológica. Puede que fuera la polución, o quizá algo de ese reactor nuclear que visitó el año pasado. No, esto fue un virus. Bajó las defensas y lo dejó entrar. Dejó de cuidarse y algo entró y empezó a comérsela viva. Luego hizo lo que hizo. Lo que hizo nuestro abuelo. A lo mejor no es verdad. A lo mejor está en París o en Viena o en Roma. La costa sur de España. Una villa en Barcelona con ese capitán de barco noruego sobre el que escribió aquello. Y todo esto no es más que una pantalla de humo para que no le escribamos ni la llamemos ni le contemos lo que hace ninguno de los niños.

Soy una mujer normal y bienintencionada con cinco hijos malcriados, incluida una hija en Memphis que odia su propio cuerpo y unos hermanos mellizos que creen que el mundo entero es algún chiste privado para *su* diversión.

—Saltó al mar —fue lo que dijo cuando llamó. Fui la primera que se puso al teléfono.

—¿Cuándo ha sido? —Atención, *yo ni siquiera estaba sorprendida.*

—Esta mañana. Tomó cianuro. La policía dice que lo compró en Charlotte antes de marcharse. Debió de tomarlo antes. Lamento mucho tener que contarle esto.

—¿Estaba enferma?

—No lo sé. Algo iba mal.

—¿Han encontrado el cuerpo?

—Creo que sí. Voy de camino a Kittery; allí tienen un cuerpo. Parece que es Anna. No lo sé. La volveré a llamar cuando llegue allí. No sé cómo ayudarla, qué hacer.

—Debería ayudarle yo a usted. Iré en el próximo vuelo. ¿Dónde está el aeropuerto más cercano?

—Venga a Boston. Enviaré a alguien a buscarla. Déjeme un mensaje con mi servicio de mensajería en Nueva York. ¿Helen?

—Sí.

—Decía que era usted en la que se apoyaban.

—No. Era ella la que se ocupaba de nosotros. Iré en el próximo vuelo.

No era Anna. Lo que fuera que haya sido de ella, nunca volvió para arrojar su esqueleto o sus huesos o su chaqueta desgarrada de Valentino forrada de piel en las playas rocosas de Nueva Inglaterra.

Tal vez se la llevó al cielo un coro de gaviotas como en el viejo cuadro de mamá de la Asunción. Oh, Anna, mi viaje en avión para conocer a tu amante.

—Soy Philip. —Estaba ante mí—. No era ella. No se sabe nada.

—Déjeme ver la carta. —Estábamos estorbando al resto de pasajeros que se habían bajado del avión, y él me cogió del brazo y me llevó por el pasillo hasta la cinta de equipajes.

—¿Tiene equipaje?

—No, sólo lo que llevo encima. Déjeme ver la carta. —Me condujo hasta el aparcamiento y nos subimos a su coche alquilado y arrancó. Buscó en su bolsillo y sacó la carta y me la entregó.

—¿Ella iba en este coche?

—Sí.

—Puedo sentirla aquí.

—Lo sé. Vamos. Lea la carta.

> Queridos mamá y papá, Helen, James, Niall, Louise, Daniel:
>
> Perdonadme y entendedlo, por el amor de Dios. Tenía que ser así. Tenía que dejar que el mundo fuera hermoso mientras pudiera. Malditas sean las maldiciones del hombre. Os he amado tanto como he sabido y ahora tenéis que seguir sin mí.
>
> Con amor,
>
> *Anna*

—¿Había una para usted?

—Sí.

—¿Puedo leerla?

—Sí. —Se la sacó del bolsillo superior y me la alargó—. La policía ya la ha visto. Helen, le pedí que se casara conmigo. Vine aquí para pedírselo. Por favor, créame. —Se aferraba al volante. Qué dulces son los hombres cuando hay problemas. Yo también estaba ya medio enamorada de él. Igual que Anna, encontrar al mejor hombre del mundo y que te corresponda. No como mi silencioso ejecutivo de seguros, sino salido de la gran pantalla y pelirrojo.

—Supongo que habrá que buscarle un hotel. Luego tomaremos una copa y pensaremos sobre todo esto. Mañana habrá mucho que hacer. —Estaba oscuro como una cueva esa noche en Boston, Massachusetts. Ni una estrella. Incluso las farolas parecían tenues.

Martes, 8:00 a. m.

Me voy acostumbrando a estar aquí. En su estudio, con su máquina de escribir, sentada en su silla. Aunque hace frío. He metido una estufa. Una de esas nuevas que parecen un radiador.

Hoy pensaba ocuparme de los poemas. Me distraerá de mis problemas. Lynley no parece encontrarse a sí mismo. Hace grandes planes uno tras otro, pero no funcionan. Y DeDe viviendo con ese

chico en Atlanta. Viviendo con él abiertamente. Ni siquiera mencionan el matrimonio. Y Stacy, no puedo ni pensar en Stacy. A veces pienso que mejor habría sido estrangularlos en sus cunas o no haberlos tenido. No sé qué se supone que tenemos que hacer. Es muy difícil ser padres. No podemos entregarles nuestras vidas, no podemos entregarles carreras, no podemos trabajar por ellos o casarnos por ellos. ¿Qué harían si Spencer y yo muriéramos?

Desarraigados, están desarraigados excepto por nosotros, mamá y papá y Spencer y yo, manteniendo el fuerte aquí en Charlotte. Si no fuera por nosotros, no tendría un sitio al que llamar hogar. Es extraño ser madre, siempre y para siempre dispuesta al sacrificio y al sufrimiento. Ellos no sufren por nosotros. Cuando mamá tuvo herpes zóster el año pasado, no se ofrecieron a venir y quedarse con ella. Le dolía tanto. ¿Dónde estarán cuando yo tenga esa edad? Supongo que Stacy vendrá y me presentará a sus simplones amigos. Supongo que DeDe vendrá a visitarme y me dirá cosas de sabelotodo. Al menos Lynley es brillante. Es brillante como Anna y papá. No es que ser brillante le sirviera de mucho a Anna. Al final todo lo que tuvo fue un cáncer y un hombre casado.

Siempre queda Kenny. Al menos está casado, aunque Eugenia no le deje venir mucho y yo prefiera no tener un nieto a tener uno salido de su vientre. Oh, no debo hacerme esto. El mundo está ahí afuera. Tengo que parar.

Cuatro días después: Ya estoy mejor. Me imagino a Anna afligida por no tener hijos. No sabía la bendición de vida que tenía. ¿Cómo creía que iba a tener tiempo para escribir esos libros? Todo ese tiempo para pensar y reflexionar e inventar cosas. Tiempo para ser plenamente ella sin nadie gritando o tirando de ella o cogiendo la varicela o expuesto a homosexuales y drogas.

Nadie conoció a Anna. No se quedaba mucho tiempo en el mismo sitio. Venía a tu casa y se paseaba mirándolo todo, luego te sentaba para tener una charla sobre lo que fuera que tuviese en *su* mente: por qué Jodie debería conseguir un empleo, cómo sacar a los chicos de la droga, quién era alcohólico, qué estaba mal, a qué universidad debía ir yo para seguir estudiando, qué libros debía leer. Luego se iba a la librería y volvía al cabo de una hora con los libros. Más tarde cogía los libros y se los llevaba a su casa. Tenía tantas partes propias, tantos caminos y valles. Cuando éramos pequeñas celebrábamos juntas la Nochevieja. A las doce en punto salíamos al porche trasero y golpeábamos cacerolas y gritábamos y chillábamos. Recuerdo lo grandes que parecían siempre las estrellas en aquellas noches, brillantes y blancas, y mi hermana mayor, Anna, junto a mí, golpeando las cacerolas. Pasábamos solas mucho tiempo cuando éramos niñas, nosotras dos, ahora que lo pienso. Solas en una cama

con la varicela. Solas con un libro que ella me leía. Escondidas de James y de Niall y de Daniel y de Louise. No sé cómo esta familia se desquició tanto, pero creo que fue el dinero. Papá ganaba mucho dinero cuando Anna y yo íbamos al instituto. Ya lo tenía cuando los demás estaban en la escuela, pero Anna y yo podemos recordar una casita de madera en una calle arbolada. Vecinos que horneaban pan. Mamá haciéndonos nuestros vestidos. El runrún de la máquina de coser. El olor a tela nueva, punto suizo y cambray y pichis a cuadros. Mamá cocinando, y nosotras poniendo la mesa, y papá fingiendo que los espárragos eran veneno.

Espárragos trigueros que cogíamos junto a las vías del tren. La vida era mejor entonces. Y luego mi abuelo murió, y mamá estuvo enferma todo el invierno, y los demás bebés empezaron a nacer. Demasiado de todo. Después de eso siempre fue demasiado de todo. Demasiado papel, todo este cuarto lleno de papel que ordenar y poner en cajas y decidir qué hacer con él. He aquí algo que encontré hoy bastante divertido. Una de las dietas de Anna:

7:00 Agua, un huevo. 9:00 Caminar cuatro millas. Agua. Tres palitos de zanahoria. 10:00 Agua. Té de hierbas. 12:00 Agua. Ensalada de McDonald's. Sin aderezar.

El resto de la página estaba en blanco. Nunca pudo concentrarse en la privación, el hambre, tener la boca cerrada, abstenerse. Solíamos patinar en la calle en aquel pequeño vecindario donde éramos felices. Había tan pocos coches que podías patinar sobre el asfalto el día entero. Anna sabía ir hacia atrás tan rápido como yo hacia delante, y bailábamos sobre los patines y cantábamos «Dios bendiga a América» y «Somos tres reyes de Oriente» y hacíamos el ocho.

«No es la escasez de nuestras soluciones. —Me escribió una vez—. Es la enormidad de nuestros problemas». Se refería a los hijos, a Kenny y a Lynley y a James y al hijo de Crystal Manning, King, y a tantos más. Los tristes e inciertos hijos de nuestros amigos. No tienen nada que hacer. A nadie le gusta ya trabajar. Excepto a los artistas. Pero incluso ellos tienen críticos que dicen cosas horribles sobre ellos e intentan herirlos y menospreciarlos. La gente envidia todo lo maravilloso que ve. Incluso Anna tenía que aguantar eso. Al principio la adoraban y sólo podían decir de ella cosas buenas; luego se volvieron en su contra. Ella siempre los mandaba a la mierda. Lo diré por Anna. Una vez llamó al *New York Times* y le dijo al editor ejecutivo que se fuera a la mierda. Por supuesto, ella tenía mal genio. Nunca lo olvidé cuando luego se hizo famosa y se mostraba tan calmada y serena en público. Con su famoso y jovial sentido del humor y todo eso. Su ropa de Nueva York y sus abrigos de Londres y sus zapatos italianos. Yo siempre veía brillar por debajo su mal genio.

Supongo que le resultó útil cuando recorrió aquel muelle para arrojarse al océano. Supongo que hizo falta enfadarse para hacerlo. Podría haber dicho algo como: No voy a vivir mucho, Helen, y quiero que sepas que te quiero. Entonces podría haber seguido adelante y recorrer el muelle y nadie la habría detenido. En aguas tan profundas con toda esa ropa y botas de cuero. Imagino que se le llenaron de agua y la hundieron. O quizá sólo quiso tener un aspecto maravilloso la última vez que la vio el médico casado. Una parka blanca forrada de piel y pantalones gris oscuro y botas hasta la rodilla. Es lo que él dijo que llevaba puesto. Y un pañuelo. No puedo creer que no encuentren el cuerpo. Nunca creeré que está muerta hasta que no vea ese cuerpo.

Los gemelos de Phelan Manning en la cómoda junto a su cama. Yo era a la que Phelan amaba. El año que se rompió la clavícula jugando al fútbol, el año que yo era dama de honor en el Baile de Bienvenida. Fui con él y llevé el anillo de su promoción, y fui la que sujetó el otro extremo de los banderines cuando decoró el gimnasio con el cabestrillo de lunares que usaría todo el otoño. Nunca le importó nada Anna. Decía que Anna era una empollona. Solíamos reírnos de ella.

Sus gemelos en la cómoda junto a los anillos de ella. Una caja de perlas y un pequeño joyero blanco lleno de bisutería, y una pulsera de oro que perteneció a nuestra abuela, y un par de gemelos de Phelan. Grandes cuadrados de oro con marfil en medio. Quizá se los dio él. Pero yo creo que se los dejó allí. Me imagino a Anna en la cama con Phelan. No quedaría aire para respirar con el ego ocupando todo el cuarto.

Tiene los hombros tan bonitos, un cuerpo tan elegante.

Todos los Manning son gente elegante. Encantadores y ocurrentes y pagados de sí mismos. Bueno, puede que ella fuera con él a la costa para olvidar al hombre casado, pero no se quedó con él. Nadie podría retener a Phelan, por eso tuve el sentido común de no casarme con él. Es famoso en toda África. Se adentró en la selva persiguiendo a un león herido, y la historia apareció en *Sports Illustrated.* Atravesó un enjambre de abejas. James iba con él. Decía que ni los portadores se atrevían a ir por donde iba Phelan. Phelan nunca estuvo interesado en nada que no fueran los deportes y jugar al ajedrez y cazar. Papá me dijo que si me casaba con él sería viuda toda mi vida, y tenía razón. Así que ahora ha vuelto a la ciudad y vive con su abuela en la vieja casa de los Manning, en el condado cerca del aeropuerto. Si estos gemelos son suyos, entonces valen un montón de dinero y debería devolvérselos.

Así que llamé a Phelan y le pedí que viniera al apartamento de Anna para hablarme de Anna. Vino esa tarde. Era un día precioso, con el sol brillando en el lago, y yo había hecho pajitas de queso y le tenía una copa preparada. Nos sentamos en el sofá y saqué el tema.

—He encontrado un par de gemelos tuyos en la habitación de Anna. Supongo que los tomó prestados.

—No, yo se los di. Había olvidado los gemelos para un vestido.

—¿Dónde estabais?

—En la costa. La primavera pasada. Fuimos a ver si aún sabíamos divertirnos.

—¿Os divertisteis?

—Sí, lo hicimos. ¿Dónde están, Helen? Los gemelos. —Los saqué del bolsillo y se los entregué. Los sostuvo en la palma de la mano.

—No había otra como ella. Nadie podría ocupar su lugar.

—Fue una cobarde al suicidarse. Casi está matando a mamá.

—Tu madre no tenía derecho a exigir el dolor de Anna.

—Podría haber intentado otras cosas antes.

—¿Como qué, Helen? ¿Que le cortaran los pechos? ¿Puede imaginarte a Anna haciendo eso? ¿Puedes de verdad?

—No.

—Aplaudí cuando supe que lo había hecho. La hubiera ayudado si me lo hubiese pedido. —En ese momento se puso en pie—. Tengo que irme, Helen. ¿Cómo van las cosas con sus papeles?

—Es un lío enorme. No consigo hacer nada. Me paso aquí horas y horas todos los días, y parece que ni siquiera he arañado la superficie. Su otro albacea va a venir. Estará aquí la semana que viene. Se llevará algunas cosas para el editor.

—Tómate tu tiempo. Ése es mi consejo. No serán menos valiosos más adelante.

—Es un buen consejo. Oye, ¿no quieres otra copa?

—No, ahora no. —Entonces me cogió por los hombros y me besó en la mejilla y en el pelo. Luego se marchó, y yo me quedé durante un largo rato junto a la puerta contemplando el camino.

Aquí hay un trozo de papel que encontré hoy. «Él meditaba sobre la realidad del mundo fuera de su trabajo; era presumiblemente un lugar en el que la gente podía ser feliz, reír, tener hijos». Hay miles de trozos de papel como ése. Páginas arrancadas de libretas. A veces pienso que creía que las cosas que escribía eran verdad. Que la gente que se inventaba era real. Creaba ese mundo de papel con trozos de nuestras vidas y nuestros sueños. Ojalá Phelan volviese. Ojalá me contara todo lo que sucedió. Todo lo que hicieron, todo lo que dijeron. Dónde se quedaron, qué había para comer, qué se hacían el uno al otro y cómo era, y si se metían en el océano y dejaban que las olas jugasen con sus piernas. Anna amaba el mar. Nació bajo el signo de Piscis, y ahora este terrible e infortunado final.

He aquí otra cosa que he encontrado. «Nuestra enfermedad consiste en querer contenerlo todo dentro del marco de referencia de una psicología o una filosofía. Al fin y al cabo, Justine no puede ser

justificada o excusada. Ella simple y magníficamente es; tenemos que asumirla, como el pecado original. Pero llamarla ninfómana o tratar de psicoanalizarla le quita toda la sustancia mítica: lo único que realmente es. Como todas las personas amorales, linda con la diosa» [Lawrence Durrell].

James dice que habría que perdonar al hombre casado por no saber que iba a hacerlo.

—Aunque —añadió— creo que en el fondo sabía que estaba enferma. Anoche hablé con él de nuevo. Dijo que él sabía que aquello no era lo que parecía. Dijo que ella estaba en estado de gracia. «¿Qué quiere decir con eso de gracia?», le pregunté. Dijo: «Quiero decir que ella era completamente maravillosa y preciosa y sabia, el modo en que se llevaba un tenedor a la boca o el modo en que me tocaba. Como si el mundo entero estuviera transfigurado e iluminado». No paraba. Creo que había estado bebiendo.

—Estoy escribiendo algunas cosas en su máquina de escribir. Algunas cosas mías.

—¿Qué clase de cosas?

—Sobre la familia. Sobre los chicos.

—¿Cómo está Lynley?

—Está tratando de encontrar trabajo. Resulta difícil encontrarlo en esta época del año. Es bastante deprimente.

—Espero que lo encuentre.

—Yo también lo espero.

En un tono más alegre, esto es lo que está ocurriendo en Oklahoma. Papá se ha enamorado de la nación india al completo. Dice que deberíamos irnos todos a vivir a Oklahoma y no enviar a los chicos a la universidad. Jessie voló a casa para no perder el curso, pero papá va a quedarse un tiempo. Un viejo amigo suyo de Wyoming va a ir a encontrarse con él y van a recorrer el país juntos en coche. Mamá se niega a discutirlo.

Además, está la parte principal. A Olivia la han invitado a ir a Washington D. C. en mayo para competir en un concurso internacional de debate, y Daniel y Jessie van a ir a escucharla. Resulta que el director le había dicho a papá que la habían invitado, y por eso papá la llevó de vuelta a casa. Está tan loco por esas dos chiquillas que no las dejó coger un avión. ¿Qué ocurrirá cuando quiera llevar a todo el mundo a Washington en coche? Eso es lo que me gustaría saber.

Mamá dice que Jessie está recibiendo cartas de amor de King Mallison desde Nueva Orleans. Oh, gracias a Dios que mis niñas han pasado esa etapa. Preferiría no conocer todos esos detalles, pero mamá me lo cuenta todo, quiera yo saberlo o no. Está obsesionada con los nietos. No piensa en otra cosa. No sé cómo tiene tiempo para vestirse

con tanto pensar en ellos. ¿Cómo consigue dormir?

Martes, 2:00 p. m.

«Las fuerzas de la barbarie frente a las fuerzas de la civilización». Así comienza un ensayo sin terminar.

He vuelto a esta pequeña capital agraria para perdonar y ser perdonada. Para besar a mi padre en la mejilla y escuchar sus consejos. Para ser amiga de mi madre, para dejar de estar celosa de mis hermanos y hermanas. Para estar agradecida por lo que tengo y repartir bondad entre los míos. He fracasado. Todo lo que hago es anotar las pérdidas y hacer listas mentales de todos los cambios desde 1961, cuando el primer obstetra nos dio los primeros botes de píldoras negras. Primero empecé a tomar esas malditas pastillas de dieta MIENTRAS ESTABA EMBARAZADA porque un médico fue lo bastante estúpido para recetármelas. Luego mi cuñada también las tomó; yo aborté el primer bebé, y el suyo nació de una madre alcohólica, porque estaba tan hambrienta cuando llegaba la noche que bebía para alimentar su cuerpo. Se supone que el cuerpo de una madre está pleno, abundante y gordo. Se supone que una madre alimenta a sus bebés, pero en vez de eso yo maté al mío en mi vientre tratando de mantener mi peso. Bueno, es cierto. Esas píldoras negras que me dio el doctor Grayson fueron el principio de todo. Nadie en mi familia había sido nunca adúltero o borracho o drogadicto o se había divorciado del padre de sus hijos. Aunque el abuelo cometiera suicidio y el tío Daniel también.

No sé qué hacer con todo este material. No puedo dejar que nadie publique este material sobre nuestra familia. El otro albacea llega el sábado. Vuela desde Boston. Llegará aquí a mediodía. Bueno, habré limpiado esto antes de que llegue. Sólo tiraré las cosas embarazosas. Me pondré mi vestido gris nuevo y ese pañuelo rosa y verde que Putty me envió desde Dallas. Es de un museo. Apuesto a que a alguien de Boston eso le gusta.

IV
Helen

XX

Helen salió de la oficina y echó a andar hacia la casa de su madre. Era un precioso día soleado. Los bulbos estaban brotando. Las aves de Carolina del Norte estaban por todas partes, volando y cantando, recogiendo semillas en la hierba. Su madre estaba sentada en el patio, maravillosa con un vestido estampado verde pálido. Estaba tomando una taza de café y observando a los pájaros en su jardín. Sonrió al ver a su hija y saludó con la mano. Helen se inclinó a besarla.

—Anna estaba escribiendo sobre la muerte del abuelo —comenzó—. Iba a publicarlo en una autobiografía.

—Ay, Dios. Bueno, tíralo.

—Decía que fue un gran acto de valentía morir de ese modo.

—Oh, no, nos entristeció a todos. Ni siquiera dejó una nota. Al menos Anna dejó una nota.

—Muchos suicidas no dejan nota. Tienen mucha prisa, temen perder el valor. Yo creo que es mejor que una muerte terrible y horrible en un hospital, conectada a un montón de tubos. Creo que Anna hizo lo correcto.

—No lo sabes, Helen. Fue terrible cuando mi padre se fue de esa manera. Estaba muy enfermo. Anna ni siquiera estaba enferma aún. Él ya lo había intentado antes —murmuró mientras tejía. Helen había arruinado su preciosa mañana, su maravilloso día de primavera.

—¿Qué hizo?

—No lo sé. Trató de ahogarse. No funcionó.

—Bueno, a Anna le funcionó.

—Por favor, no vuelvas hablar de eso hoy. Si no te importa. Es muy amable por tu parte ocuparte de sus papeles. Todos lo apreciamos. Sé que es muy duro para ti estar allí. Intentarlo. No te quedes allí todo el tiempo. Protégete. Tenía mucho poder sobre ti. Siempre sabía cómo obligarte a hacer cosas.

—No me está obligando a hacer nada. Lo estoy disfrutando. Rompe la rutina de mi vida. Estoy escribiendo algunas cosas yo misma. ¿Te lo había dicho?

—Qué bien. —La señora Hand dejó su labor a un lado y señaló un comedero junto a una de las ventanas de la cocina—. Mira ese ruiseñor. Escucha *jazz* en esa emisora negra de la universidad. Mira

cómo gira la cabeza. —Helen se echó a reír. Su madre se tomaba muy en serio las plantas y las aves. Iba perfectamente peinada, con su vestidito de seda y sus uñas impecables, sentada allí contemplando a los pájaros, poniéndoles *jazz*.

—Oh, qué encanto. —La señora Hand se levantó y se acercó al comedero—. Viene todos los días. Míralos, Helen. ¿Cómo puede haber tantos colores maravillosos? —Agitó la mano por el jardín, que estaba lleno de árboles con columpios y comederos de pájaros y bebederos de pájaros y flores y arbustos. Un jardín inglés. Había pájaros por todas partes, cardenales y azulejos y arrendajos y petirrojos y pequeños gorriones que se comían los trozos que los pájaros más grandes dejaban caer.

—Me vuelvo para allá —dijo Helen—. Sólo quería tomarme un descanso. Tengo que terminar varias cosas antes de que llegue el otro albacea.

—¿Cómo se llama?

—John Carmichael. Ya te lo dije. Es un poeta.

—¿Carmichael?

—La gente lo llama Mike. Bueno, de verdad tengo que irme. El fideicomiso es para los niños, así que esto hay que hacerlo bien. Tenemos que decidir lo que se le envía a su agente.

—Bueno, tráelo. Estoy segura de que querrá conocer a los padres de Anna. ¿Quieres que se quede aquí?

—No, puede quedarse allí. No tiene mucho tiempo. Es profesor. Está dedicando parte de su valioso tiempo para hacer esto por nosotros.

—¿Cuándo llega?

—Mañana por la tarde.

—Bueno, tu padre va a querer conocerlo.

—Entonces lo traeré. Quizá el domingo. —Helen besó a su madre y emprendió la huida. Siguió los macizos de flores hasta la calle y echó a andar de regreso al lago de Anna. Las aves de Carolina del Norte volaban ante ella, saltando del roble al arce y al pino y al nogal, alimentándose y cantando. Espero que el poeta sea agradable, pensó Helen. Me gustaría charlar con un hombre agradable sobre algo que no haya oído ya una docena de veces. Espero que no me decepcione.

Mike Carmichael no iba a ser una decepción. Nunca había decepcionado a nadie en toda su vida, aunque a veces era una sorpresa, a menudo una sorpresa, un hombre sorprendente, con gran energía y una extraña oscuridad. La oscuridad aparecía en su rostro, y sus amigos pensaban: Nunca he conocido a este hombre. No importa qué más le pasara a Helen Abadie, de soltera Hand, Michael Carmichael no iba a decepcionarla. Sin embargo, ese día en particular su avión llegaba tarde.

Helen se paseó por el aeropuerto y compró y leyó el *New York*

Times; luego compró un *Vogue* y estaba enfrascada en un artículo sobre la celulitis cuando la megafonía anunció finalmente la llegada del vuelo. Metió el *Vogue* entre las páginas del periódico y se dirigió a la puerta para esperarlo. Resultó fácil de distinguir. Al momento estaba junto a ella, presentándose, un hombre fornido, jovial, un hombre sexy, muy sexy. Ella intentó estrecharle la mano y el *Vogue* cayó de entre las páginas del *Times.* Abandonó el periódico y la revista, los dejó caer en una silla.

—Seguro que está cansado —dijo—. Seguro que está agotado.

—En absoluto. Quiero ver los papeles, el material. Todavía no me he acostumbrado a su partida, Helen. Le he escrito seis elegías terribles. Realmente malas. —Sonrió, y sus ojos oscuros se quedaron esperando.

—¿Para una revista? ¿Las escribió para una revista? —fue lo único que se le ocurrió decir. Él la cogió del brazo y echaron a andar por el aeropuerto abarrotado. La llevaba como si supiera el camino. Pasaron ante un quiosco y él se detuvo y compró un paquete de cigarrillos y encendió uno mientras hablaba.

—Una elegía es un poema que escribes para alguien que amabas y que ha muerto. El mejor que he leído sólo tiene un verso: «¿A quién voy a enseñárselo?». Ése es todo el poema. Bueno, los míos para Anna no son tan buenos. —Hizo una pausa—. Pero no son para las revistas. —Se detuvo, dio una calada al cigarrillo y la miró de nuevo, muy intensamente.

—Supongo que todo el mundo le llama Mike —dijo ella.

—Mike —respondió.

—Vamos —dijo ella—. Tengo el coche ahí.

Le dejó conducir. Y él, además, se hizo cargo del resto del día. Tan pronto como dejaron su maleta en el apartamento de Anna, insistió en que lo llevara a conocer a sus padres. El señor Hand acababa de llegar de Oklahoma y tuvieron que escuchar toda la historia. Luego fueron a conocer a sus hermanos. Tomaron una copa con Niall y otra con James y varias con Daniel. Para cuando volvieron al apartamento de Anna ya era de noche y estaban razonablemente borrachos.

—¿Qué hay de tu marido? —dijo Mike—. ¿No voy a conocerlo?

—Ya te dije que esta noche estaba ocupado. Es ejecutivo de seguros y hay una convención en la ciudad. Además, a él no le gusta hablar de Anna. Está enfadado con ella. Dice que al menos no intentó que pareciera un accidente. Dijo que era lo mejor que podía decir de ella. Está harto de verme trabajar con los papeles.

Estaban aún en el coche, aparcados frente al apartamento de Anna. Helen abrió la puerta y salió y se dirigió al porche y abrió la puerta con una llave. Sacó la llave de la cerradura y se la entregó.

—Entonces, ¿amas a ese tipo con el que estás casada, el ejecutivo de

seguros?

—No, pero estoy casada con él. Tenemos cinco hijos. Oh, no quería decir eso. Por supuesto que le amo. Es sólo cómo son las cosas con los matrimonios, ya sabes. Tenemos un negocio, un circo de cinco niños. No tenemos mucho tiempo para estar enamorados. Todo el mundo es así. —Ahora había dejado de mirarle—. Tengo que irme a casa.

—¿Vendrás por la mañana?

—En cuanto quieras empezar.

—Me levanto temprano.

—Y yo.

—Gracias por venir a recogerme. Por llevarme a todas partes. Me gustan tus hermanos y tu familia. Gente agradable.

—Tengo que irme.

—Te veré mañana pues.

—Bueno, adiós.

—Adiós. —La contempló mientras se subía al coche y se alejaba; luego volvió adentro y empezó a darle vueltas a la idea de leer los papeles de Anna. Encontró una botella de whisky en la cocina y se sirvió una copa y, con la copa en la mano, fue al estudio y empezó a husmear, haciendo ruiditos en voz baja. Encontró un cuento a medio escribir titulado «El hombre que le lamió el culo al cáncer» y lo leyó durante un rato y luego deambuló por el dormitorio y se quitó la ropa y abrió la puerta del armario en busca de una bata. Había una bata blanca de felpa colgada de una percha y se la puso. En la estantería superior había una caja de cartón sencilla con la inscripción INTERIORES. La bajó y la llevó a la cama y la abrió. Se sentó en medio de la cama con el albornoz puesto y examinó el contenido de la caja. Contenía un juego de monos de marfil de No-Ver, No-Oír, No-Hablar, un periódico de Fort Walton Beach, Florida, con fecha del 13 de septiembre de 1968, con un titular falso que decía «LAS LUCES ESTÁN ENCENDIDAS POR ANNA Y FRANCIS», un joyero con un anillo de boda y un trozo de cartón blanco con un letrero impreso en letras mayúsculas de una pulgada de alto. COMO SI NADA HUBIERA PASADO, decía el letrero. También había un paquete de cartas atadas con una cinta del pelo a cuadros verdes y rojos. Sacó la primera carta y empezó a leer. «Mi adorada Anna: Ya hemos vivido juntos cuatro estaciones. He sufrido agosto contigo, he salido a ver cómo las hojas pierden su clorofila y te he tenido en mis brazos la noche en que el hielo convirtió los árboles en estridentes milagros. “Hay que tener una mente invernal para contemplar los juníperos cubiertos de hielo. Y ha hecho frío mucho tiempo”.[9] Hemos sido felices mucho tiempo. No quiero que ninguno de los dos olvidemos eso, no importa lo que ocurra después».

Mike volvió a meter con cuidado la carta en su sobre y apagó la luz

y se tumbó en la cama. Se quedó tumbado en medio de la oscuridad intentando dormir. Por la noche estalló una tormenta, una de esas tormentas salvajes que barren las Carolinas desde la costa. La lluvia golpeaba en los cristales y en el tejado. La lluvia azotaba las contraventanas y retumbaba sobre los suelos de madera de los porches. La lluvia caía sobre el lago, y los relámpagos convertían el cielo en un circo.

Mike tenía el paquete de cartas en la mano cuando Helen llegó a la mañana siguiente a las ocho y media. Se había olvidado de llamar antes. El timbre estaba sonando. Cuando Mike fue a la puerta, ella ya estaba en el porche, empapada y con una bolsa del supermercado. La lluvia goteaba por su sombrero impermeable y le caía por la cara.

—Casi no llego. Pensé que sería mejor venir antes de que ocurriera algo.

—¿Qué crees que va a ocurrir?

—No lo sé. Un tornado. Los hay a veces. O un huracán. Oye, no te he despertado, ¿no? —Entró al vestíbulo y dejó su impermeable en un paragüero. Él llevaba puesto el albornoz e iba descalzo y necesitaba un afeitado. No se había peinado desde que había salido de Boston el día anterior—. Déjame hacerte un poco de café —dijo Helen—. He ido a la panadería y he comprado bollos recién hechos y mantequilla. Hacen la mantequilla ellos mismos. —Fueron a la cocina y Helen encontró la cafetera y puso el café a hervir. Luego pasaron al salón y Mike dejó el paquete de cartas sobre la mesa de café.

—¿Has leído estas cartas? —dijo—. Francis Gautier era mi poeta favorito de los sesenta. No sé si puedo leer estas cartas. No sé si puedo hacer esto.

—¿Dónde las has encontrado? Revisé todo el estudio. No encontré ninguna carta de Francis. Ni nada suyo. Anna donó sus papeles a Yale hace mucho tiempo, cuando podías desgravarlo de los impuestos. La convencimos de que lo hiciera. No pensábamos que tuviera que guardar todo eso. Después del accidente. —Helen observó que el cinturón de la bata de felpa caía entre las piernas de Mike. La lluvia caía tras los cristales. El olor a café empezaba a llenar el salón.

—No estaba en su estudio. Había un paquete en la estantería del cuarto de invitados. Miré en el armario para buscar una bata y estaba en la estantería.

—¿Qué más había?

—Recuerdos. Mira, Helen, ¿estás segura de que ese café va bien? —Estaba mirando hacia la cocina, de donde llegaba un olor a quemado y un sonido de borboteo. Como si cayera agua al suelo.

—Oh, Dios mío —dijo Helen, y corrió a la cocina. Se había olvidado de poner la jarra bajo el pitorro. El café recién hecho había goteado por toda la cafetera y los armarios, y ahora goteaba sobre el suelo. La

desenchufó y empezó a limpiar el estropicio con un paño de cocina.

—¿Puedo ayudar?

—No, bueno, que me jodan. Qué desastre. No me creo la que he armado. Es porque llevas esa bata puesta.

—Iré a vestirme —dijo él, y le quitó el paño y terminó de limpiar el desastre.

—No tenemos por qué leer esas cartas —dijo Helen. Había encontrado otro paño y estaba ayudándole—. No leas nada que te ponga triste.

—Va a ponerme triste. Todo me pone triste.

—Yo llevo haciéndolo un mes. Casi me vuelve loca. No creo ser la misma persona que era hace un mes. Bueno, al menos me alegro de no haber encontrado las cartas de Francis estando yo sola. Realmente lo amaba.

—Debió de amarlo. Hubiera dado cualquier cosa por conocerlo. No conocí a Anna hasta después de su muerte. Ahora que lo pienso, creo que la conocí el invierno que llevó esos papeles a Yale. La conocí en Nueva York justo después. En casa de un amigo. Después de eso salimos mucho juntos. No podía creer que me pidiera hacer esto.

—¿Por qué crees que te lo pidió?

—Realmente no lo sé. Dijo que era porque confiaba en mí para impedir que alguien pusiera portadas horribles en sus libros póstumos.

—Probablemente no haya ninguno. No hay nada terminado. Todo lo que hay aquí son fragmentos de cosas, nada terminado.

—Eso nunca ha disuadido a los buitres que van y limpian los cuartos de los escritores.

—No somos buitres.

—Aún no —dijo él, y dejó caer el paño en el fregadero. Limpió la cafetera y puso otro café a hervir—. Voy a vestirme y luego podremos empezar.

—Voy a entrar ahí y leer esas cartas —dijo Helen.

—No, eso podemos hacerlo más tarde. Empecemos con los manuscritos grandes.

Muchas horas después, las cartas seguían sin leer. Primero se comieron los bollos. Luego se bebieron el café. Luego fueron al estudio de Anna y se turnaron para entregarse trozos de papel. Luego volvieron a bajar. Luego volvieron a subir.

—Nunca lo entenderé —dijo Helen—. No mientras viva.

—No hay nada que entender. «Le debemos una muerte a Dios», como escribió el poeta—.[10] Se apoyó en la barandilla. Helen lo miró desde abajo. Adoptó una pose que no había usado en años, las piernas separadas, la pelvis extendida, las manos en los bolsillos. Ella y Anna lo llamaban hacer la Lili Marlene. No podía creer cómo la hacía sentir aquel hombre extraño, tan caliente, tan ardiente, la calentura salvaje

que hacía bebés, que a veces incluso hacía que Spencer pareciera excitante.

—Cómo llueve —dijo—. No creo haber visto nunca llover tan fuerte.

—Quizá se acerca el diluvio. Cuando era niño, siempre estaba esperando el diluvio. Pensaba que mi viejo estaba loco por no construir un arca —se detuvo y se echó a reír y le sonrió—. Uno de los primeros poemas que escribí trataba de mi alivio por trabajar en los muelles, porque al menos sabía dónde había un barco, ya que no teníamos arca.

—¿Eras pobre? —Parecía muy seria. Si él hubiera sido pobre, tendría una excusa para desearlo. Él vio cómo su boca se suavizaba ante la idea de que fuera pobre. Meneó la cabeza.

—Yo no me consideraba pobre. Pensaba en mí como un hijoputa guapo y sexy que resultaba irresistible para las mujeres. Los jóvenes no se sienten pobres, Helen. Los viejos se sienten pobres. —Bajó dos escalones y la cogió del brazo y la subió a su nivel—. ¿Te importaría si te besara? Me levanté esta mañana pensando en tu boca, en la boca tan preciosa que tienes.

—No me importa mucho lo que hago esta mañana —dijo Helen. Se acercó más a él—. Es culpa de Anna. Es porque estamos aquí. Además, esta lluvia nunca va a parar.

—¿Quieres que te bese, aparte de eso?

—Sí, quiero. Lo deseo mucho. —Él la atrajo a sus brazos y la mantuvo allí, y luego la besó durante mucho tiempo. Luego bajaron al dormitorio de Anna y abrieron las sábanas de la cama de Anna. No esperaba que esto sucediese, pensaba él. Pero debería haberlo esperado. Broadloaf o Aspen o Port Townsend, Washington.[11] Si hay escritores y mujeres en el mismo sitio, siempre hay alguien que acaba follando. Siempre se acaba en la cama. Sólo que ésta es la hermana de Anna. Jesucristo, la hermana casada de Anna.

Me merezco este día, pensaba Helen. Todo cuanto hago es trabajar, trabajar y trabajar y preocuparme, preocuparme, preocuparme. Nunca me sucede nada. Algo tenía que sucederme antes de morir. Ni siquiera deseaba que me sucediera algo. Había olvidado que había cosas que valía la pena desear.

La tarde siguió su curso. Pronto el suelo estuvo sembrado con los pantis de Helen y su sujetador y su blusa de seda y su falda gris nueva. Con el jersey de Mike y su corbata y sus zapatos y su camisa y sus pantalones y sus zapatos y calcetines. La luz entraba por los tragaluces, y luego la luz declinó y oscureció y ellos seguían en la cama.

—Dios mío —dijo él—. ¿Dónde has estado toda mi vida?

—Teniendo bebés. No le había sido infiel a mi marido ni una sola

vez en toda mi vida. Quiero que lo sepas. Y no te alejes tanto. Tengo miedo.

—¿Cuántos niños has dicho que tienes?

—Tengo cinco. Y ahora estoy haciendo esto. Soy una adúltera.

—No va a cambiarte haberte acostado conmigo. Todo está bien, Helen. Oye, ¿no se supone que deberíamos estar en alguna parte? ¿No te estarán buscando?

—Probablemente. Estoy sorprendida de que no hayan venido aquí. —Al oírlo, él se levantó de la cama, buscó su ropa y empezó a ponérsela. Era el tipo de cosas que esperaba que le ocurrieran en el sur. Quería estar vestido antes de que llegara la hora de las armas.

Luego, cuando Helen se fue a recoger a su marido y vestirse para la cena, Mike sacó las cartas y las leyó.

> Querida Anna:
>
> Es extraño estar lejos de ti en tu cumpleaños. Creo que el día en que naciste es el más sagrado del año. Me desperté esta mañana y me entraron ganas de llamar a tu madre y darle las gracias por traerte al mundo. Si estoy fuera otra semana y no vienes, serán siete días y noches que no podremos recuperar. De todos modos, ya no creo en el tiempo.
>
> Anoche vi a Dick y a la niña de Shirley, Athena, y hablamos de ti. Dile que venga a mi casa, dijo Athena. Dile que coja su coche y conduzca rápido. Tenía una sudadera con su nombre impreso delante. Una sudadera blanca, talla tres, que pone Athena en rosa flamenco. Date prisa, conduce rápido.
>
> *Frank*

> Querida Anna:
>
> Estabas dormida cuando me fui y no quería despertarte para decirte lo bonita que es tu espalda cuando duermes. El lado derecho de tu cuerpo se enrosca alrededor de tu pierna izquierda. ¿No me dijiste que tenías las piernas arqueadas cuando eras niña? ¿O lo soñé? Deberías ver cómo tus huesos se curvan mientras duermes. Qué extraño es el sueño. Te veo a las cuatro.
>
> *Frank*

Mike volvió a meter las cartas en sus sobres y ató el paquete y lo puso de nuevo en el paquete más grande y puso el paquete más grande en la estantería del armario y luego se quedó junto a la ventana durante un buen rato contemplando la lluvia y fumando cigarrillos sin parar, hasta el filtro. Luego se tumbó en la cama del cuarto de invitados y se quedó dormido. Durmió hasta que el teléfono sonó para comunicarle que Helen y su marido iban de camino para recogerlo e ir a cenar.

Si la noche fue extraña, la mañana fue más extraña aún. Helen vino a las ocho de la mañana y en cuanto cerró con llave la puerta se tumbaron sobre la alfombra Karastan azul y blanca de Damasco de Anna, se quitaron la ropa el uno al otro e hicieron el amor.

—Ni siquiera me importa —dijo Helen—. Ni siquiera me importa nada. Vamos a morir de todas formas. Todo lo que pienso por las noches es que yo también voy a coger lo que tenía Anna. Me haría una

mamografía diaria si me la hicieran.

—No digas eso. No pienses esas cosas.

—Intenté hablar de ello con Spencer y ni siquiera me dejó sacar el tema. Actúa como si estuviera bien pensar que uno va a morir.

—No está bien. Deberíamos maldecir de ello, despreciarlo, combatirlo, hacer esto. —Acercó su cuerpo al suyo, presionó su suave y redondo trasero contra sus piernas, la acarició—. Ésta es nuestra venganza, Helen. Siempre hemos sabido que el goce era nuestra venganza.

—Vayamos arriba —dijo ella—. Quedémonos todo el día en la cama. —Dejaron la ropa en el suelo del salón y subieron y se metieron en la cama y volvieron a hacer el amor y luego se quedaron dormidos y durmieron hasta la una de la tarde.

—Deberíamos trabajar un poco —dijo Helen juntándose a él en la cama—. Supongo que eso significa que empiezo a sentirme culpable.

—No lamentes esto. No lamentes nada que hagas conmigo. —La acercó a él. Estaba enamorándose de ella; esa vieja locura era inconfundible. ¿Qué hora era? ¿Qué día sería? ¿En qué otro lugar iba a confundir las mañanas con las tardes?—. No sé qué hora del día es —dijo—. Eso significa que me tienes. Creo que me tienes, Helen.

—Deberíamos vestirnos. Quiero ponerme la ropa.

—¿Quieres que vaya a buscártela?

—No.

—Iré a vestirme yo también. Eso será un comienzo. —Se levantó, se separó y se quedó junto a la cama mirándola. Parecía absolutamente aterrorizada, y la amó por intentar que no se le notara—. Ponte algo de Anna. Estos armarios están llenos de ropa.

—Lo haré en un minuto. Venga. Abriremos una caja de papeles. Empezaremos a ordenarlos. Ya no me mires más.

Esto es el jardín, pensó él. Nunca salgas del jardín para buscar el jardín.

—¿Qué tal venir a Boston conmigo? —dijo—. Podríamos llevarnos varias cajas de papeles y trabajar en ellas allí. Tengo gente en la universidad que podría ayudarnos. ¿Vendrás?

—Si puedo escaparme. ¿Cuándo te marchas?

—Tengo que volver el martes. ¿Vendrás conmigo? Quiero que vengas conmigo.

—Tal vez —dijo ella—. Tal vez podría hacerlo. Si realmente quieres que lo haga.

—Quiero. Definitivamente, quiero que lo hagas.

—Entonces vístete.

—Vale, me visto.

Quince minutos después, Helen bajó las escaleras con una de las combinaciones de satén de Anna.

—El otro día encontré algo que me tiene confusa —dijo—. Encontré unos papeles con números y no sé decir si es ficción o algo de dinero. Echa un vistazo. —Le alargó los papeles.

—Estás preciosa con esa combinación. Ven y déjame tocarla.

—Voy a vestirme ahora mismo.

—Venga aquí, señora Abadie. —Ella se acercó lo suficiente para que la tocase, y Mike empezó a leer los papeles que ella le había dado.

—Anna era terrible en mates —dijo Helen—. Siempre decía «Cualquiera puede contar». Podría ser algo relacionado con una novela de misterio. Decía que iba a escribir una, con un tesoro enterrado.

—¿Estabais muy unidas? —Le rodeó la cintura con la mano, recorrió la suave tela flexible y la suavidad de su estómago y la bajó por su muslo. Seguía deseando follársela. Hacía años que no le gustaba tanto follar con una mujer. Lo aceptaba y le gustaba. No lo cuestionaba y no trataba de culpar al clima o a la muerte—. Ven —dijo—. Vayamos arriba y volvamos a hacer el amor.

—¿Quieres?

—Sí, ¿por qué no?

Sonó el teléfono. Era el marido de Helen, Spencer, que dijo que tenía que volver a casa de inmediato.

—¿Para qué? Estoy ocupada, Spencer. No tenemos mucho tiempo para hacer esto. Puede que tenga que ir a Boston con Mike y trabajar con los papeles en la universidad.

—Bueno, no puedes hacerlo. Por eso llamo. DeDe acaba de llamar desde Atlanta. Tiene problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Ha roto con Ronnie. Estaba realmente disgustada. No podía encontrarte, y la criada no sabía el número de ahí. Será mejor que vengas y la llames.

—Bueno, ahora no puedo. Hazte cargo tú, Spencer. Eres el que la ha malcriado completamente. Habla con ella.

—No hagas planes para irte de la ciudad en este momento, Helen.

—Puede que tenga que hacerlo. Es mucho dinero para los niños. Además, es la obra de mi hermana. Es algo que tengo que hacer. —Miró a Mike. Éste sonreía y meneaba la cabeza. Qué afortunada soy, pensó Helen. Estoy empezando a ser tan afortunada como Anna. Hasta podría ir a casa y hacer el amor con Spencer. Dios mío, me estoy convirtiendo en una maníaca sexual. A menos que mueran los niños. Entonces mi suerte se acabaría. A menos que DeDe vaya a hacerle compañía a su tía en el océano. Oh, Dios mío—. ¿Cuál es el número? ¿Desde dónde llamaba? Maldita sea, Spencer. Estoy harta y cansada de esos niños volviéndome loca. ¿Es que no van a crecer nunca? Por el amor de Dios, ni siquiera puedo hacer este trabajo, que es para su

futuro. Dime el número. Sabía que era un error mandarla a la escuela tan lejos. Dame el número. —Lo anotó y le hizo una mueca a Mike—. Ese maldito Ronnie. Nunca confié en él, y en cualquier caso es demasiado mayor para ella. Podría estar embarazada, hasta donde sabemos. Podría estar embarazada y a punto de abortar a nuestro nieto. La última vez que estuvo aquí me dijo que él no quería tener hijos, pasara lo que pasara. —Helen le colgó a su marido y marcó el número de Atlanta. Su hija DeDe respondió al teléfono y empezó a recitar sus problemas. DeDe habló y habló sobre el fin de semana pasado y las dificultades de vivir en un apartamento pequeño y las molestias que le causaba la sinusitis.

—¿Estás embarazada? —dijo Helen finalmente—. DeDe, ¿estás embarazada?

—Sí —respondió la muchacha—. Lo estoy.

—Oh, Dios mío. —Helen se sentó.

—Él no lo quiere. Quiere que aborte.

—Ven a casa esta tarde. Coge un avión y ven.

—Vale. Te volveré a llamar. Deja que llame al aeropuerto. —DeDe colgó, y Helen dejó de hacer muecas y meneó la cabeza.

—Va a tener un bebé —dijo—. Voy a ser abuela.

—¿Había un mapa con esto? ¿Con este asunto de la novela de misterio?

—Sí, en la carpeta. Está con el resto del material. Oye, tengo que salir un rato. Será mejor que vaya a ver a Spencer y hable con él. Mi hija podría venir mañana.

—Está bien. Ve a hacer lo que tengas que hacer.

—Daniel está pensando en invitarte a cenar esta noche. En su casa, con su hija.

—Bien. Tú vete. Te llamaré más tarde.

Helen subió a vestirse. Mike la siguió y se sentó en la cama observándola. Se ajustaba cuidadosamente cada prenda antes de ponerse la siguiente. A él le gustaba el modo en que se vestía. Le gustaba el día y el trabajo que tenía por delante, y aquella nueva y extraña mujer, aquella madre de cinco hijos con su ingenuidad y su candor. Le recordaba a Anna en los momentos de calma. Haré justicia a los papeles, se prometió a sí mismo. Lo haré bien.

—Ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que en DeDe —dijo Helen—. Realmente tengo que ir y ver a Spencer y hablar de todo esto.

—Lo sé. Vete. Estaré aquí cuando vuelvas. Dios, ha sido una mañana maravillosa.

—Bueno, me alegro de que te gustase. —Lo miró muy seria; quería parecer sexy y seductora para él, pero había perdido el ánimo. En vez de eso, lo besó en la mejilla y luego lo dejó y bajó las escaleras y salió

por la puerta y se montó en el coche. Era un alivio pensar en DeDe, su loca hija saltarina DeDe. Su tonta DeDe, loca por los hombres y malcriada. Imagínate el vientre de DeDe hinchándose con un bebé. DeDe ni siquiera sabía cocinar. Helen se puso a conducir en dirección a la oficina de su marido. De repente le pareció muy querible su cuerpo junto al suyo en la noche y su propio cuerpo hinchándose una y otra vez con sus hijos, y ahora el hijo de un hijo. La hija de mi hija, pensó Helen. Oh, debo ir a contárselo a mamá. Llamaré a mamá en cuanto llegue a la oficina de Spencer.

Mike tenía que marcharse el martes por la tarde. Entretanto, DeDe llamó cuatro veces con cuatro planes diferentes para volar a casa desde Atlanta. El martes por la mañana, cuando ya era tarde para que Helen cambiara de opinión y se fuera a Boston, DeDe llamó una última vez y dijo que se había reconciliado con su novio y se quedaba en Atlanta para «arreglar las cosas».

—Esa mocosa malcriada —dijo Helen. Estaba entre los brazos de Mike. Había entrado por la puerta del apartamento y había ido derecha a sus brazos—. Podría haber ido a Boston contigo de no ser por esto. Ahora probablemente ni siquiera tendrá el niño. Ella y Ronnie probablemente irán y abortarán a mi nieto sin preguntarme siquiera mi opinión. Oh, voy a echarte mucho de menos.

—Ha llamado alguien llamado Phelan. Viene para acá. —Mike se desenredó—. Parecía un tipo agradable. Dijo que era amigo de Anna.

—¿Cuándo viene?

—Ahora. Dijo que no estaba lejos. ¿Es un pariente?

—Lejano. Bueno, me alegro de que llegues a conocerlo. Podemos consultarle el asunto del mapa. Creo que puede ser acerca de un libro que no encontramos. —Sonó el timbre. Helen fue hasta la puerta y allí estaba Phelan, vestido de pana y con chaleco de cuero. Entró y estrechó la mano de Mike y le contaron lo del embarazo de DeDe, y luego Helen le entregó la carpeta con el mapa—. ¿De qué va esto, Phelan? ¿Te contó algo Anna sobre este asunto?

—No lo sé. ¿Qué es?

—Es un mapa de Summerwood y el viejo cementerio, y cifras, como de topografía. O matemáticas. Yo creo que es algún libro de misterio que estaba escribiendo. Me gustaría averiguarlo si puedo. Podría ser un manuscrito valioso.

—Bueno, es un mapa valioso. —Se echó a reír—. Jesucristo, Helen. Esto es sobre las monedas. Qué puto chiste. Son las monedas. No me acordaba de las monedas.

—¿Qué monedas? —intervino Mike.

—Un montón de malditos Krugerrands que su padre le estaba vendiendo. El viejo Hand está loco por el oro. Es un amante del oro de los viejos tiempos. Compraba oro a treinta y cinco dólares la onza, y si

yo hubiera hecho lo que me dijo que hiciera cuando me lo dijo, ahora sería el hombre más rico del mundo. Que me aspen. Ella lo enterró.

—¿De qué estás hablando, Phelan? —Helen le cogió el mapa.

—Anna debe de haber enterrado en Summerwood todas esas monedas que le sacó a tu padre. Lo hicimos por primera vez una noche en que estábamos borrachos. Me dijo que iba a enterrarlas, pero luego debió de enterrar más. Bueno, mierda, vayamos allí a ver lo que encontramos. ¿Tienes una pala, Helen?

—Claro que no. Pero hay una allí. Podemos parar en la casa y cogerla. De todos modos, quiero enseñarle Summerwood a Mike. —Se levantó. Mike sonreía y meneaba la cabeza. Ahora no puede irse, pensó Helen. Ahora tendrá que quedarse otro día y yo podré irme con él cuando se vaya. Cruzó el salón y le rodeó la cintura con el brazo. Conque así están las cosas, pensó Phelan. Bueno, qué demonios. Anna, deberías haber vivido para ver esto. Finalmente conseguimos que Helen dejase el patio de recreo.

—Vamos —dijo en voz alta—. Mike, ¿no se ha traído unas botas? Podría necesitarlas.

—Estaré bien —respondió Mike—. No me importa mancharme los zapatos.

Se amontonaron en el Porsche de Phelan y cogieron la carretera a Summerwood.

—Las putas monedas —dijo Phelan—. Sólo Anna se marcharía dejando algo como esto. Dios la bendiga; bueno, maldita sea, la echo de menos, y ojalá hubiera vivido mil años.

—Creo que se olvidó —dijo Mike—. Estaba pensando en morir, en su muerte. No pensó en esas monedas ni un minuto, sean lo que sean.

—Ella pensaba en todo. Sabía lo que hacía cada minuto de su vida. Disparaba tan bien como un hombre. Solíamos ir a hacer tiro al plato. Bueno, no importa. —Phelan aferró el volante. Cómo va a entender a Anna este maldito yanqui de la costa este. Al infierno con él.

—Phelan —dijo Helen—. Seamos amables, ¿vale? Mike ha venido aquí en mitad de un semestre para ayudarme. Y no conduzcas tan rápido. No hay ninguna prisa.

Phelan apretó el acelerador, haciendo zigzag entre los carriles. Giraron hacia el asfalto y luego entraron en una carretera sinuosa que conducía entre los pinos hasta la casa de Summerwood. Se detuvieron junto a un cobertizo y encontraron palas, y Phelan abrió el maletero y reorganizó algunas cajas. Una contenía cartuchos de rifle. Otra, seis botellas de coñac Napoleón. Phelan sacó una botella y se la dio a Mike para que la llevase. Luego rebuscó en un rincón del maletero y encontró un estuche de cuero que contenía cuatro polvorientas copas de plata. Llevó el estucho hasta un viejo grifo exterior al lado del cobertizo y enjuagó las copas y sacudió el agua y volvió a ponerlas en

el estuche.

—Coge esto también —le dijo a Mike, y Mike obedeció. Phelan cargó las palas en la parte trasera del Porsche y ató la tapa del maletero con un trozo de cuerda. Luego volvieron a montar en el coche y se dirigieron al cementerio. Estaba en la cima de una colina plana, rodeada de robles. Soplaba una brisa del sur.

—Aquí siempre sopla brisa —dijo Helen.

—Así es —convino Phelan—. Bueno, saca ese mapa y vamos a cavar. Espero que las pusiera todas en el mismo sitio, pero por el mapa no se puede asegurar. Os enseñaré dónde pusimos las que enterramos.

—¿Quieres esta botella de coñac? —preguntó Mike.

—Bien pensado —dijo Phelan—. Ábrela.

Dos horas más tarde, tras encontrar, desenterrar y abrir todas las cajas y después de consumir la mitad del coñac y derramar la otra mitad sobre la tumba de una tal Archania Duval Hotchkiss, se sentaron sobre una losa de mármol y contaron las monedas. Había 461 Krugerrands en perfecto estado, 60 American Eagle y 47 Gold Leaf canadienses.

—Ahí están —dijo Helen—. El legado de su tía para los niños.

Mike y Phelan estaban apoyados en sus palas.

—Mike —dijo Phelan—, ¿traerías otra botella de coñac del Porsche? Está en una caja en el maletero.

—Podemos robarlas —dijo Helen—. Van a hacerles a los niños más mal que bien. —Levantó la vista hacia Mike—. No tienes que hacer todo lo que te dice Phelan —añadió—. Dile que vaya él a por su maldito coñac.

—Iré —dijo Mike—. ¿Por qué no? He derramado la otra botella.

—Si las robáramos, no tendríamos que hacer malabares con los impuestos —prosiguió Helen—. Quiero decir, ¿cómo voy a explicar esto? Pensarán que hay miles más. Ya puedo ver a Stacy entregándole las monedas de Anna a ese predicador que la tiene hipnotizada.

—Yo participaré en el robo si tú lo haces —dijo Phelan—. Estaré encantado de ayudar.

—Anna querría que las robáramos. —Helen cogió una caja y quitó las gomas elásticas y sacó un rollo de monedas y las desenvolvió y empezó a quitarles los envoltorios de plástico—. Quiero oírlas tintinear.

—Iré a por el coñac —dijo Mike, y descendió la colina hacia el coche.

—Así que estás follándote a ese tipo —preguntó Phelan—. ¿Ésa es la historia?

—No, no me lo estoy follando. —Tenía varias monedas en la mano, dejándolas caer unas sobre otras como cartas de una baraja.

—Vas a estropearlas, Helen. Esas monedas están en perfecto estado. Pierden valor si se rayan.

—¿Qué crees que debo hacer con ellas? —Se sentó sobre la losa. Colocó con mucho cuidado una de sus botas de montar de cuero sobre el borde mismo de la piedra, de manera que su muslo quedó apretado bajo la falda. Llevaba tanto tiempo haciendo ese tipo de cosas que ya ni siquiera sabía que las hacía.

—Cuando te canses de él podríamos estar juntos tú y yo —dijo Phelan. Se acercó—. Ven a África conmigo este invierno. Deja que Charlotte se coma eso. —Aguardó. Helen no le respondió. Él se metió las manos en los bolsillos y continuó—: Deberíamos haber estado juntos tú y yo hace años, Helen. Tu viejo os tiene a todos cogidos por las pelotas. Lo sé. Pero tú aún puedes escapar. Una semana lejos de aquí y habrás olvidado que existen. Que se jodan ese montón de niños crecidos manejándote la vida. Bueno, he dicho demasiado.

—Sigue.

—Podríamos estar tú y yo juntos. Siempre fue así. No es demasiado tarde. —Alzó los hombros y la contempló desde arriba con sus impetuosos ojos oscuros.

—No follaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra —dijo—. Con todas las que te has follado, probablemente tengas todas las enfermedades conocidas. —Bajó los ojos, luego los volvió en dirección al coche. Mike volvía colina arriba con el coñac. El sol había pasado el meridiano, a mitad de camino en el cielo tras un banco de nubes. Era un día precioso, memorable. Mis botas y mi falda hacen juego con los árboles, pensó Helen. Apuesto a que estoy divina. Phelan colocó una de sus botas Justin de vaquero hechas a mano sobre la lápida que estaba junto a la bota de montar de ella. Decidió que probablemente le llevaría al menos tres meses meterse en sus bragas. Un tractor arrancó en un campo cercano. Un 747 cruzó el cielo. Phelan acarició la lápida con la bota, pensando que era un mundo maravilloso después de todo, lleno de tantas mujeres esperando arruinarte y dejarte sin blanca y cachondo y feliz y ocasionalmente hasta satisfecho. Helen se sacudió el pelo y volvió el rostro hacia el poeta de Boston que iba a llevársela lejos de todo aquello.

—Aquí está el coñac —dijo Mike. Se lo entregó, y Phelan sacó una navaja y cortó el sello y llenó las pequeñas copas de plata. Le alargó una a Helen y otra a Mike, y llenó otra para él.

—Por la vida —dijo, y alzó la copa.

Notas

9. De «El muñeco de nieve», poema de Wallace Stevens (1879-1955).

10. Shakespeare, *Enrique IV*.
11. Se refiere a tres célebres encuentros anuales de escritores.

V
Los Dioses

XXI

Las cajas ya están empaquetadas. Lo único que no sé qué hacer con ello es lo que escribió cuando era joven. Después de que muriera, lo único que hizo papá fue enseñarle a la gente la poesía que había escrito cuando era joven. Una vez, cuando empezó a publicar, fotocopió algunos poemas sobre Jesús que ella había escrito de joven y los pegó sobre las páginas de sus libros que contenían escenas sexuales. Mike dice que esos libros serán muy valiosos algún día. Piensa que papá es un hombre estupendo. Bueno, es muy propio de él pensar eso. Es el hombre más dulce que he conocido, y el más bondadoso. Oh, Dios, es tan extraño hacer el amor con él. Sé que voy a ir al infierno por esto, pero no me importa.

Además, le fascina todo eso de Olivia y Jessie. Papá va a montarse en un avión con ellas para ir a Washington a presenciar el concurso de debate. No se ha subido a un avión desde hace doce años, desde que un avión entró en varias bolsas de aire sobre Mobile. Ni siquiera fue a la graduación de Lynley. Bueno, nunca me he rendido a los celos y no voy a empezar ahora. Van a ir todos juntos a Washington en mayo. Incluso mamá va. No me sorprendería lo más mínimo que Olivia ganase. Es realmente una chiquilla maravillosa, una chiquilla muy muy agradable. Ojalá algunos de los míos tuvieran tan buenos modales. Modales exquisitos, como siempre los ha tenido Daniel. Debe de ser hereditario. Anna pensaba que todo se heredaba. Por supuesto, ella siempre fue demasiado lejos con sus ideas. Si todo se hereda, ya podían trasplantar algunos genes o algo así a algunos de los míos, no me importaría. Especialmente a DeDe.

Lo más increíble que he encontrado son las cartas de LeLe. Empecé a quemarlas para evitar que la chantajeasen algún día. Bueno, eso no importa. Las metí en un sobre y se las envié por correo, certificadas, y me enviaron el recibo cuando lo firmó, pero hasta ahora no ha habido nota de agradecimiento. Se mostró tan extraña en el funeral, y se pasó todo el tiempo con el amiguito carpintero de Anna. No debería decir esto. Está en la escuela de ingeniería de Vanderbilt y le va muy bien. Es lo más sexy que me he encontrado en años. Lleva una especie de aura alrededor. Así que Lele, naturalmente, le echó mano. Estoy yo para hablar. Oh, Mike, te echo tanto de menos. No hemos hablado en

todo el día. En cuanto termine de cerrar este apartamento, me voy a Boston a pasar por lo menos un mes. Tendrán que arreglárselas sin mí una temporada. ¿Qué más?

Jessie vino ayer por la tarde mientras preparaba el resto de la ropa para la beneficencia. Tenía una carta de King Mallison Jr. en su cartera y me preguntó si quería leerla. Pobre chiquilla sin madre. Ya se la había enseñado a mamá y se la había leído por teléfono a Olivia. Tiene a la mitad de los chicos del pueblo enamorados de ella, pero tiene que aferrarse a esas cartas de amor para compensar que hayan invitado a Olivia a Washington.

—Lo más terrible es que Olivia también está enamorada de él —dijo, y bajo esas largas pestañas y parecía tan inocente—. Oh, tía Helen, ¿qué voy a hacer? No puedo hacerle esto a Olivia, pero me gusta y yo le gusto. Supongo que debería hablar con papá sobre ello cuando llegue a casa esta noche.

—¿Quieres alguna de estas prendas antes de que las dé para la beneficencia?

—No las des, tía Helen. Aún no.

—Tiene que acabarse algún día. No podemos conservar todo este material para siempre.

—Me gustarían sus sombreros —dijo Jessie, y fue al tocador y se puso uno de los sombreros de Anna, uno gris de ala ancha de fieltro para el invierno en la ciudad. Su pelo dorado le caía por debajo sobre los hombros y entonces me eché a llorar y ella también, y ése fue el final del trabajo de ayer. Fuimos a casa de mamá y le hicimos compañía hasta que llegó papá.

He aquí una copia de la carta de King en caso de que a alguien le interese.

> Querida Jessie:
>
> Anoche soñé que estabas en Nueva Orleans viéndome jugar al rugby en el parque. A veces los chicos del equipo de Tulane me dejan jugar con ellos cuando están en el parque, y a veces juego con ellos en el campus de Tulane. Así que estabas allí viéndome y de alguna manera te caías y te rompías una pierna y tenía que llevarte a casa en el tranvía. Cogíamos el tranvía justo delante de Tulane, y tú llevabas puesto ese vestido blanco, y yo tenía miedo de que se manchase al arrastrarlo por el suelo. Te llevaba a casa y te metía en una cama con flores todo alrededor, y mi padre venía y se quedaba a los pies de la cama y tocaba la guitarra para ti.
>
> Creo que conocerte es el punto de inflexión en mi vida. Se lo conté al loquero al que me envía mi padrino, y dijo que podría ser verdad. Quiero empezar a mejorar realmente en el insti, y quizá ir a Tulane a la facultad de derecho o ser arquitecto. No quiero ser el típico chico chiflado y cínico emborrachándose en el Tipitina's y creándose mala reputación. El tío Phelan dijo que ibas a ir a Highlands por Navidad. Nosotros también.
>
> ¿He olvidado decirte que te amo? Te amo. Mi madre dice que los hombres nunca tienen el valor de decirles a las mujeres que las aman. Nunca olvidaré mientras viva haberte visto en esa habitación con ese jersey verde.

Llegaremos a Highlands el miércoles por la noche, el día 22. Te llamaré en cuanto lleguemos. Puedo ir aunque sea tarde. ¿Me dejarán verte tan tarde? ¿Debo escribirle a tu padre y preguntarle? Bueno, ahora tengo que irme.

Con amor,

King

¿Puede Anna estar perdiéndose todo esto? ¿Puede Anna estar muerta realmente? Sé que nadie se lo va a creer, pero he visto su fantasma dos veces. Una vez, sentada en el taburete del piano, al anochecer, justo cuando la luz se iba del cuarto, el día después de que Mike se marchase a Boston. Sólo estaba allí sentada, riéndose de mí. Así que has encontrado las monedas, dijo. Y luego: Ahora será mejor que te vayas a casa, Helen. Será mejor que te vayas a casa y prepares la cena para tu marido.

La segunda vez fue unos días después. Yo bajaba las escaleras con unos papeles en la mano, un cuento sobre un personaje llamado Finn que es igual que nuestra prima LeLe. Seguro que a LeLe no le importaría lo que has escrito sobre ella. Me dijo una vez que había tenido como amantes a todos los hombres importantes del sur de los Estados Unidos. En cualquier caso, yo bajaba las escaleras del apartamento. Echaré de menos estar allí con las paredes desnudas y las habitaciones medio vacías y sombras por todas partes. Y vi al fantasma de Anna de pie detrás de una silla verde de terciopelo, sonriéndome. Se mostró muy amable y bastante divertida, y no me asustó como la primera vez. No me hizo desear salir corriendo. Así era el aspecto que tenía, como un holograma, mitad real y mitad como ahumada. Pero su rostro se veía claramente, y sus manos. Las tenía posadas una sobre otra en el respaldo de la silla. Dijo: Helen, quiero que seas feliz. Quiero que tengas todo lo que necesites de mí.

—¿Fue Mike tu amante? —dije. No podía creer haber dicho eso. Ni siquiera sé si quería hacer esa pregunta. Ella simplemente meneó la cabeza, como diciendo que no, que no había nada de qué preocuparse. Luego desapareció y yo encendí todas las luces tan rápido como pude y salí de la casa y dejé las luces encendidas hasta que volví al día siguiente. La mente es algo muy curioso. Sé que me estaba imaginando todo eso de los fantasmas, pero hay algo que creo. Está realmente muerta. No está en Europa. Está en el fondo del mar. Eso se ha terminado.

Me voy a Boston el mes que viene. Para quedarme una larga temporada y hablar con gente de la universidad sobre los papeles. Se los dejó a cuatro universidades diferentes. Caprichosa hasta el final.

Las únicas cosas que me he quedado para mí son dos cosas de su puño y letra. Una es una página arrancada de un libro de colorear de Giant Jumbo, firmada con el nombre de DeDe. Es un dibujo de una madre dinosaurio alimentando a un joven dinosaurio con unas hojas.

Montañas al fondo. Me acuerdo de que se lo envié a Anna porque era la primera vez que DeDe escribía su nombre. Las hojas están coloreadas en verde, los dinosaurios son marrones, las montañas del fondo son amarillas y naranjas y púrpuras y rosas y azules. Debajo del nombre de DeDe, Anna había escrito: «Así podrá pensar en cosas que no existen».

La otra cosa que me he quedado es un poema de Safo, parte de un poema de Safo copiado en un trozo de un bloc de notas amarillo. «Reina, Ciprián, llenad de amor nuestras copas de oro. Mezclado con claro néctar». Es un gran consuelo para mí pensar que hace tanto tiempo la gente se lo pasaba bien. No creo que la raza humana hubiera llegado tan lejos si alguien no se hubiera divertido al menos parte del tiempo.